



UNA HISTORIA DE AMOR
EN TIEMPOS DE MENTIRA,
VENGANZA Y ESPIONAJE

OPERACIÓN ESMERALDA

MARÍA
CORREA
LUNA

Lectulandia

Luego de resolver los misteriosos asesinatos de su padre y de su antiguo amante, la criminóloga Ana Beltrán parece haber cerrado la etapa más dolorosa de su vida. Pero lo que pareciera ser un futuro prometedor se convierte en la peor pesadilla.

Acechada por La Legión, un grupo que busca los libros rescatados en la quema de la biblioteca de Alejandría, Ana no tiene descanso. Inmersa en un mundo de mentiras y espionaje, se aliará con el agente de Interpol Agustín Riglos para poder encontrar el mayor tesoro de Alejandría: la tabla esmeralda.

En la segunda parte de esta apasionante saga de amor y misterio, María Correa Luna se adentra en la historia de engaño, intriga y romance que empezó con *El último manuscrito*. Con el pulso del *thriller* y el ritmo vertiginoso de la novela romántica, *Operación Esmeralda* nos sumerge en una aventura a través de Buenos Aires, Londres y Madrid imposible de olvidar.

Lectulandia

María Correa Luna

Operación esmeralda

El último manuscrito - 2

ePub r1.0

Titivillus 17.12.16

Título original: *Operación Esmeralda*

María Correa Luna, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis padres, por su grandeza.
A Rufino, siempre.*

Ex umbra in solem.
(«De la sombra a la luz.»)

Capítulo I

AGUSTÍN Riglos estampó su firma en el último documento y, aliviado, se recostó sobre la silla tras el escritorio. Dejó que Benegas los revisara y aguardó.

—Ya está. Oficialmente, estás de vacaciones.

Riglos sonrió:

—Por fin, pensé que este día no iba a llegar nunca.

—¿Qué piensas hacer? —quiso saber Benegas.

—Rearmar mi vida —dijo al tiempo que se incorporaba y se disponía a salir de la oficina de la Agencia—. Hace casi quince años que dejé de ser Agustín Riglos. Tengo que reencontrarme conmigo mismo.

—Los cuatro tipos que atraparon en el zoológico aparecieron muertos. Si no fuera por todo lo que averiguaste, no tendríamos nada contra La Legión.

Riglos asintió y preguntó:

—¿Y la tabla?

Se refería a la Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto que había entregado a Interpol para su análisis.

—Está en las mejores manos.

—Bien. ¿Qué saben de Diaco y su gente?

—Te están buscando.

Riglos dejó que una risa contenida se escapara. Sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—Es bueno volver a verte —dijo Benegas.

—Es bueno estar de vuelta, Román —contestó Riglos, que sin dudar cerró la puerta y desapareció.

Agustín Riglos caminó con cierta cadencia, casi contando los pasos que le faltaban para llegar a la puerta y salir de la Agencia. Luego se deslizó hacia el exterior y, sin poder evitarlo, giró sobre sí y elevó la cabeza para ver por última vez el imponente edificio central de Interpol sobre la *quai* Charles de Gaulle. Observó su reflejo en los paneles espejados que lo recubrían y notó cierta tristeza en sus ojos. Bajó la mirada y se perdió en las baldosas claras que circundaban el cuartel general. Ensimismado en sus pensamientos, avanzó hacia la calle y buscó su automóvil. Al subir, un torrente de recuerdos desfiló por su cabeza. Se abrochó el cinturón de seguridad, se acomodó en la butaca de cuero y puso en marcha el motor.

El trayecto desde el *general secretariat* de Interpol hasta el hotel donde se alojaba no era mayor, apenas unas treinta cuadras a orillas del Ródano que recorrió con un único sonido de fondo, el ronronear silencioso del motor y el murmullo de sus pensamientos. Había dejado Buenos Aires hacía casi un mes y desde que puso el pie en el avión rumbo a Lyon, no había dejado de pensar en Ana. No bastaba que ella hubiera encontrado los manuscritos que Emerio Beltrán buscó durante años, ni alcanzaba haberla protegido de La Legión durante la búsqueda, ni siquiera que el

mundo la admirara por el indescriptible descubrimiento que había realizado. Nada era suficiente para quitarse la culpa de encima. Él le había mentado, la había usado y, después, la había dejado para no volver.

Estacionó el vehículo frente al *lobby* del Hilton y le entregó las llaves a uno de los botones. Saludó con una leve inclinación de cabeza y se perdió entre el tumulto de turistas que infectaban la recepción. Buscó su tarjeta magnética y se dirigió hacia el ascensor. Observó con minucia el reflejo en los espejos del elevador. El traje oscuro de raya diplomática disimulaba el arma que llevaba bajo el brazo izquierdo. La irregularidad bajo la tela sobria de su Ermenegildo Zegna era apenas perceptible y el único indicio de la sobaquera con el arma reglamentaria que ocultaba bajo el saco. Se acercó al reflejo, la camisa blanca e inmaculada no ocultaba la desazón de sus ojos. Estaba cansado. Se le notaba en el color de la piel, en la tensión que se acumulaba en el cuello, cada vez más rígido. El habitáculo se detuvo, y Riglos descendió con la intención de entrar en su habitación y descansar. Pero no había dado más que tres pasos cuando su celular vibró. Miró la pantalla. Era la línea segura de Benegas.

—Sí —respondió firme.

—Es Diaco. Tiene a Ana.

El Agente Cero no tardó más de un segundo en girar sobre sus pasos y volver al ascensor. Presionó el botón que indicaba la planta baja, tomó su Blackberry y envió un mensaje de texto. Las puertas se abrieron. No esperó a que lo hicieran del todo para salir y correr hacia la entrada del hotel. Ubicó su vehículo, aún en espera para ser estacionado. Recogió las llaves del panel de botones y lo encendió con el mando a distancia. Cuando se ubicó en la butaca, aceleró y emprendió el camino de regreso hacia el cuartel general. Condujo a toda velocidad por la *quai* Bellevue y no reparó en la belleza del paisaje a su alrededor ni en el Ródano pacífico, casi plateado, a aquellas horas de la tarde. Dejó que el vehículo se deslizara sobre el asfalto y modificó los cambios según necesitara. Luego, y sin despegar los ojos de la ruta, conectó su teléfono al altavoz.

—Es una línea segura. Te escucho.

—Recibí el llamado de la oficial Ávalos. Ana Beltrán llegó de Egipto ayer —Riglos recordó la conferencia sobre el descubrimiento de los códices alejandrinos en la que Ana había disertado—. Esta mañana debían verse en las oficinas de Editorial Centauro, pero se encontró con esto.

Riglos recibió en su celular un archivo enviado por Benegas. Lo abrió de inmediato y masculló un insulto por lo bajo.

—Agustín —interrumpió la voz del otro lado de la línea—, lo mejor es que no te involucres.

—Ya estoy involucrado, Román —respondió Riglos furioso—. Si no hubiera expuesto a Ana, nada de esto estaría pasando. Diaco me quiere a mí.

—Diaco quiere a Uróboro —corrigió Benegas.

—Es lo mismo —el Agente Cero cortó la comunicación y emprendió viaje hacia

el Aeropuerto de Lyon-Saint Exupéry.



La detective Verónica Ávalos releyó los resultados de la autopsia y resopló: cianuro de sodio. Los cuatro detenidos habían ingerido una pequeña dosis (menos de un miligramo era suficiente para matar a una persona en treinta segundos) y al entrar en contacto con los jugos gástricos del estómago se había transformado en ácido cianhídrico, un veneno letal.

—Cianuro —el comisario Alfredo Etchegaray ingresó en el despacho de Ávalos—. El rastro en los cuerpos es mínimo, aunque detectable.

—No entiendo cómo llegó ese veneno adentro de las celdas —contestó Verónica—. Pero ahora tenemos otro problema más urgente por resolver.

—Beltrán.

Ávalos asintió y le entregó una foto al superior. Luego dijo:

—La dejaron en Centauro.

—¿Estamos seguros de que es real?

—No está trucada, y el diario que sostiene entre sus manos es el de hoy.

Etchegaray se colocó los lentes y dejó que la imagen se aclarara. En una habitación oscura, atada a una silla y con los ojos vendados, la criminóloga Ana Beltrán sostenía el diario del día. Sobre la instantánea, una sola palabra: Uróboro. La Legión quería hacer un intercambio: Ana Beltrán por el alguna vez conocido como «espía papal».

—Hablé con el agente Benegas —comentó la mujer—. Interpol ya está en el tema.

—Podríamos haberlo manejado nosotros.

—¿Y poner en riesgo a Ana? De ninguna manera. Puedo ser la mejor liderando al GEOF^[1] en el rescate, pero si puedo contar con toda la ayuda disponible para sacar a Beltrán con vida, lo voy a hacer.



A orillas del Ródano un hombre dejó caer una colilla y la aplastó con la punta del zapato. Luego, tomó su celular y presionó un par de teclas. Cuando la voz surgió del otro lado de la línea, carraspeó y dijo:

—Va rumbo al aeropuerto.

No esperó respuesta, no la necesitaba. Hurgó en uno de los bolsillos del sobretodo

oscuro y sacó otro cigarrillo. Lo encendió con lentitud, acercando el encendedor al cilindro blanco de papel. Aspiró profundamente, anticipando el sabor singular de aquella primera pitada. Entrecerró los ojos y se concentró en el contoneo del humo. Cuando la dosis de nicotina que ansiaba llegó a sus terminaciones nerviosas, emprendió el camino de vuelta, deleitándose con el crujir de la grava bajo la suela de sus zapatos.



Disolvió la medida de cloruro de lapirio en el agua y sumergió en la solución los instrumentos quirúrgicos. Se enfundó las manos con un segundo par de guantes descartables y tomó varias agujas. Del otro lado, un hombre atado y con los ojos nublados de pánico había perdido la compostura.

Cancio dejó que una pequeña sonrisa comenzara a formarse en sus labios. Enhebró las agujas sin titubear, observó el brillo fugaz del metal contra la luz y el destello de estupor en las pupilas dilatadas de la víctima. Apoyó el instrumental sobre la bandeja de acero y chasqueó los dedos. El momento previo a la sutura era su preferido. Podía oler el miedo, la transpiración agria del cuerpo sobre la silla, el aroma a terror que emanaba. Ajustó el torniquete bajo el cuello del sujeto y este gimió de dolor. La horquilla del hereje era su máquina predilecta. En un extremo de la vara de metal, dos puntas se clavaban en el esternón y, en el otro extremo, dos puntas se hundían en el cuello, y así se impedía cualquier movimiento de la cabeza. Observó el rostro del hombre, evaluó el grosor de la piel húmeda alrededor de la boca y escogió una aguja curva. La sujetó con firmeza y, sin dudar, perforó la piel del labio inferior. El grito ahogado por la herramienta de la Inquisición no detuvo el dolor que se reflejó en el hombre. Los ojos desorbitados siguieron a Cancio, a su mano, al baile sinuoso de la aguja y el hilo de poliamidas que volvió a atravesar el labio, esta vez, el superior. El hombre se desmayó y Cancio disfrutó de los siguientes siete puntos de sutura que aplicó sobre la boca.

La imagen era tan vívida que ella casi podía decir que había estado junto a Máximo antes de que él muriera. La filmación mostraba a un hombre frágil, quebrado por la tortura, desmoronado luego del primero de ocho puntos. Luego, ella vio que Cancio lo había desatado y que, con el tirante de la cortina, lo había colgado de la viga del vestidor. Antes de que Cancio le colocase una bolsa de plástico negro en la cabeza, Ana vio cómo la vida se le escapaba a Zaldívar, allí, dentro del placard, en el viejo piso de La Latina. Desvió la mirada. No quería ver cómo el sicario se sacaba los guantes, limpiaba el piso cubierto de sangre y cerraba la puerta del ropero, con Máximo muerto del otro lado, para irse y desaparecer, dejando la habitación impecable, como si allí no hubiera pasado nada.

Sintió que una lágrima se deslizaba por el pómulo hasta desaparecer. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada en aquella habitación. Tenía una reunión temprano con Verónica Ávalos en la editorial, pero antes de llegar una camioneta oscura la interceptó. Cuando se despertó, no sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado.

Anotaciones de Pérgamo

Jordania, Ciudad de Petra, 700 d. C.

El Khazneh parecía emerger del corazón de la piedra. Embutida en la roca, la construcción al este del Valle de Araba se ocultaba detrás de infinidad de pequeños pasadizos silenciosos. Estaban cansados, hambrientos y malolientes. Ansiaban llegar a destino para reposar y entregar los manuscritos. Los acantilados dorados y rojizos parecían multiplicarse en la distancia y allí, en medio de aquella inmensidad color terracota, el nabateo caminaba sobre el sendero al borde del risco con la gracia de una gacela.

—Traemos el libro de Thot —dijo el sabio.

—Los estábamos esperando —respondió el nabateo.

Lo siguieron sin decir palabra. Atravesaron el pasaje, teñido de rojos y amarillos, y súbitamente el valle angosto se convirtió en una monumental ciudad de piedra.

Ana Beltrán disfrutaba de su vida tranquila. Le gustaba el trabajo silencioso, las horas dedicadas al estudio de la anatomía de un asesinato y, sobre todo, la austeridad del sitio que consideraba su sagrado sepulcro: el laboratorio de análisis forense donde había desentrañado la mayoría de los crímenes que investigó. Por eso, cuando su padre, Emerio Beltrán, apareció colgado de la viga central de la biblioteca del Zoológico de Buenos Aires y ella heredó Centauro, la compañía familiar, la vida que tenía se escurrió entre las responsabilidades de la empresa y las nuevas obligaciones. Además, estaba Marcos Gutiérrez. Solo pronunciar su nombre le costaba. No era Marcos Gutiérrez en realidad, era Uróboro, el espía papal, era un fraude. Sin embargo, lo extrañaba. Se reprendió por la autoconfesión, pero en la situación en la que se encontraba, debía pensar en otra cosa, evadirse. Mantuvo los ojos cerrados, recordó la última vez que lo vio. El túnel frío y oscuro, la sensación de las manos sujetas a la espalda por las esposas, el aroma de su cuello cuando se acercó a él en busca de refugio. El escozor en los ojos cuando el grupo de operaciones especiales ingresó en el túnel y el humo invadió el recinto. Pudo percibir el gusto salado de su piel cuando los labios se apoyaron en la hendidura de su clavícula en busca de protección frente a los gases.

—Te tiene que ver un médico —le había dicho él cuando notó que a ella le

costaba incorporarse.

—Después —había respondido ella—, antes quiero ver los manuscritos.

Se había alejado de él para adentrarse en la bóveda bajo la jaula de los elefantes, en el Zoológico de Buenos Aires, donde el primer director del parque, el científico argentino Eduardo Ladislao Holmberg, había guardado celosamente trescientos rollos rescatados de Alejandría. Fue la última vez que ella vio a Gutiérrez. Días después, despertó en el Sanatorio de Santa María tras una operación de urgencia por un pulmón perforado y su realidad era otra: Marcos Gutiérrez no existía, era un espía de La Legión, y el mundo la buscaba ya no por sus habilidades como patóloga sino por haber descubierto el secreto que, durante cien años, había resguardado Centauro: los últimos manuscritos alejandrinos.

Volvió a concentrarse en Gutiérrez, o quien fuera en realidad. Imaginó sus ojos grises, la curvatura de los brazos cuando la rodeaba, la piel dura pero suave del arco de su cuello, su fragancia a madera y sándalo. Trató de ahuyentar las imágenes de Gutiérrez llevándose la Tabla Esmeralda del Centro de Estudios Antropológicos. No pudo. La filmación de Uróboro sustrayendo el manuscrito de Hermes Trismegisto se reprodujo tan vívidamente en su memoria que parecía estar viéndola. Apretó los puños con rabia y se transportó a su última noche en Egipto, cuando un hombre le dejó una nota bajo el nombre de Eduardo Holmberg en el hotel donde se alojaba. Al igual que en aquel momento, había cerrado el puño y destruido el papel triturándolo en mil pedazos, para luego dejarlo caer, y olvidarlo. Pero no podía hacerlo. En su interior, Marcos Gutiérrez había calado hondo, para quedarse.

—Beltrán —dijo una voz con cierto acento que ella no logró distinguir—, tienes visita.

Ana levantó la cabeza. Volvió al cuarto en el que la tenían encerrada desde hacía días, o semanas, no sabía. No abrió los ojos, habría sido en vano, llevaba una venda oscura que los cubría. Escuchó pasos, voces, movimiento.

—Así que usted es Ana Beltrán —dijo una voz diferente de la anterior.

Ella no se movió ni asintió. Se mantuvo impávida, tratando de reconocer los sonidos de cada movimiento que realizaba el dueño de aquel sonido grave, casi gutural, que escuchaba por primera vez. El hombre se sentó en una silla que crujió por el peso del cuerpo, escuchó cómo prendía un encendedor y un leve olor a gas butano se introdujo por su nariz. Lo escuchó aspirar el cigarrillo y el aroma a tabaco impregnó el ambiente.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó Ana, singularmente tranquila.

—De usted, nada, señorita —contestó el hombre—. Queremos a Marcos Gutiérrez.

Ana rio con sorna.

—Somos dos los que buscamos a Gutiérrez. Pero si cree que retenéndome él vendrá a buscarme, lamento decepcionarlo. No lo hará.

Pudo adivinar una sonrisa en las palabras del hombre.

—Va a venir a buscarla —afirmó convencido—. Uróboro cometió un solo error en casi quince años de espía.

—¿Ese error soy yo? —quiso saber la criminóloga.

—No —respondió el sujeto mientras se ponía de pie para salir de la habitación—. Su error fue enamorarse de usted.

El desconocido abandonó el cuarto y sus palabras rebotaron en el aire para grabarse a fuego en la mente de la mujer.

Capítulo II

LA Tabla Esmeralda era la obra de Hermes Trismegisto. El rollo, arcano, reposaba sobre la mesa de trabajo del doctor Williams. Entrecano y de unos cuarenta y cinco años, el hombre se encorvó levemente para acercarse al escrito oculto en el ángulo superior derecho. Luego de someter el manuscrito a un sofisticado proceso de evaporación que le permitía distinguir tintas que pudieron haber sido borradas, había logrado dilucidar en uno de sus vértices un pequeño símbolo que llamó su atención. Acercó la luz, enfocó la lente sobre la imagen y hizo que el escáner la digitalizara. Ante sus ojos, el jeroglífico que creía haber visto se reprodujo en la pantalla de su computadora. No estaba equivocado, su teoría era certera. Agrandó la imagen y pudo observar parte del texto principal de la tabla. Debajo, el diagrama del nomos xv, la casa de Dyehuty, el dios egipcio de la sabiduría, los conjuros y los hechizos mágicos. En griego, Thot también conocido como Hermes.

Con delicadeza, Williams tomó las pinzas para sujetar el papiro y lo devolvió al cubículo de vidrio presurizado que lo conservaba indemne de bacterias, humedad y cualquier otro peligro. Cerró la tapa hermética y se quitó los guantes descartables. Llevó sus dedos hacia el nacimiento de la nariz y presionó el tabique, luego refregó sus ojos y se desplomó sobre la silla. Volvió a mirar el jeroglífico, presionó un par de teclas y la imagen emergió de la impresora junto a la computadora. Tomó el papel y lo observó en detalle.

Con el peso de su cuerpo empujó la silla y la hizo deslizar hacia una de las puntas de la mesa de trabajo. El sonido de las ruedas del asiento contra el cemento alisado debió de haber ocultado el repique de los tacos de la doctora Evelyn Hall porque, cuando la notó, ya estaba detrás de él.

—¿Es un palimpsesto? —quiso saber la mujer.

—No —respondió Williams enfático—. No hay un texto anterior bajo la tabla, tan solo este jeroglífico en el margen superior derecho.

—Oculto adrede —reflexionó ella.

—Exacto.

Hall se acercó a las imágenes de la tabla en la computadora del antropólogo, se acomodó sus lentes y, sin mediar palabra ni pedir permiso, tomó el *mouse* óptico y fue seleccionando varios archivos para ver en conjunto la serie de imágenes en las cinco pantallas planas que colgaban sobre el área de investigación.

—Increíble —musitó al verlas una junto a la otra—. Hermes Trismegisto, el tres veces grande, la contracara griega de Thot, el dios egipcio, también llamado Dyehuty. ¿Te das cuenta, Jack? —preguntó mirándolo con los ojos brillantes.

Él asintió, pensativo.

—Tres nombres: Dyehuty, Thot y Hermes. Tres veces grande.

—Tres nombres. Un solo ser.

—Ya no solo estamos hablando de alquimia, Eve —dijo Williams a su compañera de equipo—. Estamos hablando de la Santísima Trinidad antes del Cristianismo.



Román Benegas arribó a Buenos Aires en un vuelo privado de Interpol. En la pista de aterrizaje, enfundada en un tapado oscuro y detrás de un gran par de anteojos, lo esperaba la detective Verónica Ávalos. El viento hacía que el cabello oscuro revoloteara a su alrededor, obligándola a acomodarlo constantemente. La vio acercarse con paso firme, decidida. Cuando estuvo apenas a un metro de distancia, le extendió la mano.

—Lo estábamos esperando —dijo y elevó el tono de voz para que el agente pudiera escucharla sobre el rugir de las turbinas.

—¿Qué noticias tenemos sobre Beltrán? —preguntó con su característico acento español.

—Además de la foto, nada. No se han contactado con nosotros.

—No lo harán, solo quieren a Uróboro.

—¿Han podido rastrearlo? —quiso saber Ávalos.

—No —mintió Benegas. No podía informarle que Uróboro era, en realidad, un agente de la Policía Internacional.

—Vamos —ordenó la mujer—. Tengo el auto sobre la pista.

Caminaron en silencio por el pavimento. El día se presentaba significativamente gris, la lluvia amenazaba desatarse y el viento continuaba desordenando la cabellera de la mujer. Benegas ocultó una sonrisa y le siguió los pasos. Se detuvieron ante una camioneta Toyota que la oficial encendió sin parsimonia. Benegas se acomodó en el asiento de acompañante y se sintió incómodo, no estaba acostumbrado a ser copiloto.

—¿Cuánto hace que está tras los pasos de Uróboro? —preguntó Ávalos.

—Tutéame, por favor —dijo Benegas. Verónica sonrió—. Me haces sentir un viejo y no tengo más de cuarenta.

—Está bien —Ávalos miraba la ruta—. ¿Hace cuánto que estás tras el espía?

—Eres muy amiga de Beltrán, ¿no? —quiso saber Román cambiando hábilmente de tema.

—Desde que tengo memoria. ¿Quién es Marcos Gutiérrez en realidad? —preguntó sorprendentemente.

—Lo siento, no estoy autorizado a compartir esa información —respondió Benegas esquivo.

—O sea que es un pez gordo —conjeturó ella.

El agente contuvo una sonrisa.

—Ya sé —intervino Verónica nuevamente—. No podés hablar del tema. Los dos rieron, y continuaron el viaje en silencio.



Agustín Riglos ingresó en las oficinas de la Agencia y divisó a Benegas en su despacho. Entró sin pedir permiso y arrojó un pequeño dispositivo sobre la mesa.

—Ahí la tienen a Ana.

Benegas enarcó una ceja, tomó el aparato y lo encendió. El minúsculo GPS detalló las coordenadas de la criminóloga.

—¿Cómo...? —quiso saber Román.

—Lo puse en su reloj la noche en que murió su padre. Quería estar seguro de dónde estaba a cada momento.

—Vamos —respondió Benegas al tiempo en que tomaba su saco y se dirigía hacia la puerta.

Riglos lo siguió sin dudar. Observó cómo su compañero vociferaba órdenes al pasar y alistaba a la gente que se ocuparía del operativo. Luego tomó su celular y presionó una tecla.

—Ávalos. Sabemos dónde está Beltrán. Nos vemos en diez minutos en la base.

Cuando concluyó el llamado, Benegas se detuvo:

—Agustín, Verónica no puede verte. Si lo hiciera...

—No me verá.

El alguna vez conocido como Uróboro dio media vuelta y se encerró en una oficina con vidrios espejados. Allí dentro, Verónica Ávalos no podría verlo. Volvió a tomar el dispositivo de rastreo y lo colocó en una computadora. Dejó que el satélite localizara las coordenadas. Ana estaba tan cerca de la base de Interpol que intuía que Diaco ya estaba al tanto de que él era un agente de la Agencia. No podía darse el lujo de quedarse allí sentado viendo cómo sus compañeros entraban en acción, se estaba impacientando. Jugueteeó con la Montblanc que llevaba en el bolsillo interno de su saco, la hizo repicar una y otra vez y no pudo evitar pensar en Emerio.

Emerio Beltrán le había regalado aquella lapicera. Hecha con resina negra y platino, el modelo Meisterstück Diamond se había convertido en su favorito desde el día en que el dueño de la Editorial Centauro se lo había obsequiado para festejar su nombramiento como apoderado de la firma. Bajo el alias de Marcos Gutiérrez, había ingresado a Centauro como agente encubierto de La Legión. Su objetivo: encontrar el escondite de la Tabla Esmeralda y destruir los manuscritos rescatados de Alejandría. Lo que La Legión no sabía era que, en realidad, él no era Marcos Gutiérrez, sino Agustín Riglos, y era agente de la Policía Internacional. Su vida como doble agente había dado un vuelco radical la noche en que cayó bajo los encantos de Ana Beltrán,

la hija de Emerio. Aquel fue su primer gran error. El segundo, reincidir.



Sobre la calle 25 de Mayo, a metros de la esquina con Belgrano, Verónica Ávalos ubicó la Base de Operaciones Especiales de Interpol. La casona antigua era la fachada perfecta. Con el nombre de Club 300, el antiguo reducto de la clase alta sanisidrense, simulaba ser un exclusivo sitio para jugar al *bridge* y al billar. Sin embargo, bajo su aparente inocencia, la construcción albergaba el centro de operaciones especiales más desarrollado y equipado de Latinoamérica. Ávalos ingresó por una puerta lateral, casi imperceptible al ojo distraído. Había visitado el sitio antes, conocía el camino. Recorrió con tranquilidad el piso de damero blanco y negro hasta la puerta blindada en uno de los laterales de la casa. Sacó su placa de identificación y la acercó al lector digital empotrado en la pared. El escáner reconoció su permiso de acceso al área restringida de la Agencia y emitió un chillido metálico que antecedió a la apertura de la puerta. La mujer no pareció maravillarse con el movimiento de las tropas de elite alistándose para salir, ni con la maquinaria de alta tecnología que reposaba sobre las paredes. Miles de pantallas mostraban la ciudad: los habitantes iban y venían en el trajín de su rutina, ajenos a los despliegues cuasimilitares que se desarrollaban en el corazón de su partido, en las mismísimas entrañas de la Tierra.

Divisó a Román Benegas en el fondo de las oficinas. Se lo notaba absorto en una conversación. Luego lo vio dar órdenes, vociferar instrucciones a su equipo y especificar ciertos lineamientos del operativo.

—Señores —interrumpió firme la agente al tiempo en que saludaba con una leve inclinación de cabeza—, soy la oficial Verónica Ávalos y estoy a cargo del operativo.

Los hombres, vestidos de negro, asintieron en silencio. El jefe de Asalto Táctico se ajustó el dispositivo de audio en la oreja y probó el circuito de comunicación. Asintió para confirmar el correcto funcionamiento del aparato.

—Los quiero a todos en la pista de aterrizaje a las mil ochocientas.

La pequeña tropa de elite se puso en marcha. Ávalos y Benegas los siguieron. Se adentraron en el corazón de la fortaleza y accedieron a un túnel que recorría los subsuelos de la ciudad y que los llevó al inicio de una autopista subterránea.

—Estamos bajo la catedral —informó Benegas, haciendo referencia a la Catedral de San Isidro.

En ese punto, el túnel se convertía en una autovía que les permitía recorrer el territorio en absoluto anonimato. Román le indicó un jeep conducido por un efectivo militar. Subieron y observaron atentamente el despliegue coordinado del grupo de operaciones especiales. Benegas notó el calor de la mujer sentada junto a él. El

vehículo, de espacios reducidos, los obligó a ubicarse muy juntos. El roce apenas perceptible resultó suficiente para alterarlo. Trató de enfocar su atención en el rugir de los motores que retumbaban en las paredes abovedadas y que se replicaban hacia el infinito. Prestó especial atención al monitor que arrojaba las coordenadas de la ubicación de Ana Beltrán. Estaban bastante cerca.

—¿Cómo la encontraron? —quiso saber Verónica.

—Uno de nuestros hombres había colocado un dispositivo de rastreo en su reloj.

—¿Por qué no lo usamos antes? Hace seis días que Ana está retenida.

—Recién hoy emitió la primera señal. Había estado apagado.

La cabeza de Ávalos giró. Observó detalladamente a Benegas y pareció deliberar algo en su cabeza. Tomó el *handy* que llevaba en la mano y habló.

—Detengan los vehículos —exclamó. A la voz de la agente los jeeps se detuvieron.

—¿Qué...? —inquirió Román.

—Es una trampa, Benegas. Me extraña que no lo hayas visto antes —la mujer descendió del vehículo rápidamente y se acercó al equipo—. Cambio de planes. Iremos donde se encuentra la señal pero la mujer no está ahí, esperan que así lo creamos. Debemos estar preparados para una emboscada.

Terminado su discurso a Benegas y, en un susurro, le dijo:

—¿Quién es el agente que colocó el rastreador? —El hombre desvió la mirada, no podía contestar—. Román, si no confiás en mí, no podremos trabajar juntos.

—Agustín Riglos.

—¿Es confiable?

—Ciento por ciento.

—¿Dónde está?

Benegas inspiró profundamente y alzó los ojos al techo abovedado. No podía revelar la identidad de Riglos ni dejar que la mujer lo viera. Distribuyó el peso de su cuerpo y bajó la cabeza al tiempo en que colocaba los brazos en jarra. Estaba evaluando la situación.

—No está disponible —dijo finalmente.

—¿Por qué Ana Beltrán está secuestrada? ¿Por qué quieren cambiarla por Uróboro? —inquirió, tenaz, Ávalos.

El agente de Interpol seguía sin contestar.

—Me ocultás demasiada información.

—No puedo, Verónica.

—Es un doble agente, ¿cierto?

—No te entiendo —mintió Benegas sorprendido por la rapidez mental de la mujer.

—Agustín Riglos es Marcos Gutiérrez, es agente de Interpol y se hizo pasar por agente de La Legión. Riglos es Uróboro.

Un destello de admiración cruzó las pupilas del hombre. Ella lo notó y una

sonrisa comenzó a gestarse en sus labios.

—No voy a responder a esa pregunta.

—Y nos tuvo engañados todo este tiempo... qué hijo de puta —murmuró Ávalos—. ¿Dónde está?

—Verónica, no puedo...

Pero cuando intentó concluir la frase, Ávalos ya había dado la vuelta y se dirigía hacia las oficinas, decidida a descubrir el enigma. Benegas la siguió, pero no caminaron más de tres metros cuando lo vio emerger de las sombras.

—Ávalos —lo escuchó decir.

Se detuvo en seco. Ante ella estaba Marcos Gutiérrez.

Anotaciones de Pérgamo

Turquía, Ciudad de Éfeso, 1000 d. C.

Lisímaco apuró el paso antes de que la bruma del crepúsculo le impidiera distinguir el camino. Flotaba en el aire un olor a sal y viento que le recordó a su infancia. Ahuyentó los recuerdos y apretó los ojos. A lo lejos distinguió la orilla del mar Egeo. Se detuvo un momento y sopesó la importancia de su misión. Luego de días de viajar, estaba próximo a llegar a destino: la Biblioteca de Celso. El edificio almacenaba más de doce mil rollos y, a partir de aquella noche, albergaría una selección de manuscritos en el más estricto de los silencios.

Evelyn Hall se recostó sobre la silla y llevó la pluma fuente que había estado utilizando hacia una de las comisuras de los labios. Sus pupilas volvieron a recorrer las imágenes desplegadas en las pantallas de las computadoras a su alrededor. Mordisqueó la lapicera pausadamente y con el *mouse* óptico amplió el área de la Tabla Esmeralda que había estado estudiando. «*Quod est superius est sicut id quod est inferius*», murmuró.

—«Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo» —dijo Williams, que ingresaba al laboratorio traduciendo la frase que la doctora Hall había leído en voz baja. Ella giró sobre su silla.

—¿Tienes conocimiento de un alquimista llamado Fulcanelli?

—No existió —respondió el antropólogo al tiempo en que se sentaba sobre el respaldo de una silla y apoyaba los pies en el asiento—. Se cree que es un seudónimo compuesto por la combinación de distintos alquimistas. ¿Por qué te interesa? —dijo luego de inclinarse hacia adelante y acomodar el peso de su cuerpo sobre las piernas.

Hall lo observó detenidamente. El cuerpo ágil del científico reposaba sobre la silla de una manera nada formal. «Williams no tenía una gota de formal», se

descubrió pensando. A sus cuarenta y cinco años, llevaba zapatillas de gamuza beige con un aplique de tres tiras en verde y rojo. «Gucci», dedujo ella. Unos jeans rectos y algo gastados y una remera negra de manga corta que no tapaba los brazos íntegramente tatuados. Jack era uno de los científicos más célebres de la Agencia, y el menos ortodoxo. No obedecía las reglas, seguía *demasiado* su instinto, aunque pocas veces se equivocaba. Estaba a cargo del proyecto de investigación de la Tabla Esmeralda hacía más de diez años, y desde que habían conseguido examinar el ejemplar estaba cada vez más obsesionado con ella.

—El estudio de Fulcanelli...

—Es ficción, Eve —interrumpió el hombre de pelo algo oscuro pero entrecano—. *El misterio de las catedrales* es prácticamente una novela. Estuve en donde estás tú, hice las mismas reflexiones. No son ciertas, es imaginación pura.

—¿Entonces no crees que este falso alquimista haya tenido la tabla en su poder y haya descifrado sus secretos?

—Imposible. Fulcanelli no fue otro que Eugène Canseliet, su supuesto discípulo. No accedió a la tabla verdadera.

—¿Entonces cómo explicas esto?

La científica presionó un par de teclas en su computadora y desplegó una imagen del papiro. Se aproximó a sus cuatro vértices y los amplió. Luego abrió otro documento, un extracto del escrito de Fulcanelli donde se podía ver una ilustración hecha por el alquimista del siglo xx. Williams bajó de la silla y se colocó los anteojos. Se acercó a las imágenes y observó atentamente lo que Hall había descubierto.

—Si Fulcanelli, o Canseliet, o quien quiera que fuese —dijo ella—, no accedió a la verdadera tabla, ¿cómo pudo hacer esta ilustración?

—No puede ser...

—Hice los análisis de datación por radiocarbono. La antigüedad de la tinta concuerda con la del juncal del papiro. No es un escrito posterior, es original.

—¿Por qué no distinguí estos escritos en el primer proceso de evaporación?

—Porque apliqué un segundo proceso. El primer resultado permitió que el jeroglífico de Thot se hiciera visible. Pero en el análisis microscópico noté una colonia bacteriana aquí —señaló los vértices superiores derecho e izquierdo de la hoja—, aquí —indicó luego posicionando el *mouse* sobre el margen inferior derecho— y aquí —señaló el vértice inferior izquierdo del papiro. Williams la observaba asombrado—. Separé la capa bioplástica de bacterias acumuladas a lo largo de los siglos y volví a someter la tabla al proceso de evaporación —Hall guardó silencio un momento. Esperó a que su compañero incorporara toda la información—. El vapor permitió dilucidar pigmentos más antiguos.

La científica pasó sus dedos sobre la tableta electrónica que sostenía y desplegó los cuatro símbolos ocultos en el manuscrito.



Tenía frío. Las extremidades del cuerpo habían comenzado a agarrotársele y las puntas de los dedos estaban heladas. Las manos, atadas a los apoyabrazos de la silla, casi no tenían movilidad. Estaba quieta, inmersa en una oscuridad que parecía infinita. El silencio a su alrededor se mantenía desde que el hombre del acento extraño había salido del cuarto; nadie más había entrado. ¿Cuánto tiempo había pasado?, ¿una hora?, ¿un día? Había perdido la noción del tiempo. Trató de respirar profundamente, de apaciguar los latidos del corazón desaforado y de escuchar más allá del silencio. Grillos. Podía oír, a lo lejos, el canturreo ordenado de los grillos. Era de noche y los miles de insectos que rodeaban la propiedad, ajenos a su desdicha, chillaban —incansables— llamando a las hembras para aparearse. Y el viento. Podía sentir el vaivén de las hojas empujadas por la brisa nocturna. Su respiración. Podía escucharla. También sus latidos. Y su desesperación. Debía salir de ahí, escapar de alguna manera, pero por más que intentara aflojar los precintos que la sujetaban a la silla, lo único que lograba era agotarse.

Estaba cansada. Hacía días que casi no comía ni descansaba. Dormitaba apenas, sin saber con certeza si era de día o de noche, tratando de estar atenta a sonidos, voces o aromas que pudieran resultarle familiares. Con la venda sobre los ojos había desarrollado sus otros sentidos: reconocía los murmullos de la mañana, el vestigio de café a lo lejos, casi podía palpar el calor de la tarde. Reconocía la cantidad de personas en la casa, diferenciando el repicar de sus pasos al andar. No había pasos, estaba sola. Comenzó a balancearse. Desplazó el peso de su cuerpo hacia uno de los lados e intentó que la silla se moviera con ella. No lo logró. Volvió a tambalearse, esta vez con el último esfuerzo se obligó a empujar las puntas de sus pies contra el piso, como tomando envión, para que el vaivén fuera pronunciado y así la silla se separó del suelo. Al hacerlo, ordenó a su cuerpo inclinarse hacia el lado contrario, de esa manera el balanceo fue mayor. Repitió el proceso varias veces, hasta que finalmente cayó.

Ana sintió que su mejilla explotaba contra el cemento. La carne, mullida, rebotó una vez y luego reposó, inerte y dolorida junto con el resto de su cuerpo. Ahora debía empujarse hacia la puerta. No sabía qué haría después —ni cómo lo haría— pero debía salir de ese lugar.



Román Benegas continuaba con los brazos en jarra. Agustín Riglos asentía sin decir nada y Verónica Ávalos hablaba sin cesar. No gritaba. Nunca. Pero el tono de su

voz reflejaba la ira que reprimía.

—No podía decírtelo —interrumpió Riglos—. Conocés el protocolo de seguridad mejor que nadie, no había manera.

—Verónica —dijo Benegas, que hablaba por primera vez—, esta ha sido una misión titánica. No puedes revelar esta información a nadie. Que te hayas dado cuenta va a ser un problema pero, como agente, tienes la obligación de guardar silencio.

—¿Y Ana? —quiso saber ella.

—No podés decirle nada —contestó Riglos enfático.

—Le rompiste el corazón —arrojó la oficial.

Riglos no respondió. Dio media vuelta y se dirigió al área donde se encontraba la tropa de elite. Ávalos lo observó sin inmutarse. Era consciente de la confidencialidad del asunto. Sabía que no podía revelarle a Ana la verdad. Marcos Gutiérrez no era un traidor. Vio cómo Riglos se colocaba el chaleco a prueba de balas, se enfundaba la cara con el pasamontañas y se colocaba el dispositivo para escuchar las órdenes del jefe de la Unidad Táctica.

—¿Va a participar del operativo? —preguntó la oficial molesta.

—¿Crees poder manejarlo? —inquirió Benegas.

Verónica no contestó y se subió raudamente al jeep. Luego lanzó una mirada feroz a su compañero y, sin mediar palabra, le ordenó que la imitara. Tomó el *handy* que llevaba en el cinturón y dio la orden.

—¡Adelante, señores!

Los motores se pusieron en marcha. El eco del rugir de los cilindros bajo tierra resultaba ensordecedor. Pero ella no lo escuchó, iba demasiado ensimismada en el operativo y en su reciente descubrimiento como para reparar en el bramido de las máquinas.

Las luces frontales de los vehículos iluminaban el túnel oscuro, se adentraban en el corazón de los pasadizos subterráneos ajenos a la realidad de la ciudad sobre su techo. Las fauces del túnel parecían devorarlo todo, los autos, el equipo de rescate, los hombres de negro que estaban listos para rescatar a la criminóloga Ana Beltrán.

Ávalos volvió a hablar por el *handy*. Observó el GPS en el tablero del jeep y notó que estaban ingresando en el último tramo de la autovía. En minutos llegarían a destino.

El agente Román Benegas observó atentamente los movimientos coordinados de la oficial Ávalos. Un gesto de admiración podía verse en su rostro. La mujer comandaba los dos grupos con el conocimiento y la tranquilidad de un agente con años de experiencia.

—Panda uno, ustedes abordarán la lancha que los llevará a la embarcación.

Los automóviles se detuvieron. La tropa bajó sin pestañear y la mujer hizo lo mismo. Las botas de goma que llevaba para la ocasión chapotearon en el agua. Estaban a menos de cien metros del Río de la Plata. Caminó enérgicamente,

salpicando a su andar, y a lo lejos pudo divisar a los hombres subiéndose a una pequeña lancha neumática. Los ocho agentes, entre ellos Román Benegas, llevaban cascos tácticos, lentes de visión nocturna y dispositivos de transmisión a prueba de agua. La agente volvió a tomar el *handy*.

—Águila uno, ustedes partirán en el hidroavión.

El grupo de elite encabezado por Agustín Riglos subió al avión rápidamente. Ávalos lo vio acomodarse en el interior de la nave y asegurar su Sig-Sauer P226, una pistola semiautomática con tratamiento anticorrosivo, especial para operaciones acuáticas. Se contuvo de pedirle que recuperara a Ana a salvo.

Una vez que sus hombres salieron del túnel hacia el río y el hidroavión despegó, dio la orden para que la lancha partiera. Segundos después volvió a subirse al jeep para regresar a la base. Desde allí monitorearía la operación de rescate.

Román Benegas chequeó que la transmisión con el jefe del operativo fuera correcta.

—Aquí Panda uno —dijo.

—Recibido, Panda uno —contestó Ávalos desde la sala de seguridad de la base de Interpol—. Corrobore transmisión con Águila uno.

—Águila uno —respondió la voz conocida de Riglos desde la inmensidad del cielo—, estamos sobrevolando el Río de la Plata.

—Panda uno, verifique coordenadas —indicó pausadamente la mujer—. Está demasiado próximo a la embarcación. Que no los detecte el radar.

—Coordenadas verificadas, estamos fuera de alcance del radar. Abordaremos a las dos mil trescientas.

Cuando el reloj marcó las once de la noche, la lancha neumática del grupo especial de operaciones se acercó al yate en el más absoluto silencio. Enfundados en sus capuchas negras y con lentes de visión nocturna, cuatro hombres subieron a la embarcación. Dos buzos tácticos descendieron a la profundidad del río y colocaron explosivos controlados a distancia para sacudir el barco y desorientar a la tripulación.

Los oficiales se movieron sigilosamente por la borda, casi de manera coordinada. El guardia que custodiaba la entrada a los camarotes no vio al buzo táctico que lo ahorcó. Simplemente se desplomó cuando el aire dejó de llegar a su cerebro. Benegas ingresó lentamente. Sabía que lo esperaban, estaba preparados para la emboscada. Dejó que las suelas de goma se deslizaran por la alfombra mullida y que la visión nocturna reconociera el lugar identificando fuentes de calor. Había cuatro hombres escondidos en el sitio. Apretó los labios y se preparó para que lo asaltaran.

Verónica Ávalos observaba las pantallas sin pestañear. A su derecha recibía las imágenes de Benegas. Había cuatro cuerpos calientes en el yate.

—Panda uno —informó por el transmisor—, cuatro objetivos en el interior. El líder, en el centro —dijo refiriéndose a Román Benegas, jefe de asalto táctico del

operativo—. Dos blancos detrás, dos adelante —indicó al resto del equipo.

En la siguiente pantalla, la mujer podía ver las imágenes que captaba el casco que llevaba el agente de Interpol. Las imágenes, oscuras, se iluminaron súbitamente.

—Bienvenido a casa, Uróboro —dijo una voz.

—Piensan que es Riglos —murmuró Verónica al comisario Etchegaray, que se había sumado al operativo unos momentos antes.

Las luces del interior se encendieron. Dos hombres se acercaron al agente de operaciones y lo sujetaron por ambos brazos. Benegas no ofreció resistencia. Era lo que estaban esperando. Internamente inició el conteo. En segundos, estallarían los pequeños explosivos controlados que sacudirían la embarcación. El estallido tomó a la tripulación por sorpresa. El vaivén del agua, sumado a la explosión, derribó a los hombres que sostenían a Benegas. Este, aún encapuchado, sujetó a uno de los individuos y lo apresó al mismo tiempo que sus soldados ingresaban para controlar al resto. En menos de dos minutos habían tomado posesión del yate.

—Objetivo capturado —informó el agente a través de su dispositivo de transmisión.

—Averigüe paradero de Beltrán —ordenó la oficial Ávalos desde la base.

La mujer pudo ver cuando Benegas se quitó el pasamontañas y se acercó al que parecía ser el número uno del grupo.

—¿Dónde está la mujer?

El prisionero no respondió. El agente de Interpol empujó al individuo hacia un sillón. Luego se sentó en una mesa baja, frente a él, con las piernas abiertas de par en par.

—La mujer —repitió.

Tampoco obtuvo respuesta. Benegas elevó la cabeza molesto. Necesitaba saber. Observó cómo el resto del equipo se llevaba a la tripulación y a los custodios fuera del camarote central. Volvió al sujeto que tenía enfrente. No parecía amedrentarse.

—¿Dónde está Ana Beltrán?

La boca del apresado no se movió. Se mostraba impávido frente a la urgencia controlada del agente.

—Esto es muy simple —susurró el oficial—. Por cada pregunta que te niegues a responder, fusilaré a uno de los tuyos. Tú serás el último.

El hombre no pestañeó.

—¿Dónde está Ana Beltrán? —insistió, pero el hombre no hizo caso de la pregunta—. No me dejas opción —dijo Benegas y presionó el dispositivo intercomunicador que llevaba en el chaleco a prueba de balas—. El primero —ordenó y un instante después se escuchó el disparo.

Guardó silencio. Esperó. No hubo respuesta.

—¿Adónde llevaron a la mujer?

Silencio.

—Me estoy impacientando, no me obligues a matar a otro de tus compañeros —

Benegas se acercó, amenazante, al rostro del sujeto. Casi pudo percibir el olor a adrenalina que exudaba—. ¿Dónde está la criminóloga?

—No lo sé —respondió el hombre, que habló por primera vez.

—¿Dónde? —insistió elevando la voz y presionando el intercomunicador nuevamente.

—Las coordenadas están en la bitácora de viaje —se quebró.

El agente se incorporó ágil y ordenó a uno de sus oficiales, a través del intercomunicador, que buscara el registro del viaje.

—Arriba —le indicó al prisionero. Lo obligó a incorporarse y lo llevó del brazo hacia la borda.

Fuera del camarote, la brisa nocturna cobraba identidad. Las olas empezaban a pronunciarse, indómitas, y las estrellas refulgían en la distancia. La embarcación se bamboleaba al compás de las aguas tumultuosas y dos de los miembros de la tropa de elite cargaban a los detenidos en la lancha neumática.

El sujeto, aún en manos de Benegas, observó que sus cuatro compañeros estaban en pie. No habían matado a ninguno. Lo habían engañado.



El hidroavión descendió sobre las aguas calmas del Río de la Plata cuando la luna se encontraba en su punto más alto. Su reflejo iluminaba silencioso las aguas turbias de la orilla. Agustín Riglos saltó a tierra firme y estiró las piernas. Se acomodó el dispositivo de transmisión y, luego de verificar el de audio en su oreja, dijo:

—Águila uno, lista para operativo.

—Confirmado, Águila uno —respondió Verónica Ávalos desde la base central de Interpol—. Avance.

Ávalos observó cómo la tropa de elite se deslizaba, sigilosa, sobre la playa de arenisca y se adentraba en un pequeño bosque en las inmediaciones. Las coordenadas de la bitácora de viaje del yate que habían asaltado indicaban que Ana Beltrán se encontraba en algún punto del bosque. Allí, en Colonia del Sacramento, Uruguay.

Riglos podía escuchar su propia respiración mezclarse con el repicar de sus pasos contra el suelo. Cada vez estaba más cerca, podía sentirla. Y aunque ella no supiera que era él quien iba a rescatarla, y que no pudiera revelar su verdadera identidad, se conformaba con ponerla a salvo. Llevaba una máscara que cubría por completo su rostro y distorsionaba su voz, no había manera de que ella lo reconociera. Y, aún así, temía que lo hiciera. Una vez que la liberara, debía ponerla verdaderamente a salvo. Diaco y sus hombres no iban a dejarla en paz hasta recuperar la Tabla Esmeralda y asesinarlo a él. Volvió a concentrarse en el terreno que recorría y dio la orden al equipo de detenerse un momento. Observó su reloj pulsera Sirf Star III equipado con

GPS y recalculó las coordenadas donde se encontraba la criminóloga. Estaban a pocos metros. Se adentraron en la negrura del paisaje y, a lo lejos, divisaron una casona antigua. Riglos activó sus lentes de visión nocturna y, al aproximarse a la construcción, encendió el detector de radiación infrarrojo. De inmediato, divisó un cuerpo acurrucado, casi en posición fetal, en una de las habitaciones. No había nadie más. O era una trampa o querían que la rescatara. ¿Qué se traía La Legión entre manos?

—Hay una sola persona en la casa. Estamos entrando.

—Es muy raro... —murmuró Ávalos en el oído de Riglos.

—Coincido. Quieren que la rescatemos —respondió él desde el otro lado del río —. Están tramando algo.

—Estén atentos, Águila uno —concluyó la oficial.

El agente Agustín Riglos escuchó cómo su corazón rugía. Cada paso que daba, lo aproximaba más a la mujer que anhelaba. El grupo de operaciones especiales se deslizó en silencio sobre la grava. Inmersos en la oscuridad, envueltos por un silencio que atormentaba y acompañados tan solo por el ronroneo de las hojas de los árboles mecidas por el viento, los siete hombres parecían ser los únicos seres vivos en aquel remoto lugar. Abandonada a su suerte, la casona de principios del siglo XIX emergía en medio del claro. Adentro se encontraba Ana Beltrán. Sus latidos se aceleraron. Fue el primero en acceder a la vivienda. Empuñaba su Sig-Sauer P226 con firmeza y, a través de sus lentes, seguía el rastro de radiación del cuerpo caliente en la segunda planta. Notó que los hombres de Diaco habían abandonado el sitio precipitadamente. Había café a medio hacer y comida en los platos. Habían huido. De alguna manera habían tomado conocimiento de su llegada. «Tienen un topo», pensó Riglos. Descartó la idea de inmediato y volvió a concentrarse en el operativo. Mientras sus hombres verificaban que la casa estuviera vacía, él subió las escaleras. En la planta superior, la negrura era espesa. Acercó sus dedos a sus lentes especiales y habilitó la cámara amplificadora de luz. Distinguió múltiples puertas que daban a aquel gran hall de distribución, pero el individuo en posición fetal se encontraba detrás de la última. Se aproximó ágil, abrió la puerta y la vio, sobre el piso, retorciéndose con la intención de escapar. El corazón le dio un brinco.

—Tranquila —le dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano por no abrazarla con fuerza y decirle lo mucho que lo sentía—. Soy el agente Agustín Riglos de Interpol. Está a salvo.

Ana sintió que las lágrimas se le escapaban sin pedirle permiso. No sabía si llorar o reírse, o hacer las dos cosas a la vez. Dejó que el hombre le desatara las ligaduras y la ayudara a incorporarse, se la notaba débil.

—Señorita —le dijo con fingida tranquilidad—, voy a quitarle la venda, no abra los ojos, los ha tenido vendados por demasiados días. No quiero arriesgarme a lastimarlos, ¿comprendió?

—Sí, sí —asintió Ana trémula.

Riglos se sentó frente a ella sin quitarse la máscara que le cubría la cara por completo. No podía arriesgarse a que lo descubriera. No aún. La observó en silencio y le quitó con cuidado la venda. La removió y pudo ver, otra vez, el rostro que le había quitado el sueño. Sobre la mejilla izquierda presentaba un moretón oscuro. Estuvo tentado de acariciarlo, pero se contuvo.

—Ahora, muy despacio, abra los ojos.

La mujer dejó que los párpados se levantaran con parsimonia, tímidos. No había luz que lastimara, no veía nada, estaban a oscuras.

—Bien —dijo Riglos—. Vamos a salir de acá. Voy a levantarla, no se asuste y agárrese fuerte de mi cuello.

Ella asintió, frágil, y dejó que el agente la levantara en brazos. El contacto con el hombre le generó una descarga eléctrica que la turbó. Sintió como si lo conociera. Estaba agotada, se dijo, y permitió que el sujeto la acomodara sobre su pecho, que la acurrucara para salir de allí.

Sándalo.

Un aguijonazo se le clavó en el pecho.

Madera.

El aroma personal del agente le recordaba a Marcos Gutiérrez. «Estás delirando, Ana», se repitió mentalmente, al tiempo que percibía el pecho duro del hombre que la acarrea en medio de un bosque que no terminaba de distinguir. Corrían entre los árboles, acompañados por un grupo de seis o siete personas más que iban detrás ellos.

—Aquí Águila uno —lo escuchó decir—. Recuperamos el objetivo. Volvemos a la base.

Cuando se aproximaron al avión que flotaba sobre la orilla del río, los ojos de Ana tardaron en acostumbrarse a la luz. Notó que Riglos y sus hombres llevaban lentes de visión nocturna y se manejaban con destreza en aquella oscuridad interrumpida solamente por una luna ahora lejana y las luces de la hidronave.

Anotaciones de Pérgamo

Turquía, Ciudad de Éfeso, 1000 d. C.

Se erigía, majestuosa, al final de la Avenida de los Curetos, la Biblioteca de Celso. Lisímaco, que aún podía sentir el olor a sal en el aire, giró sobre sus pasos y observó el carro tirado por burros que llevaba el encargo. Con un leve gesto animó a sus compañeros a seguir. Cruzaron la Puerta de Mazaeus y Mitrídates y, en silencio, recorrieron la distancia entre el ágora y la pequeña plaza cubierta de losas por la que se accedía al recinto.

Se detuvo frente a la fachada, imponente. Tuvo que levantar la cabeza y proteger sus ojos de los rayos del sol para ver dónde terminaba la

construcción. Ante él, nueve escalones de piedra, escoltados por dos estatuas, lo invitaban a ingresar. En su interior, el veedor los recibió sin emitir palabra. Los esperaba. Les indicó que lo siguieran. Caminaron por el piso de mármol blanco y distintos tonos de rosa acompañados, tan solo, por el murmullo de las suelas de sus sandalias contra el suelo. Ingresaron en una cámara abovedada en cuyo centro se encontraba un sarcófago de mármol. Lisímaco contuvo la respiración. La comisura de sus labios tembló y un destello de terror, casi imperceptible, le nubló la vista. Dejó que el peso de su cuerpo lo arrastrara al piso y lo dejara de rodillas ante la aparente tumba. Había escuchado historias, sabía de su belleza, pero jamás imaginó estar tan cerca de ella. Recorrió con la palma de su mano la piedra helada, elevó la mirada a los cielos y oró.

Capítulo III

EL comisario Etchegaray arrojó con violencia la taza de café y gritó algo que Ávalos no logró descifrar pero que sí comprendió. La losa blanca, con el logo de la Policía Federal, dejó una marca oscura sobre la pared y se arrumbó en el suelo, entre piezas filosas de cerámica y gotas de café negro.

—¡Que alguien me explique cómo mierda pasó esto! —vociferó furioso el hombre, que se dispuso a salir de su despacho para dirigirse hacia el recinto de reclusos—. ¡Y no me vengan con que no entró nadie, porque alguien entró!

El comisario emprendió a paso rápido el trayecto entre su oficina y el reclusorio de detenidos. Allí estaban en custodia los cuatro individuos apresados en la embarcación asaltada por el grupo de operaciones especiales días atrás.

Etchegaray pudo distinguir al oficial de turno en el acceso al lugar y a los peritos que iban ingresando enfundados en su habitual mameluco descartable. Se detuvo bajo el dintel de la puerta y cerró los ojos por un segundo. Necesitaba pensar. Distribuyó el peso de su cuerpo en las piernas y, sin pestañear, observó el lugar con detalle.

Un mes y medio atrás, cuatro detenidos habían muerto tras ingerir una mínima dosis de cianuro de sodio. Los cuerpos reposaban, inexpugnables, sobre los camastros de las celdas. Ahora, sobre los mismos aposentos, yacían cuatro hombres más. Reclusos a quienes, como correspondía, se les habían quitado todas las pertenencias y no habían recibido visitas.

—Que alguien me explique cómo se matan estos tipos porque no entiendo —murmuró Etchegaray agitado, luego de acomodarse los protectores de calzado para evitar contaminar la escena del crimen. Entró en los calabozos. Caminó unos pasos e ingresó en una de las celdas. El hombre parecía dormido. Se arrodilló a su altura y lo observó detenidamente. Escuchó pasos.

—Otra vez la misma historia —dijo la mujer. Etchegaray giró la cabeza y se encontró con Ana Beltrán.

—Deberías estar en tu casa.

—No puedo. Estoy bien, necesito ocuparme de algo o voy a volverme loca.

—Ya le dije lo mismo —interrumpió otra voz conocida. Verónica Ávalos entró en el lugar y se acomodó junto a los otros dos oficiales.

Román Benegas, que había ingresado luego, observó la escena atentamente. Alfredo Etchegaray, Ana Beltrán y Verónica Ávalos se encontraban de rodillas frente al cuerpo quieto sobre la litera. Observaban, impávidos, el color cetrino de la piel y comentaban algo sobre venenos transdérmicos.

—Nanopartículas bioadhesivas —dijo Ana, que acababa de incorporarse y sacudía el polvillo de sus rodillas.

—Demasiado sofisticado —objetó Ávalos ya de pie.

—No para este tipo de gente —interrumpió Benegas—. La Legión es una

organización muy poderosa, cuenta con científicos de primera línea. No es tan descabellado lo que plantea la doctora Beltrán.

—Llámeme Ana. Si los reclusos han sido desprovistos de sus ropas y pertenencias, y no han recibido visitas —se detuvo y los miró a los ojos—, y a no ser que haya alguien dentro de estas oficinas que les haya facilitado el veneno, deberíamos considerar la posibilidad de que este tipo de personajes tenga acceso a venenos de diseño.

—¿Y cómo llegan a utilizarlos si están custodiados y nadie se los facilita? —inquirió Etchegaray molesto.

—Eso es lo maravilloso de los fármacos de diseño. Pueden llevar una pastilla, una cápsula, un parche, lo que sea. En un colgante o en el bolsillo e ingerirlo, aspirarlo o adherirlo a sus cuerpos cuando los apresamos, de manera que, cuando están en el interior de la celda, mueren. Y nosotros, sin siquiera notarlo.

—Están preparados para todo —musitó Verónica Ávalos.

—Están preparados para mucho más. Y sobre todo, para morir por su causa y no revelar ninguno de sus secretos —afirmó Benegas.



—Etchegaray.

—Sí —respondió el comisario, que se encontraba sentado detrás de su escritorio—. Pase, Benegas, adelante.

—Tenemos un asunto que resolver.

—Usted dirá.

—Ana Beltrán va a ser un problema.

—No entiendo —dijo Etchegaray y se acomodó en su sillón.

—Beltrán ingresando en estas oficinas, o en la sede de Interpol como si fuera parte del personal, no puede volver a pasar. No podemos correr el riesgo de que se cruce con el agente Riglos.

—Entiendo —murmuró el comisario—. Pero Beltrán es asesora de esta oficina.

—Lo sé. Pero no me está entendiendo. No hablo de restringir el acceso...

—Entonces...

—Ana Beltrán debe desaparecer por un tiempo. Debemos sacarla de circulación —Benegas notó que Etchegaray enarcaba su ceja izquierda—. Ana Beltrán no puede seguir existiendo, por su seguridad, por la de Agustín Riglos y, sobre todo, por el bien de la misión a la que le hemos dedicado dos décadas.

—¿Y qué tiene en mente?



Diaco se recostó sobre el respaldo de la silla y observó detenidamente cada uno de los rostros que se ubicaban alrededor de la mesa. En total eran seis. Seis de sus mejores hombres, personalidades respetadas del mundo de los negocios, primeros mandatarios, ministros, tiburones de las finanzas. Seis figuras cuyos linajes se perdían en la historia de los tiempos. Todos estaban allí por una única razón: la Tabla Esmeralda.

Ellos eran La Legión. Bajo su ala protectora, Diaco comandaba la cofradía desde hacía más de sesenta años. A lo largo de ese tiempo habían intentado reiteradas veces ubicar el lugar donde se ocultaban los escritos alejandrinos y, cuando lo hicieron, la oportunidad de destruirlos se les había escapado por muy poco. Y por Uróboro. Diaco se había equivocado, había creído encontrar en Marcos Gutiérrez al perfecto sucesor. Gutiérrez era hábil, inteligente, locuaz, un estratega nato que lideraba al equipo de los espías papales con firmeza y benevolencia. Tenía futuro en la organización. Admiraba a Uróboro, pero resultó ser un fraude. Un agente encubierto que supo desempeñar el rol con exactitud napoleónica. Diaco apretó los labios intentando contener la ira que le desataba Gutiérrez y su propia ineptitud al no haber notado los indicios que le hubieran permitido descubrir su plan. Volvió a los hombres a su alrededor, aguardaban sus palabras.

—El plan funcionó —dijo rompiendo el silencio del comedor en el que se encontraban—. La mujer fue liberada —guardó silencio un momento—. Agustín Riglos, a quien nosotros llamábamos Marcos Gutiérrez o Uróboro —sonrió con cierta tristeza—, la rescató. Mi corazonada no falló, él iría por ella. Ahora los atraparemos a los dos juntos. Y así, cuando vea que la amenazamos frente a sus ojos, nos dirá dónde se esconde la tabla.

—No entiendo por qué no hiciste eso mismo en la casa de Colonia —irrumpió uno de los presentes—. ¿Cuál es el objeto de volver a perseguirlos? ¿Cuánto tiempo más perderemos?

Diaco no admitiría jamás que aquella era una venganza personal, que pensaba destruir a Riglos y a su mujer aunque fuera lo último que hiciera como líder de La Legión. Nadie podía saber que buscaba darle alas a Uróboro para luego arrancárselas una por una. Y matarlo.

—A veces hay que saber esperar, mi amigo —respondió haciendo un gesto con su mano arrugada y de venas transparentes a un hombre que ingresaba en el salón—. ¿Son las fotografías?

El sujeto asintió y le entregó un sobre, luego dio media vuelta y desapareció tras la puerta por la que había entrado.

El comandante de La Legión abrió el documento y dejó que una minúscula sonrisa se dibujara en su rostro. Uno de los presentes encendió un cigarrillo en

silencio y lo observó con detenimiento. Diaco tenía el pelo blanco, tan blanco que, por momentos y bajo el reflejo de algún rayo de sol que se colaba por las ventanas, parecía plateado. Su rostro, alguna vez anguloso, había perdido vitalidad, pero se mantenía igual de inmutable que siempre. No había forma de saber qué pensaba ni qué sentía el individuo que más poder tenía dentro de La Legión. Aun estando frente a la más sórdida de las situaciones, Diaco no movía un músculo. Era temerario. A sus ochenta años era un hombre que imponía respeto con su presencia.

—Nuestros hombres lo han seguido —comentó refiriéndose a Riglos—. Lo bueno de haberlo tenido en nuestras filas es que sabemos cómo piensa —sonrió—. Uróboro no ha perdido las mañas, no deja a la criminóloga ni a sol ni a sombra.

Diaco arrojó las imágenes sobre la mesa. Allí, encima de la madera oscura, pudieron ver cientos de fotos de Riglos vigilando a la mujer, desde lejos, oculto, pero siempre presente desde las sombras, protegiéndola.



Ana dejó caer el peso de su cuerpo sobre el sillón de la oficina y respiró profundamente. No tenía ánimos de trabajar. Habían pasado seis meses desde la muerte de su padre. Estaba triste y, además, cansada. Todavía podía sentir los vestigios de los seis días de captura. Había tratado de mantener la cabeza ocupada, pero no dejaba de rememorar las horas de secuestro. Tampoco había logrado evitar las pesadillas por la noche, o despertarse empapada de sudor. Temblando.

Román Benegas había sido claro: no estaba a salvo. La Legión continuaba siendo una amenaza. Creían que ella estaba en contacto con quien les había robado la Tabla Esmeralda, Marcos Gutiérrez. Pero no sabía nada de él, había desaparecido de su vida meses atrás. Cerró los ojos un momento, casi como si al hacerlo pudiera expulsarlo de su memoria. No podía. Quería arrancar de cuajo el recuerdo y volver a empezar. Disfrutar de la vida, de su nuevo trabajo en Centauro, pero sentía su ausencia, le quemaba el vacío que él había dejado en su interior.

Se incorporó bruscamente. No quería pensar. Caminó hacia el escritorio que alguna vez había sido de su padre y encendió la computadora. Mantenerse ocupada era la única manera que conocía para erradicar la imagen recurrente de Gutiérrez en su cabeza. Los *mails* empezaron a caer en su casilla. A medida que se acumulaban, levantó el teléfono y marcó algunos números.

—Soy yo. Quería saber si habías podido ubicar al agente Riglos. No tuve oportunidad de agradecerle.

—Sí, Ana —respondió Verónica Ávalos del otro lado de la línea con un nudo en la garganta por mentir—. Pero no está en el país. Fue reasignado a otra misión.

—Una lástima —murmuró Beltrán decepcionada—. Me hubiera gustado

conocerlo.

—Benegas pasó a verte —Ávalos le dio un giro a la conversación—. ¿Pensaste en lo que te dijo?

Ana guardó silencio un momento. No sabía qué pensar sobre el plan de Interpol para su protección.

—Me parece demasiado.

—Ana, no van a parar hasta tener la tabla.

—A esta altura, deben de saber que no la tengo y que tampoco tengo contacto con él —dijo refiriéndose a Gutiérrez.

Ávalos cerró los ojos. La culpa por lo que estaba a punto de hacer se le dibujaba en la cara. Por suerte aquella era una conversación telefónica y su amiga no podía verla.

—Anita, yo creo que deberías aceptar.

—Lo voy a pensar —contestó Ana y, cuando estaba por agregar algo, el remitente de uno de los correos en su bandeja de entrada hizo que el corazón le diera un vuelco.



Román Benegas salió de la oficina hecho una furia. Había desarrollado un plan para mantener a Beltrán y a Riglos fuera del alcance —el uno del otro— por un tiempo, por lo menos hasta que pudieran capturar a los cabecillas de La Legión y desbaratar la cofradía, pero aquello le parecía cruel.

Repasó mentalmente cada detalle de la reunión a la que acababa de asistir y recordó el momento cuando ingresó en la sala y notó que el comisario Etchegaray ya estaba reunido con el número uno de Interpol en Latinoamérica. Intuyó que algo no estaba bien. ¿Desde cuándo esos dos se reunían? Cuando leyó el memorándum con el detalle de la operación, entendió que Etchegaray era más ambicioso de lo que jamás hubiera imaginado. El plan resultaba maquiavélico. Se opuso de manera inmediata, se negaba a hacerle pasar esa terrible situación a Agustín Riglos.

—No tiene opción, Benegas —había dicho, en su español forzado, el brasileño al mando de Interpol en la región.

—Señor Preston, somos agentes federales, no actores. No puede pedirme que participe de semejante mentira.

—Agente Benegas —le respondió—, comprendo su preocupación, pero es la única manera de salvar veinte años de investigación. Y además, de poner a salvo a la civil —en referencia a la criminóloga Ana Beltrán—. Y a uno de nuestros mejores agentes. Él ha perdido la objetividad —«está enamorado de ella», le había faltado decir, pero no hizo falta aclararlo, todos lo sabían— y puede poner en riesgo a la mujer y toda la operación.

—No voy a participar.

—No existe esa opción, Román —el tono de voz de Preston había sido casi el de un padre hacia un hijo—. No puedes salirte de esta operación, estás a cargo. Y tampoco puedes revelarle a nadie la verdad al respecto.

—¿Qué pasará con el agente Riglos?

—Lo hemos apartado de la misión de manera indefinida.

—¿Por qué razón?

—Por haber involucrado a una civil —había dicho el comisario Etchegaray hablando por primera vez.

Benegas rio con sorna:

—Ana Beltrán no es una civil.

—Desde el momento en que renunció a la Policía Federal y se convirtió en asesora externa, lo es —había explicado Etchegaray.

—Ese es un tecnicismo —recordó haber exclamado, furioso—. Beltrán es criminóloga de la Federal. Riglos no la involucró en nada, la mujer resultó heredera de un secreto que...

—Basta, Román. Esto es así. Son órdenes, debes acatarlas.

Había abandonado el lugar envuelto en ira y tratando de controlar sus ganas de confesarle a Riglos lo que estaban tramando. Pero sabía que no podía hacerlo, estaba atado de pies y manos. No podía revelarle a nadie lo que Interpol estaba a punto de hacer en pos de salvar lo que ellos llamaban Operación Esmeralda.

Anotaciones de Pérgamo

Turquía, Ciudad de Éfeso, 1000 d. C.

Lisímaco continuaba orando. Los hombres a su alrededor, aún arrodillados frente al falso sarcófago, aguardaban el momento en que el hombre corriera la lápida y pudieran ver aquello por lo que habían viajado tanto.

—¿Traen el libro de Thot? —preguntó el veedor de la biblioteca.

Lisímaco asintió y le entregó el rollo. El hombre tomó el escrito con cuidado y se acercó a la tumba. Con esfuerzo, empujó la tabla de mármol y un destello singular se reflejó en el recinto. Ante ellos, el secreto de los tiempos.

El doctor Jack Williams no podía dejar de pensar en el descubrimiento de su compañera, la científica Evelyn Hall. ¿Podía ser posible que Eugène Canseliet o, como había elegido llamarse, Fulcanelli, realmente había accedido a la Tabla Esmeralda? No había otra manera de explicar la ilustración que Fulcanelli había

hecho de la tabla sino hubiera tenido en sus manos el original. Pero ¿cómo? La tabla había estado perdida desde los tiempos de Hipatia de Alejandría.

Volvió al texto del alquimista: «... la primera piedra, resplandeciente gema, más preciosa que el mismo oro. Toda la verdad, toda la Filosofía, toda la Religión, descansaban sobre esta piedra única y sagrada^[2]. Levantó los ojos y regresó a la pantalla de la computadora. La Tabla Esmeralda había aparecido en Buenos Aires. Oculta bajo la jaula de los elefantes del zoológico de la ciudad, había permanecido indemne por más de cien años. Su último custodio, el científico argentino Eduardo Ladislao Holmberg, director del parque y responsable de la construcción de los recintos para los animales, la había escondido junto con trescientos códices alejandrinos. El Legado de Hipatia, como lo había denominado la prensa, había sido el descubrimiento del siglo y prometía quebrar el paradigma de la época. Desde hacía un par de meses, los escritos estaban en poder de un heterogéneo grupo de científicos y académicos del mundo, que estaban investigándolos en profundidad. La tabla, en cambio, estaba en poder de la Agencia. La habían robado, lo sabía. No existían escrúpulos cuando de poder se trataba. Y allí, a tan solo dos metros de distancia de su escritorio, detrás de un blíndex inviolable y acondicionado para protegerla de cualquier bacteria o amenaza, se encontraba la Tabla Esmeralda, y en su interior, el secreto de la vida eterna. Y mucho más.

Releyó el informe del agente Agustín Riglos respecto al descubrimiento y reparó en el *curriculum vitae* de la criminóloga Ana Beltrán. La había escuchado disertar en un simposio en París sobre patología forense. Era brillante. La mujer había resultado ser la heredera de la Corporación Centauro, un enorme multimedio que, de la mano del reconocido filántropo Emerio Beltrán, había custodiado el mapa con el lugar exacto en el que se escondían los manuscritos. Debía ver ese mapa y estudiarlo. Riglos detallaba en su informe que se trataba de un libro escrito de puño y letra por Eduardo Ladislao Holmberg. Se incorporó decidido a contactarse con Ana Beltrán. Buscó sus datos en el registro de la Asociación Científica y le envió un mensaje a su correo privado.



Ralph Grazia trabajaba en la Unión de Bancos Suizos desde hacía más de veinte años. Ya nada lo sorprendía. Había abierto cuentas de inversión con más ceros de los que podía imaginar y, a su vez, había participado en la apertura de cajas de seguridad destinadas a ocultar los tesoros más excéntricos. Testamentos, cartas de amor, análisis de ADN. Había visto cientos de documentos en las bóvedas. Sin ir más lejos, aquella mañana, caminando por Bahnhofstrasse se dirigía a las oficinas para certificar la apertura de cuatro cajas cerradas desde hacía más de cincuenta años con los

cuadernos secretos de Franz Kafka. Una vez que concluyera con ese trámite, debía cumplir la última voluntad de Máximo Zaldívar.

En horas se cumplirían seis meses de la muerte del financista. Zaldívar había aparecido colgado de la viga de su vestidor en un departamento de Madrid. Su boca estaba sellada con ocho puntos de sutura prolija. Los secretos que guardaba ese hombre, sin embargo, no habían muerto con él. Meses antes de que La Legión lo matara, Zaldívar había dispuesto la apertura de dos cajas de seguridad. La primera, a nombre de la compañía Monalia, debía ser puesta a disposición de la criminóloga Ana Beltrán apenas él muriese. La llave de la segunda, en cambio, debía entregársele cumplidos los seis meses de su muerte. Y estaba a punto de cumplirse ese plazo.

Ingresó en el banco pasadas las ocho de la mañana. Escuchó el repicar de sus zapatos contra el mármol frío. Le gustaba ese sonido, le daba cierta paz. Afirmaba la solidez de su andar y la necesidad inexplicable de controlar sus rutinas diarias. Los cien pasos entre su despacho y el siguiente, el aroma que ingresaba por el pasillo desde quién sabe dónde, y que se mezclaba con la esencia de pino que usaban para asear las oficinas. La extraña mezcla de fragancias le golpeaba las fosas nasales cada día, sin excepción. Y olerla lo relajaba. Se acercó a su escritorio y encendió la computadora. Inmediatamente se abrió la página de mensajes seguros de la UBS.



Agustín Riglos ingresó en la sede de Interpol con los puños apretados. En sus ojos se adivinaba la ira que intentaba controlar.

—No me pasé casi quince años encubierto para que me saquen de la operación como si fuera un paria —gritó. Había ira en su voz.

—Pasemos a mi despacho —respondió tranquilo Preston. El agente lo siguió—. No te apartamos, Agustín —dijo el brasileño pausadamente—. Ya estabas de vacaciones, ¿recuerdas?

—Eso fue antes de que Diaco secuestrara a Ana —masculló reprimiendo la furia que sentía crecer en su interior—. Yo la metí en esto, yo la voy a sacar. No puedo dejarla sola.

—Ana Beltrán es una civil, no deberías haberla involucrado jamás —sostuvo Preston con firmeza.

—Vamos, Paul —interrumpió Riglos usando el nombre de pila de su superior por primera vez—. Es una exagente de la Federal. ¡No es una civil!

—Renunció. Es una civil —objetó el hombre sin ánimo de seguir con aquella conversación—. Estás afuera y, en cuanto a ella, vamos a pasarla a un programa de protección de testigos.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Estás fuera, Riglos. Y de más está decirte que no podés acercarte a Beltrán — irrumpió una voz conocida desde atrás. El agente giró, ante él se encontraba el comisario Alfredo Etchegaray.

—No pensaba hacerlo —mintió—. No pondré en riesgo una operación que exigió quince años de mi vida.

Cuando terminó de hablar, se dirigió hacia la puerta y abandonó el recinto. A lo lejos divisó al agente Román Benegas. Este notó sus ojos desesperados y, sin decir nada, se acercó.

—Averiguá dónde la mandan, nombre que le asignan, destino e historia —susurró Riglos caminando junto a Benegas—. No voy a dejarla sola.

—Me han apartado de la misión —mintió—. Me trasladan a Europol.

El Agente Cero se detuvo en seco. Observó atentamente a su compañero y amigo, y comprendió que la Operación Esmeralda era mucho más grande de lo que imaginaban.

—Son unos hijos de puta —murmuró—. No lo hacen por proteger a Ana. Lo hacen por la tabla. Quieren descubrir su poder cueste lo que fuere.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Benegas.

—Voy a buscarla.

Agustín Riglos salió de la sede de Interpol sin esperar respuesta. Benegas lo vio partir y se odió por lo que iba a hacer. Pero no podía arruinar una carrera de años por el amor pasajero de Riglos por Beltrán. Dio media vuelta y se dirigió hacia las oficinas de Preston.

—Va por ella. Yo cumplí con mi parte. Espero que ustedes cumplan con la suya —concluyó. Se dio vuelta y desapareció tras el vano de la puerta.



Eduardo Ladislao Holmberg había sido un gran científico argentino, especialista en botánica. Médico, escritor y un iluminado de las ciencias. Ana lo sabía. Había pertenecido a la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y había admirado las ideas del científico inglés Charles Darwin, como así también a Sarmiento. Había escrito sobre la política de su tiempo e incursionado en la literatura fantástica. Fue un intelectual de pura cepa que articuló sus saberes científicos con su prolífica imaginación literaria. Un sabio que había «armonizado un alma poética con una gran educación y labor científica, y creía en el progreso, en la razón, en el valor de los sentimientos y en la capacidad del hombre para construir un mundo mejor^[3]. Pero no era el remitente de aquel *mail*. Aunque en su bandeja de entrada había un mensaje que clamaba ser de «Eduardo Holmberg», Ana sabía, con certeza, que no se trataba de él, sino de Marcos Gutiérrez. Abrió presurosa el correo y leyó el mensaje

breve, casi críptico: «*In agregattis evolutio maxima*». «Hoy».

Odiaba a Marcos Gutiérrez con las vísceras, desde lo más profundo de su ser. Estaba convencida de eso. Sin embargo, la posibilidad de verlo derrumbó cualquier barrera que hubiera osado construir entre ellos. «Marcos sabía de los asesinatos de papá y de Max y no previno a ninguno de los dos», pensó. Esa idea le rondaba la cabeza desde el momento en que se enteró de que el hombre del que se había enamorado era un fraude. Un espía de La Legión que se había mantenido a su lado para obtener la Tabla Esmeralda, y que no la había matado gracias a la amenaza que Máximo Zaldívar le había hecho: «Si algo le pasa, tu verdadera identidad será de público conocimiento». Una vez que consiguió el manuscrito, la había dejado, y con ella, sus ilusiones. Pero quería verlo. Necesitaba oír de sus labios por qué había permitido que asesinaran a su padre, por qué había dejado que acabaran con Max. Ella había visto con sus propios ojos el derrumbe de aquel lobo de las finanzas cuando le cosían la boca.

Volvió al mensaje. Conocía perfectamente el significado. Se recostó sobre el respaldo de su silla y abrió un cajón del escritorio. En su interior, reposaba la herencia de Max. Una caja de madera oscura tan negra por fuera como por dentro. Respiró obligándose a tomar valor para afrontar, otra vez, el legado del recuerdo. Era inevitable volver a vivir la muerte de su padre y de su amante cada vez que posaba los ojos sobre aquella madera. Seis meses atrás, Zaldívar le había dejado un manojito de memorias que, a modo de mensaje cifrado, componían el número de una caja de seguridad en una bóveda suiza. Entre los recuerdos estaba la servilleta del Café Marly, en París. Sobre el papel arrugado pudo leer «*In agregattis evolutio maxima*». Se incorporó y sin dejar de reprocharse sucumbir —nuevamente— a los pedidos del asesino de su padre, salió de la oficina rumbo al lugar de la cita. El corazón ya no latía como antes, estaba desbocado.



Román Benegas estaba en posición, listo para comandar el rápido operativo que le permitiría a Interpol apoderarse de las vidas de Agustín Riglos y Ana Beltrán. Etchegaray y Preston habían sido precisos: los objetivos no debían encontrarse, Riglos debía creer que la mujer había sido secuestrada, y ella, que Marcos Gutiérrez no había ido a la cita.

La vio salir de Centauro manejando su automóvil. La llovizna apenas empañaba el parabrisas, se la notaba nerviosa. Arrancó su vehículo y él la siguió. Benegas se distrajo un momento cuando su celular vibró. Lo conectó rápidamente al *speaker* y habló por el altavoz.

—Diga —notó que era una línea segura. Era un agente quien lo llamaba.

—Soy la agente Ávalos —Benegas no pudo evitar sonreír—. ¿Podés hablar?

—Claro, Verónica, dime —respondió él inusitadamente ilusionado por el llamado.

—Hice lo que me pediste —murmuró no del todo convencida.

—¿Y ella qué dijo? —quiso saber el hombre.

—Lo va a pensar —respondió la oficial.

—Debemos protegerla, Verónica —insistió Benegas—. La Legión no va a parar hasta recuperar la tabla, y si para eso deben volver a secuestrarla o matarla, lo harán. Riglos está de acuerdo en que se ejecute el plan —mintió.

—Lo que opine Riglos me tiene sin cuidado —contestó ofuscada—. ¿Venís para la base? —inquirió y enseguida se arrepintió de haber formulado la pregunta: ¿qué le importaba a ella qué hacía Benegas?

Román volvió a sonreír:

—No, estoy en medio de un operativo. Después hablamos, ¿vale?

El agente dio por terminada la conversación y volvió a enfocarse en Ana Beltrán. La mujer conducía por la Avenida del Libertador San Martín rumbo al norte de la ciudad. Aceleró y se acercó al auto procurando mantener una distancia prudencial que impidiera que lo notase.

Ella estacionó en una zona residencial y con firmeza caminó los metros que la separaban de su destino. Ingresó, sin titubear, en el instituto, y Benegas, desobedeciendo años de entrenamiento y poniendo en riesgo su carrera, no se movió. Se resistió a bajarse del auto y seguirla. Le daría media hora. Media hora para que pudiera reunirse con Riglos. Diría que la había perdido, inventaría cualquier excusa. Agustín era su amigo. Le debía, aunque más no fuera, unos minutos con la mujer que estaba a punto de perder para siempre. Cerró los ojos y se recostó sobre el asiento. Estaba empezando a aborrecer la Operación Esmeralda.



Llovía. La pequeña llovizna que había salpicado de gotitas minúsculas su rostro a medida que se acercaba a la casona en el corazón de Barrio Parque Aguirre, se había convertido en lanzas copiosas que se desataban contra el ventanal de la biblioteca. Dejó que sus pensamientos se escaparan por la abertura y observó el repicar del agua sobre los árboles que rodeaban el lugar. Desde la última vez que había estado allí su vida había cambiado para siempre. Se acercó al mostrador y presentó su identificación para ingresar en la sala de lectura. Esperó que la recepcionista cargara sus datos, y sus ojos se cruzaron con el escudo del instituto. Sobre él se leía: *In agregattis evolutio maxima*.

La biblioteca del Instituto Darwinion llevaba el nombre de Eduardo Ladislao

Holmberg. Su discípulo, Cristóbal Hicken, la había nombrado en su honor cuando construyó el centro de estudios de botánica. Ana ingresó lentamente, casi como si quisiera postergar el encuentro con Marcos Gutiérrez. El corazón le latía demasiado rápido, las manos le transpiraban, la boca se le había reseca. Tosió. Observó atentamente el lugar, no lo vio. En cambio, sobre la mesa de lectura, se encontró con un libro que llamó su atención. No pudo evitar reprimir una sonrisa. Se acercó, lo tomó entre sus manos, y recorrió con la yema del dedo índice el título del ejemplar. Se trataba de *Olimpio Pitango de Monalia*, un texto de Holmberg publicado por Editorial Centauro. Antes de morir, Máximo Zaldívar había guardado una copia en la caja de recuerdos. En su interior había puesto la escritura notariada con la cesión del cuarenta y nueve por ciento del paquete accionario de la corporación. Zaldívar le había devuelto la mitad de la empresa que le había comprado a su padre con la intención de descubrir dónde escondía Emerio Beltrán el mapa para llegar a los códices alejandrinos que, finalmente, ella había logrado ubicar —con la ayuda de Gutiérrez— en el Zoológico de Buenos Aires. Abrió el libro y ubicó el papel doblado en el centro. Leyó rápidamente el mensaje y, por un momento, el corazón se le estrujó. Siguió las instrucciones y caminó hacia la puerta, dobló a la derecha y llegó a un acceso restringido del instituto. Se detuvo un momento. Dudó. ¿Con qué se iba a encontrar? ¿Con el hombre que había podido evitar las muertes de su padre y de Max y no lo había hecho?, ¿qué estaba haciendo? Pero por mucho que se cuestionara, una pulsión incontrolable la obligó a tomar el tirador de la puerta y hacerlo girar, hasta que escuchó el sonido de apertura de la cerradura y, entonces, la puerta se abrió. Entró. Caminó en silencio por el pasillo, aún cuestionando su decisión. Apuró el paso hasta llegar al sitio indicado. La sala estaba vacía. Marcos no aparecía. Afuera diluviaba y su corazón se iba haciendo trizas a medida que se adentraba más en el recinto.

—No digas nada —Ana sintió los brazos que rodeaban, por detrás, su cintura, al mismo tiempo que la calidez del susurro en su oído. Se estremeció.

—Yo... —empezó a decir ella.

—Shhh... no digas nada —insistió él, e instintivamente apoyó la frente sobre la espalda de ella, como queriendo intoxicarse de su olor y recuperar el tiempo perdido —. Tenemos poco tiempo.

—Te busca Interpol —murmuró Ana, que súbitamente había olvidado todo el discurso que había pensado decirle.

—Ya sé —respondió sin negarlo.

—Me dejaste sola —se quejó Beltrán haciendo referencia a su desaparición luego de que encontraran los manuscritos.

—Perdón, Ana... —Se lo notaba acongojado—. Pero ya hablaremos de eso luego. Necesito que me escuches —la obligó a girar. Luego de meses, sus ojos volvieron a encontrarse.

Ella notó un destello de ternura y dejó que la atrajera hacia él y pasara sus manos

por la espalda. Acariciando su piel bajo el suéter. Se olvidó de todo, se concentró en el latir desbocado del corazón del hombre que la albergaba entre sus brazos.

—Escuchame bien —dijo a su oído—. Interpol quiere ingresarte en un programa de protección de testigos —ella asintió—. No aceptes.

—¿Por qué?

—Porque no les importás, porque solo quieren asegurarse de que nadie les saque la tabla —Ana le clavaba los ojos sin pestañear y, sin darse cuenta, lo sujetaba tan fuerte que le estaba clavando las uñas en los antebrazos—. Mañana a esta misma hora vamos a encontrarnos en esta dirección —le entregó un papel—. Nos vamos juntos, Ana. No voy a dejarte en manos de mercenarios.

—Marcos, no entiendo...

—No tenemos tiempo. Mañana, a esta hora, en esa dirección. Juntos, para siempre. Ya hablaremos luego, ¿sí? —Había súplica en su voz.

Ana asintió. No sabía qué hacía ni por qué, pero estaba accediendo a irse con un espía. ¿Se convertiría en una prófuga?

—Me mentiste...

—Ana, nada es lo que parece, creeme. Te ruego que confíes en mí —el hombre le había acunado el rostro entre las manos, le rogaba con los ojos, el cuerpo y el espíritu que creyera en él. No había una gota de mentira en sus pupilas. Pudo verlo, pudo presentirlo. Asintió. Él sonrió, se acercó y le dio un beso dulce, sincero, profundo—. Mañana.

Dio media vuelta y se fue.



El agente Benegas dio la orden de capturar a la mujer apenas la vio salir del instituto. La camioneta que la recogió era una Trafic negra, sin insignias y hombres encapuchados que fingían el secuestro. La mujer gritaba, histérica. El vehículo frenó abruptamente. Abrieron la puerta, le inyectaron algo y la arrojaron a la vía pública. Tres hombres que iban tras ellos, en un segundo auto, simularon el rescate y la asistieron. La mujer estaba inconsciente producto de la droga suministrada. Cuando despertara, Ana Beltrán pediría por favor que la ingresaran en el programa de testigos.

—Tenemos el objetivo —informó Benegas por la línea segura.

—Perfecto. Proceda —respondió el comisario Etchegaray desde el otro lado de la línea.

Román Benegas se acercó a sus hombres y les transmitió las instrucciones. El pequeño operativo —al que habían bautizado Operación Destierro— le permitiría resolver el caso de la Tabla Esmeralda. Ahora debían terminar con la pantomima.

—Lleven a la mujer a la casa segura. El doctor Sanz los espera.

Los hombres se subieron al vehículo y partieron rumbo adonde se les había indicado. El objetivo de ocultar de manera indefinida a Ana Beltrán era evitar que La Legión encontrara el talón de Aquiles de Agustín Riglos, que, ante la amenaza sobre la mujer que amaba, no dudaría en entregar él mismo la Tabla Esmeralda a la cofradía. Los servicios secretos de Interpol habían trabajado casi dos décadas en aquella misión como para darse el lujo de perder el manuscrito. Pero lo que Preston y Etchegaray habían planeado para asegurarse de que Riglos desistiera de la búsqueda de la criminóloga era cruel.

Llegó a la base de operaciones cerca de las seis de la tarde. Minutos antes había avisado que su gente había perdido a la mujer y una camioneta la había capturado. Cuando entró a la oficina, la agente Verónica Ávalos se alistaba para comenzar la búsqueda.

—¿Qué fue lo que pasó?

—La custodia la perdió. Cuando lograron ubicarla, una camioneta se la había llevado. La están rastreando.

Ávalos se llevó la mano a la cabeza, se acomodó un mechón de cabello y resopló. Aquella no era forma de vivir. Ana debía aceptar entrar en el programa de protección de testigos.

—¿Qué hacemos?

—Esperamos que nos contacten. Mis hombres están viendo las imágenes del secuestro. La vamos a encontrar —dijo Benegas asqueado de sí mismo.



Borja Sanz era doctor en bioquímica especialista en venenos de última generación. Trabajaba para los servicios secretos de Interpol desde hacía más de quince años. Por eso, cuando lo contactaron para fingir la muerte de la criminóloga Ana Beltrán, supo que se enfrentaba al desafío científico de su vida. Hacer palpable, indiscutible, creíble, una falsa muerte era la prueba más perfecta que podía darle a su último veneno. A base de tetrodotoxina, la toxina presente en el hígado de pez globo, el veneno aplicado en una minúscula cantidad, vía oral, podía generar una parálisis absoluta, generando un estado comatoso confundible con la muerte. Ese estado podía extenderse hasta veinte horas. Controlado, incluso un poco más. El único detalle era que el veneno actuaba sobre el sistema nervioso, pero el paciente se mantenía consciente mientras sus extremidades iban agarrotándose. Por eso había sugerido dormirla.

La mujer reposaba sobre una camilla de metal, ajena a la suerte que correría. Aquel era el día de su muerte. Sanz enfundó sus manos en guantes de látex

descartables y aplicó, vía intravenosa, una segunda dosis de narcóticos. De esa manera Ana permanecería dormida cuarenta y ocho horas más. Segundos después, uno de sus asistentes le alcanzó el parche que le adhirió al paladar y que liberaría, progresivamente, el veneno. Concluido el procedimiento, tomó su teléfono y se comunicó con el agente Benegas.

—Ya está hecho —informó.

Sin necesidad de esperar respuesta, acomodó el cuerpo en el camastro de metal para que la toxina hiciera efecto. Ana Beltrán había empezado a morir.



Del otro lado de la línea, Román Benegas aguardó un momento antes de continuar con el segundo paso del plan. Se dirigió a las oficinas de Preston e informó del estado de situación a su superior. Cuando salió, Verónica Ávalos se le acercaba corriendo.

—La encontraron —le informó agitada—. La están trayendo para acá.

—¿Dónde? —preguntó Benegas con fingido entusiasmo.

—La arrojaron en una calle cerca de donde la secuestraron. Están preparando la sala de urgencias —agregó visiblemente conmovida—. Viene inconsciente.

—¿Inconsciente?

—No responde. No sé más...

El equipo que había participado del falso rescate ingresó con la mujer en brazos. Ávalos vio pasar el cuerpo en cámara lenta. Le llamó la atención la forma en que la cabeza colgaba, ingrávida, hacia atrás, como si el cuello se hubiera roto, ya que iba bamboleándose al compás de los pasos agitados de los agentes. La manera en que los brazos colgaban, a sus lados, ausentes. Se acercó. De inmediato la apartaron. Por la ventanilla de la sala de urgencias pudo ver cómo el cuerpo médico trataba de revivirla, sin embargo las maniobras de resucitación cardiorrespiratoria parecían no funcionar.

—¿Qué está pasando? —inquirió Etchegaray interpretando el rol de comisario compungido.

—La encontramos inconsciente —mintió uno de los oficiales involucrado—. No ha tenido respuesta desde entonces.

—¿Pero qué fue lo que pasó? —insistió Verónica sin dar crédito a lo que estaba viendo: los médicos en el interior de la sala de urgencias proclamaban la hora de deceso de Ana Beltrán.

Como si estuviera viendo una película, o como si experimentara un proceso de extrañamiento, donde no era ella la que estaba en aquel sitio, viendo cómo los hombres de la morgue cubrían a la mujer y se la llevaban, Verónica Ávalos sintió que

el cuerpo se le iba, que la tristeza la inundaba por completo y que su capacidad de razonar se escapaba con el cuerpo sobre la camilla, que se alejaba por el pasillo hasta desaparecer tras las puertas de la sala de examinación forense.

—Quiero hacer la autopsia —dijo al borde de las lágrimas—. Necesito saber qué la mato.

Sin importarle quién estuviera presenciando el acto que estaba a punto de realizar, Román Benegas se acercó a la mujer y la abrazó. Dejó que se derrumbara, que llorara sin consuelo. Él, por dentro, se derrumbaba también.

Anotaciones de Pérgamo

Turquía, Ciudad de Éfeso, 1000 d. C.

Reunidos sobre el mármol níveo, los hombres observaron al veedor colocar las partes que conformaban el todo. Las tres piezas principales refulgieron ligeramente al unirse. Lisímaco, aún aturdido por las revelaciones de la víspera, inclinó la cabeza y dejó que el veedor ordenara los manuscritos.

—Podrán descansar esta noche, mañana hemos de partir en busca de la cuarta pieza.

Los presentes asintieron. Salieron del pequeño templo dentro de la biblioteca y siguieron al veedor hacia los aposentos del palacio. Allí, las mujeres habían dispuesto vasijas con agua fresca, higos y queso. Los hombres, cansados, se mantuvieron en silencio y devoraron los alimentos.

Cuando el grupo se retiró a descansar, Lisímaco se quedó solo en la penumbra. El susurro de la noche y el aroma a sal que aún podía sentir en el aire resultaban un bálsamo a su mente atribulada. Había visto la Tabula Samaragdina. El recuerdo de lo vivido lo hizo estremecer. Cerró los ojos, todavía sentía el calor de las tres piezas al unirse. Había demasiada magia en aquel lugar y no estaban preparados para ella.

—Eres el hijo de Vológeses —dijo una voz que emergía de la negrura.

—¿Conoció a mi padre?

—Tuve el honor de coincidir con él en Bizancio, en tiempos de Nicéforo II.

—¿Usted luchó contra los sarracenos? —inquirió Lisímaco. Su padre había sido un importante general de la frontera oriental bajo el mando de Constantino VII.

—No. Yo era un simple asesor de Romano II. La emperatriz Teófano le rogó a Nicéforo que no prescindiera de mis servicios cuando contrajeron nupcias.

—¿Qué lo trajo a estas tierras?

—Acompañé a Teófano a la fortaleza de Petrión en las colinas de Cuerno de Oro y también durante su exilio en la Isla de Prinkipo, en el Mar de Mármara. Ya soy un viejo. Cuando la emperatriz fue liberada de su exilio y retornó a su vida de palacio, decidí volver a mi tierra. No me queda mucho tiempo.

—¿Añora Constantinopla? —preguntó Lisímaco interesado.

—Ya nada queda de esa vieja Constantinopla, hijo. Los tiempos han cambiado, Éfeso es mi hogar.

—Mi padre insistía en llamarla Basileuosa Polis. «La reina de las ciudades».

—Vológeses era un buen hombre —murmuró el anciano—. Entiendo que honres su juramento.

Lisímaco levantó la mirada del suelo. El hombre sabía a qué había ido.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó alerta.

—Tranquilo, solo traigo una misiva de tu padre.

—¿De mi padre? ¿Cómo es eso posible?

El hombre extrajo un documento lacrado de su túnica. Lisímaco distinguió el sello de Vológeses impreso en la cera y un leve escalofrío le crispó la espalda. Tomó el papel y posó los ojos en el viejo.

—No temas, Lisímaco —dijo suavemente el anciano—. No has recorrido tan largo camino para perecer antes de cumplir tu cometido. Tu padre sabía que llegaría el día en que arribaras a Éfeso. Por eso estoy yo aquí.

—No comprendo.

—Conoces el Pacto de Nicea —dijo. Lisímaco asintió—. Los antepasados de tu padre y los míos formaron parte del Grupo de los Sabios. Ellos juraron con su vida proteger la Tabla Esmeralda. Generación tras generación, hemos honrado ese pacto.

—¿Cómo sé que dice la verdad?

—Lee la epístola y comprenderás.

Capítulo IV

— **N**o sé cómo decirte esto —Benegas tenía la cabeza gacha. Pocas veces Riglos lo había visto así, abatido.

—¿Qué pasa, Román? —quiso saber Riglos con un dejo de preocupación en su voz.

Benegas, sentado sobre el sillón, tuvo que contener las lágrimas. No era tristeza lo que sentía, era culpa. Culpa y vergüenza. Estaba a punto de mentirle a un gran amigo. ¿Y todo, por qué? Por el ascenso de su vida. Era un cobarde.

—Después de que Ana y tú se reunieron en el Darwinion —Riglos no pudo evitar la sorpresa. ¿Lo estaban siguiendo?— algo pasó...

—¿Qué pasó? —preguntó el agente, incómodo.

—La estábamos custodiando —dijo refiriéndose a la patóloga forense—. La perdimos, fue un segundo.

—¿Dónde está? —interrumpió Riglos utilizando un tono de voz ronco, profundo.

—No sé cómo pudo pasar —murmuró Benegas—. Los análisis dicen que fue veneno, cianuro. No pudimos salvarla.

Agustín Riglos escuchó las palabras del agente sin mover un músculo. No pestañeó, no respiró, no se movió. Su cabeza intentaba procesar la información que le estaban dando, no podía. No quería. Continuó en silencio.

—Verónica está encargada de los servicios fúnebres.

—No entiendo.

—Agustín, sé que lo que te digo es duro, pero te aseguro que vamos a encontrar a Diaco y a...

—Basta —interrumpió Riglos—. Basta.

El Agente Cero se levantó de su asiento y se adentró en las habitaciones de su hogar. No podía hablar.

Benegas dejó la casa sin decir nada. Cerró la puerta tras de sí y, a medida que se iba a acercando a su auto, sentía cada vez más el peso de la culpa. Aquel plan era cruel, y él, el peor de todos, porque elegía callarse.



Agustín Riglos ingresó en la base de Interpol en silencio. Llevaba un traje oscuro, una camisa blanca y anteojos negros. Verónica Ávalos lo divisó entre los oficiales porque su altura destacaba sobre el resto. Se le acercó.

—Quiero verla. Si no la veo, no creeré ni una sola palabra —agregó. Se lo notaba furioso.

Verónica asintió. No llevaba maquillaje, las bolsas en los ojos eran producto de

las lágrimas que había derramado. Notó que ella lo tomaba del codo y lo acompañaba a la sala de exámenes forenses. El cuerpo de Ana Beltrán reposaba sobre una camilla de metal tras un blíndex que no permitía el acceso a nadie.

—¿Por qué...? —quiso saber el agente haciendo referencia al vidrio que separaba el cuerpo de Ana de él.

—Por la misma razón por la cual no me permitieron hacer la autopsia —respondió Ávalos con un nudo en la garganta—. El cuerpo de Ana está en cuarentena, y los agentes que la rescataron, también. El veneno que la mató es desconocido y los hombres que estaban con ella empezaron a evidenciar síntomas alarmantes. Uno murió —Riglos enarcó una ceja, sorprendido—. A partir de ese momento sellaron la zona, no podemos entrar.

Agustín Riglos sintió que su entereza se esfumaba, como el agua que se escurre por las alcantarillas. Ana estaba muerta. Dejó que la imagen sin vida de la mujer que amaba le perforara las retinas y se alojara en su cerebro para no irse jamás. Giró sobre sus pasos y salió de la habitación. En su huida se cruzó con el director Preston, que se alistaba para participar del entierro de la criminóloga.

—Quiero el pase inmediato a Operaciones Especiales —le susurró Riglos al número uno de Interpol Latinoamérica. El hombre asintió.

Preston lo siguió con la mirada. Luego se aproximó a Benegas y sutilmente le dijo:

—Cambia la cara, Román. El Agente Cero ha vuelto al ruedo.



Ana Beltrán se despertó con la boca pastosa. Desorientada, abrió los ojos para encontrarse con la mirada conocida del agente Román Benegas.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En una casa segura —respondió Benegas—. ¿Recuerdas algo de lo que sucedió?

Beltrán se incorporó con dificultad. Le dolía el cuerpo. Se sentía pesada, agarrotada, como si la hubiesen golpeado.

—La camioneta, me llevaron, luego me arrojaron a la calle. Es todo muy confuso —musitó.

—Tuviste suerte, Ana. Te estábamos vigilando. No sé qué habría pasado si no hubiésemos estado ahí.

Guardaron silencio. Benegas la miró profundamente. «Sabía», pensó Ana.

—Te vi con Gutiérrez —dijo. Ana no se inmutó—. Es un prófugo de la ley, debería informarlo. Pero creo que entiendo tu necesidad de verlo, te engañó.

Beltrán mantuvo su silencio.

—No sé qué te dijo. Pero ten cuidado, es un engatusador nato.

La mujer siguió sin decir nada.

—Ana, debes contarme qué te dijo, por tu bien —suplicó el agente.

Silencio.

—Eres la única persona que lo ha visto en los últimos meses. Por lo menos hasta ayer, en que logramos detectar que ha salido del país.

—¿Salió del país? —preguntó Ana tratando de controlar la sorpresa en su voz.

—Luego de reunirse contigo —aclaró—. Creemos que viajó a Europa.

Ana sintió que la decepción se traducía en su rostro.

—¿Están seguros? —preguntó con un hilo de voz.

Benegas asintió. Estaba odiando la Operación Esmeralda.

—Ana... no es un buen hombre —mintió—. No sé qué te prometió ni por qué se reunieron, pero ¿no te parece extraño que luego de verlo La Legión volviera a encontrarte?

Román Benegas no sabía con certeza si la mujer iba a desistir de buscar a Riglos, pero la duda había quedado flotando en el aire. Se levantó y salió de la habitación. Ana se quedó sola. Se sentó sobre la cama y observó el lugar. Una casa segura, había dicho el agente. ¿Dónde estaba? Se incorporó demasiado rápido. Necesitaba respuestas. Volver a su casa, ubicar a Gutiérrez. Volvió a sentarse. Estaba mareada, inusitadamente pesada. ¿Qué le habían dado?

—No se apure para moverse, doctora —dijo un hombre que no conocía ingresando en el cuarto—. Soy el doctor Borja Sanz —le extendió la mano. Ana devolvió el gesto—. Y no, no soy clínico, soy bioquímico y me especializo en venenos.

—¿Venenos? —preguntó Ana aún aturdida.

—Venenos de diseño, para ser específico —el hombre se sentó frente a ella—. ¿Le molesta que la examine? —inquirió. Ana negó con la cabeza y permitió que el hombre le observara las pupilas y verificara sus reflejos—. Bien. Está evolucionando mejor de lo que esperaba, le he dado un buen antídoto.

—¿Antídoto? —Beltrán estaba alarmada.

—Creemos que te dieron un veneno que te inmovilizó y casi te mata —interrumpió Román ingresando nuevamente en el cuarto—. Trajimos al doctor Sanz porque es especialista en este tema. Si no fuera por él, habrías muerto.

—Necesito que me expliquen, por favor.

—La Legión es un grupo sofisticado —dijo Benegas—. Se han manejado en las sombras desde siempre. Pero aun en el más estricto de los silencios, han llegado lejos. Su organización está compuesta por hombres de mucho poder. Banqueros, políticos, científicos...

—Los mejores —interrumpió Sanz.

—En algún momento entre que te encontraste con Gutiérrez y te capturó la camioneta —continuó el agente de Interpol— te colocaron un parche de...

—Veneno en nanopartículas bioadhesivas —concluyó Ana.

—Exacto —dijo Sanz. Ana Beltrán era más inteligente de lo que había supuesto—. Pero luego del parche te inyectaron un narcótico que te dejó inconsciente de inmediato.

—Ana —dijo seriamente Benegas—, creemos que Marcos Gutiérrez te colocó el parche, lo encontramos en tu espalda.

El peso de aquellas palabras anidó en algún recodo de la cabeza de la mujer. Recordó las manos de Marcos Gutiérrez bajo su suéter, en el Darwinion, acariciándole la espalda... colocándole el parche. Sostuvo su silencio. Se incorporó y caminó lentamente hacia la ventana. Detrás del vidrio, el campo verde parecía mantenerse ajeno a la decepción que se había desatado en su interior. Dejó que las ideas fluyeran, que el corazón se apaciguara.

—Estás en peligro. Debes ingresar en el programa de protección de testigos —insistió el agente.

Beltrán dejó escapar el aire que había retenido más de la cuenta en su caja torácica. Y en el exhalar intentó purgar la angustia. Continuó callada unos momentos más y luego, como quien toma una decisión postergada, dijo:

—Si voy a dejar de ser Ana Beltrán —no había un dejo de emoción en su voz—, tengo asuntos que arreglar.

Capítulo V

RALPH Grazia recibió al hombre con la declaratoria de herederos de Ana Beltrán y le entregó la llave de la caja de seguridad que Máximo Zaldívar le había dejado. Luego lo acompañó al cuarto donde le alcanzó la caja en cuestión. El hombre, discreto, también presentó un poder mediante el cual gestionar el traspaso de activos y administración de las cuentas a nombre de la compañía Monalia.

La declaratoria de herederos formaba parte de la documentación que se solicitaba en caso de que el titular de la cuenta pereciera, como era ahora el caso de la criminóloga. Certificada y validada, esta habilitaba a los herederos a disponer de los bienes en la cuenta. El sujeto que se presentó en el banco tenía todo en regla. Grazia le entregó la papelería a firmar para el traspaso y salió de la habitación.

A solas, Román Benegas introdujo la llave en la cerradura de la caja y empujó la tapa hacia arriba. En el medio del metal, un sobre.



En una de las tantas habitaciones del Hilton, Ana Beltrán esperaba ansiosa la llegada del agente. Registrada bajo otro nombre, había dejado de existir. Había muerto. Estaba al tanto de los pormenores de su muerte, de la tristeza de Verónica Ávalos, a quien, por su seguridad, no podía decirle la verdad.

—Ana, si le decimos la verdad —había dicho Benegas—, la exponés a ella también. La Legión te está buscando.

—No entiendo por qué. A esta altura deben saber que no confío en Gutiérrez, que no tengo la tabla...

—Ya no creo que te busquen por la tabla. Creo que solo quieren lastimarte porque él los traicionó. Y creen que tú le importas...

—No le importo en absoluto...

—Meras suposiciones —había retrucado él—. Accediste a ingresar en el programa de protección de testigos. Debes aceptar las medidas de seguridad que hemos dispuesto. En caso contrario, estarás en peligro y por tu cuenta —Benegas había guardado silencio—. Tú mejor que nadie, habiendo pertenecido a la Policía Federal, deberías entender que hay cosas que es mejor callar. Cuanta menos gente sepa que no estás muerta, más segura estarás.

—Pero ¿por cuánto tiempo, Román?

—Hasta que estés a salvo, hasta que puedas caminar por la calle y no tengamos que estar protegiéndote porque alguien quiera envenenarte —Benegas había sido rotundo, categórico. La criminóloga no dijo nada más.

Ahora estaba encerrada en ese cuarto impersonal. A su alrededor, dos custodios la

vigilaban. La seguían a sol y sombra y continuarían haciéndolo hasta que se instalara en la ciudad designada para su nueva vida, su nueva identidad. Caminó hasta la ventana, en el recorrido sus ojos se enfrentaron al espejo. Observó detenidamente el reflejo que le devolvía. No era ella. Simplemente no se reconocía. El pelo oscuro había desaparecido tras una tintura rubia que la transformaba por completo. Y a diferencia de Ana Beltrán, ella, ahora, lo llevaba corto. Los ojos oscuros se habían esfumado detrás de los lentes de contacto color azul.

Escuchó el chirrido de la cerradura electrónica de la puerta al abrirse. Giró. Allí, frente a ella, el último bastión de su pasado: el agente Román Benegas, el único que sabía quién era en realidad.



Verónica Ávalos estaba absorta ante la pantalla de su computadora. No notó cuando el hombre ingresó en la oficina sino hasta que la silla frente a su escritorio crujió. El agente Agustín Riglos estaba frente a ella.

—¿Cómo estás?

Ávalos cerró su *notebook*, se recostó sobre el respaldo de la silla y observó detenidamente al agente.

—Triste. ¿Vos?

—Furioso —contestó él sin que se le moviera un músculo.

—Te dieron el traslado —afirmó Ávalos.

—Inmediato.

—¿Adónde?

—Es confidencial. Solo venía a despedirme.

El Agente Cero se levantó de la silla sin despegar los ojos de la única persona que, sabía, compartía su pena por la pérdida de Ana Beltrán. Sin decir más, se dio vuelta y salió del despacho. Atrás quedaban los recuerdos, pero con él se iban la ira y la soledad.



Sentada junto a la ventana, la mujer observaba el reflejo de los vagos rayos de sol que surcaban la niebla. Estaba despidiéndose. Internamente estaba desprendiéndose de su historia, no sabía por cuánto tiempo.

Ana Beltrán había descubierto trescientos códigos alejandrinos, era una celebridad, no había manera de esconderse de aquel pasado. A no ser que jugara bien sus cartas. Había cambiado su apariencia, modificado sus hábitos, incluso había roto

cualquier relación con el pasado. No podían encontrarla. Oculta en una nueva identidad, buscaría la paz que su vida anterior no había podido darle.

—El contenido de la caja de seguridad —escuchó— y tus nuevos documentos.

Román Benegas le entregó dos sobres. Ella asintió y los mantuvo en su mano, no los abrió. Quería postergar, aunque más no fuera por unos minutos, la muerte inexorable de Ana Beltrán. Volvió a concentrarse en la vida de las personas tras la ventana, ajenas a la realidad que a ella la aplastaba. Sintió el papel rugoso bajo la yema de sus dedos, esperando paciente el momento de dar vida a su nueva identidad. Se quedó así, quieta, resistiéndose a conocer su nuevo nombre y a descubrir el último legado de Máximo Zaldívar.

Lo que Ana desconocía era que su destino no estaba librado al azar. Interpol tenía un plan estratégicamente diseñado, una posición y una ubicación que le permitía a la Agencia controlarla, vigilarla y, llegado el momento, utilizarla en su propio beneficio.



Isabel Romero ingresó en el Departamento de Análisis Forense de Interpol y, luego de acreditarse en el área de seguridad, se dirigió a su despacho. La oficina estaba a oscuras. Abrió las cortinas de par en par y dejó que la luz de la mañana intoxicara de vida el lugar. Lo necesitaba.

Se mantuvo de pie frente al ventanal. Del otro lado, la neblina empezaba a disiparse y el río Támesis se perdía en la distancia. Los últimos siete meses habían sido de cambio, de nuevos rumbos, de aprendizaje.

Interpol le había alquilado un cómodo departamento sobre Queen's Gate Garden. El barrio era tranquilo y una mujer en la mitad de sus treinta, viviendo sola y de aspecto profesional, no desentonaba. Cada mañana atravesaba la ciudad rumbo a su nuevo trabajo: jefe de Patología Forense de la Policía Internacional. Se sentía segura. Estaba cómoda, el ambiente de trabajo era agradable y el grupo de científicos que colaboraba con Interpol era heterogéneo e interesante. De su pasado no hablaba.

Encendió la computadora. Verificó los resultados de varios análisis que había pedido y, luego, ingresó en la página de acceso seguro de cierto banco suizo. Meses atrás, cuando debió poner sus asuntos en orden, y desaparecer, la bóveda bajo la fuente de Richard Kissling sobre la avenida Bahnhofstrasse, en Zúrich, resultó la solución perfecta para guardar aquellas cosas de su vida anterior que había querido conservar.

Dejó que por un momento la nostalgia se adueñara de su espíritu. Se recostó sobre el respaldo de la silla y respiró profundamente. Cerró los ojos y recordó su vida anterior. Ya no había una gota de emoción en sus venas. La había perdido aquella tarde en que su existencia había dado un giro inesperado.

Levantó los párpados. De su pasado conservaba tres objetos. Dos de ellos, sobre su escritorio, para no olvidar lo importante y no volver a equivocarse: un parche de veneno dentro de un envoltorio transparente cerrado al vacío y una calculadora vieja que no era lo que aparentaba sino una llave de acceso seguro.

Tomó el dispositivo, generó la clave e ingresó al estado de cuenta de Monalia, la empresa que su amigo Máximo Zaldívar había creado para comprar la mitad de Editorial Centauro y que ella, hábilmente, había designado como nueva gerenciadora de la compañía. Desde las sombras, aún se mantenía al tanto de lo que pasaba en la empresa familiar.

Llevaba el tercer objeto colgado al cuello, oculto entre sus ropas. Aún con su mano apretándolo, fue sorprendida por el científico que tocaba a su puerta.

—Llegas temprano.

—Hola, Jack —respondió ella con una sonrisa. Soltó el colgante y trató de relajarse—. Eve ya está en su oficina —dijo refiriéndose a la doctora Evelyn Hall, compañera de trabajo de Williams, el hombre bajo el dintel de su puerta—. Ella llegó al alba —bromeó.

El científico rio. Isabel Romero le resultaba un enigma pero le atraía.

—Esta noche es la recepción benéfica del Hospital Saint-Anne, ¿quieres venir?

—Será la próxima —respondió esquiva Romero—. Tengo un compromiso.

Jack Williams sonrió. La mujer notó un dejo de decepción en sus ojos. Lo saludó con una inclinación de cabeza cuando lo vio partir y se sumergió en el trabajo. No tenía ánimos de intimar con nadie. Ya había tenido suficiente.

Anotaciones de Pérgamo

Turquía, Ciudad de Éfeso, 1000 d. C.

Lisímaco se quedó en silencio. Observó las estrellas a lo lejos, semejantes a un grupo de manchas dispersas, iluminando el firmamento; y se detuvo a contemplar la luna, blanca y circular, que irrumpía desde lo más alto de la bóveda celeste con un haz de luz infinito.

Volvió a desenrollar la misiva de su padre.

El Pacto de Nicea se había concretado, en secreto, durante el Concilio Ecuménico del año 325. Ante la amenaza de un círculo de fieles decididos a tomar el control de la Biblioteca de Alejandría, un grupo de obispos, devotos de Dios pero también del pensamiento, presentes en el concilio y alertas por la amenaza, juraron proteger —con su vida— el conocimiento y el libre pensamiento. Para el cosmos, para la humanidad.

Desde las sombras, los obispos de Capadocia, El Ponto, Panfilia y Frigia dieron origen a lo que luego se llamó el Grupo de los Sabios.

Lisímaco descendía de aquellos hombres, pero a él se le había hecho un encargo especial: reunir las piezas que componían la Tabula Samaragdina. Las piezas habían dejado Alejandría en el año 415 tras la muerte de Hipatia, su última directora. Y Teón, el hombre que comandó el grupo que los sacó de allí, encomendó a sus hombres que se dividieran para protegerla. Él se quedó con uno de los rollos. El segundo fue a las tierras del Nilo. La tercera estaba allí, en Celso. Solo faltaba el cuarto. Luego, cumpliría su misión y honraría el Pacto de Nicea.

— **H**AY algo en esa mujer... —dijo Evelyn Hall sin despegar los ojos del microscopio.

—Estás celosa —contestó divertido Williams, mientras colgaba su campera de cuero en un perchero—. Cada vez que alguna mujer nueva entra en el grupo de investigación, tú...

—No sé, simplemente hay algo que no está bien en esa joven.

—¿Será que no toleras no ser la única fémina del grupo? —se burló Jack.

Evelyn Hall sonrió, no pensaba responder. Volvió a concentrarse en el detalle que había estado investigando.

—La *tria prima* —dijo la científica desplegando las imágenes que había logrado dilucidar en la Tabla Esmeralda sobre las pantallas gigantes del laboratorio.

—Las tres bases —murmuró Williams observando detenidamente las ilustraciones—. Azufre, mercurio y sal.

—Lo que no logro distinguir es el cuarto dibujo —Hall amplificó la imagen.

Williams se colocó los anteojos y se cruzó de brazos. Se mantuvo en silencio.

—Son los cuatro elementos —dijo el investigador—. Mira...

Williams se ubicó frente a la computadora y seleccionó con el *mouse* el vértice sobre el cual se podía observar una confusa ilustración. Lentamente fue individualizando las partes que la componían. A medida que las separaba, Evelyn distinguió los símbolos que representaban el agua, el fuego, el aire y la tierra.

—Los símbolos de la alquimia.

—Exacto —respondió Williams.

—Es extraño... —Hall estaba elaborando una idea—. La Tabla muestra solo la mitad de los símbolos.

—¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando en los siete metales planetarios, en los elementos mundanos y en los componentes alquímicos. Son igual de importantes, si no más, que el resto. ¿Por qué no están?

Jack Williams observó nuevamente las imágenes. ¿Podía ser posible lo que estaba pensando?

—Eve, ¿crees que la tabla está incompleta?

Ella asintió.

—Creo que hay más de una, o que está compuesta por más de una pieza.



Agustín Riglos se acomodó sus lentes de visión nocturna e hizo un gesto de afirmación con la mano derecha. No emitió sonido. No hacía falta. El equipo táctico lo interpretaba sin necesidad de palabras. Desde hacía siete meses estaba dedicado

enteramente a las misiones más arriesgadas. Su vida ya no valía nada. Con la muerte de Ana lo había perdido todo, y más. Había dilapidado la posibilidad de un futuro.

Envuelto en las sombras de la noche, al igual que su alma en la oscuridad de su corazón, el Agente Cero irrumpió en los cuarteles generales de La Legión y allí abrió fuego sin contemplaciones.



Isabel Romero abrió el *mail* en su computadora de inmediato. Remitente: Agustín Riglos. Recordaba ese nombre, le debía la vida. El agente solicitaba el análisis toxicológico y el informe forense del cuerpo que había enviado días atrás.

La científica adjuntó los documentos y los envió. Segundos después vio la notificación de entrega. Riglos había recibido la documentación. Romero se recostó sobre la silla y se preguntó si el hombre la reconocería; estaba muy cambiada. Observó su reflejo, no había forma de que supiera quién era en realidad. La había visto unos minutos en absoluta oscuridad. Estaba segura.



Buenos Aires, 1903.

Virgilio Cestari sonrió cuando vio la obra terminada. Un octógono perfecto que ocupaba una superficie de trescientos treinta metros cuadrados. Las estatuas y los bajorrelieves quitaban el aliento. Lucio Morales había realizado una obra maestra. La inspiración en antiguos monumentos religiosos hindúes hacía del recinto un templo.

Virgilio divisó a Eduardo Holmberg a lo lejos. Lo saludó con un movimiento leve de cabeza y este respondió con un gesto que le conocía bien: la mano levantada y la sonrisa vivaz. Cualquiera que no lo conociera diría que aquel poco agraciado sujeto lejos estaba de ser el genio que se ocultaba tras los anteojos de botánico y aspecto de científico.

Eduardo caminó tranquilo, mirando cómo las construcciones a su alrededor iban tomando forma. Tal como lo había imaginado. Faltaba un único detalle: hurgó en su guardapolvo y sacó un papel doblado prolijamente. Leyó cada una de las frases escritas y, como quien sabe que su misión está cumplida, volvió a sonreír satisfecho.

Lucio y Virgilio lo esperaban al pie del recinto. Querían ultimar detalles, y aunque desconocían el fin último de la construcción, especulaban con que el singular científico traía algo entre manos para ese espacio en particular.

—Solo falta esto —dijo Eduardo mientras les entregaba un plano del octógono que indicaba dónde debían ubicarse las inscripciones.

—¿Qué es esto, Eduardo? —preguntó Lucio intrigado al observar las extrañas escrituras sobre el papel.

Eduardo sonrió.

—Es el único conocimiento que vale la pena tener.

Giró sobre sí mismo y volvió sobre sus pasos. Todavía le quedaba un encargo por hacer. La noche anterior había entregado a sus amigos Justo Beltrán y Federico Zaldívar el libro con el mapa. El secreto de Hipatia quedaría a resguardo hasta que el mundo estuviera preparado para vivir con él. Sin embargo, la mayor preocupación de Eduardo no eran los escritos, era la tabla. Instintivamente sujetó el colgante que llevaba al cuello y cerró un momento los ojos. Era un hombre de ciencias, de contrastaciones empíricas, de conclusiones racionales, sin embargo, lo que había visto lo había dejado sin palabras.

Se adentró en las inmediaciones del jardín zoológico y caminó hasta una de las primeras construcciones que había mandado hacer. Se detuvo frente al recinto. Elevó la cabeza y sus ojos se cruzaron con la inscripción que había indicado grabar en el frontispicio de la entrada: «*Divae Matre Matutae*». «Divina protectora inmutable», susurró. Y confió en que aquella puerta protegiera el secreto de los tiempos.

Ingresó en la biblioteca, estaba solo. A esa hora de la tarde el guardaparque y el resto de los empleados ya se habían retirado. Podía verificar el lugar con tranquilidad. Descendió al sótano de la construcción y ubicó la palanca de piedra oculta bajo una aparente fisura del piso. Separó la abertura y deslizó la palanca hacia abajo. El túnel se abrió. Encendió un sol de noche y se adentró en el corazón del pasadizo. Minutos después, se encontró con la bóveda secreta que albergaba los trescientos códices alejandrinos. Estaban en orden, cuidados y a resguardo. Podía irse tranquilo. Desconocía cuánto tiempo pasaría hasta que el mundo conociese aquel tesoro. Era una lástima que la humanidad no estuviera preparada todavía para tales verdades. Recorrió lentamente las estanterías de hierro dispuestas de manera circular; cada una de las cajas de vidrio, herméticamente cerradas, contenía un papiro. Intentó grabar en su memoria el estado del recinto en ese preciso instante, justo antes de decidirse a cerrar la puerta para siempre. Volvió a sujetar el colgante alrededor de su cuello y ubicó con la mirada el compartimento donde había ubicado la Tabla Esmeralda. Estaba donde debía estar. Apretó los labios y puso punto final al recorrido. Cerró la puerta de hierro.

Cuando llegó a su oficina, Federico Zaldívar estaba esperándolo.

—Tú me dirás para qué me citaste. Creí que habías dicho que era peligroso volver a vernos.

—Gracias, Federico —murmuró Eduardo al tiempo que lo invitaba a salir de su

despacho—. Demos un recorrido por el parque.

Caminaron despacio sobre la grava terracota que bordeaba las jaulas de los animales. Se mantuvieron en silencio, sin necesidad de decir palabra. Se conocían desde siempre. Habían compartido el exilio de la fiebre amarilla y habían fundado *El Porvenir Literario*, una revista que luego había dado origen a lo que fue la Academia de Ciencias y Letras.

—Sabes que Cáseres va a destituirme como director —dijo Holmberg con cierta tristeza. Zaldívar asintió—. Confío en que Justo y tú hayan dispuesto las medidas de seguridad necesarias para el libro.

Federico volvió a asentir:

—Hemos disuelto la sociedad, nos separaremos, nadie podrá encontrar el libro.

—Bien... —Eduardo guardó silencio y siguió caminando—. Tengo un último favor que pedirte. Luego deberás irte, y no volver.

Zaldívar se detuvo frente a la biblioteca del zoológico y observó cómo Holmberg se sentaba sobre un banco de madera bajo un farol. A lo lejos, el sol se ponía.

—Necesito que guardes esto. No me preguntes nada, no puedo explicarlo. Confía en mí.

Le entregó un sobre. Zaldívar asintió. Luego se fundió en un abrazo con su amigo y, sin necesidad de palabras, partió. Esa fue la última vez que se vieron.

Capítulo VI

SE acercó al microscopio y observó detenidamente la muestra sobre la placa de Petri. No se distinguían rastros de cianuro. Habitualmente, este tipo de veneno era detectable, incluso muchos años después de utilizado. Sin embargo, aquel se trataba de una versión de diseño tan sofisticada que no había dejado los rastros habituales. Se alejó del aparato para tomar la misma muestra pero esta vez sobre una membrana con nanoporos que le permitía ver el mismo cultivo de microcolonias bacterianas pero magnificado infinitas veces. La tecnología a la que estaba accediendo era un lujo para una investigadora forense acostumbrada a trabajar con métodos más ordinarios.

Los sedimentos del veneno podían observarse sobre la membrana, aun tanto tiempo después. Sonrió. Aquella superficie era lo suficientemente sensible como para detectar lo que estaba buscando: restos de cianuro.

Sobre su escritorio reposaba el expediente del caso de los cuatro detenidos muertos en las celdas de confinamiento de la Policía Federal Argentina. Interpol se había hecho cargo del asunto. Y, para su sorpresa, la había puesto a cargo de la investigación. Ahora, la patóloga Isabel Romero estaba a cargo de la investigación.

La científica tomó el primero de los informes forenses: Matilde Pavón. Un escalofrío lento le crispó la espalda. Recordar el nombre de la mujer que la había criado y luego había ordenado la muerte de su padre le produjo un sinsabor ácido en el paladar. Sintió náuseas. Tuvo que respirar para continuar leyendo. Pero necesitaba aire fresco, debía salir de la oficina.

En los túneles subterráneos de la Agencia se encontraban la morgue y el laboratorio forense. Romero se dirigió hacia allí con el expediente de Pavón en mano. El cuerpo de la mujer había sido exhumado y estaba en la cámara frigorífica para ser examinado nuevamente. Completó los formularios para retirar el cadáver y, una vez que los papeles estuvieron en orden, se adentró en el laboratorio. Se colocó el protector descartable y el barbijo mientras esperaba que le trajeran el cuerpo de la cámara donde lo guardaban. Una vez que terminó de colocarse los guantes de látex, escuchó que se abría el pestillo de la puerta del laboratorio. El cuerpo ya estaba en el recinto.

¿Por qué le habían asignado este caso en particular? «Interpol Londres cuenta con la tecnología necesaria y sos la mejor para este análisis», le habían dicho. Entonces, allí, un año después de la muerte de su antigua ama de llaves, se encontraba frente a los restos mortales de la mujer.

Cerró los ojos un momento, intentando calmar la angustia que examinar el cuerpo de Pavón le generaba. Empujó los recuerdos hacia algún compartimento oscuro de su

memoria. No quería que sus sentimientos empañaran el análisis forense que estaba a punto de practicar. Ingresó en la sala. El cuerpo se encontraba dentro de una bolsa térmica color negro. El etiquetado indicaba que se trataba de un femenino, caucásico, de cincuenta años: Matilde Pavón. Se estremeció. Sujetó el cierre metálico, frío al tacto aun bajo el látex de los guantes. «Demasiado tiempo en la cámara», pensó. Lo corrió. El sonido singular del cierre deslizándose por la superficie de la bolsa le resultó más abrumador que de costumbre. Estaba acostumbrada a tratar con cuerpos, a diseccionarlos, examinarlos y quitarles cualquier tipo de importancia. Pero aquel era un rostro que no estaba preparada para enfrentar.



La última puntada dio fin a su obra de arte. Ocho puntos de sutura prolija coronaron el cuerpo de la mujer. Guardó los utensilios, desinfectó la aguja sumergiéndola en una solución de cloruro de lapirio y se quitó los guantes descartables, que no desechó sino que introdujo cuidadosamente en una bolsa de polietileno con cierre hermético. No dejaba indicios. Nunca.

Antes de salir del departamento, verificó no haber dejado nada fuera de lugar. Por último, observó su obra: la mujer colgaba de la viga principal de la casa. De sus labios caían las últimas gotas de sangre fresca que le quedaban.



Román Benegas y Verónica Ávalos se detuvieron frente al cuerpo. Ávalos no pudo ocultar la impresión.

—La conozco —dijo sin dudar. Benegas quitó la mirada del cuerpo y se concentró en la oficial—. Es la antigua secretaria de Emerio Beltrán.

Benegas se llevó una mano a la cabeza y acomodó su cabellera. El asunto de las víctimas con la boca cosida se le estaba yendo de las manos. Tomó una fotografía con su celular y la envió por correo electrónico.

—¿Qué podía saber esta mujer?, ¿por qué matarla ahora? —se cuestionó el agente.

—Fue una de las personas más cercanas a Emerio —dijo Verónica—, prácticamente su mano derecha. A lo mejor sabía más de lo que imaginamos.

—Sí, pero ¿por qué ahora? Ha pasado más de un año desde las muertes de Beltrán y Zaldívar. ¿Qué hizo que La Legión volviera a atacar y dejara otro cuerpo con los labios cosidos?

—Si tan solo Ana estuviera viva... —deseó Ávalos.

Benegas no respondió. Prefirió callar y volver al cuerpo suspendido en el aire. Se acercó a uno de los peritos presentes y dio una serie de órdenes. Se distrajo un segundo. Su celular vibraba. Se alejó un momento y mantuvo una breve conversación. Verónica Ávalos lo observó atentamente, ¿en qué andaba Román Benegas? Últimamente lo notaba diferente, distinto al agente seguro que había conocido casi un año atrás.

—Estamos en condiciones de retirar el cuerpo —dijo uno de los investigadores que llevaba puesto el mameluco descartable de trabajo.

Benegas asintió.

—Envíenme el informe forense apenas lo tengan.

El agente le indicó a Ávalos que lo acompañara. Se iban del lugar.



—¿Dijo algo? —quiso saber Diaco.

—Ni una sola palabra —respondió Cancio y rememoró la adrenalina que el primer punto de sutura le había producido—. Se mantuvo en silencio hasta que se desmayó.

Diaco supuso que la mujer que había asistido a Emerio Beltrán por más de treinta años podía saber más que cualquier otro empleado los secretos de su jefe. Sin embargo, no era lo que le interesaba. Quería que Agustín Riglos se enterara del nuevo crimen, de otra víctima con labios cosidos. Sabía que el agente no resistiría quedar fuera del caso, se trataba de un asunto casi personal para él.

Era solo cuestión de tiempo hasta que volvieran a encontrarse. Por lo pronto, había recibido cierta información que guardaba celosamente. Tenía un as en la manga, y lo usaría cuando lo considerara adecuado.



Isabel Romero recibió el mensaje y se dejó caer sobre la silla. La imagen de Margarita, quien había sido secretaria de Emerio Beltrán por años, colgada de una viga y con los labios cosidos, no hizo más que rememorar las condiciones en que Beltrán había sido encontrado más de un año atrás. Volvió a sentir náuseas.

Respondió el mensaje y enfocó la mirada en un punto fijo, tratando de recomponerse. Respiró profundamente y se llevó dos dedos hacia el tabique de la nariz. Lo apretó con fuerza, intentando sacudir los recuerdos, las imágenes que amenazaban instalarse, nuevamente, en su cerebro.

—¿Te encuentras bien?

Abrió los ojos. Forzó una sonrisa.

—Sí, un simple dolor de cabeza.

—Ven, tomemos un té.

Isabel asintió. Se incorporó despacio y fue tras los pasos de Jack Williams, que había salido de su oficina rumbo al salón comedor de la Agencia. Lo observó manipular la caja de té en hebras con elegancia, sacudir la medida justa del brebaje, liberarlo del polvillo oscuro y mezclarlo con agua humeante.

—Dejemos que repose —dijo. Se sentó en uno de los bancos alrededor de la barra que usaban para tomar café cuando necesitaban una pausa y la invitó a imitarlo—. Se te nota cansada.

—Uno creería que después de años de dedicarse a esta profesión, ya estaría acostumbrada a ver ciertas cosas. Sin embargo, todavía hay casos que me dan escalofríos.

—Te entiendo —respondió el científico y le alcanzó una taza de té de la que emanaba un aroma que la cautivó de inmediato—. A veces nuestros trabajos nos superan.

—¿En qué te especializas? —inquirió Romero.

—Investigo antiguas tecnologías, desarrollo nuevas.

—Interesante... ¿En qué estás trabajando en estos días? —quiso saber Isabel.

—Estoy desarrollando un dispositivo de análisis para curvas planas de rotación —dijo Williams. Y evitó hablar del verdadero proyecto al que estaba abocado: la Tabla Esmeralda.

—La teoría de Vera Rubin no es antigua —objetó la mujer.

—Cierto, pero su base empírica parte desde los antiguos astrónomos griegos. Su teoría es resultado de siglos de análisis.

—Antiguas tecnologías... —musitó Romero—. ¡Ilumíname! —bromeó.

—Es bastante sencillo, en realidad. Desde Tales de Mileto en adelante —dijo refiriéndose al astrónomo del siglo VII antes de Cristo que había teorizado sobre la redondez de la Tierra—, estudio cualquier tipo de teoría que haya dado forma a nuestra manera de concebir el mundo. Luego busco aplicar los antiguos conocimientos que examino en vías de generar nuevos desarrollos tecnológicos.

—¿Solamente en el campo de la astronomía?

—No, claro que no. También la astrofísica, la física cuántica. Las disciplinas son múltiples.

—¿Qué piensas de la «partícula de Dios»? —inquirió Romero, interesada por la posición del científico ante la hipotética partícula elemental en la composición del átomo.

—Formo parte del Comité Europeo de Investigación que dirige el estudio sobre la antimateria y, además, participé del diseño del Gran Colisionador de Hadrones.

—Impresionante... —murmuró ella—. ¿Presenciaste las pruebas realizadas en Ginebra?

Él asintió:

—De hecho, el mes entrante debo viajar para la reunión mensual del comité.

—El tuyo es un trabajo muy interesante. No imaginaba que la Agencia se dedicara a este tipo de investigaciones.

Williams dejó escapar una carcajada. Isabel Romero le recordaba a alguien.

—Tenemos un codiciado departamento científico. En dos días viajo para reunirme con el grupo de científicos que ha estado investigando los manuscritos alejandrinos rescatados.

—Interesante —dijo Romero tensa, al mismo tiempo que se ponía de pie para irse—. Gracias por el té, Jack. Ha sido muy interesante la charla.

El científico la observó mientras se iba. ¿Había dicho algo que la ofendiera? Desconcertado por su abrupto cambio de humor, se incorporó y volvió a su oficina.



La operación había sido un fracaso. En el cuartel general de La Legión no había nadie. Lo habían vaciado por completo, como si jamás hubieran estado allí las salas de reuniones, las aulas de entrenamiento, el arsenal de guerra. Nada.

El Agente Cero se arrodilló y levantó un envoltorio arrugado que había en el piso. Era el único indicio de que algún humano había estado en ese sitio; lo demás se mantenía impoluto. Masculló algo por lo bajo y se incorporó. Se quitó el casco táctico y el pasamontañas y presionó el intercomunicador en su chaleco a prueba de balas.

—Despejado. Aquí no hay nadie. Nos retiramos.

Agustín Riglos ordenó a sus hombres que salieran del lugar. A medida que se acercaba a la puerta, sintió que su celular vibraba. Un mensaje privado. Adjunto, una fotografía. La abrió. La imagen de la mujer que conocía, colgada y con los labios cosidos, le despertó una mezcla de ira e impotencia que, por un segundo, no pudo manejar.

Salió del edificio abandonado y, apenas puso un pie en la camioneta oscura de los servicios secretos, presionó la tecla que lo comunicaba directamente con la línea segura de Benegas.

—¿Cómo te enteraste? —quiso saber el agente del otro lado de la línea.

—Alguien me mandó una foto.

—¿Quién?

—No sé... —murmuró apoyando una mano sobre el pelo y revolviéndolo en un gesto de notorio enfado—. ¿Qué saben hasta ahora?

—Nada. Mismo *modus operandi*, ahorcada y labios cosidos. No hay huellas, no hay nada...

—Pero alguien tomó una foto.

—El asesino.

—Es Diaco, Diaco otra vez...

—Cero —dijo Benegas, que prefería no usar nombres propios en esa línea—, te apartaron de la misión. Por favor, no intervengas, no lo compliques más.

Agustín Riglos apretó el celular con violencia, casi como si pudiera destrozarlo con la mano. No dijo nada a la súplica de Román, simplemente dio por terminada la conversación.



Había sido una tonta. Ante la sola mención de los manuscritos de Alejandría se había puesto nerviosa, en evidencia. Debía ser más cuidadosa. No podía exteriorizar sus emociones como una persona normal. Estaba escondida, oculta bajo el velo de una nueva identidad. Cualquier equívoco podía resultar mortal. La buscaban. Benegas había sido claro: saben que no tienes la tabla, pero también que eres la debilidad de Uróboro. Uróboro. Pensar en ese nombre le generó un sabor amargo que no estaba dispuesta a volver a degustar. Se obligó a erradicarlo de sus pensamientos y volvió al confort de su oficina. Las cuatro paredes que la albergaban en el corazón de la Agencia le daban paz y seguridad, que, a esa altura de su vida, y luego de tanto peligro, era más de lo que podía pedir.

Se ubicó frente a la computadora y envió un mensaje seguro al agente Román Benegas. Necesitaba información respecto de lo sucedido con Margarita. La imagen de la boca cosida volvió a cruzar su cerebro. ¿Qué estaba pasando? Instintivamente llevó su mano al colgante alrededor de su cuello. Lo sujetó con fuerza. Apretó sus dedos hasta sentir el metal clavándose en la palma de su mano, como si se tratara de un recordatorio de que aún estaba viva. Por momentos se sentía en suspenso, inmersa en una dimensión paralela, en un vacío que la envolvía hasta hacerla desaparecer. Casi como si hubiera sido adrede, el colgante tenía una inscripción sobre la que no dejaba de pensar: «Entonces toda oscuridad huirá de ti». No sabía qué significaba pero le resultaba alentador. Necesitaba volver a tener una vida tranquila, libre de sombras. Deseaba volver a ser Ana Beltrán. Pero no podía.

Exhaló y dejó que la tristeza se escurriera. Todavía tenía el colgante en la mano. Lo miró silenciosa y lo estudió con detenimiento. «¿De dónde sacaste esto, Max? ¿Y por qué es tan importante que no me separe de él?». Cerró los ojos y recordó el momento en que Benegas le entregó el contenido de la caja de seguridad de Zaldívar. Un sobre. Adentro, el colgante que ahora sostenía, una nota manuscrita y una antigua placa de bronce grabada. La carta, breve, casi críptica, estaba firmada con las iniciales E. L. H. (Eduardo Ladislao Holmberg): «Donde quiera que estés, lleva

contigo la llave. Te conducirá a la verdad». No decía más. La placa rezaba: «Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo». Y, por último, una enigmática nota de Max: «R3.07 MHA». Absolutamente indescifrable.

Levantó los párpados, dejó que la penumbra de la tarde se disipara para lograr definir los contornos de su despacho, difusos a aquella hora, cuando aún no había encendido las luces. Se resistía a incorporarse y salir de la Agencia para volver a la casa vacía. Sus días se habían perdido en la rutina del trabajo, en salir de su departamento al alba y regresar cuando las luces nocturnas parpadeaban, y le daban a Londres un aspecto mágico y espectral. Suspiró. Necesitaba salir de aquella cárcel de cristal, volver a su vida. Tan solo siete meses habían pasado desde su cambio de identidad y se sentía en vilo a cada minuto. Necesitaba volver a ser Ana Beltrán, ir a Centauro, pasar noches en vela en su laboratorio de análisis forense, retomar su vida.

Levantó el teléfono. Cuando la voz respondió del otro lado de la línea, dijo:

—Tenemos que hablar.

No hizo falta respuesta. El destinatario sabía quién llamaba y cuáles eran los pasos a seguir para cumplimentar la política de seguridad que utilizaban en caso de que un testigo encubierto necesitara contactarse con su agente asignado.

Luego, la mujer conocida como Isabel Romero se levantó de la silla y caminó, decidida, hacia el laboratorio donde trabajaba Jack Williams. La puerta estaba abierta. Lo distinguió a lo lejos, inmerso en el microscopio, estudiando vaya uno a saber qué. Sonrió. La imagen la conmovió. Sin saber cómo ni por qué se mantuvo en silencio y lo miró un rato largo. El científico era ciertamente atípico. Llevaba zapatillas negras, un jean raído y una remera blanca de manga corta que dejaba ver los brazos íntegramente tatuados. Ella se sorprendió, no lo había notado antes. Jack llevaba anteojos y se revolvió el cabello entrecano en el preciso instante en que ella se anunció.

—Necesito tu ayuda —dijo.

Williams, al verla en su oficina, sonrió.

Anotaciones de Pérgamo

Bizancio, 1000 d. C.

Divisó parte de las murallas que protegían la vieja ciudad de Constantinopla y sonrió. Habían llegado. Elevó la mirada, una vez más, y giró para encontrarse con las aguas del Bósforo y la fatiga de sus hombres. Iban sucios y hambrientos, pero se reflejaba en su rostro la satisfacción del deber cumplido. Tan solo unos pocos pasos más y podrían descansar. Pasarían la noche en la Posada de Tracio, así se lo había indicado el anciano

de Éfeso. Lisímaco podía anticipar el agua fresca con miel que bebería, el pescado salado y el vino. Y luego de una noche de merecido sueño se dirigiría a cumplir el encargo que el Grupo de los Sabios le había hecho a su familia: recuperar la última pieza de la Tabla Esmeralda. Luego, honraría el Pacto de Nicea. Un frío gélido le recorrió el cuerpo, recordó la unión de las tres tablas en el templo de la Biblioteca de Celso. No imaginaba lo que las cuatro piezas podían despertar. La furia de los tiempos.

Capítulo VII

LA oficial Verónica Ávalos ingresó en la Base de Operaciones Especiales de Interpol y, por un momento, olvidó que el centro de investigaciones de la Policía Internacional se encontraba bajo los suelos del partido de San Isidro. Que la gente que caminaba sobre las veredas gastadas ignoraba que el equipo de investigación y análisis criminal más sofisticado de Latinoamérica se alojaba bajo sus pies. Que la fachada del Club 300, el viejo club de *bridge* local, era el aliado perfecto a la hora de ocultar el verdadero uso de las instalaciones. Ávalos se olvidó de todo, dejó fuera el trajín de la vida diaria y se sumergió en las oficinas secretas de la Agencia.

Amaba ese lugar, el particular aroma del aire, producto del sistema de limpieza y filtro de oxígeno que utilizaban, semejante al que usaban los aviones. El movimiento coordinado de los agentes entrenando en el área de práctica, el rugir de las camionetas militares que se desplazaban por la autovía subterránea hacia el corazón de la base, las entrañas mismas de la Tierra.

—Llegas temprano —susurró Román Benegas a sus espaldas. Ella giró, sonrió y no contestó. Prefería mantener al margen aquellas sensaciones que el agente le despertaba. Estaba adentrándose en terrenos que había jurado no pisar.

Se obligó a caminar junto al oficial sin permitir que el resto de los empleados de la Agencia notara su sonrojo. Sabía que Benegas la acechaba, la buscaba, y que el juego de tire y afloje en el que se encontraban no duraría mucho más. Estaban en tiempo de descuento, ambos lo sabían.

Benegas siguió sus pasos en silencio. A medida que avanzaban, le fue entregando varios documentos que necesitaba que revisara.

—Me voy de viaje —le informó. Ella asintió, aún sin emitir palabra y caminando hacia uno de los túneles de la base—. Necesito que veas esta documentación. Es el informe de Riglos sobre el asalto a la central de La Legión —ella volvió a asentir—. Parto mañana por la mañana, ¿tienes tiempo esta noche?

—¿Para leer el informe? —inquirió Ávalos sorprendida.

Benegas dejó que una sonrisa se dibujara en la comisura de sus labios.

—Para salir conmigo.

La mujer sonrió.

—Puede ser —respondió. Luego dio media vuelta y se perdió en la oscuridad de la autovía, rumbo al puerto de la base.



Isabel permitió que Jack le acomodara el abrigo y, luego, lo siguió al salir de la

Agencia. Caminaron en silencio por el centro de Londres. Hacía frío, iban uno junto al otro intentando retener algo de calor.

—Jamás imaginé que no conocieras la vida nocturna londinense —dijo el hombre. Ella sonrió.

—No he tenido demasiado tiempo para salir. ¿Adónde vamos? —quiso saber.

Jack Williams no contestó, simplemente le indicó que lo siguiera. Caminaron por Covent Garden hasta llegar a Upper Street Martin Lane. Sobre el número uno se encontraba el Verve Bar. Un grupo de gente se ubicaba frente a la puerta, ansiosos por resguardarse de la helada y entrar. Pero, para sorpresa de Isabel, el científico saludó con un gesto al hombre encargado de seguridad en la entrada y, ante los ojos atónitos de quienes aguardaban a merced del frío invernal, ingresaron sin esperar.

—Conozco al dueño.

Williams le tomó la mano y la guio entre la gente. Ella no se negó. El calor de la piel desconocida le resultó reconfortante. Dejó que el sonido ambiente la transportara. El lugar estaba abarrotado, las arañas de cientos de luces iluminaban los rostros difusos de la gente que reía y la música invadía los sentidos. Las mesas de madera oscura y las lámparas color bergamota hacían del recinto un espacio único y singular. Respiró profundamente, intoxicándose de la mezcla de perfumes, el aroma a cera quemada de las velas que ambientaban el bar y la mixtura incomparable de fragancias diversas.

Se ubicaron en una mesa alejada del gentío que iba y venía en busca de encuentros y sensaciones. Uno frente al otro, cómodos. Ajenos a la cacofonía del ambiente.

—¿Qué estudiabas en el microscopio esta tarde? —preguntó curiosa Romero.

—Un antiguo escrito —respondió Williams y se acercó para que lo escuchara mejor—. Estoy estudiando un papiro del siglo v. He descubierto que presenta tintas ocultas con mensajes cifrados. O, por lo menos, eso parece.

—Interesante —interrumpió la patóloga que luego, sin dudar, se lanzó a preguntar—. Dijiste que estabas en la comisión de análisis de los manuscritos alejandrinos recuperados.

—Cierto.

—¿Los has visto?

—A cada uno de ellos —respondió él, orgulloso del hecho. Haber estado frente a aquel descubrimiento le generaba una inigualable sensación de poder.

—¿Y qué han descubierto? ¿Es cierto que hay escritos desconocidos de Sófocles?

—Es increíble, Isabel —murmuró él cerca de su oído—. No imaginas lo que esos escritos esconden.

Isabel Romero se mostró ansiosa por saber. Se acercó interesada en el relato del científico simulando desconocer por completo el contenido de los códices. Aunque si bien era ella quien los había descubierto, lo cierto es que no tuvo oportunidad de examinarlos. Ansiaba someterlos al riguroso análisis de su microscopio, a su mirada

de científica incisiva. Apoyó las manos sobre la mesa de textura rugosa pero agradable, notó que Williams rozaba sus dedos, luego sus miradas se encontraron. Sintió que se sonrojaba.

—Hay veintitrés obras teatrales de Sófocles, una de ellas es una versión aún más completa de *Edipo Rey*.

—¿Pudiste verlas?

—Cada una de ellas. Puedo enseñarte fotografías en la oficina.

—¿Qué otro escrito estudiaste?

—Pude ver un rollo perteneciente al Libro de Thot.

—El Libro de los Muertos —susurró Isabel—. Pensé que los egipcios los enterraban en las tumbas junto a sus muertos...

—Así lo hacían, pero este estaba entre los papiros. Es realmente increíble: detalla una serie de sortilegios que ayudaban al difunto a superar el juicio de Osiris. El espíritu era guiado por Anubis al tribunal de Osiris. Anubis extraía el corazón del muerto (el corazón en la mitología egipcia representaba la conciencia y la moral) y lo depositaba sobre uno de los platillos de una balanza, cuyo contrapeso era una pluma de Maat (símbolo de la Justicia Universal y de la Verdad).

Williams hizo una pausa para beber el trago que acababan de servirle. Luego continuó:

—Una vez que el corazón y la pluma se ubicaban en cada uno de los platillos de la balanza, un jurado de dioses cuestionaba al difunto respecto a sus acciones en vida. A medida que este respondía, el corazón adquiría mayor o menor peso. Dyehuty, el escriba, tomaba nota de cada cambio en el corazón y entregaba sus conclusiones a Osiris, quien luego dictaba sentencia.

—En el Museo Británico hay un rollo del Libro de los Muertos.

—Cierto. Pero no se compara con este —respondió Williams—. Es el libro completo. Jamás se había encontrado un ejemplar en perfecto estado de conservación.

Se quedaron en silencio. Williams notó que la mujer se perdía en algún recuerdo que parecía observar en el fondo de su copa. Había algo en Isabel Romero que no lograba descifrar. Su mirada ocultaba un secreto tan oscuro que a veces parecía perderse en la inmensidad del pasado que acarreaba. ¿Quién era ella en realidad? ¿Por qué no supo de ella antes, en las revistas científicas donde solían aparecer los individuos que luego ocupaban puestos de gran jerarquía, como la Jefatura de Patología Forense de Interpol? Pero continuó sin decir nada, no le molestaba. De alguna manera, esa mujer lo hacía sentir cómodo. En cualquier otra situación, un silencio tan prolongado le habría molestado; no con ella. Volvió a concentrarse en la figura femenina, llevaba el pelo corto, rubio, y los ojos azules no eran lo que decían ser. Llevaba lentes de contacto. Otra intriga en la vida de Romero que, sabía él, no estaba lista para develarle. «¿Quién eres, Isabel?», quiso preguntarle. Pero calló, una vez más. Recordó haberla visto varias veces con el agente Román Benegas. Cuando de Benegas se trataba, se andaba con cuidado, aquel no era un agente de su confianza.

Había algo en él que no le agradaba. Su mirada sigilosa, la forma en que acostumbraba a lamer su labio inferior cuando estaba nervioso, la manera en que desfilaba por la Agencia impartiendo órdenes sin considerar absolutamente nada más que lo que él consideraba importante. Había sido él quien le entregó la Tabla Esmeralda para su análisis. Rememoró la tarde en que ingresó en su oficina con el ejemplar en su poder. «¿Cómo la consiguieron?», había preguntado. «Eso es confidencial, Jack —había contestado Benegas—. Lo importante es que ya la tienes en tu poder. ¿Crees que es cierto lo que dicen?». «¿Y qué es lo que dicen?», quiso saber. «Ya sabes, que este manuscrito tiene la clave para la vida eterna», había respondido el agente. Jack recordó haber reído. «No es la piedra filosofal, si es eso lo que me estás preguntando —había dicho—. Es el más antiguo tratado de alquimia que se conoce. Y ahora veremos realmente qué tan mágico puede ser».

—¿En qué te quedaste pensando? —Isabel interrumpió sus pensamientos súbitamente. Lo obligó a volver al bar, a la noche que estaban compartiendo, al enigma que se sentaba frente a él.

—En los rollos... —mintió.

—¿Cuándo vuelves a verlos?

—Mañana viajo a París. Si te interesa, puedes acompañarme.

La mujer sonrió. Sabía que eso era imposible.

—La próxima vez —respondió sin titubear.

—¿Dónde trabajabas antes de la Agencia? —inquirió, sorpresivamente, Williams.

Romero sintió un leve sobresalto que no demostró. Estaba preparada para aquellas embestidas. Tenía una historia armada, datos que podían verificarse fácilmente. Benegas le había dado un pasado perfecto.

—Un grupo de investigación privado.

—¿No vas a decir más?

—Es confidencial —sonrió—. Si lo hiciera, tendría que matarte —bromeó.

Jack Williams dejó escapar una carcajada sonora. Isabel Romero escondía mucho más que un pasado, escondía una vida entera. Dejó que ella se contagiara de su risa y pidió otra ronda de tragos. La noche recién comenzaba.

Anotaciones de Pérgamo

Bizancio, 1000 d. C.

Sentado a orillas del Bósforo, bebía agua fresca y evaluaba los pasos a seguir. Sabía dónde se ocultaba el cuarto rollo, el que completaba la tabla, pero no podía dejar de preguntarse si la humanidad estaba preparada para tanto conocimiento. Allí, quieto como estaba, en la entrada de la vieja Constantinopla, aspirando furioso el olor a sal que flotaba en el aire, él,

Lisímaco, hijo de Vológeses, se debatía entre cumplir la promesa hecha por su familia o romperla.

Agustín Riglos ingresó en su departamento y arrojó la corbata y el saco sobre el sillón de la sala. Luego desabotonó su camisa y se quitó los zapatos y las medias para dejarlos en la entrada. La calidez de la madera bajo sus pies se propagó suavemente desde la planta hasta la última de sus terminaciones nerviosas. Estiró su cuello, lo hizo rotar hacia un lado y hacia el otro y luego pudo percibir la temperatura del mármol de la cocina. Continuó descalzo por la casa, intentando sentir algo más que vacío. Su hogar le daba cierta paz, paz que le urgía de manera visceral.

La muerte de Ana lo había privado de cualquier otro sentimiento que no fueran odio, rencor y furia. Cada mañana añoraba la misión del día: enfundarse en su traje de combate, percibir el metal de su Glock G17, el olor a pólvora luego de cada disparo, olvidarse de todo, salvo de matar, de erradicar delincuentes del mundo. Criminales como los que habían coartado la vida de la única mujer que había amado.

Entró en su habitación. Percibió la alfombra persa, mullida y cálida, bajo el peso de su cuerpo. Observó el ambiente austero. Una cama doble en el centro del dormitorio, una mesa de luz y la alfombra. No necesitaba más. Se dejó caer sobre el lecho y concentró sus pensamientos y su mirada en un punto fijo en el techo. Necesitaba dormir, hacía cincuenta horas que estaba en pie. Cerró los ojos un momento. La imagen de Ana le cruzó el pensamiento; sonreía, se reía. Lo abrazaba asustada bajo el túnel del jardín zoológico, se acurrucaba en su cuello, él la protegía. No la había protegido lo suficiente. Aún con los ojos cerrados, pudo percibir su aroma, mezcla de seguridad, jazmines y desenfado. La extrañaba. No sabía cómo había sobrevivido aquellos nueve meses sin ella. Nueve meses, demasiado tiempo, «toda la vida», pensó. Toda la vida.

Inspiró profundamente, con ánimo de relajarse un poco, dejó escapar el aire y, en el soplido, purgar la angustia que se había alojado en su cuerpo para quedarse. Dejó que el sueño se apoderara de sus recuerdos y se olvidó del exterior, de las penas, del mundo. Pero cuando estaba a punto de sucumbir al cansancio, sintió que su celular vibraba en uno de los bolsillos de su pantalón. Tomó el aparato todavía con los ojos cerrados, era un mensaje de texto. Lo leyó rápidamente. Volvió a leerlo. No comprendía. El remitente era desconocido; el mensaje, desconcertante. Se incorporó. Se sentó en el borde de la cama y clavó los ojos sobre la pantalla. «Operación Destierro». Leyó en voz alta. ¿Qué era la Operación Destierro? ¿Quién le mandaba el mensaje? ¿Para qué?



Verónica Ávalos tenía la boca apretada, tan apretada que los bordes se le habían puesto blancos. «Aflojate», se dijo. Pero la sola idea de salir a solas con Benegas la ponía nerviosa. Escuchó el timbre, había llegado. Se observó una vez más en el espejo y su apariencia le pareció aceptable. Llevaba el cabello suelto, con sus ondas naturales que caían enmarcando su rostro simétrico, casi perfecto. Llevaba un vestido *vintage* Chanel, plisado hasta la rodilla. El color marfil le daba a su piel bronceada un aspecto reluciente y seductor. Sonrió. Se colocó unas gotas de perfume Chance, también de Chanel, y tomó un sobre con piedras incrustadas. Salió de su departamento y subió al ascensor. En el palier la esperaba el agente.

El corazón le dio un vuelco. El español llevaba un traje de corte impecable. Oscuro, dos botones prendidos, una camisa blanca con el cuello desabrochado. A diferencia de ella, se lo notaba relajado. Admiraba su facilidad para manejar aquella intimidad que empezaban a compartir. Lo vio sonreír, acercarse y saludarla con un beso en la mejilla. Le retuvo la mano más de la cuenta y la acompañó hasta el auto que había estacionado frente al edificio. Le abrió la puerta y esperó a que ella se acomodara.

—¿Adónde vamos? —preguntó ansiosa la mujer.

—Es una sorpresa —respondió él, encantado. Luego, enfiló por Avenida del Libertador con rumbo desconocido.



Isabel se sentó frente a su computadora y chequeó los *mails* que tenía. Uno llamó su atención. El asunto del *mail* rezaba: «Operación Destierro». No tenía remitente. Abrió el correo y estaba vacío. ¿Qué era la Operación Destierro? ¿Quién le mandaba ese *mail*? ¿Por qué?

Instintivamente, ingresó en la plataforma virtual de Interpol en busca de información. Escribió el nombre de la operación y, para su sorpresa, la encontró en la base de datos. El acceso era restringido. Se suponía que tenía acceso a cualquier dato ocupando el cargo en el que estaba, sin embargo aquel archivo en confidencial.

El sonido de ingreso de otro correo llamó su atención. El remitente, Agustín Riglos. Sin saber por qué, sonrió. El texto era breve: «Estaré en sus oficinas la semana próxima. Requiero acceso a los archivos BA4I1». Eran los expedientes de los cuatro muertos en las celdas de la Jefatura Policial en Buenos Aires, los hombres que la habían perseguido en el zoológico. Uno de los archivos era el de Matilde Pavón. No tardó ni un minuto en responder. «Los expedientes estarán a su disposición cuando desee. Considero primordial que se reúna conmigo, he descubierto cierta información que le será de utilidad en este caso». Envió el correo y volvió al *mail* de origen desconocido. Había algo en ese asunto que le despertaba una sensación que no

lograba catalogar. ¿Qué era la Operación Destierro?



Román Benegas sonrió. Iban en silencio, rumbo a un lugar que le daba paz y que, desde hacía días, quería compartir con la mujer que lo acompañaba. Ella miraba por la ventana sin decir nada. Y sin embargo, otra vez, aquella falta de palabras no lo apesadumbraba. Al contrario, lo disfrutaba.

—Me gusta Buenos Aires cuando la tarde llega a su fin y la gente ya volvió a su casa —murmuró Ávalos.

—Es una gran ciudad —dijo él pensativo.

—¿Dónde está tu hogar, Román?

—Mi hogar es Madrid, el sitio donde nací; pero actualmente vivo en Lyon, cerca de la central de la Agencia.

—Estuve en el cuartel general hace un par de años. Para el congreso de seguridad.

—No nos cruzamos de casualidad. Tuve que salir en una misión, pero iba a dar una de las charlas.

—Fue interesante. Pensaba participar del simposio el mes que viene.

—Podemos ir juntos —contestó Benegas—. Este año sí impartiré un par de conferencias.

—¿Sobré qué vas a disertar?

—Protección de testigos.

—Si Ana hubiera aceptado entrar al programa de protección de testigos, nada de esto habría pasado —suspiró.

Benegas sintió un aguijonazo de culpa en medio del pecho. Si tan solo pudiera decirle la verdad... No podía. Cuando ella lo averiguara, no se lo iba a perdonar. Él apretó los puños sobre el volante y buscó apaciguar la ira que se había despertado en su interior. ¿Valía la pena tanta mentira por un cargo en la Agencia? Giró para encontrarse con Verónica Ávalos, despampanante en su vestido corto y tacos altos. Su perfume lo volvía loco, tan particular e íntimo. No lo reconocía, iba a tener que preguntar. Se aflojó, notó que los dedos alrededor del volante se relajaban, que su espalda se erguía sobre el asiento del vehículo que conducía, que volvía a su eje. Avanzó sobre un auto que iba más lento, concentrado otra vez en las luces intermitentes a sus lados, en el rodar de las máquinas a la par.

—¿Cómo está Agustín? —preguntó, súbitamente, la oficial.

—No dice mucho —contestó Benegas—. Lo único que hace es trabajar.

—Pidió el traslado a misiones de alto riesgo, ¿cierto?

Román asintió. Un segundo aguijonazo perforó el centro de su conciencia. Si a Riglos le pasaba algo en aquella unidad de combate, él sería el culpable. El Agente

Cero había pedido el pase a la Unidad Blanca, como se la conocía entre los oficiales, para olvidarse del mundo y purgar su tristeza por la pérdida de Ana. Pérdida que no existía.

Solía verificar los informes de la unidad que manejaba Riglos. Las operaciones eran suicidas, el agente se exponía al peligro en cada misión. Lo sabía, lo conocía. Pero la Unidad Blanca no era el sitio adecuado para un hombre destruido por la tristeza y temía por él. De todas formas, no iba a decirle la verdad y esa sería una carga que arrastraría hasta el fin de sus días.



Buenos Aires, 1903.

Eduardo Holmberg llevaba un largo rato observando la llave detenidamente. No lograba dilucidar el grabado en el mango de bronce. Tomó la lupa y se ajustó los lentes. No distinguía el dibujo. Había llegado a él junto con los manuscritos, pero aquella era una llave especial. No podía dejarla ir. El mundo no estaba preparado para la sabiduría infinita que las cuatro piezas, juntas, podían despertar. Dejó que sus dedos se cerraran, uno a uno, sobre el hierro antiguo. Era pesada y la combinación grabada en su terminación, críptica. Nunca había visto nada igual. Permitió que el metal oscuro rodara por la palma de su mano sin perderla de vista ni por un momento.

Recordó la noche en que recibió los manuscritos. Sarmiento había sido muy claro, aquel era un tesoro que la patria no estaba lista para conocer. Debía resguardarlo hasta que llegara el momento indicado. Lo que Sarmiento no sabía era que los manuscritos eran la mínima parte de la sabiduría infinita que se escondía detrás del Legado de Hipatia de Alejandría. Cuando comenzó a estudiar cada uno de los códices, notó que uno en particular resultaba más críptico, más bello y, sin explicación empírica a su ojo científico, más atractivo. La Tabla Esmeralda, la mítica obra de Hermes Trismegisto.

Eduardo dejó que el peso de su cuerpo cayera sobre el respaldo de su silla. Se quitó los anteojos y masajeó sus sienes en busca de alivio a los ojos cansados. Se mantuvo recostado, con los párpados cerrados, rememorando la noche en que descubrió el secreto de los tiempos. Había tomado el rollo que creía la tabla, lo estudió infinitas veces, por largo tiempo, en silencio, embelesado por la belleza inigualable del ejemplar. Y luego de horas de dedicada observación y exámenes, notó que el escrito estaba incompleto, y sus piezas, frente a sus ojos.

Se incorporó y abrió los ojos, volvió a la llave en su mano. Cuando el intendente Cáseres anunció su destitución como director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, supo que era el momento de guardar aquel secreto para siempre. Previsor ante los imponderables que podían presentársele, diseñó el trazado del parque y la

construcción de sus recintos, incluyendo una bóveda secreta bajo la jaula de los elefantes y un túnel que la conectaba con la biblioteca. Allí reposarían los últimos manuscritos salvados de la quema de la Biblioteca de Alejandría y, además, el enigma de la magia misma. El poder absoluto de los tiempos que, en las manos equivocadas, se convertiría en un arma mortal e invencible. Por eso, al evaluar la posibilidad de volver a separar las partes de la tabla y entregar la llave a un custodio de su confianza, decidió que los rollos ya habían recorrido un largo camino, que era hora de que reposaran en un mismo sitio y ocultar la llave. Así, mandó grabar una segunda llave que entregó a Federico Zaldívar y deseó que quien descubriera cómo funcionaba la tabla y la manera de usarla, supiera descifrar dónde había escondido la llave original. «*Alea jacta est*», murmuró. «La suerte está echada», repitió, al tiempo en que se levantaba definitivamente de su silla y salía de su despacho para perderse en el verde robusto de los jardines que lo rodeaban.

Capítulo VIII

EL Consejo Superior de La Legión estaba reunido desde el amanecer. Diaco presidía el encuentro desde la cabecera de la mesa. Se lo notaba cansado. Su mirada, alguna vez lozana, había perdido su brillo vivaz. «Está viejo», pensó el hombre al otro lado de la mesa. Sabía que no faltaba mucho para sucederlo en el mando. Dio la última pitada a su cigarrillo y lo aplastó junto a las otras cientos de colillas que había en el cenicero a su izquierda. Dejó escapar el humo en una mueca y, a medida que lo hacía, escuchó preguntar a uno de los presentes:

—¿Qué sabemos de Riglos?

—Entró en la Unidad Blanca de Interpol.

—Un suicidio seguro...

Los hombres asintieron. La Unidad Blanca era conocida por ser la tropa de combate que participaba de misiones de altísimo riesgo. Contaba con pocos hombres, que solían morir antes de cumplir los dos años como miembros.

—¿Y de la mujer? —inquirió otro de los presentes.

El hombre ubicado en el lado opuesto de la mesa prendió un segundo cigarrillo y, luego de aspirar una bocanada profunda, sonrió y un vaho gris se le escapó por la comisura. Resopló.

—Ya es hora de que sepan que la patóloga no está muerta —informó. Los presentes, a excepción de Diaco, que estaba al tanto del asunto, se mostraron sorprendidos.

—Pero yo mismo la vi dentro del cajón —murmuró un alto jerarca de la Policía Federal que pertenecía a La Legión.

El hombre volvió a sonreír.

—Una mera ilusión. Utilizaron un veneno paralizante y simularon su muerte.

—¿Y dónde está?

—Por ahora mantendremos ese dato en secreto —interrumpió Diaco observando al hombre que, sabía, iba por su lugar en la organización—. Por lo pronto, el agente y la mujer ya están informados de la existencia de la Operación Destierro. Aunque aún no saben de qué se trata.

—¿El agente cree que ella, verdaderamente, está muerta?

Diaco asintió.

—Imaginen su ira cuando descubra que su propia gente lo ha engañado —susurró, gustoso, el número uno de la organización.

Diaco se incorporó con cierta dificultad. Dio la espalda al grupo que lo seguía y se concentró en el verde del pasto tras la ventana, en el agua de lluvia acumulada en las depresiones del terreno y en un pájaro oscuro que bebía de un charco. A lo lejos, las nubes de la tormenta empezaban a disiparse, casi anunciando el principio del fin. No podía esperar a ver la cara de Riglos cuando supiera que Román Benegas, su

amigo, lo había engañado; y que Ana Beltrán estaba viva y trabajando en las oficinas de Interpol. Ubicada estratégicamente en el sitio donde pudieran controlarla y, a su vez, donde, llegado el momento, se encontrará con el agente Riglos.

Anotaciones de Pérgamo

Bizancio, 1000 d. C.

Una mota blanca flotaba en el aire. La pelusa minúscula zigzagueaba errante en el ambiente y cambiaba de color según el haz de luz que atravesara. Acompañó su baile silencioso desde el asiento, evaluando la posibilidad de levantarse y capturarla. Prefirió dejarla libre, sinuosa, contoneándose ligera de sitio en sitio sin rumbo cierto. La observó hasta que se depositó sobre uno de los bancos del templo. Quieta. Casi como si alguna vez hubiera residido en ella la magia de la vida y, súbitamente, la hubiera perdido para reposar inerte sobre la madera oscura.

Una corriente de aire atravesó el altar de la basílica y lo obligó a despabilarse. Lisímaco se incorporó. Había llegado la hora. Caminó despacio. Atravesó el suelo color herrumbre y levantó la vista para encontrarse con la cúpula de Hagia Sophia, la catedral de Constantinopla. Magnífica, incomparable. El anciano de Éfeso le había dicho dónde buscar. Se dirigió hacia el iconostasio, la pared donde se disponían los íconos sagrados, y vaciló ante su inmensidad. Aquel muro que debía alcanzar los quince metros de altura, separaba el santuario de la nave central del templo y contaba con tres puertas. La central, de dos hojas, era la Puerta Santa y solo podían pasar a través de ella los miembros del clero. La de la derecha era la puerta meridional y la izquierda la septentrional. Lisímaco debía cruzar la Puerta Santa.

Sobre el número dos de la Calle Mayor, el Café Novelty se erigía majestuoso desde principios de siglo xx. Agustín Riglos se ubicó sobre una de las mesas de caoba lustrosa y aguardó. Concentró su atención en la Plaza Mayor, en los pequeños puestos de libros antiguos y en la gente que paseaba sin preocupación alguna por el corazón de Salamanca.

Divisó a Benegas entre la muchedumbre. Llevaba anteojos negros y un saco de *cachemire*. Se lo notaba cansado. Lo vio acercarse y quitarse los lentes. Se ubicó frente a él y, luego de pedir un café, se aflojó.

—Casi veinte horas de vuelo, estoy roto.

Riglos sonrió.

—Hay un topo en la Agencia —murmuró Agustín pausadamente.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —inquirió Benegas alarmado.

—Cuando rescatamos a Ana en la casona de Uruguay, ellos ya sabían que íbamos. Alguien les avisó.

Román asintió, aún no muy convencido.

—Luego, cuando la secretaria de Emerio Beltrán apareció colgada, recibí una fotografía del cuerpo y...

—Eso no quiere decir que tengamos un espía. Pudo haber sido el mismo Diaco, su gente.

—Pensé lo mismo, hasta hace unos días, cuando recibí esto.

Román Benegas tomó el sobre color manila que su amigo empujó sobre la mesa. Tardó unos segundos en abrirlo. Adentro había un expediente. La sorpresa en su rostro resultó indisimulable.

—Borja Sanz —leyó—. Es un bioquímico que trabaja con nosotros. No es un espía.

—No sé qué pensar, Román. ¿Quién tiene acceso a nuestros archivos? Somos pocos, muy pocos, de hecho. Y enviar un expediente por correo postal, así como si nada. Alguien quiere decirme algo y voy a descubrirlo.

Benegas tragó saliva. Simuló hojear el expediente.

—Sanz no es un espía. Ha trabajado con nosotros por más de quince años, es una eminencia en su área.

—Venenos.

—Exacto —confirmó Román Benegas.

—Los detenidos muertos en las celdas de la Policía Federal murieron envenenados.

—Sanz no es el único especialista en venenos de diseño —refutó el agente—. No entiendo cómo este expediente salió de la Agencia. Tampoco sé qué es lo que crees que puede significar, pero Borja no es un doble agente.

—Quiero un detalle de cada uno de sus casos —requirió enfático Riglos.

—¿De los últimos quince años? —exclamó Benegas aturdido.

Riglos asintió.

—Está bien, autorizaré que recibas el acceso a esos documentos —dijo y mentalmente anotó retirar el archivo con el detalle de la muerte ficticia de Ana Beltrán.

Los hombres guardaron silencio un momento. De manera casi coordinada bebieron su café, sin decir más, absortos en sus pensamientos. Riglos obvió comentarle a su compañero respecto del mensaje de texto que le informó sobre la Operación Destierro. Todavía no sabía de qué se trataba dicha operación y, para su sorpresa, no había logrado ingresar en la base de datos de Interpol para verificarla. Tenía acceso a todas las operaciones, ¿por qué no a esa? No sabía si era instinto o mera precaución, pero intuía que Román sabía más de lo que decía y, por el momento, prefería no revelarle que sabía de la existencia de aquello, fuera lo que

fuese.



El comisario Alfredo Etchegaray encendió un cigarrillo y apretó los ojos, la penumbra le impedía ver con claridad. En la oscuridad de su despacho intentaba ordenar sus pensamientos. Había jugado sus cartas con inteligencia y en cualquier momento ocuparía el cargo de comisario mayor de la Policía Federal. Había llegado su hora de poder. Anticipaba ansioso el momento en que asumiera el cargo. Sonrió y, antes de incorporarse, aplastó el cigarrillo sobre el cristal del cenicero oculto por las cenizas.

Tomó su sobretodo, cerró la puerta de la oficina y caminó despacio por el corredor iluminado apenas por las luces de emergencia. Estaban en épocas de crisis, ahorraban energía y todo cuanto podían. Se detuvo frente a la entrada del ascensor, aguardó la llegada del habitáculo. Las puertas se abrieron con un dejo de elegancia, ingresó y se encontró con su reflejo en el espejo. Estaba gordo. Llevaba la barba crecida y el pelo astroso. Necesitaba un baño, relajarse, recuperar energía.

El ascensor se detuvo. Las puertas volvieron a abrirse. Y allí, para su sorpresa, lo esperaba el director para Latinoamérica de Interpol, Paul Preston.

—No esperaba tu visita —dijo el comisario.

El brasileño sonrió.

—Tenemos un problema —dijo, escueto. Y sin más le acercó un documento.

Etchegaray tomó la hoja y leyó rápidamente el informe.

—¿Quiénes?

—Isabel Romero y Agustín Riglos —respondió Preston.

—Mierda.

Alfredo Etchegaray cerró el puño sobre el papel. Percibió cómo cada uno de sus dedos apretaba con vehemencia el documento, casi como si de esa forma pudiera hacerlo desaparecer.

—¿Cuándo accedieron a la base de datos?

—Hace unos días. Igualmente, no pudieron ver los archivos.

—¿Cómo se enteraron de la existencia de la Operación Destierro? —masculló furioso Etchegaray.

—Hay un infiltrado —reconoció Preston—. Si la prensa llega a enterarse de que involucramos a una civil en el caso de...

—¡Qué carajo me importa la prensa y la civil! Si la Operación Esmeralda se cae porque tenemos un topo y yo pierdo mi ascenso, van a rodar cabezas, Preston. Me lo debés, estás en deuda conmigo. Encontrá al doble agente y hacelo desaparecer.

Etchegaray abandonó el edificio hecho una furia. La ira que lo acompañaba se

tradujo en la violencia con la que quiso cerrar la puerta de ingreso al Departamento de Policía. Pero era una de esas que se cerraban solas, por lo que Preston, aún dentro del edificio, pudo ver cómo la puerta volvía lentamente hasta su sitio original, casi como si lo hubiera hecho en cámara lenta, o como si allí el tiempo se hubiera detenido.



Jack Williams ingresó en la sala de conferencias cuando el salón todavía estaba vacío. Le gustaba así, immaculado. Recorrer con la mirada el lugar, detenerse en las sillas dispuestas prolijamente frente al escenario, en los parlantes suspendidos del techo, las luces aún ocultas en la penumbra.

Se acercó a la mesa sobre el escenario. Abrió la botella de Evian que había junto a la copa y la llenó hasta la mitad. Bebió el agua fresca y cerró los ojos un momento. Le gustaba relajarse antes de dar una conferencia, despejar su cabeza de cualquier otro pensamiento que no fuera el tema sobre el que disertaría, aclimatarse al aire del lugar, serenarse.

Continuaba con los ojos cerrados cuando sintió el susurro en su oído. Sonrió. Conocía a la dueña de esa voz ronca, casi gutural.

—¿En qué está pensando el doctor Williams? —preguntó la voz.

—Cómo estás, Amelia —dijo Jack, que había abierto los ojos y sonreía. Luego abrazó a la mujer que tenía en frente.

—Pensé que iba a encontrarte anoche en el hotel —murmuró la científica a modo de reproche.

—Llegué esta mañana —respondió él y hundió su rostro en el cuello de ella, aspirando el perfume que despedía su cabello—, pero me quedaré esta noche en París.

—¿Nos vemos a las ocho?

—Sabes que sí.

Amelia sonrió. Giró sobre sus pasos y se dirigió hacia una de las butacas de la primera fila. Como especialista en lenguas antiguas, formaba parte del comité de investigación de los manuscritos alejandrinos, y desde hacía meses Jack Williams, el director del comité, era su amante. Lo observó desplegar su computadora personal sobre la mesa, servirse un poco más de agua y luego saludar, uno por uno, a los científicos, antropólogos, arqueólogos y demás especialistas que participaban del simposio.

La manera en que hablaba con cada uno de los asistentes, dedicada y exclusiva, era admirable. Williams hacía sentir único al colaborador más anónimo o al científico más renombrado. Jack lograba que cada uno se sintiera especial. Así la hacía sentir a

ella, reflexionó Amelia.

Continuó estudiándolo. Hablaba con el doctor Shatz, el arqueólogo argentino que había sacado los escritos de la bóveda secreta que los albergaban. Shatz hablaba en voz alta, las facciones de Williams se tensaron momentáneamente.

—Hubo una reprogramación en el cronograma del simposio.

—No estaba enterado —respondió Williams—. ¿Qué se modificó?

—Se suponía que la doctora Ana Beltrán disertaría esta tarde. En vista de lo sucedido...

—¿Sucedido? —inquirió Williams intrigado.

—¿No sabe nada? —preguntó, atónito, Shatz.

Williams negó con la cabeza.

—Ana Beltrán murió hace unos meses; hace diez, para ser exacto. ¿No se enteró?

—No sabía nada...

—Salió en todos los diarios —continuó Shatz, que abrió su iPad para buscar algo mientras siguió con su perorata—. El hecho es que mi secretaria olvidó ajustar el cronograma del simposio. Yo replazaré a la doctora Beltrán, pero le ruego que lo informe en su discurso de apertura.

Williams asintió.

—Aquí tiene —dijo Shatz enseñándole el artículo periodístico en el dispositivo.

Jack lo tomó y leyó el titular: «Murió la criminóloga Ana Beltrán». La crónica narraba los extraños sucesos vinculados con la muerte de la científica que había descubierto los últimos escritos de Alejandría. La foto, en primera plana, lo dejó sin habla.

—Isabel... —murmuró tenso.

—¿Disculpe? —preguntó Shatz.

—No se haga problema, doctor —Williams fingió una sonrisa—. Informaré del cambio en el cronograma, no se preocupe.



Agustín Riglos recibió un nuevo *mail* en su casilla de correo y este emitió una alerta. Lo abrió de inmediato y escribió rápidamente la respuesta. La contestación del agente no tardó en llegar. Isabel sonrió. Volvió a escribir.

Agustín Riglos la visitaría el jueves. Tendrían una reunión para hablar sobre los resultados de la autopsia de los cuatro fallecidos en custodia de la Policía Federal Argentina. El agente también le solicitaba referencias del bioquímico Borja Sanz. No tenía mucho que decir, el hombre le había salvado la vida. Le había inyectado el antídoto contra la tetrodotoxina, el veneno del pez globo que casi la había matado. Pero, más allá de eso, desconocía su trabajo.

Ansiosa por responder el pedido de Riglos —a él también le debía la vida, aunque no pudiera decírselo— ingresó en la red de la Agencia en busca de información. Accedió al archivo de Sanz sin problema, pero algo llamó su atención. No había registro de su encuentro con Ana Beltrán. Su legajo, immaculado, mantenía cierta correlatividad cronológica hasta que la asistió en la casa segura. Ninguna observación de aquel incidente, como si un archivo dentro del documento hubiera sido borrado adrede. Accedió a la base de datos, sabía que la matriz guardaba, incluso después de eliminados, registro de cualquier documento. Se logueó de manera segura y verificó los archivos existentes y los eliminados. En el expediente de Sanz, en el sitio donde hubiera tenido que estar el detalle de la misión que involucraba a Ana Beltrán, encontró un archivo eliminado. A ver el nombre del documento, el corazón le dio un vuelco.

Anotaciones de Pérgamo

Bizancio, 1000 d. C.

La Puerta Santa estaba cerrada. Lisímaco introdujo su mano derecha en el morral que llevaba cruzado al cuerpo y buscó la llave. La encontró fácilmente. Era grande, pesada y oscura. Tan oscura como los secretos que se escondían tras el portal. Cerró el puño sobre el metal con fuerza y la apretó con violencia hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Cuando sacó la mano de la bolsa y observó la llave, su respiración se agitó. Necesitó un momento para recuperarse, armarse de valor e introducirla en el cerrojo. El hierro giró dos veces; luego el sonido de los herrajes en el interior liberándose le permitió pasar bajo el portal. Levantó la mirada y allí, bajo el dintel, resguardada por la piedra agua marina del centro del arco ojival, se ocultaba la cuarta pieza de la Tabla Esmeralda. Lisímaco respiró profundamente, levantó la mano y removió la piedra. Escondida bajo su base, otra cerradura. Volvió a introducir la llave que aún sostenía en la mano y, ante él, el último de los rollos, el secreto de los tiempos.

Jack Williams llegó a la Agencia cerca de las ocho de la mañana. Sabía que, a esa hora, Isabel ya estaría en su despacho. Había evaluado todas las posibilidades respecto a hablar con ella sobre su descubrimiento.

—¿Tienes un minuto? —preguntó bajo el dintel de la puerta de su oficina. Ella estaba concentrada en la pantalla de su computadora.

Isabel sonrió, se la notaba ciertamente contenta de verlo. Williams sintió un profundo pesar inexplicable. La guio hacia su oficina.

—¿Cómo te fue en París, Jack?

—Estuvo bien —respondió él algo distante.

—Evelyn te extrañó... —murmuró ella con cierta malicia.

Williams se dio vuelta, sorprendido por el comentario, y devolvió la sonrisa. Se rio.

—En el fondo eres perversa, Romero —dijo sorprendido.

Isabel volvió a sonreír. Le divertía el científico y, de hecho, debía reconocer que era ella quien lo había extrañado.

—Quiero mostrarte algo —dijo, serio, Williams.

Isabel lo siguió con la mirada. El eximio investigador se calzó un par de guantes de látex y se acercó a la cámara de presurización. Pulsó un código de acceso y el cubículo de vidrio se abrió. Tomó unas pinzas y extrajo un escrito antiquísimo. Con el ejemplar en las manos, se aproximó hasta la mesa de análisis y lo depositó sobre un panel de seguridad. Tomó la mano de la mujer, la invitó a acercarse al códice. Luego, la miró a los ojos y le dijo:

—Es la Tabla Esmeralda.

Notó que ella tragaba saliva, pero que no iba a decir nada.

—Me la entregó el agente Román Benegas.

—No entiendo —mintió nerviosa. Por dentro, la duda de que Williams supiera quién era ella ya no le preocupaba. Solo podía pensar en una cosa: ¿Román Benegas? ¿Benegas había entregado la tabla? ¿Cómo era posible si había sido robada por Marcos Gutiérrez?

—No has sido sincera, Beltrán...

Cuando escuchó su nombre en boca de Jack, levantó la mirada. Se quedó en silencio. Sus ojos azules, alguna vez oscuros, se clavaron en los del científico. Había sido descubierta. El hombre se aproximó, lento, y le rodeó la cintura con un brazo. Ella no se apartó. El calor del cuerpo apenas conocido le resultaba reconfortante. Notó cómo la atraía hacia él, inmiscuyéndose en la depresión de su cuello. Pudo sentir un beso suave en el hombro y un susurro en su oído que la alertó.

—No confíes en Benegas —le apretó fuerte la cintura—. Tu secreto está a salvo conmigo —susurró por último.

Jack Williams se apartó, dio media vuelta y volvió a concentrarse en el manuscrito. Ana se quedó quieta, sin saber si hablar o irse. Optó por desaparecer. Cuando giró, se encontró con la ira en el rostro de Evelyn Hall. «No te metas con mi hombre», gritaba aquella mujer en silencio. Había visto todo. Pero ¿había escuchado algo?



Román Benegas había abandonado Salamanca luego de su reunión con el agente

Riglos, quien sospechaba acerca de la presencia de un topo en la Agencia. Sonrió aliviado. Creyó que Agustín había descubierto la Operación Destierro, el pequeño montaje que Interpol había armado para salvaguardar la verdadera misión en la que habían trabajado por años: la Operación Esmeralda.

Si Riglos se enteraba de que él había formado parte del engaño, no se lo perdonaría jamás. Nunca iba a entender su ambición, su necesidad de ascender en la Policía Internacional. Agustín no entendía, no había sufrido hambre, no había tenido frío en las noches de invierno ni miedo por no saber cuál sería su próxima comida. Riglos lo había tenido todo, él no. Y allí estaba la manera de asegurarse que ni él ni sus futuros descendientes sufrieran, jamás, alguna privación. No, Agustín no lo entendería nunca.

El taxi en el que viajaba se detuvo. Pagó y descendió frente a las oficinas de Interpol en Inglaterra. Tenía una reunión con Isabel Romero.



Se encontraba absorta en su computadora. Escribía furiosa y no quitaba la vista de la pantalla.

—Buen día, Isabel.

La mujer levantó la mirada. «No confíes en Benegas», había dicho Williams. Fingió una sonrisa. Cerró su *laptop*. No quería que el agente viera qué estaba buscando en la base de datos.

—Hola, Román. Te esperaba el viernes, para la fiesta de los cincuenta años.

Interpol cumplía cincuenta años en aquellos edificios y, por alguna razón que Isabel no lograba comprender, se había organizado una fiesta de gala a la cual estaba invitada y donde había arreglado reunirse con Benegas.

—Hubo un pequeño cambio de planes, no me quedaré a la celebración —dijo. Luego ingresó en la oficina de la mujer, cerró la puerta y se sentó frente al escritorio —. Tú me dirás...

Ana había pedido la reunión. Ahora, frente a él, no sabía qué hacer. «No confíes en Benegas». La voz de Jack resonaba en su cabeza una y otra vez. «No confíes en Benegas». La voz no se iba.

—Creo que me precipité.

—¿Cómo?

—Perdón, es que necesito saber sobre Margarita.

—¿Margarita? —preguntó incrédulo Benegas.

—Margarita era la secretaria de papá. Que haya aparecido colgada y con los labios cosidos...

—Entiendo...

La patóloga simuló escuchar atentamente el relato de Benegas. Sin embargo, su cabeza estaba a miles de kilómetros de allí.

Anotaciones de Pérgamo

Salzburgo, 24 de septiembre de 1541.

Sobre el lecho yacía el Alquimista Honesto. Así lo llamaban. De noble corazón, el estudioso había ayudado a los desvalidos y había abogado por la sabiduría. Había logrado unir magia y ciencia, y se había ganado el desprecio de muchos. Pero su aprendiz, a quien el alquimista llamaba Mercurio, le sostenía la mano y escuchaba, atento, sus últimas palabras.

—Ya sabes qué hacer con los manuscritos —susurró. Mercurio asintió. Tenía la garganta anudada, no podía pronunciar palabra—. Protégelos con tu vida si es necesario —el aprendiz volvió a afirmar. Ya no podía contener las lágrimas— y en cuanto a la tabla —murmuró esforzándose por hablar—, llévasela a ella, la está esperando.

Mercurio asintió por tercera vez. Cerró los ojos un momento para postergar el llanto. Cuando los abrió, su maestro parecía dormir tranquilo. Estalló en llanto. Paracelso —así se hacía llamar su maestro, en honor a Celso, un médico romano del siglo I— lo había acogido a la edad de seis. Había aprendido la ciencia de la medicina y el poder de la magia. No olvidaría jamás aquello que había visto entre esas cuatro paredes cuando colocaron los cuatro rollos juntos. Nunca.

Se levantó y fue en busca del sepulturero. En el trayecto rememoró los últimos días en casa de su tutor. Lo habían encontrado. De alguna manera, La Legión había descubierto que Paracelso tenía la Tabla Esmeralda y había ido tras él. Luego de que aquel hombre lo visitara en su morada, su maestro había comenzado a deteriorarse. Veneno. Estaba seguro. La lengua se le había puesto negra, los ojos se le habían cegado, las fuerzas lo habían abandonado. Sabía que luego de despedir sus restos debía abandonar la ciudad y con él llevar el Legado de Hipatia y la Tabla Esmeralda al destino que su maestro le había indicado.

El sepulturero lo esperaba. La lápida estaba terminada. Mercurio, aún con los ojos bañados en lágrimas, leyó el epitafio: «Aquí yace Philippus Theophrastus, distinguido doctor en medicina que con artes maravillosas curó horribles heridas, lepra, gota, hidropesía y otras enfermedades contagiosas del cuerpo, y dio a los pobres los bienes que había obtenido y acumulado. En el año del Señor 1541, a 24 de septiembre, dejó la vida por la muerte».

Verónica Ávalos ingresó en su oficina y, antes de acomodarse, encendió la computadora. A medida que se sacaba el sobretodo y colgaba su cartera en el perchero de la entrada, escuchaba cómo la máquina se ponía en marcha.

Hacía días que no sabía nada de Benegas. Le había dicho que viajaba, que tenía una misión. No se contactaría con ella por cuarenta y ocho horas más, pero lo extrañaba. Rememoró la sorpresa cuando él, luego de buscarla por su departamento y conducir por un largo rato, estacionó su vehículo frente a unas de las amarras del Club Náutico San Isidro. Allí los esperaba una embarcación. La cena había sido perfecta; la noche, mucho más. Sonrió.

La computadora arrancó y la bandeja de entrada del correo electrónico no llamó demasiado su atención. Hasta que sus ojos se cruzaron con cierto *mail* que le sorprendió: ¿qué era la Operación Destierro? Abrió la misiva virtual y a medida que leía el texto, sentía que el corazón empezaba a latirle furioso, que la garganta se le secaba y que la ira empezaba a desatarse en su interior.



Agustín Riglos debía estar en las oficinas de Isabel Romero en un par de horas. Pero no asistiría a la reunión. Había decidido postergar el encuentro hasta la celebración del viernes. Envío un *mail* para cancelar el encuentro y, en cambio, se anunció en las oficinas del doctor Borja Sanz.

El bioquímico lo recibió en su laboratorio. No le resultó extraño que un agente fuera a verlo.

—Buenas tardes, soy el doctor Borja Sanz. Me dicen que necesita verme por un caso.

—Agustín Riglos —respondió el agente estrechando la mano que le ofrecían—. ¿Tomamos un café?

Sanz asintió. Dejó unos papeles sobre el escritorio y caminó en silencio junto a Riglos. Entraron en la cafetería, significativamente vacía a aquella hora de la tarde, y luego de servirse un par de bebidas calientes se sentaron frente a frente.

Agustín escudriñó al científico un momento. Había leído su expediente una y otra vez sin encontrar más que excelentes avances científicos y descubrimientos. No entendía por qué le habían enviado ese documento ni quién lo había hecho. Revolvió el café en la taza de loza blanca y luego de beber un sorbo dijo:

—Voy a serle sincero, Sanz. Usted parece un buen hombre —Riglos solía confiar en sus instintos, especialmente luego de haber corroborado el legajo del bioquímico, intachable—. No creo que sea un espía.

—¿Espía? —Sanz se atragantó con el café—. ¿Qué locura es esa?

—Alguien quiere hacerme creer que usted es un topo —terminada su frase,

Riglos arrojó el legajo del español sobre la mesa—. Y me envió su expediente.

Borja estiró la mano y tomó el legajo. Lo abrió azorado. ¿Cómo había salido esa documentación de la Agencia?

—No entiendo...

—Yo tampoco, Sanz. Por eso decidí venir a verlo. He estudiado su expediente de arriba abajo, incluso he pedido el detalle de cada uno de sus casos. No hay nada que llame mi atención.

—Agente Riglos —dijo Sanz molesto—, no sé de qué se trata este asunto, pero esa documentación es altamente confidencial. Debería dármela o devolverla a la central.

—Voy a devolverla, no se preocupe, pero quiero que antes revise los documentos. He hecho esta copia para usted.

—¿Para qué? —inquirió desconcertado Sanz—. ¿Qué cree que pueda encontrar yo que usted no haya visto?

—Sinceramente, no lo sé. Pero ¿no le parece extraño que esta documentación haya dejado la Agencia?

—Me preocupa. Este legajo contiene información que en las manos equivocadas...

—Revise los documentos —insistió Agustín. Se incorporó pero, antes de irse, le entregó una tarjeta—. Es mi línea segura. Llámeme si ve algo que le resulte extraño o inusual.

El doctor Borja Sanz no respondió. Mantuvo la mirada concentrada en el agente, que antes de irse pareció recordar algo y dijo:

—¿Escuchó hablar de la Operación Destierro?

Sanz tragó saliva. Tenía que hablar con Román Benegas.

—No —mintió.



Salió de las oficinas de Sanz con más preguntas que respuestas. No había logrado descifrar la mirada del científico. ¿Le había mentado acerca de la Operación Destierro? ¿Sabía más de lo que decía?

Encendió el auto con el mando a distancia; había decidido manejar hasta Londres. Necesitaba pensar y, para eso, nada mejor que la ruta. Le gustaba abstraerse del mundo concentrando sus cinco sentidos en el volante, en el camino, en el ronroneo incesante de la marcha. Dejar la mente en blanco, sin otra preocupación más que el recorrido.

Se ubicó en la butaca y colocó el celular en el altoparlante. Se comunicó por la línea segura con la Agencia. Necesitaba arreglar un par de detalles antes de llegar a

las oficinas británicas.



Román Benegas abandonó los cuarteles londinenses de Interpol luego de su larga reunión con Isabel Romero y tomó el teléfono. Buscó la línea segura de Riglos y le dejó un mensaje. Luego se comunicó con el doctor Borja Sanz, quien había estado llamándolo a lo largo de toda la mañana.

—Dime, Borja —dijo pausadamente al tiempo que ingresaba en un taxi rumbo al aeropuerto—, ¿qué es tan urgente?

—Riglos vino a verme.

—Nada grave, te anticipé que...

—Me preguntó por la Operación Destierro.

Benegas guardó silencio. No esperaba que Agustín estuviera al tanto, aunque en el fondo esperaba que algún día el agente se enterase para terminar con ese asunto.

—¿Cómo...? —preguntó incrédulo.

—No lo sé. No lo dijo. Solo me preguntó.

—¿Qué le dijiste?

—No le he dicho nada.

—Bien, la Operación Esmeralda depende de tu silencio. Ni una sola palabra.



Luego de terminar su conversación con Benegas, Borja Sanz volvió a tomar el teléfono y realizó otro llamado.

Anotaciones de Pérgamo

París, Castillo de Malmaison, 1814.

La emperatriz iba descalza. A aquellas horas de la mañana, cuando el sol apenas calentaba y la brisa estival deleitaba el palacio con su susurro, se quitaba las zapatillas de plumetí y se deleitaba percibiendo la suavidad del mármol bajo sus pies. Ingresó en la galería, ubicó su rincón favorito y observó que la criada le había dejado la tetera dispuesta.

Amaba Malmaison, había comprado aquella finca por trescientos mil francos y había gastado una suma similar en acondicionarla. Desde la

galería, pasaba horas observando el verde infinito, el mundo alguna vez a sus pies. Cerró los ojos. Le Petit Caporal,^[4] como solía llamarlo en la intimidad, había puesto el mundo a sus pies para luego arrancárselo. No recordaba cuándo se habían visto por última vez. A veces creía extrañarlo. No lo amaba, pero la distancia resultaba traicionera, y la obligaba a añorar lo que tantas veces le había resultado indiferente. Se sentó sobre el sofá, bebió una taza de té y aguardó.

Pierre-Joseph Redouté entró en la galería y se inclinó ante la emperatriz.

—Querido —murmuró Josephine—, ha llegado la hora.

El joven asintió. La mujer parecía más frágil que de costumbre. Sin embargo se mantenía elegante y sofisticada.

—Bonaparte no puede enterarse.

El protegido volvió a asentir.

—Si lo hiciera, usaría el Legado de Hipatia para engrandecer su poder.

Redouté siguió en silencio. Escuchando atentamente las palabras de la mujer que lo había patrocinado en el mundo de la pintura más de diez años atrás y que ahora perdía la mirada en la distancia.

—Sabes qué hacer. Guarda los manuscritos hasta que elijas un custodio que te suceda en su protección. Recuerda, este es un secreto que viene de las manos más antiguas, debes protegerlo con tu vida si fuera necesario.

Isabel no podía dormir. Se levantó sin pensarlo dos veces y caminó, confiada, hasta la caja de seguridad que ocultaba en uno de los paneles de madera de la biblioteca. Presionó el teclado empotrado en la pared, disimulado tras el falso aplique en la *boiserie* y escuchó el crujido de la caja al abrirse. Extrajo el libro, lo envolvió en un paño y luego lo introdujo en su cartera. Minutos después caminaba por Queen's Gate Garden hacia Gloucester Road hasta llegar al número 38 de Harrington Gardens. En el tercer piso de aquel magnífico edificio vivía Jack Williams.

Dudó un momento, ¿qué hacía allí? ¿Qué se le había cruzado por la cabeza? Giró. Volvió sobre sus pasos. Recorrería las siete cuerdas que separaban su casa del hogar de Williams reprochándose el atrevimiento, pero no había avanzado lo suficiente cuando la voz del científico la detuvo.

—No esperaba visitas a esta hora, doctora Romero —Isabel se dio vuelta. Jack Williams volvía de hacer unas compras. Llevaba una bolsa de papel madera con algo de pan y alguna bebida en su interior.

—Perdón —tartamudeó la mujer—, no quería...

—Relájate —dijo él sonriendo—. ¿Has comido? —ella negó con la cabeza—. Bien, sube, estaba por preparar algo.

Ingresaron en el antiguo departamento. El lugar estaba iluminado por varias arañas de cairel que le daban un toque majestuoso al hall de entrada. La madera, color caoba, lustrosa, relucía bajo las luminarias de fin del siglo XIX. Caminaron en silencio

hasta el ascensor y en el interior continuaron sin decir nada.

—Es aquí.

Las puertas del elevador se abrieron directamente sobre un gran recibidor. Ella bajó y se enfrentó a un enorme Mondrian. A su derecha, un gran *living* coronado también por una ecléctica colección de obras de arte: Picasso, Marinetti, Van Eyck y Heckel. Pero la que más llamó su atención fue un enorme Canaletto que reposaba sobre una de las paredes del escritorio.

—La fiesta de San Roque... —murmuró azorada—. Pensé que estaba en la National Gallery.

—Lamento decepcionarte, el de la National es una copia. Este es el original y suelo prestárselo en ocasiones especiales.

—Increíble.

—Mi familia ha coleccionado arte por siglos. Yo he tratado de continuar con esa costumbre.

La mujer se mantuvo frente al cuadro varios minutos, no supo cuánto. Williams no la interrumpió, la observó silenciosamente, deleitándose en su mirar absorto, en sus manos cruzadas alrededor de la cintura, como si quisiera protegerse de algo. En el modo en que su pie se balanceaba de derecha a izquierda, sin percibir que lo hacía al compás de la melodía que emergía de un sofisticado equipo de música que el hombre había encendido sin que ella lo notara.

Se acercó. Le gustaba la forma en que se abstraía del mundo, eludiendo cualquier distracción terrenal, inmersa en aquello que le atraía.

—Es mi favorito —dijo al notar la proximidad del cuerpo del científico—. Podría pasar horas mirándolo.

Isabel Romero giró y se encontró con los ojos chispeantes de Jack Williams. Conocía esa mirada.

—Creo que podemos charlar mañana —dijo poco convencida.

—Isabel, relájate y dime a qué has venido.

Williams la invitó a sentarse. Ella no se opuso, quizá porque se sentía inhibida al estar rodeada de tantas obras de arte o, simplemente, porque le atraía Williams y se sentía en desventaja frente a su seguridad. Lo observó moverse con gracia en el bar de la casa, descorchar un vino y alcanzarle una copa.

—Tengo algo que sé que quieres.

El científico enarcó una ceja, desconcertado.

—Hace casi un año le enviaste un *mail* a Ana Beltrán.

Williams asintió. Ya casi había olvidado ese asunto.

—Por razones obvias, no te respondí —dijo sin necesidad de aclarar nada. Él sonrió—. Nunca me separé de él.

Jack sintió que el corazón le daba un vuelco. Vio que la mujer abría la cartera y extraía una caja, dentro de ella, un paño, y en el centro, aquello que jamás pensó que podría ver.

—Si verdaderamente hay un secreto oculto aquí —dijo ella al entregarle el libro — espero que lo encuentres.



En las afueras de Harrington Gardens, inmerso en la oscuridad, un hombre encendió un cigarrillo. El destello de la llama apenas iluminó su rostro. Aspiró profundamente y dejó que el humo gris se escapara por la boca torcida.

Seguro de sus movimientos, tomó el celular y esperó respuesta del otro lado de la línea.

—Está en casa del científico.

—¿A estas horas?

—Le llevó el libro.

—Esperen que salga la mujer y recuperénelo cuando sea el momento adecuado.

El hombre guardó el celular en su gabardina y volvió sobre sus pasos. Una vez dentro de su vehículo, envió un mensaje de texto.



Verónica Ávalos no podía dejar de mirar la fotografía que le había llegado por correo. No parecía estar trucada, ¿realmente se trataba de Ana? La imagen mostraba a Román Benegas junto a una Ana Beltrán bastante cambiada. ¿Qué estaba pasando? Ella sabía que Ana estaba muerta, había visto su cuerpo, había ido a su funeral. Un frío pegajoso le recorrió la espalda. Necesitaba ubicar a Benegas y hablar con él. Si lo que sospechaba era cierto, Román tenía mucho que explicarle.



Jack Williams tomó el cuaderno con delicadeza. Las tapas eran de cuero y estaban algo ajadas en los bordes, probablemente producto del paso del tiempo y de la cantidad de veces que se habían abierto y cerrado. En el lomo, las iniciales del científico Eduardo Ladislao Holmberg, en color oro, parecían brillar bajo la luz cálida junto al sillón en el que se encontraban.

—Quiero que me cuentes toda la historia, desde el principio.

Ella se acomodó sobre el sofá, acurrucó las piernas sobre el asiento y bebió un poco de vino. Contar aquella historia removía dolores que, sabía, no había enterrado

del todo.

—Emerio Beltrán, mi padre, apareció colgado de la viga central de la Biblioteca del Zoológico de Buenos Aires una madrugada. Ahí empezó todo —los ojos se le habían llenado de lágrimas, tragó saliva—. Tenía la boca cosida, lo habían torturado. Un día después, a miles de kilómetros, pasó lo mismo con Máximo Zaldívar.

—¿El financista? —interrumpió Williams. Ella asintió.

—Max y yo salimos un tiempo, pero además era el dueño del cuarenta y nueve por ciento del paquete accionario de Centauro, la editorial de mi padre —volvió a beber—. A papá lo asesinaron un miércoles; recién lo encontramos el viernes. A Max lo mataron el viernes, lo hallaron el sábado. Con sus labios cosidos.

—Por Dios...

—Max no dejaba nada librado al azar. En caso de que muriera, había indicado ciertas condiciones para la disposición de sus bienes. Marcos Gutiérrez y yo debíamos asistir a la lectura del testamento. Si no nos presentábamos, no habría disposición de bienes.

—¿Quién es Marcos Gutiérrez? —quiso saber Williams.

—Era el apoderado de Centauro. También era amigo de Max, o por lo menos eso creíamos. En realidad —había decepción en su mirada e incluso una profunda tristeza— era un agente de La Legión —Jack amagó a preguntar algo—. Déjame que te explique. La Legión es una organización que nació en tiempos de Hipatia de Alejandría, cuando la última directora de la biblioteca comenzó a sustraer manuscritos del Serepeo para rescatarlos. En ese momento, el arzobispo Cirilo estaba empeinado en controlar la biblioteca y destruir cualquier material que considerase pagano. Hipatia, junto con un grupo de filósofos de la época, que se autodenominaron El Grupo de los Sabios, logró rescatar más de trescientos códices.

—Manuscritos que tú encontraste bajo los suelos del jardín zoológico.

—Exacto. A lo largo de los años, este grupo se las ingenió para proteger los escritos. En algún momento llegaron a manos de Holmberg. Él le entregó este libro, con sus anotaciones y el mapa para ubicarlos, a Justo Beltrán, mi abuelo, y a Federico Zaldívar, el abuelo de Max. Todo este tiempo La Legión los ha estado buscando...

—¿Y qué pasó en la lectura del testamento? ¿Para qué quería Zaldívar que fueras?

—Eso mismo me pregunté en su momento. Lo cierto es que Max sabía de la existencia los libros, y La Legión lo tenía en la mira. En la lectura de sus bienes recibí una caja. En ella encontré la clave de seguridad de una cuenta en Zúrich. Allí estaba el mapa para encontrar los libros.

—¿Y el cuaderno?

—Entre las cosas de mi padre —Isabel volvió a respirar profundamente—. ¿Qué crees poder encontrar allí?

—No lo sé, puede que nada, ¿lo has leído?

—Muchas anotaciones, diagramas, entradas diarias, la construcción de los

recintos del zoológico, datos sobre botánica, recortes de la Academia Científica... ilustraciones de todo tipo... Es... críptico.

Jack estaba observando atentamente el anotador, daba vuelta las hojas sin pestañear.

—¿Qué has descubierto de la Tabla Esmeralda? —quiso saber la mujer y se acomodó nuevamente en el sillón.

—Evelyn cree que está incompleta.

—No entiendo.

—Luego de varios análisis hemos descubierto escritos ocultos en el papiro. No son posteriores al grabado original. Coinciden las tintas, la datación por termoluminiscencia arroja datos certeros. Quien hizo la tabla, también escondió varios mensajes en ella.

—¿Y ese mensaje dice que la tabla está incompleta?

—No. El rollo en el laboratorio esconde símbolos de alquimia en cada uno de sus cuatro vértices. En uno se encuentran los cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego; y en los otros tres, los símbolos de las tres bases.

—Sal, azufre y mercurio.

Jack asintió.

—Evelyn cree que si la tabla esconde estas ilustraciones pero no el resto de la simbología alquímica, es porque faltan piezas de la tabla.

—¿Cuántas piezas creen que faltan?

—Por lo menos, tres. Una con los siete metales planetarios, otra con los elementos mundanos y una tercera con los componentes alquímicos.

—Te das cuenta de que es una mera conjetura, ¿cierto? Evelyn no tiene ningún respaldo empírico para sustentar esta suposición, ¿cierto?

—Sé que se trata de una suposición, quizá errada. Sin embargo, confío plenamente en las corazonadas de Evelyn; es una excelente científica que, además, se guía mucho por su intuición, y pocas veces se equivoca.

Romero sonrió tratando de ocultar un sorpresivo brote de celos. Reprimió aquel extraño sentimiento y tomó el resto del vino que quedaba en su copa. Cuando terminó, se incorporó dispuesta a irse.

—Todavía tengo mucho tiempo —dijo él, descolocándola.

—¿Perdón?

Jack Williams se había incorporado y pasaba los brazos alrededor de su cintura para atraerla firmemente hacia él. No se iba a dar por vencido.

—Para convencerte de que te quedas, tengo mucho tiempo —susurró a su oído. Ella se rio—. No te vayas todavía.

Isabel sonrió. Dudó.

—Es tarde, Jack.

Él pensó en insistir. Notó determinación en los ojos de la mujer. Desistió.

—Te acompaño, pero antes quiero que aceptes ser mi compañera en la fiesta de

mañana.

La mujer volvió a sonreír. Había algo en Jack Williams que le generaba confianza. Y para una mujer que había sido engañada reiteradas veces, aquella era una cualidad sumamente atractiva.



Diacó dejó que el cuerpo arrugado desapareciera bajo el agua de la bañera. Le gustaba pensar allí donde el murmullo del líquido opacaba cualquier sonido ambiente. En aquel reducido espacio se sentía libre, liviano, limpio.

El círculo se iba cerrando. La misión estaba llegando a su fin. Agustín Riglos pronto descubriría que lo habían engañado. Experimentaría la decepción, la tristeza y la furia que él mismo había vivido más de un año atrás, cuando supo que su protegido resultó ser un agente de Interpol. Apretó los labios con violencia y continuó bajo el agua, deliberando los pasos a seguir.

Primero, el golpe bajo: el agente debía enterarse de que Beltrán estaba viva. Luego, cuando el desconcierto fuera absoluto, la estocada final. Y la muerte.

Anotaciones de Pérgamo

París, 1824.

El belga sostenía el pincel entre los labios. Luego, como quien sabe que está por dar el último toque a una obra de arte, retrocedió unos pasos y observó los colores sobre el bastidor.

Minúsculas, delicadas, vaporosas, así eran aquellas tres flores que había decidido pintar. Una junto a la otra, inocentes a su destino, reposaban las tres: la Rosa clinophylla, la Rosa centifolia y la Rosa moschata.

Escuchó el crujir de la puerta.

—Maestro —dijo su aprendiz—, lo están esperando.

Pierre-Joseph Redouté asintió y caminó hacia el portal. Del otro lado lo esperaba su destino.

Isabel Romero se enfundó en el vestido Elie Saab color manteca que había comprado para el aniversario de la Agencia y observó su reflejo en el espejo. Los breteles finos, el escote recto y la tela vaporosa, ajustada hasta la cintura para luego abrirse con cierto vuelo a la altura de los tobillos, le sentaban a la perfección.

Jack Williams estaba por llegar. Se colocó unas gotas de perfume en el cuello y, al

tomar su cartera, escuchó el celular. Acababa de entrar un mensaje. Verificó el remitente y respondió. La celebración de Interpol resultaría más un centro de reuniones que un festejo. Tenía acordada tres para aquella noche; la última, la que acababa de confirmar, con Agustín Riglos.

Verificó también contar con los expedientes de Matilde Pavón y de los tres hombres muertos en la sede policial en su *smartphone* y, además, que el análisis toxicológico que había vuelto a realizar estuviera disponible.

Escuchó el timbre. Apagó las luces del departamento y salió. Bajó por las escaleras el único piso que la separaban de la planta baja. Allí, en el recibidor, Jack Williams la esperaba vestido con un impecable esmoquin color habano.



La sala de reuniones de Interpol se había transformado en un lujoso salón de fiestas. Las bandejas con champagne bailaban al compás del cuarteto de cuerdas ubicado sobre un pequeño escenario.

El bullicio típico de aquellos festejos se perdía entre risas, música y el centelleo de los vestidos de lentejuelas. Agustín Riglos sonrió. Los agentes, cuando vestían esmoquin, se transformaban, por eso evitaba aquellos eventos. Sin embargo, aquella vez había una razón en particular para asistir: necesitaba encontrar a Diaco, dismantelar La Legión. Y para eso debía empezar por el principio. La muerte de los cuatro detenidos en el zoológico de Buenos Aires podía ser la primera pista firme que tenía para ubicar al hombre que había matado a Ana Beltrán. La reunión con el jefe de Patología de la organización parecía prometedora. Romero le había recalcado la importancia de reunirse debido a cierto descubrimiento al que había llegado al realizar nuevamente las autopsias de las víctimas.

Riglos intentó relajarse. Se aburría. Tomó una copa de champagne y se alejó de la muchedumbre. Miró su reloj, casi las ocho. En una hora se reuniría con Isabel Romero en el *lobby* de la Agencia. Eligió una mesa, se sentó. No tenía interés en socializar. Comenzó por observar el crisol de personalidades que se contoneaban en el salón. Se detuvo en Paul Preston, el director de Interpol para Latinoamérica. El hombre gesticulaba demasiado. Una pequeña sonrisa asomó en la comisura de sus labios, bebió un poco más de champagne. Había algo en el número uno de la organización que le disgustaba, quizá la manera en que chasqueaba la lengua cuando hablaba o la excesiva transpiración que secaba con un pañuelo blanco. Había algo repugnante en Preston. Continuó registrando el lugar, caras que conocía y algunas otras que eran nuevas. Se dejó envolver por la melodía y el sonido de las copas de cristal al chocar, el coqueteo sugerente de las agentes, la pose investida de los hombres. Volvió a Preston. Hablaba con la doctora Evelyn Hall. La científica lo vio,

sonrió amable y levantó la mano a modo de saludo. Riglos devolvió el gesto sin levantarse de su asiento. No tenía intención de socializar con Preston, quien, más por protocolo que por deseo, lo saludaba con una inclinación de cabeza. Sin embargo, no tuvo más que incorporarse cuando divisó a Hall caminando hacia él.

—¿Cómo has estado, Eve? —preguntó sinceramente. Le caía bien la científica.

—Sin grandes novedades, ¿y tú?

—Sin grandes novedades —respondió Riglos jocoso.

—Escuché que estás a cargo de la Blanca —dijo Hall haciendo referencia a la Unidad de Asalto Táctico conocido como Unidad Blanca o, simplemente «la Blanca».

Agustín asintió y, sin ánimo de ahondar en las razones que lo habían empujado a tomar aquella decisión, llevó la copa a sus labios y bebió el último trago de champagne.

—¿Dónde está tu compañero de equipo? —inquirió Riglos maliciosamente. Sabía de la admiración de Hall por Williams.

—Debe de estar con su nueva adquisición —respondió Hall con cierto grado de sarcasmo.

—¿Adquisición?

—La jefa de Patología Forense. Van juntos a todos lados, no sé qué le ve...

Riglos sonrió. Conocía la reputación de Williams con las mujeres. Un mujeriego nato que tenía una «adquisición» en cada una de las sedes de Interpol por las que pasaba. Sin embargo, y aún frente a tales desprolijidades, Evelyn Hall se mantenía fiel a su platónico amor por él.



Paul Preston se despidió de Evelyn Hall en el momento en que divisó al comisario Alfredo Etchegaray ingresar en el salón. Más de un alto directivo, incluido él, le debía favores a Etchegaray, y su presencia en aquella celebración seguramente se relacionaba con alguno de ellos. Sonrió sin ganas cuando sus miradas se encontraron; segundos después estaban frente a frente.

—¿Qué hace Agustín Riglos acá? —preguntó Etchegaray apretando los dientes, intentando controlar la expresión de su rostro—. No puede estar acá.

Preston no respondió, en cambio tomó su teléfono y se alejó de la muchedumbre. El comisario lo acompañó con la mirada.

—Benegas —escuchó que decía—, tenemos un problema.

Al ver que el brasileño no parecía ejecutar la misión que debía, Etchegaray le quitó el celular de las manos.

—Escuchame, Benegas... Tenemos un asuntito acá... Lo estoy viendo a Riglos

tomándose algo muy relajado en el mismo lugar donde Isabel Romero aparecerá en cualquier momento. ¿Me podés decir cómo mierda solucionamos esto?



Verónica Ávalos esperaba una respuesta que, sabía, Benegas no iba a darle. Lo observó alejarse cuando respondió aquel llamado. Trató de escuchar qué decía, pero estaba demasiado lejos. Lo vio aproximarse, enfundado en un traje oscuro que le daba la seriedad que, en aquellos momentos, ya no veía en él. Le había mentido, le había permitido creer que Ana Beltrán estaba muerta. Bajó la mirada, cruzó los brazos y esperó.

—No me hagas hablar, Vero... —susurró él acercándose. Ella lo rechazó.

—Quiero que me digas la verdad.

Román Benegas dejó que sus brazos cayeran, como entregados. No podía. Mantuvo el silencio sosteniendo la mirada vidriosa de la mujer que tenía frente a él. No podía.

—Ana Beltrán. ¿Dónde está?

El agente resopló. Estaba atado de pies y manos, no podía hablar.

—Verónica, no puedo —respondió firme.

La mujer vio que Benegas se daba vuelta y caminaba hacia la puerta con la clara intención de irse.

—¿Y Riglos? —exclamó ella indignada—. ¿A él también le vas a dejar creer que está muerta? —Había un dejo de tristeza en su voz.

Román detuvo su paso, aún de espaldas. No giró, no volvió a mirarla, no dijo nada. Respiró profundamente, hinchando su cuerpo de manera tal que su espalda pareció más grande, más ancha. Luego, exhaló. Abrió la puerta y desapareció.

Anotaciones de Pérgamo

Londres, 1840.

Pierre-Joseph Redouté se aferraba a su bastón con fiereza. El puño, cerrado sobre el marfil que hacía de asidero al báculo, estaba tan apretado que se había puesto blanco. Caminaba con firmeza, había determinación en sus ojos, la misma que había notado en sus cartas, reconoció Darwin, que lo observaba desde el pórtico de Down House. Se detuvo en su forma de caminar, observó el trabajoso andar del anciano sobre la grava. El esfuerzo que aquel corto trayecto implicaba se traducía en las sienes húmedas, las rodillas tambaleantes, el cansancio evidente.

—Déjeme que lo ayude —dijo y le extendió un brazo para que el anciano se apoyara en él.

Los dos hombres recorrieron en silencio el tramo que los distanciaba de la galería. Allí había té y scones sobre una pequeña mesa adornada con un simple mantel azul y dos tazas de loza blanca. Nadie iba a molestarlos. Se ubicaron uno frente al otro, en silencio, estudiándose mutuamente.

—Ha llegado el momento.

Redouté asintió. Sus manos, apoyadas una sobre la otra y ambas sobre el bastón, parecían más frágiles que un momento atrás.

—¿Por qué me eligió a mí?

—He leído su obra. Es el indicado. Y confío en que usted sabrá encontrar sucesor.

Charles asintió. Luego tomó la tetera con cierta parsimonia y ofreció té a su invitado. Cuando el belga sujetó la taza, observó sus maneras suaves pero decididas. Aquel hombre guardaba el secreto de los tiempos y allí, en la galería, mientras las hojas amarillas del otoño empezaban a caer sobre el verde, tiñéndolo de una mixtura de naranjas y terracotas, él, Charles Darwin, esperaba ansioso que se lo revelara.

Capítulo IX

ISABEL Romero ingresó en el salón cuando la última campanada del Big Ben indicó que eran las ocho y media. Faltaba media hora para su reunión con el agente Riglos. Tenía tiempo para saludar a sus compañeros, beber algo e incluso bailar un poco con Jack Williams. Sonrió cuando un camarero le ofreció una copa de champagne y bebió lentamente, al tiempo que recorría el lugar que acostumbraba ser un sitio de reuniones y conferencias y que, casi como por arte de magia, se había convertido en un sobrio salón de fiestas. Las antiguas arañas de cairel parecían refulgir y las velas que adornaban las mesas titilaban discretas iluminando los rostros difusos de los invitados. Cerró los ojos un momento, la música del cuarteto de cuerdas era exquisita. Los abrió y llevó la copa nuevamente a los labios. Sus ojos recorrieron la sala. Las cortinas de terciopelo le daban un toque glamoroso al lugar y los manteles color bergamota se destacaban bajo la porcelana con ribetes dorados. Las mujeres con sus zapatos Christian Louboutin, sus joyas Cartier y vestidos Valentino, y los hombres enfundados en sus mejores esmóquines parecían congregarse, en aquel extraño reducto, a lo mejor de la Agencia.

Apoyó su copa sobre una mesa y dejó que Williams la condujera hacia un grupo de gente que quería presentarle. Mientras lo hacía, se concentró en Evelyn Hall. La científica llevaba un vestido negro, de Gucci, largo hasta el piso y sus bucles rubios caían sobre la espalda descubierta. «Impecable», pensó Romero. Hablaba animadamente con un hombre que lograba ver solo de espaldas. Por un segundo le pareció ver una figura del pasado. Evitó que los recuerdos asaltaran su memoria y saludó a la persona que Williams le presentaba. Se distrajo un momento, pero luego volvió a aquel hombre de espaldas. Hall le sonreía distraída, estaba buscando a Jack, Isabel lo sabía. Cuando sus ojos se encontraron, notó un destello de furia en ellos. Desvió la mirada, no tenía intenciones de competir con Evelyn por un hombre. Se dio vuelta y, de espaldas a la doctora Hall que caminaba hacia ellos, alargó la mano y tomó el brazo de Jack, apretándolo, para llamar su atención.

—¿Con quién está conversando Evelyn? —susurró en su oreja.

Jack levantó la cabeza y sonrió.

—Es Agustín Riglos. Ven.

Williams la tomó de la mano y la hizo girar con la clara intención de unirse a Evelyn y el agente. Isabel giró.

Los segundos siguientes parecieron infinitos, como si hubiera entrado en un vacío líquido y viscoso que no le permitía moverse ni respirar. Sus piernas se convirtieron en rocas, sus manos se cerraron instintivamente, apretando los puños tan fuerte que las uñas se clavaron en sus palmas. La boca se le secó, la sintió pastosa, áspera, distinta. Se quedó quieta, donde estaba, congelada, presa del pánico, de la incertidumbre. Williams notó la palidez de su rostro, la furia contenida entre las

manos, los labios apretados como nunca antes.

—Isabel, ¿estás bien?

Isabel Romero no respondió, tan solo se limitó a observar cómo Evelyn Hall se acercaba, sonriente, escoltada por quien ella conocía como Marcos Gutiérrez.

Agustín Riglos sintió que el peso del mundo se había desmoronado sobre su cabeza aplastándolo, destruyéndolo. Y que después, al comprender lo que veían sus ojos, renacía. Ana Beltrán estaba viva. El corazón le dio un vuelco. Primero fue la impresión que hizo que las piernas flaquearan, imperceptibles a los ojos de Hall, que caminaba a su lado. Luego, la alegría de saberla a salvo y, por último, la ira. Apretó la mandíbula y continuó el paso, firme. Evelyn hablaba sin cesar, el ruido del ambiente pareció absorberlo todo. Y él, allí, lo único que deseaba era sacar a la mujer del lugar y abrazarla como nunca antes. Lo habían engañado. Ella lo había engañado. ¿Por qué no lo había contactado? Sabía cómo hacerlo, solo debía escribir a la casilla de correo a nombre de Holmberg mediante la cual se habían comunicado la última vez. No lo había hecho.

Hall continuaba con su monólogo a medida que avanzaba entre los invitados, él sentía el rugir de su respiración, el latir desahogado del corazón y un sudor frío que le recorría la espalda. Por un segundo se abstraigo del barullo y concentró sus energías en la patóloga. Iba de largo, el vestido color marfil recorría sus curvas armoniosamente. Llevaba el pelo corto, rubio y sus ojos eran de otro color, pero no había manera de engañarlo. Ante él, a solo dos metros de distancia, la mujer que amaba había resucitado de entre los muertos.

—Ven, te presentaré a la nueva amiga de Williams —había un dejo de sorna en sus palabras—. La jefa de Patología Forense, Isabel Romero.

Riglos incorporó esas palabras lentamente, casi como si se tratara de un trago amargo que no podía procesar. No despegó sus ojos de los de la patóloga ni por un instante, casi como si mirándola pudiera atraerla hacia él. Notó su desconcierto, su lividez, los puños cerrados y listos para entrar en combate. Alerta.

Se detuvo.

Hall y Williams se estrecharon en un cálido abrazo. Ellos, en cambio, mantuvieron las miradas, ajenos al resto del mundo. Inmóviles, uno frente al otro, separados, intentando disimular lo imposible, simulando no conocerse.

—Agustín Riglos —dijo él realizando un gran esfuerzo para no quebrarse.

—Isabel Romero —respondió ella, y estrechó la mano que le ofrecían.

—Creo que tenemos una reunión pendiente, doctora Romero —carraspeó Agustín luchando por mantener la compostura.

Ella asintió. Silenciosa, soltó la mano que él había retenido más de la cuenta.

—Podemos ver los análisis que me solicitó en mi despacho —dijo fríamente. Luego se dirigió a Williams—. Discúlpame, Jack, tenía concertada esta entrevista.

¿Nos vemos en un rato, *querido*?

Riglos notó que ella se esmeraba en pronunciar con gran énfasis la palabra «querido». No pudo evitar reprimir una minúscula sonrisa. Le esperaba una importante contienda en el despacho de la mujer. No iba a perdonarle que no le hubiera dicho quién era en realidad.

Isabel supo, en el preciso instante que posó sus ojos sobre el hombre que ella conocía como Marcos Gutiérrez, que su realidad no volvería a ser la misma, cuando aún desconocía la profundidad del engaño en la que estaba inmersa. Caminó erguida, sin dirigirle la mirada ni la palabra. Estoica, aunque desorientada, intentó mantener la entereza. Por dentro se había desatado la tormenta, el cuerpo le respondía de manera automática. Inmune a la realidad que la rodeaba. Marcos Gutiérrez no era Marcos Gutiérrez ni Uróboro. Era Agustín Riglos. Otra más de sus mentiras.

Caminaron entre los invitados, concentrados en llegar a destino, apurados y molestos por los hombres y mujeres que se atravesaban, saludándolos, reteniéndolos, casi como si de obstáculos se tratara. Sus cuerpos sortearon la inmensidad del salón en silencio. Una vez en el *lobby*, ella presionó el botón del ascensor y esperó. Cuando ingresaron en el habitáculo, lo hicieron con otros dos agentes que también habían concertado reuniones y subían a sus respectivas oficinas. Los hombres hablaban animadamente entre sí. Ellos, en cambio, podían palpar el silencio incómodo que los envolvía.

Las puertas se abrieron en el segundo piso. Isabel Romero descendió primero. Riglos la siguió. Un agente conversaba en el pasillo con uno de los directivos de la agencia. Una patóloga se acercó a Romero.

—Los análisis que solicitó —dijo y le entregó un sobre cerrado.

—Gracias —respondió ella y se adelantó a Riglos para pasar su tarjeta magnética sobre el lector de acceso a su oficina.

Aguardó el chirrido metálico que emitía la cerradura electrónica al abrirse. Empujó la puerta e ingresó. Pudo sentir que él hacía lo mismo tras de ella. No hablaron. Él cerró la puerta, ella continuó de espaldas. Percibió la cercanía de su cuerpo. Su olor. Cerró los ojos.

Madera.

Sándalo.

—Ana... —susurró él en su oído.

Ella apretó los ojos con más fuerza. Sintió que se le escapaba el aire, que las rodillas le temblaban, que una lágrima estaba a punto de caer. «Ana», había murmurado él. Hacía casi quince meses que nadie la llamaba así. Y su voz... Cómo había extrañado su voz... No, no Marcos Gutiérrez, pensó, no otra vez. Un centenar de sucesos se agolparon en su mente: Marcos Gutiérrez en Punta del Este, Marcos Gutiérrez consolándola tras la muerte de su padre, protegiéndola bajo los túneles

oscuros del zoológico, abrazándola en la soledad del Darwinion. Marcos Gutiérrez envenenándola.

Lo odió, una vez más. Le había puesto un parche de veneno en la espalda y la había dejado, para no volver. No quería voltear, no quería ver, no quería darse cuenta de que aún le importaba, de que no iba a poder evitar sucumbir una vez más al gris de sus ojos cuando los enfrentara. Respiró y con el corazón latiendo descontrolado, se dio vuelta.

Sus miradas se encontraron. Ana volvió a cerrar los ojos. No estaba en condiciones de enfrentarlo. La imagen del parche atravesó su mente una vez más. Se alejó molesta.

—Estos son los resultados de los cuatro detenidos muertos —lo obligó a tomar el sobre—. No puedo hacer esto ahora —musitó, abatida al tiempo en que se acercaba hacia la puerta con la clara intención de irse.

—Ana...

—Isabel. Ana no existe más.

Atravesó la puerta sin importarle que él había quedado dentro de su despacho. Se dirigió hacia el ascensor, esperó. Cuando vio que él se aproximaba, caminó hacia las escaleras, apurada, apesadumbrada. A medida que descendía, las imágenes del pasado se repetían en su cabeza una y otra vez. No quería verlo. No podía perdonarlo. Ya en el hall de la planta baja de la Agencia divisó a lo lejos a Jack Williams. Necesitaba salir de allí. Decidida, ingresó en el salón en el preciso instante en que hombres y mujeres habían comenzado a bailar. Intentó atravesar el gentío por el centro, pero los cuerpos danzarines se convirtieron en un claro obstáculo. Retrocedió sobre sus pasos en busca de un camino alternativo, pero cuando estaba por escabullirse entre los bailarines, Agustín Riglos la tomó de la cintura y la obligó a ir a la pista de baile.

—Tenemos que hablar —susurró él en su oído mientras bailaban.

—No tenemos nada que decirnos —refutó conteniendo las lágrimas, apretando sus uñas sobre el hombro donde apoyaba su mano.

—Te vi muerta, Ana... —Había angustia en su voz.

—Estuve muerta. Por tu culpa.

Isabel Romero se alejó definitivamente del agente Riglos. Lo dejó en el centro del salón. Con los brazos en jarra, la mandíbula apretada y la mirada vidriosa.



Evelyn Hall se quitó los zapatos y los dejó junto al perchero. Tomó el guardapolvo que solía usar cada mañana y, aunque llevaba puesto un vestido de alta costura, se colocó la chaqueta de trabajo. Descalza, sobre el piso de cemento alisado, frío, con su vestido largo cubierto por su traje de científica, se sentía en casa.

Sonrió. Rememoró el pequeño baile que había compartido con Jack minutos atrás pero la sonrisa se esfumó cuando, en el recuerdo, apareció Isabel Romero, atribulada, solicitándole al científico que la acompañara a su hogar. Y él, solícito como era con la damisela en apuros, había corrido tras sus pasos.

Ahí estaba ella. Sola, en su sagrado refugio. Al verlo partir, la efímera ilusión del momento compartido se había desvanecido. Sigilosa, se había retirado de la pista para resguardarse en su laboratorio. Al fin de cuentas, tenía un intrigante ejemplar que analizar.



Isabel caminaba ensimismada en sus pensamientos. No había dicho nada desde que habían salido del salón, se mantenía callada y notablemente inquieta a la espera de la llegada del auto que la llevaría a su casa. Williams respetó su silencio, ya habría tiempo de indagar. Por lo pronto la ayudó a colocarse el tapado y la abrigó con un dejo de ternura. Ella seguía sin emitir sonido. Por dentro, la carcomía la rabia.

El Bentley clásico aparcó junto a ellos. El científico le abrió caballeramente la puerta y la patóloga subió. Cuando él estuvo al volante, Isabel dijo:

—Quiero que me expliques cómo llegó la Tabla Esmeralda a tu poder.

Williams la miró desconcertado.

—Román Benegas la trajo.

—Pero ¿cómo la consiguió?

—Sabes que eso es algo que desconozco... —respondió él con sinceridad.

Isabel tomó su teléfono y pulsó un par de teclas, Williams la notaba cada vez más ofuscada.

—Detén el auto.

Williams se estacionó sobre uno de los lados de la acera y esperó a que ella le explicara qué había sucedido en su oficina. Ella le entregó el celular.

—Quiero que veas atentamente estas imágenes.

Jack tomó el celular y observó cómo Agustín Riglos sustraía un documento de lo que parecía ser el Centro de Estudios Antropológicos de Buenos Aires.

—No puede ser... —musitó Williams.

—Ese que ves ahí para mí era Marcos Gutiérrez, un espía de La Legión. Esta noche acabo de descubrir que es un doble agente de Interpol.

—Y eso es terrible... ¿por qué?

Isabel notó el desconcierto en la voz del científico. No encontró respuesta. ¿Cómo revelarles que amaba profundamente al hombre que la había engañado, y no una sino dos veces, y que además había querido envenenarla?



Sentado en la penumbra, Cancio sujetaba, extasiado, su máquina de tortura predilecta: la horquilla del hereje. Limpió con un paño la herramienta de cuatro puntas que le permitiría inmovilizar al sujeto sin necesidad de drogarlo. No había placer mayor que ver el pánico en los ojos de la víctima antes de dar el primer punto de sutura.

Casi como si se tratara de un ritual, ajustó las clavijas de la horquilla y tras asegurarse de que el dispositivo estuviera en condiciones, lo apoyó sobre la mesa. Continuando con su ceremonia, desplegó sobre una bandeja de metal los instrumentos que utilizaría y los acomodó de manera simétrica. Luego de comprobar la exactitud en la disposición de cada una de sus herramientas, tomó una medida de cloruro de lapirio y la disolvió en agua. Acto seguido, sumergió cuatro agujas de acero quirúrgico y dejó que flotaran en la solución, a la espera de ser elegidas. Por último, se enfundó en un par de guantes descartables y aguardó. Pasaban de las diez y la noche era tan oscura como el futuro de Jack Williams.

El cielo se había cubierto de nubes plomizas. El gris metálico parecía abarcar la totalidad del firmamento. Evelyn Hall levantó los ojos y rogó que no lloviera antes de llegar a destino. Cerró el cuello de su impermeable y se apresuró a salir. Había pasado la noche en vela, recluida en el laboratorio de análisis de la Agencia, y luego de leer el cuaderno de notas de Eduardo Ladislao Holmberg, necesitaba hablar con Jack.

El taxi la esperaba en la puerta del edificio. Al subir, giró la cabeza y pudo ver la Abadía de Westminster a los lejos. El automóvil avanzó por Birdcage Walk y ella se acomodó en el asiento trasero al tiempo que tomaba su celular. Williams no respondía. Por un segundo, la imagen de Jack e Isabel abandonando la Agencia le cruzó la mente. Intentó no pensar en la posibilidad de que el científico no respondiera el teléfono porque estaba en casa de la patóloga. Se concentró en el libro que le había dado Jack y que, sin decir más, había desaparecido entre la muchedumbre del baile. Volvió a llamar. Tampoco obtuvo respuesta.



No había logrado dormir en toda la noche. Las imágenes de Marcos Gutiérrez en las oficinas de Interpol la habían hostigado hasta el amanecer. Recostada sobre la cama, miraba sin ver el cielo teñido de gris. La lluvia había empezado a caer temprano y el viento azotaba la ventana con violencia. Se avecinaba un temporal.

Miró el reloj, eran las seis de la mañana. Se incorporó lentamente y se enfundó en una bata de polar vieja que se resistía a dejar de usar. Le gustaba su suavidad, el roce de la piel contra la tela gastada, el perfume inconfundible a otra vida, a otra persona, a Ana Beltrán. Caminó descalza hasta la cocina y preparó café. El aroma inundó el lugar, casi transportándola a épocas mejores. Se sentó frente a la pequeña mesa de la cocina y percibió el leve olor a plástico que expedía el mantel. Apoyó la taza de café y dejó que su sabor se alojara en la boca, fuerte, dulce, personal. Se sentía perdida. Recorrió en detalle los anaqueles de la cocina, los frascos de Fortnum & Mason celestes, dorados y rosas desplegados sobre uno de los estantes, el frasco de vidrio repleto de scones. Notó su soledad. Sentada allí, sin nada que hacer más que añorar lo que no podía ser. Cerró los ojos con fuerza, no había manera de escapar al pasado. En esta oportunidad iba a tener que enfrentarlo. Tomó otra vez la taza de café y cuando estaba a punto de llevarla a sus labios, escuchó el tintineo de su celular. Observó el identificador de llamadas.

Agustín Riglos.

Rechazó la comunicación. No tenía intención de hablar con él. No todavía.



Román Benegas aterrizó en el aeropuerto London Gatwick en un vuelo militar procedente de Chile. Había estado despierto durante las últimas horas evaluando la posibilidad de pedir la baja en la Operación Esmeralda. Sabía que la Agencia no lo permitiría, estaban a punto de develar el misterio de la tabla e Interpol confiaba en él como líder de una misión a la que le habían dedicado más de quince años.

Recostado en la butaca aguardó que el avión se detuviera por completo para incorporarse y salir a la pista, donde lo esperaba un vehículo oficial que lo trasladaría, otra vez, a las oficinas de la Agencia, cerca de la Abadía de Westminster.

Pensativo y taciturno, Benegas cerró los ojos y dejó que el ronroneo uniforme del automóvil lo adormeciera. No tenía ánimo de enfrentar a Riglos, pero debía hacerlo. Tomó el celular y presionó la tecla de marcado rápido; no obtuvo respuesta.

Volvió a recostarse sobre el asiento e intentó relajarse. No había manera de hacerlo, los últimos quince meses habían sido una seguidilla de engaños y mentiras. Intentaba justificarse tras la obligación del deber. Agustín, más que nadie, debía comprender la necesidad de reducir riesgos. Haberle hecho creer que Ana estaba muerta era una pieza fundamental de aquel engaño. Si La Legión no hubiera creído la historia, la patóloga habría seguido en peligro.

Resopló. Estaba agotado. Sintió que su celular vibraba. Probablemente era el Agente Cero devolviendo el llamado. Se equivocó. Se trataba de una fotografía. Abrió el archivo sin dudar. La imagen que se desplegó en la pantalla de su teléfono

inteligente lo dejó sin aire.



Evelyn Hall abrió la puerta y ubicó las luces de la sala. El Mondrian del hall fue lo primero que vio.

—¿Jack?

No obtuvo respuesta.

Luego de cientos de llamados al científico, había decidido buscarlo en su casa. Necesitaba hablar con él respecto a lo que había encontrado en el cuaderno de notas de Holmberg. Se adentró en las habitaciones. La casa estaba silenciosa y oscura; y el dormitorio de Williams, vacío. Su cama, sin usar. Pensó que podía haber pasado la noche con Isabel. Lo odió.

Una corriente fría la sorprendió. Regresó sobre sus pasos en busca del origen de aquella brisa helada e ingresó en la biblioteca. No hizo falta encender la luz para divisar la ventana entreabierta y el cuerpo de Jack Williams inmerso en la penumbra, suspendido del techo. Corrió hacia él.

—¡Jack!

Sujetó el cuerpo y, con esfuerzo, intentó levantarlo. Era imposible. Demasiado pesado. Volvió a tratar, Williams no se movía. Evelyn notó que lloraba, que no sabía qué hacer, que las manos le temblaban y no veía bien producto de las lágrimas. Miró a su alrededor, trató de serenarse. Buscó una silla y la colocó bajo el cuerpo. Luego corrió hacia la cocina, se detuvo en la puerta, sobrevoló las mesadas; en la isla central, una batería de cuchillos. Tomó el que parecía más filoso y volvió rápidamente hacia la sala de lectura de Jack. Aún temblorosa, subió a la silla y sujetó como pudo el cuerpo. Estiró el brazo y comenzó a cortar la cuerda que ahorcaba al hombre. Cuando lo logró, el cuerpo de Jack Williams se estrelló contra el suelo.

Hall saltó del banco y se acercó a él. Los labios, azul purpúreo, cosidos. Sintió náuseas.

—Jack —sollozó intentando reanimarlo—. Jack...

Estaba entrenada para situaciones como aquellas. Esta, sin embargo, la había tomado por sorpresa y la descolocó.

—¡Jack! —gritó.

Un gemido casi inaudible emergió, penoso, del interior de aquel cuerpo desparramado sobre la alfombra. Hall se acercó para intentar escucharlo, pero el hombre que sabía que la vida se le escurría entre las manos apenas abrió los ojos y, levantando el dedo índice, señaló los libros apilados junto a su escritorio.

—¿El libro...? —preguntó Hall, que comprendió lo que el científico trataba de comunicarle.

Jack apenas movió la cabeza, como si quisiera asentir. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Intentó hablar. Un sonido ronco emergió de su garganta.

—Shhh... —insistió Evelyn tomándole la mano, al tiempo que veía cómo la vida se le escapaba al hombre del cual, lo sabía, no debía haberse enamorado.

Anotaciones de Pérgamo

Devon, Inglaterra, 1872.

El HMS II, bergantín de la Marina Real Británica, zarpó del puerto de Plymouth cuarenta y seis años después que su antecesor, el HMS Beagle. Charles Darwin recordó haber partido de aquel sitio a fines de mayo de 1826 en un largo viaje de estudios. Aquel peregrinaje, en cambio, tenía como fin último un objetivo totalmente diferente: entregar el Legado de Hipatia a quien había designado como próximo custodio.

No había sido fácil elegir un sucesor que cumpliera con los requisitos establecidos por el Grupo de los Sabios. Sin embargo, el nombre que había estado resonando en su cabeza durante los últimos años parecía ser el indicado. Luego de una breve reunión en los Estados Unidos de América, país donde el elegido cumplía funciones como embajador, Charles no tuvo dudas. Era el indicado.

La inauguración del primer cable submarino que había logrado unir América y Europa había sido la cubierta perfecta para reunirse en total anonimato. A nadie pareció extrañarle que dos grandes mentes conversaran animadas. Charles recordó la sorpresa del intelectual al escuchar su relato y la manera en que había evaluado la posibilidad de aceptar, o no, semejante compromiso. Finalmente, su aceptación había llegado en un telegrama, varios meses después.

Darwin levantó la mirada y abordó la nave. Buscó su reloj de bolsillo y notó que aún no eran las seis, pero que el sol empezaba a asomarse en el horizonte. Se ubicó en la popa. Las piernas levemente separadas, los brazos cruzados bajo el pecho, la mirada puesta en Plymouth.

La embarcación se alejó del puerto y, poco a poco, el color óxido del agua fue acaparándolo todo. A lo lejos quedó una minúscula sombra de la ciudad. Charles se mantuvo inmóvil hasta que el último vestigio de tierra se desvaneció ante sus ojos.

Capítulo X

DIACO se ubicó en el sillón de la sala de estar y aguardó a que el resto de sus hombres se acomodaran. Acarició el terciopelo del sofá con la punta de los dedos y se concentró en el sonido del té que su asistente servía en cada una de las tazas de porcelana china dispuestas sobre la mesa. Recorrió lentamente cada uno de los rostros ubicados a su alrededor. Su infiltrado en Interpol no había llegado. Haber logrado colocar a uno de sus hombres en un cargo jerárquico de la Agencia había requerido de muchos contactos y demasiado dinero, pero había valido la pena.

La puerta del salón se abrió. El hombre que faltaba había llegado. Diaco lo vio encender un cigarrillo antes de acomodarse frente a él y, luego de aspirar dos veces el cigarro, torció la boca para dejar escapar el humo.

—Ya está hecho —dijo.

—Bien —respondió Diaco—. La Legión te estará siempre agradecida.

El agente asintió.

—¿Ya encontraron a Williams?

—Esta mañana.

—¿Romero hará la autopsia?

—En minutos le entregarán el cuerpo. Está todo dispuesto para que sea ella quien realice el procedimiento.

Diaco llevó sus manos al mentón y sonrió. Las últimas piezas del rompecabezas estaban empezando a encajar. Isabel Romero descubriría finalmente la verdad sobre la Operación Destierro y actuaría en consecuencia. Agustín Riglos iba camino a una muerte segura y La Legión recuperaría la Tabla Esmeralda.



El Hotel Baglioni se ubicaba frente a Hyde Park. Como cada vez que necesitaba pensar, Agustín Riglos cruzaba la avenida que circundaba el edificio y se refugiaba en el parque. Allí, en medio del verde, intentaba despejar la mente y reflexionar.

Se sentó en uno de los bancos inmersos en el gran jardín y apoyó el peso de su cuerpo sobre las manos, encima de las rodillas. Hacía frío, el rocío de la mañana se había convertido en escarcha y el viento helado soplaba con la suficiente fuerza como para hacerse notar. Llevaba un gabán grueso pero el invierno se colaba por todas partes. Se refregó las manos en busca de calor y luego tomó el celular. Intentó volver a ubicarla, no obtuvo respuesta. Estaba claro que Ana no quería verlo. ¿Había dicho que él había querido envenenarla? Le habían mentido. La Agencia la había engañado a ella, y también a él. Le habían hecho creer que estaba muerta. ¡Había ido a su funeral! Levantó la mirada del pasto y se concentró en los automóviles que rodeaban

el parque. Tenía que hablar con Román.

Anotaciones de Pérgamo

Puerto de Buenos Aires, 1873.

El bergantín de la Marina Real Británica arribó al Puerto de Buenos Aires cuando la bruma del crepúsculo amenazaba con hacer desaparecer tierra firme. Aún a bordo de la embarcación, Charles divisó el carruaje entre la multitud. Dentro, y según lo establecido, lo esperaba el próximo custodio de los manuscritos.

Alisó su levita y sacudió una pelusa minúscula en uno de sus puños antes de bajar y pisar aquellas tierras, después de casi cincuenta años. La ciudad había crecido y los trabajos de dragado en el lecho marítimo del Río de la Plata apenas comenzaban, pero el presidente Sarmiento (con la asistencia del ingeniero Lesseps) auguraba un trabajo prometedor.

A paso lento pero con firmeza, Charles Darwin emprendió camino hacia el carruaje. Ingresó sin anunciarse, lo esperaban. Allí, en la oscuridad del carro, se encontró cara a cara con don Faustino, que, amable, le sonrió cuando se ubicó sobre el asiento tapizado en terciopelo oscuro.

—Lo esperaba —dijo el Presidente de aquella próspera nación. Darwin asintió al tiempo que sacaba un sobre de pana negra de su levita.

—¿Ha decidido dónde ocultarlos? —preguntó el científico inglés refiriéndose a los manuscritos alejandrinos.

—Está todo listo.

—Bien —murmuró Darwin—. Ahora hay algo más que debo decirle —agregó mientras extraía una antigua llave del sobre de pana—. Y, aunque no lo comprenda, le ruego que confíe en mí.

Domingo Faustino Sarmiento dio la orden al cochero para que avanzara y acomodó su cuerpo contra el respaldo. En sus ojos se adivinaba la admiración que Charles Darwin despertaba en él y la intriga de aquel último detalle que iban a revelar.

El cuerpo de Jack Williams llegó al depósito mortuorio de Interpol en el preciso instante en que la doctora Isabel Romero terminaba de alistarse para realizar la autopsia. La llamada del director general de la Agencia para informarle que el patólogo de guardia, aquel fin de semana, había sufrido un percance y que requerían sus servicios, la había sorprendido, aunque no tanto como la muerte del científico.

—No puedo realizar el procedimiento —recordó haber dicho—. Conozco demasiado a Jack, al profesor Williams —se corrigió—, para proceder con eficacia.

—No estoy pidiéndoselo, doctora Romero —había dicho el número uno de Europol—. Usted es el único patólogo disponible en la ciudad. El doctor Williams lo habría hecho por usted —Isabel guardó silencio—. ¿No quiere saber qué le pasó?

La patóloga recordó haber aceptado el encargo. Quizá en sus manos aquella seguidilla de muertes y ahorcamientos se esclareciera. No había nadie mejor que ella para ejecutar el procedimiento. No confiaba en nadie más para hacerlo. Sin embargo, la tristeza que la había embargado cuando supo la noticia amenazaba con nublar su juicio.

Jack estaba muerto. La doctora Evelyn Hall lo había encontrado colgado en su biblioteca. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. «Otro ahorcado más», se dijo. No podía dejar de pensar que aquella muerte podía estar relacionada con la de su padre, con la Tabla Esmeralda, con otra amenaza de La Legión. Con el libro.

El corazón le dio un vuelco.

Días atrás le había entregado a Jack el diario de Eduardo Ladislao Holmberg. Sabía que la casa de Williams había sido desvalijada. ¿Buscaban algo? ¿Buscaban el libro? ¿Se los había entregado? Debía ir a casa de Jack y recuperar el ejemplar, si es que aún estaba allí.

Se colocó el barbijo y los guantes de látex e ingresó en el laboratorio. Dentro del recinto encontró un adelanto de lo que luego sería el examen tanatológico. Lo leyó rápidamente. Detallaba los signos externos del cuerpo registrados en el lugar de los hechos: livideces, temperatura, rigidez. El reporte era breve. El perito le entregaría uno más extenso en el transcurso de las próximas horas. Observó su reloj: eran las dos de la tarde de un domingo lluvioso y se encontraba a la espera de recibir el cuerpo de Jack Williams. En su interior, un profundo miedo se había apoderado de su mente. Desterró las imágenes que la asaltaron: «Puedo hacerlo», se dijo. Podía.

El roce de las ruedas de la camilla de metal sobre el piso de linóleo era casi imperceptibles. Pero ella lo escuchó. Lento, el carro con el cuerpo se aproximaba. También pudo oír el choque de la camilla contra las puertas vaivén que había entre el depósito de la morgue y la sala de examinación, a medida que avanzaba por el corredor iluminado por tubos fluorescentes. Isabel se encontró apoyada en una de las piletas de zinc del laboratorio. Esperando. Aguardando el momento de ver, con sus propios ojos, los restos mortales de su amigo Jack Williams.

Las puertas de su laboratorio se abrieron. El camillero empujaba mientras escuchaba música con sus auriculares, ajeno a la congoja que a ella le había explotado en lo más profundo. Extendió la mano y tomó los papeles que le entregó el joven. Firmó la documentación legal y, cuando se quedó sola, contuvo la respiración un momento, cerró los ojos y oró.

No era una persona religiosa. No creía en poderes supremos ni en castigos divinos, pero frente a la bolsa de plástico negro, en cuyo interior se encontraba el

científico, necesitó rezar por él y luego despejar la cabeza para proceder a examinarlo.



Envuelto por un gabán grueso, el hombre encendió un cigarrillo y aguardó a que respondieran del otro lado de la línea. La voz, carrasposa, le pareció más débil que de costumbre.

—Beltrán acaba de recibir el cuerpo de Williams.

—Bien —respondió Diaco desde algún lugar de la vieja Europa—. Regresa a tus oficinas, ya sabes qué hacer.

El hombre cortó la comunicación y giró sobre sus pasos rumbo al Secretariado General de Interpol.



Los ocho puntos de sutura desprolija sobre los labios de Jack Williams fue lo primero que vio al abrir la bolsa en la que se mantenía el cadáver. Tuvo que alejarse, sentarse sobre uno de los bancos de la morgue y respirar. Más calmada, Isabel levantó los ojos del suelo y observó, en detalle, el hilo quirúrgico negro que surcaba la boca de lado a lado. Ocho veces. Recordó los labios de Max, los labios de su padre. Aquellos habían sido cosidos de una manera más prolija, con un hilo de poliamidas blanco, casi transparente. Esta vez, en cambio, habían usado un hilo tosco, grueso, y los puntos no se mantenían paralelos unos a otros, sino que se cruzaban para formar varias equis. «Ha sido un trabajo apurado», pensó. Recordó la filmación de la muerte de Max, aquella que había visto en la casona de Uruguay. El hombre se había tomado su tiempo durante la sutura de los labios. Había colocado la horquilla del hereje para inmovilizarlo, casi con parsimonia, y luego, de una manera elegante, había cosido la boca de Zaldívar como quien zurce un ojal. En el cuerpo de Jack, en cambio, se notaba el apuro. ¿Quizá Evelyn había descubierto el cuerpo cuando aún el asesino estaba dentro de la casa?

La patóloga tomó una tijera del carro quirúrgico que tenía junto a la camilla de metal donde reposaba el cuerpo y, con cuidado, extrajo el hilo. Lo introdujo en un contenedor de evidencia y lo numeró. Luego procedió a abrir la boca del científico.



La doctora Evelyn Hall abrió los ojos. No reconocía el lugar. No sabía hacía cuánto tiempo que estaba así, hecha un ovillo, acurrucada en la oscuridad. Dejó que sus pupilas se acostumbraran a la penumbra. Reconoció la puerta, el escritorio, la tersura de la alfombra. Había vuelto a su despacho. De alguna manera que no lograba precisar, había regresado a su oficina.

La imagen del cuerpo de Jack, colgado de la viga central de su sala de lectura, le revolvió el estomago. Recordó haber salido corriendo del domicilio del científico. El resto de lo sucedido se perdía en un sinfín de imágenes que no lograba concatenar. Se incorporó con dificultad, aún agitada, y con el corazón palpitando acelerado. Se acercó a su escritorio y, tras abrir uno de los cajones, sacó un falso panel bajo el cual guardaba una *netbook*. La escondió en su cartera y salió de su oficina decidida a encontrar a Isabel Romero.

A medida que caminaba por los pasillos de la Agencia, casi en penumbras a aquellas horas de la tarde de un domingo, trataba de ordenar sus pensamientos: los escritos en el libro que Jack le había dado para analizar, el cuerpo colgado con la boca cosida. Pensó que estaba lista para todo. Se equivocó.

Llegó hasta los ascensores y bajó hasta el subsuelo, donde se encontraba su vehículo. Una vez allí, arrancó el auto y decidió no volver a su hogar. Debía preservar el libro.

Salió del estacionamiento subterráneo y bordeó el Támesis, dejando atrás el Parlamento y el Big Ben. Debía encontrar a Romero pero ¿dónde? No sabía dónde vivía, ni siquiera tenía su número telefónico. Continuó por Parliament Street hasta Charing Cross y allí, luego de circular unas pocas cuadras por Regent Street, dobló a su derecha. Se detuvo en el número 88 de la calle Jermyn, donde estaba el Hotel Cavendish. Allí pasaría la noche.

Capítulo XI

FRANCISCO Pereyra era detective del Cuerpo Nacional de Policía de Madrid y, desde que le habían asignado el caso por el asesinato de Máximo Zaldívar, no descansaba, no dormía, no vivía, en pos de resolverlo.

Casi dos años atrás, el magnate de las finanzas había aparecido colgado de la viga de un vestidor con los labios cosidos. A partir de ese momento, había dedicado sus horas a investigar el asunto. Durante meses analizó conexiones financieras, registros de llamadas, correos electrónicos, y todo parecía indicar que se trataba del crimen perfecto. No había pistas en el piso donde lo habían encontrado ni rastros que indicaran la presencia de una segunda persona más que la víctima. Hasta que encontró la filmación de las cámaras de seguridad de la Comunidad de Madrid. Si bien no se veía el rostro del hombre que abandonaba el lugar de los hechos, este se encontraba con un segundo individuo un par de cuabras después. Y ese había sido un gran avance.



Isabel Romero sentía que el corazón se le salía del cuerpo. Una vez que abrió la cavidad bucal de Jack Williams, encontró lo impensable: un *pendrive*. Quizá por instinto, o simplemente porque no le cerraba que prácticamente la habían obligado a realizar el procedimiento, omitió el hallazgo en el informe preliminar. Luego de introducirlo en una bolsa de evidencia, lo ocultó en su guardapolvo. Alguien se había tomado el trabajo de introducir el dispositivo en la boca de Jack para que ella lo encontrara. El asunto era por qué.

Continuó con el análisis del cuerpo y, cuando hubo concluido, lo devolvió a la cámara frigorífica y se dedicó a detallar lo que había encontrado. El estado del cuerpo, la causa de la muerte y los múltiples indicios de tortura que presentaba.

Las marcas de dos puntas en su pecho y dos puntas en el cuello evidenciaban el uso de la horquilla del hereje, una herramienta de tortura que solía utilizarse en épocas de la Inquisición para que la víctima no abriera la boca ni se moviera. «Y para poder coserlo», pensó la patóloga. Un sudor frío le recorrió la espalda. ¿Quién era esa gente? Volvió a recordar la filmación que había visto durante sus horas de captura. A Max lo habían torturado con la horquilla para coserle la boca. Sintió náuseas. Se alejó momentáneamente del cuerpo y buscó su celular. A medida que marcaba los números observó los brazos íntegramente tatuados de Williams, y su torso pálido tachonado por manchas color rojo que indicaban la lividez cadavérica tras haberse cumplido doce horas desde el deceso.

—Soy la doctora Romero —dijo por teléfono una vez que respondieron—.

Necesito hablar con el director Preston.

Aguardó unos instantes. Luego, escuchó la voz del brasileño del otro lado.

—Acabo de remitirle el informe —explicó ella—. El cuerpo de Williams está muy maltratado. La causa de muerte ha sido asfixia mecánica y sus labios presentaban ocho puntos de sutura. Por ahora es todo lo que puedo decirle.

—Gracias, doctora. ¿Algún indicio de quién pudo haberlo hecho?

—Nada aún. Estoy analizando las muestras de ADN y las huellas. Sabremos más mañana por la mañana.

—Está bien. Gracias por su rápido accionar. No olvidaré esto.

Romero dio por terminada su labor y salió del laboratorio para dirigirse a su oficina. Allí, a resguardo, y con el corazón latiendo con más fuerza, encendió una tableta personal que llevaba e introdujo el dispositivo que había encontrado en la boca de Williams. En su interior había un solo documento: Operación Destierro.



—Está hecho —dijo el hombre de voz carrasposa y le dio la última pitada a su cigarro antes de aplastarlo contra el cenicero.

—Bien —respondió el interlocutor de aquel mensaje—. No dejen de seguirla. Una vez que lea el documento, irá a buscarlo a él.



Verónica Ávalos no había dormido desde que descubrió la verdad. Ana no estaba muerta. Ahora entendía por qué no le habían permitido realizar la autopsia y la Agencia había cremado su cuerpo con tanto apuro.

Había esparcido las cenizas de un desconocido. Había llorado una muerte inventada. Golpeó con el puño su escritorio e insultó por lo bajo en el preciso instante en que el comisario Etchegaray ingresaba en su oficina.

—Ana Beltrán. Me vas a decir cuál es su paradero ahora mismo.

Etchegaray se cruzó de brazos.

—Sabés que es confidencial.

—Lo sabías desde el principio. ¡Lo sabías y dejaste que yo lo creyera!

—Teníamos que protegerla.

—¿Protegerla? Por favor, Alfredo, ¿te pensás que soy pelotuda? Te querías cubrir y la sacaron del juego. ¡Y yo ayudé! La convencí de que estaba en peligro, le dije que entrara al programa de protección de testigos... —Ávalos estaba fuera de sí—. ¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo la convencieron de participar en esto?

El comisario guardó silencio.

—Alfredo... Por favor...

El comisario observó lentamente a la mujer. Casi considerando la posibilidad de revelarles los secretos de aquella falsa muerte. En cambio, guardó silencio, dio media vuelta y desapareció tras el vano de la puerta.



No había nada librado al azar en aquel asunto. No había sido casualidad que el patólogo de turno sufriera un infortunio y que le hubieran pedido que realizara, sorpresivamente, la autopsia de Jack Williams. Menos aún, que encontrara aquel *pendrive* en la boca cosida del muerto.

Operación Destierro.

Alguien quería que ella se enterara. Pero ¿quién? Y lo más importante: ¿para qué?

El archivo guardaba una copia del expediente de Interpol sobre esa operación. Había sido diseñada para darla por muerta no para protegerla de La Legión, sino para evitar que esta organización la utilizara como medio para llegar a Agustín Riglos. Según la Agencia, Riglos hubiera puesto en riesgo quince años de investigación en caso de presentarse la situación en la cual Ana Beltrán fuera secuestrada —nuevamente— exigiendo como rescate la Tabla Esmeralda. «El Agente Cero no dudará en entregar el manuscrito a cambio de la criminóloga», rezaba el informe.

Ahora, a bordo de un taxi, la patóloga sostenía con fuerza el dispositivo en su mano derecha. Lo apretaba con violencia, casi como si así pudiera destruirlo. La habían engañado, la habían utilizado.

—Deténgase un momento —ordenó al conductor—. Y espéreme aquí, por favor.

El vehículo en el que viajaba se detuvo junto a la acera y el chofer pudo observar cómo la mujer, tras descender del automóvil, se introducía en una cabina telefónica.

—Soy yo. Necesito verte.



En la tranquilidad de la habitación del Hotel Cavendish, la doctora Evelyn Hall conectó el teléfono prepago que acaba de comprar y llamó al número de contacto de Isabel Romero que figuraba en los archivos de Interpol. No respondía. Prefirió no dejar mensaje. Volvería a intentar.

Capítulo XII

LA recepción del Hotel Baglioni era magnífica. Pisos de mármol, paredes cubiertas de terciopelo negro, sillones tapizados de blanco y arañas de cairel. Pero ni la decoración exquisita ni el aroma a flores frescas llamaron su atención. Estaba allí por una sola razón: encontrar al agente de Interpol que podía echar algo de luz sobre el expediente que había recibido.

Caminó hacia el ascensor y presionó el botón del octavo piso. Cuando las puertas automáticas se cerraron, la realidad la golpeó como un baldazo de agua fría. Notó que estaba a punto de reencontrarse con Agustín Riglos. El corazón comenzó a latirle más fuerte y por un momento creyó escuchar el sonido del músculo al bombear sangre al resto del cuerpo. A medida que ascendía, aún dentro del elevador, las imágenes de su pasado con Marcos Gutiérrez (o Agustín Riglos, o quien quiera que fuese en realidad) desfilaron ante sus ojos como una película que se repite una y otra vez.

La puerta se abrió. Bajó del ascensor y caminó por el pasillo de hotel. Casi como si sus sentidos se hubieran potenciado, la criminóloga percibió la alfombra mullida bajo sus pies, el aroma de las flores frescas sobre una mesa de apoyo, la suavidad del terciopelo en los sillones del *living* íntimo que antecedió a las habitaciones. Los sonidos que emergían de los dormitorios, el murmullo de su propia respiración.

Suite 898.

Había llegado.

Se detuvo frente a la puerta y, por un segundo, dudó. Sabía que debía enfrentarse con Agustín, con su pasado, con sus sentimientos. Pero tocar esa puerta la atemorizaba. Se sentía paralizada. Inmóvil, como si la voluntad hubiera huido de su cuerpo y su mano no respondiera a las órdenes emitidas por su cerebro. Simplemente no podía golpear y anunciarse. Se quedó ahí, quieta, sin siquiera pestañear, frente al panel de madera blanca que la separaba del agente Riglos.

Respiró. Se obligó a inspirar y a que el aire le recorriera todo el cuerpo para despabilarla. Para empujarla a reaccionar. Debía tocar la puerta.

No podía.

Volvió a respirar. Venciendo la falta de voluntad, tocó. Fueron segundos, pero pareció una vida entera. Escuchó los pasos detrás de la puerta y el chirrido metálico de la cerradura al abrirse.

Agustín Riglos estaba preparado para esta visita. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron, se estremeció.

—Adelante —dijo serio, y la invitó a pasar.

Sin decir ni una palabra la criminóloga ingresó en la habitación. La *suite* era amplia. Luminosa. Las paredes estaban cubiertas por un papel a rayas, blanco y negro, y terminaba en un pequeño balcón frente a Kensington Gardens. El crepúsculo moría inexorablemente, y con él, lo que quedaba del día. Aún de espaldas, tomó el

pendrive que llevaba en el bolsillo y al girar dijo:

—Alguien quería que encontrara esto —sacudió el dispositivo y se lo enseñó.

Agustín se acercó y se lo quitó de las manos.

—¿Qué es? —preguntó al tiempo en que se sentaba frente a su *notebook* y conectaba la memoria.

—Un expediente de la Agencia.

Riglos enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Cómo...?

—Dentro de la boca del doctor Williams. Alguien se tomó muchas molestias para que este material llegara a mis manos.

—Perdón —interrumpió el Agente Cero—, ¿Williams?

—Jack fue asesinado. Apareció colgado y con la boca cosida. Pensé que sabías...

—Por Dios... —musitó al tiempo en que se revolvía el pelo—. ¿Cuándo?

—Ayer. Y la Agencia prácticamente me ordenó que hiciera la autopsia. Me pareció raro. Encontré el *pendrive* dentro de su boca —hizo una pausa y se acercó al agente, luego se sentó junto a él—. Necesito que lo veas y me digas si es un documento real.

Riglos asintió y se concentró en la pantalla de la computadora. Sin embargo, no dejaba de sentir el calor del cuerpo de la mujer a su lado. Ella se mantenía quieta, casi como si no quisiera hacerse notar. Respiraba tranquila, y su perfume le nublabla el juicio. «Por Dios, la había extrañado». Volvió a la pantalla.

Abrió el documento.

Operación Destierro.

—Ana, este es un documento ultraconfidencial y no es falso. Tiene los códigos de validación correspondientes.

Beltrán sintió que el corazón le daba un vuelco. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba por su verdadero nombre.

—Ana, no es la primera vez que veo algo referido a la Operación Destierro.

—Yo recibí un *mail* con ese asunto hace un par de semanas —interrumpió ella— pero no decía más que eso.

—¿Leíste el documento?

—De punta a punta. Necesito que lo leas vos. Ahora. Es importante.

Agustín comenzó a leer. Ana, por su parte, se levantó del asiento y estiró las piernas. Súbitamente notó que le dolía el cuerpo, que estaba cansada. ¿Cuándo había dormido por última vez? Se sentó sobre la cama de la *suite* y decidió recostarse un momento mientras Riglos leía el expediente.



Envuelto en un gabán oscuro, el hombre encendió un cigarrillo y luego de dar una primera pitada tomó el celular y marcó.

—Está con él —informó escuetamente.

—Bien —dijo la voz del otro lado de la línea—. Que tus hombres no dejen de seguirlos.

Sin necesidad de respuesta, cortó la comunicación y, tras dejar salir el humo en una mueca, dio media vuelta y se dispuso a abandonar Kensington Gardens.

Anotaciones de Pérgamo

Asunción del Paraguay, 1887.

Domingo puso punto final al escrito que debía enviar a Buenos Aires y se recostó un momento sobre el sofá. Su libro La vida de Dominguito saldría publicado en forma de folletín en el diario El Censor, y la visita que esperaba lo llevaría a destino para que se imprimiera.

Hacía calor y la humedad podía sentirse en el ambiente. Miró su reloj de bolsillo. Su invitado llegaría en cualquier momento. Ya estaba todo dispuesto y confiaba en que aquel hombre accediera a convertirse en el próximo custodio del Legado de Hipatia.

Escuchó el golpe en la puerta.

—Adelante —dijo Sarmiento incorporándose lentamente—. Lo estaba esperando, doctor —y extendió su mano con elegancia.

El visitante estrechó la mano que le ofrecían y sonrió.

—Aquí me tiene, señor Presidente.

—Ah... dejé la presidencia hace años y aún no me acostumbro a que me llamen así. Dígame Domingo, nomás...

El visitante sonrió.

—Siéntese, por favor, Eduardo —dijo Sarmiento.

Eduardo Ladislao Holmberg se ubicó frente a Domingo Faustino Sarmiento y lo observó. Los años se habían instalado, como surcos, en su piel alguna vez lozana y las manos le temblaban al tiempo que se acomodaba los lentes. En silencio, aguardó a que el alguna vez Presidente de la Nación Argentina le revelara aquello que, había dicho, solo podía hacerlo en persona.

Sentado en la butaca de un avión privado, el agente Román Benegas observó la pantalla de su celular y resopló. Era Verónica Ávalos, debía atender. A esa altura, la oficial probablemente estaría al tanto de todo.

Benegas sabía que Beltrán y Riglos habían coincidido en la fiesta de Interpol. Lo

que no entendía era por qué no se habían comunicado con él aún.

—Antes de que digas algo —dijo Román abatido—, estoy llegando a Buenos Aires en dos horas. Podemos vernos y conversar.



Agustín terminó de leer el expediente y sintió que la rabia iba apoderándose de su cuerpo lentamente. Giró para decirle a Ana lo que pensaba pero se encontró con la mujer dormida en su cama. Estaba agotada. Él se levantó y la cubrió con una manta que había en uno de los sillones de la habitación. La observó un momento, y en un arrebato que no pudo ni quiso controlar, estiró la mano y le acarició la mejilla. Parecía tan frágil y vulnerable así, acurrucada bajo la cobija, y sin embargo era una de las personas más valientes que conocía.

Se alejó y salió de la habitación. Luego, y tras cerrar las puertas ventanas que separaban el escritorio del dormitorio, tomó su celular y marcó.

—Tenemos que hablar —dijo sin necesidad de presentarse.

Riglos se apoyó sobre el alfeizar de la ventana y dejó que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Miró el reloj. Eran las ocho de la noche y Kensington Gardens estaba vacío. El jardín parecía cubierto por un manto oscuro que apenas se iluminaba con los reflejos de las luces de los autos que circulaban alrededor y los faroles de la calle. Volvió a concentrarse en la persona del otro lado de la línea.

—Cero, no puedo hablar ahora.

—Necesito que me expliques —había cólera en su voz.

—Era la única manera. No podía decirte la verdad —insistió Benegas—. Y no olvides que estás fuera del caso.

—¡Me importa una mierda si...!

—Debo cortar, Cero —interrumpió Román Benegas desde el otro lado del Atlántico—. Ya hablaremos.

Agustín Riglos escuchó el sonido de la línea luego de que Benegas diera por finalizado el llamado. Le había cortado. Apretó el teléfono como si de esa manera pudiera resolver algo, y luego, al notar su mandíbula apretada, trató de aflojarse. Inspiró profundamente y regresó a la habitación. Allí, Ana continuaba dormida.

Román Benegas guardó el celular y se enfrentó a los ojos furiosos de Verónica Ávalos. El agente, que había accedido a reunirse con ella fuera de las oficinas de la Agencia, ingresó en el departamento y se quitó el saco. Era la primera vez que entraba a la casa de la detective y, a decir verdad, se sorprendió. El estilo, austero, reflejaba el carácter práctico de la dueña de casa. Sin embargo, el ambiente se

mostraba acogedor y cálido, o quizá era la mujer quien generaba eso.

El peso de la mirada de ella sobre él resultaba casi tangible. Benegas, abatido, se sentó sobre el sofá y se dispuso a enfrentar la contienda.

—Ante todo —dijo al tiempo que la observaba frente a él, tensa como la cuerda de una guitarra— quiero que entiendas que la Operación Esmeralda está a mi cargo y que cualquier detalle está fuera de esta conversación —Ávalos amagó a hablar. Benegas la interrumpió haciendo un gesto con la mano—. No puedo discutirlo contigo ni con nadie, es confidencial. Lo único que puedo decir en mi defensa —sonrió— es que todo lo que hice, lo hice por una razón. Y creo que fingir la muerte de Ana puede haber sido demasiado, pero la sacó de escena y fue una manera de protegerla.

—Operación Destierro —murmuró, furiosa—. Quiero que me lo expliques.

Benegas se inclinó en el asiento, sorprendido.

—¿Cómo sabes sobre esa operación?

—¿Y cómo pensás que me enteré? —exclamó ella, al tiempo que se incorporaba y se adentraba en sus habitaciones en busca de algo. Segundos después, regresó con una tableta electrónica en su mano—. Recibí este correo —y le entregó la *tablet*.

Benegas leyó el archivo y observó las fotos en las que se lo veía con una cambiada Ana Beltrán frente a las oficinas de Interpol. Luego, y como quien tiene una epifanía, quitó la mirada del dispositivo, levantó su dedo índice y lo llevó a su boca para indicarle que no dijera nada.

Ávalos observó que Benegas sacaba un bolígrafo de su chaqueta y anotaba algo en un papel que tomó de la mesa del teléfono. Luego se lo entregó para que lo leyera: «Creo que puede haber micrófonos en tu casa —decía la nota—. No digas más». Ella asintió, atónita por la posibilidad de estar siendo espiada, pero ¿por quién?

—Este mensaje es falso —dijo Benegas—. Insisto, Verónica, no hay nada más que pueda decirte. Debo irme.

A medida que el hombre se acercaba a la puerta, anotó algo más en otra pieza de papel que le entregó a la detective. «Voy a buscar algo al auto y vuelvo. No digas ni hagas nada. ¿Okay?», decía. Ella asintió nuevamente, sorprendida por el giro que aquella conversación había dado.



Evelyn Hall volvió a intentar comunicarse con Isabel Romero. Seguía sin responder. Al ver que pasaban las horas y que no podía contactarse con la mujer, optó por mandarle un mensaje. Sabía que cuando lo leyera, se comunicaría. Escribió rápidamente el texto y presionó «enviar». Ahora no restaba más que esperar.



La noche había caído sobre Londres y Ana se había quedado dormida en la cama de Agustín Riglos. Se sobresaltó y él, que estaba sentado en una silla frente a su cama, con los pies descalzos apoyados sobre el lecho, lo notó.

—Tenemos que hablar —dijo sin preámbulos Riglos.

Ana se incorporó y quedó frente a frente con el agente.

—Me temo que nos han engañado. A los dos.

Agustín hablaba con una seriedad que ella no le conocía. Se lo notaba ciertamente preocupado por lo que había leído en aquel expediente secreto.

—Nos han hecho una mala jugada, Ana —ella asintió, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Él no se movió, estaba dispuesto a aclarar todo entre ellos—. Cuando sustraje la Tabla Esmeralda del Centro de Estudios Antropológicos —dijo refiriéndose a su última misión como Marcos Gutiérrez— y la entregué a la Agencia, me aparté de la Operación Esmeralda.

—¿Operación Esmeralda? —preguntó Ana intrigada.

—Sí. La operación que demandó quince años de mi vida como agente encubierto.

—Quince años es mucho... —murmuró ella taciturna.

—Demasiado. Había llegado a un punto en el que ya no sabía quién era. Me había olvidado de lo que era ser yo. Cuando abandoné Buenos Aires rumbo a Lyon, me fui con la certeza de que aquella era mi última misión.

—No me explicaste qué es la Operación Esmeralda.

—Hace más de veinte años, un agente de Interpol interceptó un mensaje ultrasecreto entre el alto mando de la CIA y un grupo que, hasta el día de hoy, se ha mantenido en las sombras.

—La Legión —interrumpió Ana. Riglos asintió.

—El mensaje estaba cifrado, pero uno de nuestros mejores criptoanalistas pudo descifrarlo. Se trataba de un anagrama.

—Una palabra o frase que resulta de la trasposición de las letras o las palabras que componen otra frase.

—Exacto. El asunto es que, al deducir el mensaje, la Agencia remitió inmediatamente su contenido al área de investigación científica. Si lo que decía era cierto, el mundo podía cambiar.

—¿El área de investigación científica? —inquirió Ana intuyendo hacia dónde iba aquel asunto.

—El área a cargo del doctor Jack Williams, para ser exactos —Ana asintió tratando de asimilar todo lo que Riglos iba relatando—. Al leer el mensaje, Williams se obsesionó con la tabla y se dedicó a buscar a los mejores científicos del mundo para analizarla una vez que Interpol la encontrara. Paralelamente, Román Benegas fue puesto al mando del grupo de investigación que debía buscarla. Así nació la

Operación Esmeralda.

—¿Y tu papel como Marcos Gutiérrez fue conseguirla? —Había un dejo de reclamo en su pregunta.

—Mi misión fue recuperarla. Pero eso llevó quince años de estar encubierto, de dedicación absoluta. Primero, como agente de La Legión...

—Luego, como espía del Vaticano —dijo Beltrán. Riglos sonrió.

—No creas todo lo que dicen, Ana —respondió divertido—. Apenas estuve en los Servicios Secretos Vaticanos.

—Infiltrado por La Legión.

—Veo que estás al tanto de las peripecias de Uróboro —bromeó el agente haciendo referencia a su nombre de guerra.

—Benegas me instruyó bien —contestó asqueada la criminóloga forense—. ¿Y después? ¿Qué pasó después?

—Después del Vaticano se abrieron las puertas de La Legión para mí. Diaco, el número uno de la organización, me tomó bajo su protección y me confió aquello que la Agencia y yo esperábamos averiguar: dónde empezar a buscar la tabla.

—Y ahí entro yo... —interrumpió la mujer disgustada.

—No lo planeé, Ana.

—¿Qué no planeaste? —inquirió furiosa pero sin levantar el tono de su voz. Había rabia en sus palabras—. ¿Que mataran a papá y a Max?

Riglos no esperaba tal reclamo. Instintivamente se echó hacia atrás y resopló.

—Ana, yo no sabía. Si por un momento hubiera sospechado que Diaco había mandado matar a Emerio, habría avisado a la Agencia, lo habríamos salvado. Lo mismo con Max. ¡Yo mismo hubiera impedido sus muertes!

Ana tenía los ojos llenos de lágrimas. Se debatía entre creer aquellas palabras o no. Desvió la mirada. Tras el vidrio, las luces de Kensington Gardens parpadeaban al son de una melodía silenciosa que daba un toque espectral a la ciudad. Volvió a mirar a Riglos.

—¿Qué decía el mensaje? —El cambio en el rumbo de la conversación pareció desorientar al agente—. El mensaje que Interpol interceptó, ¿qué decía?

Riglos se aflojó.

—Hablaba de cierto manuscrito perdido cuyos poderes, en manos de quien pudiera descifrarlos, serían infinitos. Clamaba ser la clave que desentrañaría el misterio de los tiempos.

—¿Interpol realmente cree que existe algo así? —preguntó sorprendida.

—No importa si la Agencia lo cree o no. El punto es que nadie más lo posea. Si el manuscrito es tan solo eso, un escrito, pasará a la historia como un antiguo rollo rescatado de Alejandría. Pero si por alguna razón el códice esconde un enigma que dará poder ilimitado a quien lo posea, Interpol debe asegurarse de que no caiga en las manos equivocadas.

—Y de poseerlo —corrigió Beltrán—. Esta no ha sido una misión altruista, es una

lucha por poder.

—Ciertamente... —musitó Riglos abatido.

Se quedaron en silencio un momento, sopesando el carácter de aquella conversación que apenas empezaba.

—¿Por qué no me dijiste quién eras? —preguntó Ana y lo miró fijo a los ojos.

—No podía... —susurró él devolviendo la mirada—. Vos más que nadie, siendo exagente de la Federal, deberías entenderme —se levantó de la silla y resopló—. Estaba atado de pies y manos, Ana. Quince años de mi vida estaban en juego, ¿entendés? —Había desesperación en su voz.

—Podías confiar en mí —insistió ella y se puso de pie frente a él, en el centro de la habitación.

—No se trataba de confiar o no en vos. Era una manera de protegerte —Riglos se acercó.

—¿Protegerme de qué? —inquirió furibunda la mujer, que no dudó en acercarse más a él.

—¡De mí! ¡De esto! —gritó él abriendo sus brazos enseñándole el sitio donde se encontraban—. ¿Vos te pensás que es fácil para un espía involucrarse con una mujer?

Riglos, que había contenido las ganas de abrazarla desde el momento que la había visto cruzar la puerta, la tomó por los brazos y la retuvo contra una de las paredes del dormitorio. Luego, y con voz ronca, susurró a su oído:

—No hay un segundo de paz en la vida de un agente si hay alguien que le importe más que su propia vida.

Las palabras del Agente Cero hicieron eco en la cabeza de Ana, que, inmóvil bajo el peso del cuerpo que la apresaba, intentó disimular su turbación.

—Y aun así, te fuiste —reclamó ella.

—Tenía una misión que cumplir —respondió él, y se apretó aún más contra ella.

—¿También tenías una misión que cumplir en Punta del Este? —recriminó finalmente, haciendo referencia a la única noche que habían pasado juntos.

Riglos dejó escapar una carcajada:

—No me vas a perdonar nunca esa noche.

—No.

—¿Sabés por qué fui tan distante? —Riglos se acercó aún más, casi podía sentir su respiración agitada y su aliento cálido—. Porque no podía arriesgarme a perderte.

Ana desvió los ojos y el agente le sujetó la mandíbula y la obligó a mirarlo.

—No podía estar con vos y cumplir una misión que implicaba abandonarte. No había futuro. Desde el principio estaba condenado cualquier acercamiento a vos.

Ana sintió que una lágrima se escapaba de sus ojos y caía sobre la mano de Riglos, que aún sostenía su rostro para obligarla a mirarlo.

—Sos un hijo de puta.

—Pero te importo —respondió él, burlón.

—Nada, no me importás nada —exclamó ella combativa.

—Mentirosa —dijo él un segundo antes de capturar su boca en el beso que debería haberle dado en el preciso instante en que la vio entrar en su habitación. Ana sintió que caía en un abismo. Y no le importó.

La avidez con la que Riglos exploraba su boca y aferraba su cintura para atraerla hacia su cuerpo, se convirtió súbitamente en su única urgencia. Atrás quedaron el sinsabor y el anhelo de vidas pasadas. Allí, en ese preciso instante en que el hombre la miraba fijo y la arrojaba sobre la cama con premura, no le importó nada más.

Ella sintió cómo su cuerpo se alineaba contra el colchón para luego acomodarse bajo el peso de Riglos. Se observaron un momento, turbados. Ella tenía los labios húmedos, hinchados, respiraba agitada. Él desabrochó el primero de sus botones. Ana sintió que la quemaba, que la sangre bullía y ya no podía pensar. Cerró los ojos y arqueó el cuello. El agente se sumergió en la curva de su hombro y aspiró profundamente su olor mientras terminaba de desabrochar el resto de los botones. Sintió cómo ella perdía sus manos en su espalda y lo atraía hacia su cuerpo. Él logró quitarle la prenda y percibió el calor de su piel desnuda contra la súbita incomodidad de su camisa. Se incorporó con violencia y se deshizo de ella en un santiamén sin despegar la mirada de Ana, de sus pulsaciones rítmicas y de su urgencia.

Con el torso desnudo, Agustín Riglos se inclinó sobre la mujer que yacía sobre el lecho y dejó atrás la angustia de la ausencia. Las miserias de los últimos meses, el vacío de la pérdida. Cerró los ojos y comprendió que aquella mujer era su destino.

Capítulo XIII

DERÓNICA Ávalos encendió el equipo de música para tapar cualquier ruido ambiente que delatara lo que verdaderamente ocurría dentro de su casa. Luego, y sin perder un segundo, se dedicó a rastrear los micrófonos ocultos. Había palpado bajo las mesas y había revisado alguno de los estantes de su biblioteca, cuando escuchó que Benegas entraba en el departamento.

Sin decir palabra, el hombre encendió un dispositivo con aspecto de *handy* cuyas luces comenzaron a titilar apenas detectó la frecuencia de los micrófonos escondidos. Inmediatamente presionó un par de teclas en el aparato, y un sonido metálico antecedió el cambio de luces. Antes rojas, ahora verdes.

—Listo, están desconectados. Este detector de frecuencias los ubica y luego los anula. Podemos hablar tranquilos.

—Pero ¿dónde están?

—Los buscaremos más tarde. No te preocupes, no volverán a funcionar, los he desactivado —informó Benegas—. Ahora quiero que me expliques cómo llegó esto a tus manos —agregó enseñándole la tableta electrónica con el expediente de la Operación Destierro.

—Ya te dije —contestó ella molesta—, lo recibí por *mail*. ¿Cómo creés, si no, que sé sobre la falsa muerte de Ana?

Benegas se dejó caer sobre el sofá. Atónito. Que aquel documento hubiera salido de la órbita de control de la Agencia implicaba no solo una gravísima falla de seguridad, sino que confirmaba la sospecha de Agustín: tenían un topo.

—Ana y Riglos coincidieron el viernes en un evento de Interpol —explicó Benegas, aún pasmado por la gravedad de los hechos—. Creí que alguno de ellos se había comunicado contigo.

Ávalos notó el desconcierto del agente.

—¿Qué estás pensando, Román? —quiso saber ella.

—Ahora no puedo hablar —respondió al tiempo en que se incorporaba—. Te llamo luego —agregó y se dirigió hacia la puerta del departamento. Tenía que hablar con el Agente Cero.



El cielo se había teñido de un gris sucio y la lluvia empezaba a convertirse en agua nieve. Pereyra observó su reloj justo antes de ingresar en las oficinas de la Policía de Madrid. Eran más de las cinco de la tarde y el invierno había llegado para quedarse. Para cuando regresara a su casa, la noche ya habría cubierto la ciudad como un manto helado.

Se frotó las manos contra el pantalón con el fin de calentarlas y luego buscó la tarjeta de acceso en su bolsillo. Escuchó el chirrido metálico al pasarla por el lector digital y empujó la puerta. A medida que se quitaba el abrigo y la bufanda, avanzó por el pasillo y se dirigió con prisa a la sala de análisis.

—Aquí estoy. Enséñenmelo —ordenó.

Un oficial vestido de civil y sentado frente a una serie de monitores pulsó un comando en la computadora y de inmediato la filmación de la cámara de seguridad del Mercado de la Cebada la noche de la muerte de Máximo Zaldívar, apareció en una pantalla gigante frente a ellos.

—Bien —dijo Pereyra—. ¿Quién es?

Su equipo había estado trabajando en aquella cinta durante meses. La imagen del hombre que salía del departamento de Zaldívar era inútil; jamás había dejado que su cara se viera. En cambio, el rostro del sujeto con el que se encontraba un par de cuadras después sí había logrado capturarse. Sin embargo, la lejanía de la cámara no había permitido definir el rostro hasta esa misma tarde, cuando le dieron el aviso. Ahora, tan solo esperaba ubicar al dueño de aquellas facciones.



El celular vibró en mitad de la noche. El agente Riglos se levantó de la cama y contestó el llamado. Era Román Benegas.

—Un segundo —dijo Riglos y se alejó del lecho donde dormía Ana Beltrán. Sonrió—. Te escucho —agregó al cerrar la puerta de la pequeña sala que había en aquel cuarto de hotel.

—Tenías razón. Hay un topo.

—¿Sabés quién es?

—No, no todavía. Pero debe de ser alguien importante —Benegas guardó silencio un momento—. Te debo una explicación.

—Ya hablaremos de eso, Román. Ahora necesito que me expliques cómo vamos a hacer para regresarle a Ana su vida.

—No por ahora, Cero —dijo serio el agente del otro lado de la línea—. Encontré micrófonos en la casa de la oficial Ávalos.

—¿Qué tiene que ver eso con Ana? Ávalos debe trabajar en cientos de casos, cualquier otro podría espiarla...

—Agustín, Verónica recibió una copia del expediente con la operación mediante la cual hicimos desaparecer a Beltrán.

—Operación Destierro —murmuró el Agente Cero.

—¿Estabas al tanto? —inquirió incómodo Román.

—Ana lo recibió también —contestó Riglos llevándose dos dedos al tabique de su

nariz y apretándolo con fuerza—. Esto es más grande de lo que pensábamos. Tengo que sacar a Ana de Londres. Voy a necesitar tu ayuda.

Cuando terminó de hablar con Benegas, el agente Riglos salió de la sala y se acercó a la mujer que dormía, de espaldas, con el pelo alborotado sobre la almohada. Se sentó sobre el lecho y con el dorso de la mano acarició la curvatura de su cintura. Ella se estremeció y, sonriendo, giró sobre sí.

—¿Qué hora es? —murmuró adormilada.

—Todavía es temprano —contestó él sonriente— pero tenemos que hablar.

Al enderezarse sobre la cama, Ana notó que Riglos ya estaba vestido. Se cubrió instintivamente con las sábanas y miró el reloj. Eran las tres de la mañana.

—¿No puede esperar? ¿Qué hacés vestido?

—Tenés que dejar Londres.

—¿Qué pasó? —exclamó Beltrán alerta.

Riglos se acomodó sobre la cama.

—Verónica Ávalos también recibió el expediente de Operación Destierro y acaba de descubrir que su casa esta llena de micrófonos.

—¿Cómo...?

—Dejame terminar. Hace meses que sospecho que hay un topo en la Agencia —se levantó—. Esta noche lo confirmé. Todavía no sé quién es, pero que hayas recibido un documento como este —dijo señalando la pantalla de su *laptop*, donde se podía observar parte del archivo clasificado de Interpol— y que Ávalos lo haya recibido también...

—Verónica recibió el archivo... ¿por qué?

—No sé, Ana —respondió tomándole las manos y obligándola a levantarse—, pero está claro que ya no estás segura en esta ciudad.

—Agustín —se alejó—, si hay un espía en la Agencia, no estuve segura nunca. No importa dónde vaya.

—No esta vez. Solamente Benegas y yo sabremos cuál será tu nueva identidad y destino.

—¿Benegas? —cuestionó incrédula—. ¿Te olvidás de que él está a cargo de la Operación Destierro? ¿De que él es el responsable de todo este engaño sin sentido? ¿De que él me hizo pasar por muerta y que nunca me dijo que no eras un agente de La Legión?

—Román es un buen agente —aseguró Riglos.

—¿Por qué estás tan seguro de que no nos va a traicionar? Ya lo ha hecho antes...

—Conozco a Román. Comprendo que dudes pero...

—Jack Williams me advirtió sobre él.

Riglos sintió una punzada de celos atravesándole el pecho.

—Williams no lo conocía como yo —masculló entre dientes—. Ahora debemos irnos.

—¿Ya?

Él asintió.

—Agustín, hace más de un año y medio me fui de Buenos Aires, perdí mi identidad, dejé mis cosas, mi trabajo, mi laboratorio —había angustia en su voz—. Ahora, recién ahora empiezo a sentirme cómoda. No voy a dejar todo sin pensarlo bien antes.

—Ana...

—No digas nada —interrumpió ella—. Necesito pensar.

—¿Y si te dijera que podés volver a ser Ana Beltrán?



Cerró con llave la puerta de entrada al laboratorio y se relajó. Allí, entre microscopios de última generación y manuscritos antiguos, Evelyn Hall se sentía como en casa. No había peligro ni amenazas. El recinto, espacioso, era su sagrado refugio, allí casi olvidaba que debía estar alerta.

A medida que avanzaba por el lugar, podía escuchar el sonido de sus tacos repicando contra el cemento alisado, acompañado por el murmullo de arranque de las máquinas que iba encendiendo, mientras se colocaba el guardapolvo y se disponía a empezar el día.

Romero no había respondido sus mensajes. Se colocó las lentes y se acercó al tablero empotrado en la puerta detrás de la que se guardaba la Tabla Esmeralda. Debía ubicar a Isabel. Pulsó un código de siete dígitos y el chirrido metálico de la cerradura le permitió acceder al recinto de seguridad. Allí se colocó guantes de látex y se aproximó a la cámara presurizada que contenía el ejemplar. Se quitó los anteojos, se agachó hacia adelante y colocó su ojo derecho sobre un lector digital de retina. Luego de que el escáner reconociera su iris, la cámara se abrió.

Extrajo con cuidado el manuscrito del cofre de cristal y lo apoyó, con delicadeza, sobre el tablero de trabajo. Se sentó frente al ejemplar y lo observó en detalle.

—La Tabla Esmeralda... —susurró.

La vida de Jack Williams había sido ese proyecto. Había dedicado cada una de sus horas a la investigación de aquel antiguo escrito. No recordaba jornada en que ella no lo hubiera visto abocado a su estudio. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas e inmediatamente se obligó a enderezarse en su asiento y se recompuso. No podía llorar. Debía estar lúcida. Debía hablar con Romero. Debía corroborar los escritos de Holmberg. Volvió a la tabla. Era extraño que ni Jack ni ella lo hubieran notado, pensó. Debería haber sospechado cuando notó que el papiro ocultaba símbolos. Estiró la mano y con las yemas de los dedos bajo el látex acarició el papel. Rugoso, apenas irregular, algo grueso y casi tosco. No podía dejar de pensar en Jack. En la manera en que devoraba el conocimiento que se suponía que escondía aquel

tesoro, la forma en que se acercaba al microscopio a estudiarlo. Se estremeció. Estaba otra vez al borde de las lágrimas. Cerró los ojos. Aún podía sentir las luces del laboratorio, el calor de los focos del techo, la vida que continuaba. Pero ella se sentía muerta. Sin Jack allí, algo se había roto. Levantó los párpados y volvió a la tabla. Acomodó el manuscrito sobre la mesa de trabajo y encendió las luces del tablero para iluminar el ejemplar desde abajo y estudiarlo en detalle. Tomó una gran lente de aumento que se encontraba adherida a la mesa y la posicionó sobre el vértice superior derecho del papiro. El diagrama del nomos xv, la casa de Dyehuty, el dios egipcio de la sabiduría y los conjuros mágicos, se distinguía claramente una vez que se lo magnificaba. Dyehuty, también conocido como Thot. Mercurio en la mitología romana y Hermes en la griega. En un principio había considerado aquella trilogía solamente como un claro indicio de la Santísima Trinidad antes del cristianismo. Se había quedado corta. Al igual que las marcas ocultas en el manuscrito, aquellas no eran más que pistas de lo que Holmberg había descubierto al analizar el texto de la tabla.

Apartó la lente y observó el escrito en su totalidad. Debería haberlo notado. Así, en el centro del laboratorio de análisis, Evelyn Hall acomodó sus lentes y, como quien recita un poema, leyó el texto completo:

*Verdadero, sin falsedad, cierto y muy verdadero:
lo que está abajo es como lo que está arriba,
y lo que está arriba es como lo que está abajo,
para realizar el milagro de la Cosa Única.
Y así como todas las cosas provinieron del Uno, por mediación del Uno,
así todas las cosas nacieron de esta Única Cosa, por adaptación.
Su padre es el Sol, su madre la Luna,
el Viento lo llevó en su vientre,
la Tierra fue su nodriza.
El Padre de toda la Perfección de todo el Mundo está aquí.
Su fuerza permanecerá íntegra aunque fuera vertida en la tierra.
Separarás la Tierra del Fuego,
lo sutil de lo grosero,
suavemente,
con mucho ingenio.
Asciende de la Tierra al Cielo,
y de nuevo desciende a la Tierra,
y recibe la fuerza de las cosas superiores y de las inferiores.
Así lograrás la gloria del Mundo entero.
Entonces toda oscuridad huirá de ti.
Aquí está la fuerza fuerte de toda fortaleza,
porque vencerá a todo lo sutil*

*y en todo lo sólido penetrará.
Así fue creado el Mundo.
Habrá aquí admirables adaptaciones,
cuyo modo es el que se ha dicho.
Por esto fui llamado Hermes tres veces Grandísimo,
poseedor de las tres partes de la filosofía de todo el Mundo.
Se completa así lo que tenía que decir de la obra del Sol.*

Capítulo XIV

EN la oscuridad de la celda, Diaco dejó que sus ojos recorrieran los límites de la que se había convertido en su habitación por algunos días. El monasterio estaba oculto entre la montaña, perdido en un valle que pocos recordaban y que pertenecía a La Legión desde hacía más de un siglo. Allí, en silencio, aguardaba la mañana cuando sus hombres comenzaron a llegar.

Desde que tenía memoria, su única misión había sido encontrar la Tabla Esmeralda. Estaba a punto de lograrlo. Durante años habían seguido a todos aquellos vinculados de alguna u otra manera con el manuscrito. Desde Ana Beltrán hasta el profesor Williams. Ahora, seguros del paradero, solo restaba esperar el momento exacto para recuperarla. Y una vez que la tuviera en su poder, él y su grupo podían concluir sus investigaciones y, por fin, desentrañar el secreto oculto.

Volvió a acostarse en su camastro. Esta vez con los ojos cerrados, ya sin necesidad de ver ni la celda, ni la mesa de noche ni el crucifijo sobre la pared. La certeza de la proximidad de la tabla y de tener la misión a punto de concretarse resultaba un bálsamo para su cuerpo cansado por los años. Por primera vez, en mucho tiempo, dejó que el sueño lo venciera y se durmió.



Francisco Pereyra miró el reloj. Eran más de las tres. Dos días atrás se había contactado con el agente de Interpol Román Benegas y habían acordado reunirse esa tarde en sus oficinas.

Ingresó en Cronos, el sistema de identificación biométrica que le había permitido ubicar el rostro que estaba observando en la pantalla, y sonrió. Increíble.

El sonido del intercomunicador lo obligó a abandonar sus pensamientos.

—El agente Benegas está aquí —escuchó del otro lado de la línea.

—Que pase —respondió.

Román Benegas ingresó en sus oficinas vestido con un sobrio traje oscuro. Llevaba barba de un día crecida y tenía profundas ojeras. Se lo notaba cansado. Le extendió la mano y se sentó frente a él de inmediato.

—Vine lo más rápido que pude. ¿Qué es eso tan importante que tienes que mostrarme, Francisco?

Pereyra se recostó sobre su butaca tras el escritorio.

—Quiero que veas una filmación.

Benegas asintió.

El detective tomó una tableta electrónica y se la alcanzó.

—Es la grabación de las cámaras de seguridad de la Comunidad de Madrid.

Específicamente, la cámara ubicada detrás del Mercado de la Cebada, en La Latina —Pereyra adelantó varias secuencias con su dedo índice—. Estas imágenes corresponden a la noche del asesinato de Zaldívar. Presta atención.

Benegas observó con detenimiento la filmación. Un hombre, cuyo rostro no se veía, salía del número cuatro de la calle Humilladero. Dos cuabras después se encontraba con una persona con la que mantenía una charla de casi dos minutos. Al separarse, el sujeto que había salido de la casa del financista se perdía en la oscuridad de la noche. El otro, en cambio, encendía un cigarrillo con cierta parsimonia y, luego de dar una profunda pitada, giraba y se iba.

—No entiendo —interrumpió Benegas.

—Espera un momento —dijo Francisco, al tiempo que tomaba la tableta y detenía la imagen del hombre en el preciso instante en que giraba y, luego, la magnificaba.

Benegas se acercó a la tableta.

—No puede ser.

—Pasé la imagen por Cronos —informó refiriéndose al sistema de identificación de rasgos faciales que utilizaban en el FBI e Interpol—. Los indicadores biométricos coinciden.

—¿A quién le has mostrado esto?

—A nadie más que a ti.

—Bien —dijo Román poniéndose de pie—, por ahora no lo dirás. En cambio, tengo que pedirte que colabores conmigo. Haremos caer a este topo.



Inmersas en la oscuridad, dos figuras se movían ágilmente en el interior del departamento. Una de ellas se arrodilló frente a la puerta y, luego de jugar con la cerradura, logró abrirla.

—Por acá —indicó Ana, que conocía el hogar de Jack Williams, adelantándose a Riglos—. Busquemos en el escritorio.

—Un momento —ordenó Riglos sujetándole el brazo a la mujer—. Dejame desactivar cualquier micrófono o cámara que haya.

—¿Cámaras, acá?

El Agente Cero encendió el dispositivo para detectar y anular micrófonos, y enseguida confirmó que la casa estaba infectada.

—Listo. Están desactivados —informó.

—Así que de esta manera supieron de la existencia del libro... —murmuró Ana— cámaras y micrófonos, pero ¿cómo?

—No importa eso ahora, Ana. Busquemos tu libro y salgamos de acá.

Beltrán encendió las luces de la biblioteca. El Mondrian en el vestíbulo le generó

una profunda tristeza. Recordó la única noche que había estado en aquel apartamento y una súbita angustia se apoderó de su cuerpo. Respiró profundamente y se concentró en la búsqueda del libro de Eduardo Holmberg que le había prestado al científico antes de que lo mataran.

—Nada —dijo después de revolver el escritorio, la biblioteca y la casa entera.

Agustín Riglos vio cómo la patóloga forense se adentraba en la vivienda y caminaba, despacio, hasta detenerse frente a una inmensa pintura. Luego de observarla por un momento, giró sobre sí y dijo «Vamos».



A bordo de la camioneta de Agustín Riglos, Ana perdió la mirada tras la ventana.

—¿Qué pensás? —inquirió Riglos mientras ponía en marcha el automóvil.

—Voy a extrañar a Jack —confesó ella con la garganta hecha un nudo.

Agustín comprendió su congoja y estaba por decir algo cuando su celular vibró. Era la línea segura de Benegas.

—Te escucho —respondió al mismo tiempo que esquivaba un Volvo a su derecha.

Ana observó cómo Riglos mantenía una escueta comunicación con Román Benegas. Se concentró en la manera en que sostenía el celular con la mano izquierda y sujetaba el volante con la derecha. La forma en que repicaba el dedo índice sobre el comando mientras conversaba. De hecho, notó que hablaba poco, pero parecía sorprendido frente a lo que Benegas le estaba diciendo. Lo miró en detalle. Llevaba la camisa desabrochada, los anteojos negros espejados cubriéndole los ojos color gris petróleo. Lo había extrañado. Se recostó sobre el asiento y continuó escudriñándolo. Él dio por terminada la llamada y se concentró en el camino.

—Fuiste vos —dijo Ana suavemente.

El agente giró para mirarla y sonrió al ver ternura en sus ojos.

—¿De qué hablás?

—De la casona en Uruguay. Vos estabas tras la máscara antigás. Me fuiste a buscar.

Él sonrió.

—Gracias —agregó Beltrán.

Él asintió con la cabeza y no dijo más. No hacía falta.

Volvieron a sus propios pensamientos. A la ciudad de Londres que desfilaba ante sus ojos. En silencio, Ana tomó su teléfono y lo encendió. Hacía días que no chequeaba su correo. Apenas lo hizo, llegó un mensaje a su celular.

—Es un mensaje de Evelyn —dijo sorprendida—. Necesito que vayamos a la Agencia.



Los hombres habían comenzado a llegar. Cada uno había sido asignado a su celda y aguardaban, en silencio, el fin de un almuerzo frugal para dedicarse a sus oraciones. Luego, cuando la tarde llegara a su fin, volverían a reunirse. Esta vez, para decidir el futuro del grupo cuando concretaran su misión: poseer la Tabla Esmeralda.

Diacó había anunciado su renuncia durante la primera reunión de la mañana. Estaba cansado y había cumplido más de ochenta años. Era hora de dar paso a un sucesor. Aquella reunión era la clara excusa para encontrar al elegido que se hiciera cargo de La Legión por los próximos años. Como si del Vaticano se tratase, allí, en un monasterio perdido en la montaña, tendría lugar un cónclave.

Capítulo XV

ISABEL Romero ingresó en la Agencia a las tres de la tarde y tras pasar los controles automáticos de seguridad —introduciendo códigos y tarjetas magnéticas en cada uno de ellos— llegó a la puerta del laboratorio de Evelyn Hall y Jack Williams.

La placa de entrada anunciaba que aquel era el laboratorio científico a cargo del profesor Williams. Una profunda tristeza volvió a invadirla. Luego, tocó la puerta y se anunció.

El cuerpo grácil de la doctora Hall, envuelto por su chaqueta de trabajo, se contoneó rápidamente hasta llegar a la entrada. Presionó un botón y Romero pudo ingresar.

Las dos mujeres se encontraron frente a frente. Se mantuvieron en silencio. Tristes. Conmovidas. Hall se acercó un paso hacia ella, la patóloga hizo lo mismo. Segundos después se fundieron en un abrazo.

—Lo siento tanto, Eve... —musitó Isabel al alejarse de ella y secándose las lágrimas.

Hall trabó la puerta y luego de asegurarse de que estaba bien cerrada, dijo:

—Yo lo encontré —informó la científica y se ubicó en uno de las sillas de trabajo. Isabel asintió. Lo sabía. Lo había leído en el informe policial antes de realizar la autopsia—. Tenemos que hablar.

—Recibí tu mensaje —respondió Romero y se sentó frente a ella—. ¿De qué se trata?

Evelyn Hall observó detenidamente a Isabel Romero. Se acomodó en la silla y se concentró en elegir las palabras adecuadas para lo que debía decir.

—Cuando llegué a casa de Jack —comenzó diciendo Hall— y lo encontré... así, traté de liberarlo de la soga —tragó saliva, se la notaba terriblemente consternada—. Lo logré.

Isabel asintió. Las lágrimas rodaron finalmente por sus mejillas. No pensaba detenerlas.

—Contra todo pronostico, Jack estaba vivo —Isabel arqueó la ceja sorprendida. Evelyn hizo un gesto con la mano para que no la interrumpiera—. Era evidente que estaba muriendo, llegué demasiado tarde —volvió a tragar—. El asunto es que antes de... antes de... irse hizo un gesto con la intención de mostrarme algo.

—¿Qué hizo? —preguntó Romero alterada.

—Apenas tuvo fuerzas para señalarme una pila de libros —Romero no pudo evitar que cierto desconcierto se le dibujara en el rostro—. Entonces comprendí: Jack me había dado un libro de anotaciones que te pertenece —la patóloga asintió—. Deduje que Jack quería que hablara contigo, por eso te he llamado.

—¿Conmigo? No entiendo... —musitó.

—Supuse que me estaba sugiriendo que hablara contigo, tú le habías dado el libro, él me pidió que lo estudie... —agregó, seria, Evelyn Hall, al tiempo que se levantaba de su silla y caminaba rumbo a un cajón de su escritorio. Allí, luego de hacer girar una llave, extrajo el ejemplar—. Es el libro que le diste —Hall notó alivio en el semblante de la mujer—. Me lo dio la noche del banquete.

Isabel lo tomó y con su dedo índice recorrió las iniciales de Eduardo Holmberg en dorado. Respiró lentamente y, despacio, exhaló el aire que había retenido, más de la cuenta, en su caja torácica.

—Te preguntarás cómo conseguí este ejemplar —dijo Romero.

—De hecho, sí —respondió la científica, atenta a la respuesta que iba a recibir.

Isabel mantuvo la mirada sobre el ejemplar un instante más. Luego, como quien sabe que ha llegado el momento de decir la verdad, dijo:

—Mi nombre es Ana Beltrán.

Anotaciones de Pérgamo

Buenos Aires, Argentina, 1903.

Había sido una reunión difícil. No porque Justo Beltrán o Federico Zaldívar fueran personas complicadas de tratar, todo lo contrario. Pero dejar la Tabla Esmeraldina, luego de haberla protegido por años, se le había hecho más difícil de lo que imaginaba. Confiaba en sus compañeros del viejo Porvenir Literario pero no podía evitar pensar qué pasaría si no sabían proteger aquel tesoro.

Continuó caminando presuroso sin dejar de analizar, un momento, lo que estaba a punto de hacer. ¿Era lo correcto?, ¿debería haber separado las tablillas? Le había dado vueltas al asunto toda la noche. La tarde en la que Sarmiento le había hecho entrega de los trescientos códices alejandrinos desconocía, en realidad, lo que verdaderamente estaba recibiendo. No se trataba solamente de tres centenares de rollos rescatados de la más famosa de las bibliotecas, se trataba de un secreto en particular que él había logrado dilucidar al encontrarse con lo que se creía que era la Tabla Esmeralda. Y ahora, a poco de reunirse con el próximo destinatario de aquel secreto, dudada una vez más: ¿había hecho mal? Repasó los sucesos de las últimas horas: en primer lugar, había entregado a Justo Beltrán el libro con el mapa que ubicaba los códices y la tabla. Luego, le había dado a Federico la llave y las instrucciones. Finalmente, restaba Cristóbal Hicken. Él recibiría las flores.

Capítulo XVI

EL hombre observó detenidamente la cal cerúlea que lo rodeaba. Las paredes desnudas albergaban sus más profundos pensamientos. Durante toda la noche la cofradía se había recluso, en silencio, en el anonimato de sus celdas. Allí, en soledad, definían su elección.

Las campanadas de la torre anunciaron las ocho. El confinamiento había llegado a su fin y él sería el elegido. Había llegado el momento de emitir su voto.

Se incorporó lentamente y se calzó. Pudo sentir el roce del cuero de las sandalias contra el pie descubierto y el sonido de las puertas de las celdas vecinas al abrirse. En silencio salió y caminó tras uno de los hombres presentes en el lugar. Luego de un desayuno frugal y siempre en silencio, los ocho miembros del consejo de La Legión se reunirían en el salón central y allí se definiría su destino.



Las oficinas de Interpol ya estaban a oscuras, pero una de las salas de reunión mantenía sus luces encendidas. Sobre una gran mesa de trabajo varias tazas térmicas de café reposaban vacías entre un centenar de papeles, fotografías y computadoras.

—Conoces al detective Francisco Pereyra —afirmó Román Benegas al ver al hombre que ingresaba en el salón.

—Hemos hablado por teléfono —respondió la agente Verónica Ávalos, al tiempo que estrechaba la mano del policía español.

—Agustín Riglos —irrumpió el Agente Cero mientras se acercó al oficial para presentarse.

—Bien —dijo Benegas al ubicarse en una de las sillas tras la mesa de trabajo—. Los tres sabemos por qué estamos acá.

Verónica Ávalos, Agustín Riglos y Francisco Pereyra asintieron.



Evelyn Hall observó con detenimiento el rostro de la doctora Isabel Romero. Había armonía en sus facciones, los pómulos redondeados, las cejas arqueadas, los ojos escondidos tras lentes de contacto de color. El pelo rubio, artificial. Buscó puntos de contacto con la imagen de Ana Beltrán que conocía. Ella, Eve, podía descifrar en aquella mujer a la reconocida patóloga forense.

—Ana Beltrán... y Jack lo sabía.

Romero asintió.

—¿Cómo debo llamarte?

—No debes revelar mi verdadera identidad, Evelyn. Sigo siendo Isabel Romero, estoy dentro del programa de protección de testigos.

—Estabas muerta. ¿Cómo...?

—Un montaje. La Agencia me convenció de ingresar en el programa armando un falso secuestro. Yo les creí y acepté cambiar de identidad. Ellos, en realidad, buscaban minimizar el riesgo de que La Legión me secuestrara para recuperar la tabla.

—La Tabla Esmeralda está protegida por las más sofisticadas medidas de seguridad. Es imposible que alguien acceda a ella.

—No si quien la roba es un agente con acceso total a las instalaciones de la Agencia.

Evelyn Hall enarcó una ceja.

—¿Por qué un agente querría robarla?

Isabel Romero guardó silencio un momento mientras buscaba las palabras adecuadas para relatar aquella parte de la historia.

—La Agencia consideró que el agente Agustín Riglos podía llegar a entregarla en caso de que algo me sucediera.

Hall comprendió de inmediato:

—Ya veo. ¿Y tú qué crees? —preguntó la científica.

Romero devolvió la mirada de la mujer que tenía enfrente y la sostuvo por un largo rato. No tenía respuesta a aquel interrogante. ¿Qué creía ella? Bajó los ojos y los concentró en el libro de tapas gastadas. El diario de Holmberg.

—¿Sabes si Jack pudo estudiarlo? —preguntó dando un giro radical a la conversación.

Hall sonrió al tiempo que se incorporaba.

—Ven conmigo. Tengo algo que mostrarte.

Las dos mujeres caminaron en silencio por el laboratorio. El repiqueteo de sus tacos era el único sonido que podía escucharse. Romero observó que la doctora Hall se colocaba sus lentes y un par de guantes descartables y, luego de abrir un recinto con una tarjeta de acceso, se acercaba a un lector electrónico de iris y extraía un rollo arcano con meticulosa delicadeza.

—La tabla —murmuró Isabel.

Hall asintió y colocó el papiro sobre una mesa de trabajo.

—Si no me equivoco —enunció Evelyn Hall mientras encendía las luces que permitían observar el documento con mayor detalle—, esta es la tabla que tú recuperaste del Zoológico de Buenos Aires.

Isabel asintió sin decir palabra.

—Pues bien, luego de haber leído el diario de anotaciones de Holmberg y constatado ciertas singularidades que había notado en el escrito, debo decirte, Isabel,

que esta no es la verdadera Tabla Esmeralda.



La neblina ocupaba la inmensidad tras los muros del monasterio. El sol había desaparecido horas atrás y una leve llovizna cubría los cristales que resguardaban a los presentes de la fría tarde invernal.

La votación había concluido y los siete hombres aguardaban a Diaco. La cabeza de La Legión traspasaría el mando al nuevo elegido. Y este, en la soledad de una de las galerías del castillo medieval, hurgaba en sus bolsillos en busca de un cigarrillo, ansiando que aquella dosis de nicotina adormilara la urgencia de sus terminaciones nerviosas.

Un leve olor a gas butano le pegó en las fosas nasales luego de cerrar el encendedor de plata que acostumbraba a usar. Sonrió. Dio la primera pitada y dejó escapar el humo en una mueca torcida. Apretó los ojos e intentó ver más allá de la oscuridad. Allí, en medio de la nada, estaba su reino. En minutos aceptaría el comando de una congregación cuyos orígenes se perdían en el principio de los tiempos. Volvió a sonreír. Aquellos hombres no existían; aquella comunidad secreta, tampoco. Pero ahí estaba él, a punto de ser nombrado Cabeza de San Miguel.

Capítulo XVII

DIACO colocó el último documento en el *dossier* que debía entregar al nuevo líder de La Legión. Y suspiró, aliviado. Cerró la carpeta lentamente, casi disfrutando la textura rugosa y gastada del cartón que hacía las veces de tapa, y luego recorrió las letras que nombraban el archivo. En tinta negra, sobre el amarillo descolorido del papel, distinguió una «S» y una «A». «Santa Alianza», murmuró, y tras cerrar los ojos recordó el momento en que él había accedido a la información que su sucesor conocería aquella misma noche.

Despertó de su ensueño en el momento en que escuchó un golpe en la puerta.

—Pase —dijo al tiempo en que se acomodaba, listo para entregar aquellos documentos.

El nuevo líder de La Legión ingresó en el despacho sin anunciarse. Sabía que Diaco lo esperaba. Había llegado el momento de ocupar su lugar.

Diaco pudo observar cómo el elegido, que había decidido llamarse Pablo, caminaba con cierta cadencia, intentando disimular la ansiedad. Desde que había posado sus ojos sobre él, más de treinta años atrás, Diaco supo que aquel no era un discípulo más. Era un hombre ávido de poder, y aquella noche lo había obtenido. Frente a él, Pablo, su sucesor, el hombre que comandaría los hilos de una organización oculta, desconocida al resto del mundo y poderosa como ninguna otra.

—Bienvenido —murmuró Diaco cansado—. Ha llegado la hora.

Pablo asintió sin decir palabra. En cambio, tomó otro cigarrillo y acercó su rostro al encendedor de plata. La llama, minúscula, apenas se reflejó en el negro de sus pupilas. Aspiró y quedó a la espera del momento decisivo, el pase de mando.

—La Legión es una organización compleja —enunció Diaco, al tiempo que empujaba la carpeta ajada sobre su escritorio y la acercaba hacia su sucesor— cuyas raíces se pierden en el origen de los tiempos.

Pablo volvió a asentir.

—Quienes creen saber de nosotros nos han llamado Santa Alianza o La Entidad —agregó con los ojos puestos sobre quien volvía a afirmar con un movimiento repetido de cabeza—. Pero pocos saben realmente la verdadera historia de La Legión.

Diaco volvió a hacer una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas:

—Para el mundo, la supuesta Santa Alianza nació en 1566 por orden del papa Pío V, con el objetivo de asesinar a Isabel de Inglaterra, que era protestante, y así devolver el catolicismo a través de María Estuardo, reina de Escocia. Pero lo cierto, mi querido Pablo, es que la Santa Alianza no existe y que a Pío V nada le importaba si Inglaterra volvía, o no, al catolicismo.

—No comprendo —interrumpió Pablo—. ¿Me estás diciendo que no somos espías papales?

Diaco dejó que una sonrisa se dibujara en su cara.

—Por supuesto que lo somos, pero no como tú crees. O por lo menos, no como la creencia popular nos ha pintado. Lo cierto, mi querido —volvió a decir mientras tamborileaba sus dedos sobre la vieja carpeta amarillenta—, es que Pío V necesitó crear una organización que ocultara la nuestra, que escondiera a La Legión.

—La Santa Alianza... —murmuró Pablo atento.

—Exacto. La Legión se ha escudado bajo la supuesta Santa Alianza porque no existe. Por lo menos para el resto del mundo. Y porque nadie debía saber del objetivo de nuestra organización. Y nada mejor que no existir para lograrlo. Pío V montó la Santa Alianza y nos protegió cuando Isabel de Inglaterra, al tanto de la existencia de la tabla, lo amenazó con poner al descubierto nuestra organización si no se le entregaba el poderoso manuscrito.

—¿La Reina Virgen sabía de la existencia de la tabla?

Diaco asintió.

—¿Cómo?

—Por Philippus Theophrastus y Ana Bolena.



Evelyn Hall aguardó la reacción de la mujer que estaba sentada frente a ella.

—Este manuscrito, Isabel, no es la Tabla Esmeralda —repitió.

—Pero ¿cómo...?

—El diario de notas de Holmberg, además de esconder el mapa que te condujo a la bóveda bajo la jaula de los elefantes en el Zoológico de Buenos Aires, contiene un exhaustivo análisis de la tabla y un mensaje cifrado.

—¿Qué mensaje?

Hall tomó el libro que reposaba sobre el regazo de la doctora Romero y buscó la página donde había descubierto la anotación. Luego le acercó el documento. Isabel pudo observar un extraño mensaje:

PDJQXP
RSXV
TXDW WXRU
WDEXOD

—No comprendo —dijo Romero. Hall sonrió. Volvió a tomar el libro y respondió:

—Es un criptograma —Romero enarcó una ceja—. En un primer momento pensé que se trataba de un *atbash*, el clásico cifrado por sustitución utilizado por los hebreos en el que la primera letra del alfabeto se sustituye por la última, y así

sucesivamente. Pero cuando lo decodifiqué, la frase resultante no tenía sentido.

—¿Entonces?

—Utilicé el cifrado César, un método de decodificación que utilizaba Julio César en el envío de sus mensajes. Es uno de los algoritmos criptográficos más simples. Es un algoritmo de sustitución. Su cifrado consistía simplemente en sustituir una letra por la situada tres lugares más allá en el alfabeto: la A se transformaba en D, la B en E y así sucesivamente hasta que la Z se convertía en C.

Hall hizo una pausa y luego agregó:

—Holmberg escribió: «*Magnum opus, quatuor tabula*».

—«La gran obra, cuatro tablas» —murmuró Isabel sorprendida—. Entonces, ¿esta no es la Esmeralda?

—Es una de las cuatro piezas que la componen.

—Pero... ¿y dónde están las otras tres?

—En el libro de Holmberg —contestó Evelyn—. Pero hay un problema. Falta una hoja.

Capítulo XVIII

— **P**HILIPPUS Theophrastus —continuó Diaco— o el Alquimista Honesto, como solían llamarlo, fue, alrededor del año 1500, custodio de la tabla y los manuscritos de Hipatia. La Legión logró descubrirlo, pero no lo suficientemente rápido como para encontrar los escritos y quedarse con ellos. En el lecho de muerte, Philippus logró que su aprendiz se escabullera con los documentos.

—¿Y cómo llegaron a Isabel de Inglaterra? —preguntó Pablo.

—Ese es el asunto, Pablo —contestó Diaco acomodándose en su silla—. Los manuscritos nunca llegaron a manos de la Reina Virgen. Fue su madre, Ana Bolena, quien le encargó convertirse en su custodio cuando creciera. Isabel tendría tres años cuando Bolena fue ejecutada. En vísperas de su muerte, Ana dejó una carta en la que relataba la historia de la tabla y su compromiso con Theophrastus para protegerla. Así, encargó a su hija que, cuando el alquimista llegara a su puerta con el Legado de Hipatia, cumpliera la promesa y lo aceptara. La niña creció, y la carta de Philippus con el pedido arribó. Los manuscritos, en cambio, jamás lo hicieron. Ella creyó que los documentos habían sido interceptados por La Legión y amenazó a Pío V con exponer nuestra organización. Pero nosotros habíamos perdido su rastro. Los documentos volvieron a evaporarse, hasta que apareció Ana Beltrán.

—¿Y ahora? —quiso saber el nuevo líder de La Legión.

—Ahora debes conocer el fin último de ser Cabeza de San Miguel.

—Recuperar la Tabla Esmeralda —contestó ansioso.

—No —respondió Diaco para sorpresa de su destinatario—. Destruirla.

—¿Destruirla? —preguntó Pablo desconcertado, incluso molesto.

¿Cómo era posible que el objetivo de liderar La Legión fuera destruir la tabla si durante siglos había estado tras ella?

—Una vez que recuperes la tabla, debes destruirla y disolver la organización. La tabla no puede caer en manos de nadie, no deben revelarse sus secretos, nuestro objetivo ha sido recuperarla y destruirla. Si vas a aceptar el honor de convertirte en Cabeza de San Miguel, debes jurar lealtad a La Legión y a su fin último: la destrucción de la tabla.



Cuando palpó la botella de perfume en el armario, sintió un aguijonazo en el pecho. «¿Y si te dijera que podés volver a ser Ana Beltrán?», había dicho Agustín. Tomó el frasco, lo destapó lentamente haciendo girar la tapa y cerró los ojos. «El olor del pasado se guarda en un frasco escondido en el fondo de algún cajón», pensó. Y aun con los ojos cerrados, los aromas del tiempo inundaron su memoria. Veranos,

fiestas, casas de playa, paseos en el zoológico, algodones de azúcar, la vida misma desfiló entre sus neuronas.

—Volver a ser Ana Beltrán —murmuró con el recipiente girando entre los dedos mientras observaba los matices del líquido ámbar que se bamboleaba de un lado a otro según los caprichos de su mano.

Revolvió un poco más el ropero y distinguió el falso panel en el fondo. Lo presionó levemente y el crujido de la madera le indicó que estaba suelto. Lo extrajo con cuidado y tecleó en el pequeño tablero empotrado la clave para abrir la caja de seguridad allí escondida. Inmediatamente, la tapa de metal oscuro se abrió y adentro estaba lo que buscaba. Agarró la caja con cuidado y la apoyó sobre la cama. Tapó el perfume y espantó los fantasmas del pasado.

Desvió sus pensamientos hacia las últimas horas, cuando salió del laboratorio de Evelyn Hall, de donde se había llevado el libro de Holmberg. Una vez en su casa, se había dispuesto a analizarlo por completo. Recordó haber abierto el ejemplar cuando el sol de la tarde se perdía en la lejanía y no haberse detenido en su estudio a lo largo de toda la noche. Y allí, inmersa en el silencio de la cocina, sobre el mantel que despedía un leve olor a plástico, rodeada de anaqueles cubiertos de frascos con scones y té, algo entre los escritos del libro hizo sonar una alarma en su subconsciente. El ejemplar guardaba cientos de ilustraciones, animales que Holmberg había observado durante sus viajes a la Patagonia, plantas y flores catalogadas durante la publicación de *El Naturalista Argentino*, frases sueltas, poemas, palabras en latín y versos de todo tipo. Y, al final, el mapa que la había conducido a la bóveda secreta bajo el zoológico. A simple vista, el cuaderno de anotaciones del científico parecía un diario ordinario, pero Ana había aprendido a descifrar los caminos lógicos del pensamiento de Eduardo y había notado que, en muchas ocasiones, las frases más inocentes eran la clave para desentrañar los secretos ocultos entre líneas. Por eso, cuando sus ojos se cruzaron con aquel texto, intuyó lo que debía hacer. «Lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está abajo es como lo que está arriba», leyó en voz alta. Las mismas palabras grabadas en la placa que había recibido junto con el colgante y la carta de Max.

Para ocultar el mapa con la ubicación de la bóveda, Holmberg lo había dibujado en dos medias páginas. Al unir las, el mapa podía distinguirse a trasluz. Por eso, cuando leyó que lo que estaba arriba era igual a lo que estaba abajo, una certeza inexplicable la empujó a doblar la página por la mitad, uniendo el margen superior y el inferior. Al trasluz, pudo ver que una vieja marca de agua formaba un nombre. Nombre que hizo que su corazón se acelerara y recordara la caja con el legado de Max. Ahora, frente a ella, y con todo el contenido esparcido sobre la mesa, encontró lo que buscaba, el folleto del Instituto de Botánica Darwinion, cuyo director había sido Cristóbal Hicken. El mismo nombre que había logrado distinguir en el libro.

Sostenía el panfleto entre sus manos cuando su mente se distrajo con la vieja llave electrónica del Hotel Ritz de Madrid que reposaba en el fondo de la caja. La

habitación 307, el último lugar donde había compartido sus vacaciones con Máximo Zaldívar. «Trescientos siete», murmuró. Nuevamente el pulso se le aceleró y entre los papeles buscó el sobre con la carta de Max, aquella que había dejado en la caja de seguridad del banco suizo. «Trescientos siete», volvió a repetir mientras los latidos de su corazón se disparaban, trescientos siete. Encontró el sobre y leyó rápidamente el texto. Corto. Críptico. «R3.07 MHA».

—Habitación 307 del Ritz —murmuró como si súbitamente hubiera tenido una epifanía—. Max... ¿Habitación del Ritz? ¿Qué hay allí? ¿Qué significa «MHA»?



Román Benegas se acreditó en las oficinas centrales de Interpol y accedió directamente a la sala de archivos. Allí, con la tranquilidad y la experiencia que los años como agente le habían brindado, buscó lo que necesitaba y lo retiró sin que a nadie le extrañara que un agente de su rango, y no un oficial raso, fuera personalmente a retirar documentación clasificada.

Lentamente circuló por entre los pasillos de la agencia y ubicó la oficina que le habían asignado. Sin detenerse a abrir las cortinas para que la luz natural entrara por las ventanas, se ubicó frente a su computadora y, luego de encenderla, accedió a la plataforma segura de Interpol.

Casi como si quisiera que la red registrara su inusual actividad, tecleó la orden con extremada lentitud. Escogió cada tecla, cada letra, cada espacio con exactitud napoleónica. Si los planes salían como esperaban, el topo caería en la trampa.

Cuando la pantalla indicó que la información había sido registrada y comunicada, Benegas se recostó sobre el respaldo de su silla, se desabotonó el saco y, sin esperar, presionó el intercomunicador.

—Pauline —dijo en su inglés con dejo de tonada española—, ¿podrías venir un momento, por favor?

Pauline Adams, ataviada con un traje sastre color verde, caminó con seguridad hacia la oficina del agente Benegas y, tras cerrar la puerta, sonrió.

—Dime, Román —contestó ella suspicaz.

Había cierta complicidad en el aire, una cercanía en los pasados de aquellas dos personas resguardada por la falsa seguridad del cubículo de oficina.

—Hace mucho que no sé nada de ti —dijo él sonriendo desde su escritorio.

—Solo tenías que llamar —respondió ella continuando el juego en el que se estaban embarcando.

—He estado ocupado.

—Yo también —sonrió la mujer y se aproximó al escritorio.

—¿Cómo has estado? —Benegas hizo girar su silla y dejó que la mujer se ubicara

frente a él.

—Ocupada —contestó ella desabrochando el primer botón de su saco—. ¿Y tú?

—Ocupado —respondió divertido.

—¿Qué te trae a Londres? —Pauline se inclinó sobre la silla, y se acercó sugestivamente al amante de antaño.

—La Operación Esmeralda —dijo tomando a la mujer por la cintura y sentándola sobre su regazo.

—Pensé que esa operación había concluido cuando encontraron el ejemplar —arguyó ella acurrucándose en el cuello del hombre y besándolo lentamente. Notó que Benegas se estremecía. Sonrió.

—Mmm... —gimió el agente capturando los labios de la mujer sobre su regazo.

—¿Te quedarás en Londres una temporada? —inquirió ella mientras le quitaba la corbata.

—Solo hasta que saque la tabla de aquí.



Caminó por Queen's Gate con cierta cadencia, añorando llegar al departamento sobre el 51 de esa calle. Ana lo había llamado. ¿Habría accedido a abandonar Londres? Esperaba que sí. Quedarse allí era una estupidez, más cuando el plan para atrapar al topo se había puesto en marcha.

Se encontró frente al portal de Beltrán y un conjunto de imágenes se agolpó en su cerebro. Saberla viva, vibrante, recordarla en su cama, hacían que él volviera a sentirse vivo. Necesitaba protegerla. Subió los escalones de aquella típica *terraced house* inglesa y se enfrentó con la puerta de doble hoja, con vidrios translúcidos y rejas negras en forma de cruz. Desde allí se podía distinguir un pequeño recibidor con suelo de damero en blanco y negro y un ascensor antiguo con puertas de tijera color bronce gastado. Tocó el timbre y enseguida escuchó el zumbido de la cerradura al abrirse. Ana lo esperaba. Subió por las escaleras los dos pisos que separaban la planta baja del apartamento de la mujer conocida como Isabel Romero. Cuando llegó, pudo distinguir la música que provenía del interior. Sonrió. La voz inconfundible de Ella Fitzgerald emergía de la vivienda como un susurro sensual al ritmo de «*Cry me a river*». Dio dos golpes suaves contra la madera. Escuchó pasos. Del otro lado, Ana Beltrán.

—Nos vamos a Madrid —dijo ella sin preámbulos.

Agustín Riglos la observó desconcertado. Beltrán llevaba puestos unos jeans azules, zapatillas y un suéter blanco. En una mano llevaba una copa de vino a medio beber y en la otra, algo de abrigo para guardar en el bolso que estaba armando. La música continuaba sonando y ella hablaba sin cesar. Antes de que la criminóloga

siguiera su perorata, Riglos le hizo un ademán para que guardara silencio. Luego, sacó el dispositivo que detectaba cámaras y micrófonos ocultos para desactivarlos y, tras anularlos, ingresó en el departamento.

—Ahora sí, ¿qué fue lo que encontraste?

Ana lo invitó a entrar. La morada era austera pero cálida, una mezcla de muebles antiguos y modernos que combinaban en perfecta armonía. Colores vibrantes contrastando con los cálidos de los sillones y de las alfombras y, envolviéndolo todo, como un manto de sugerente tranquilidad, la voz melosa de Ella. Agustín sintió que estaba en casa. Observó que Beltrán se adentraba en una de las habitaciones y traía consigo la caja que le había dejado Max aquella vez que fueron juntos a Madrid a la lectura del testamento.

—¿Qué...? —preguntó él desconcertado.

—Max lo tenía todo planeado, desde un principio —comenzó a explicar la criminóloga—. Conocía la existencia de este libro —Ana enseñó el diario de Holmberg— y su contenido y, hace unos meses, Ralph Grazia, el agente del banco suizo que nos conectó por la caja de seguridad a nombre de Monalia, ¿te acordás?, volvió a llamarme antes de mi supuesta muerte. Max había abierto una segunda caja de seguridad y había dejado instrucciones para que su contenido se me entregara seis meses después de su muerte.

Agustín, tratando de procesar la información que la mujer le brindaba, se acercó al sofá y se acomodó. Ana hizo lo mismo al tiempo que abría la caja.

—¿Qué había en la segunda caja? —preguntó intrigado el agente.

Ella introdujo su mano en el cuello de su suéter y extrajo el colgante con la llave que había llevado encima desde ese mismo día. Se lo quitó con elegancia y Riglos tomó la llave para leer la inscripción grabada en ella.

—«Toda oscuridad huirá de ti» —recitó extrañado.

—No es lo único que había —interrumpió Ana, que ya había abierto la caja y sacaba la placa de bronce grabado, el sobre con la carta de Holmberg y la nota de Max, y dispuso todo sobre el sillón—. Eduardo Holmberg escribió: «Donde quiera que vayas lleva contigo la llave, te conducirá a la verdad», y en esta placa...

—«Lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está abajo es como lo que está arriba» —interrumpió Riglos leyendo en voz alta el texto sobre el bronce.

Ana asintió y luego le entregó el mensaje críptico que Max había añadido al contenido de la caja.

—¿«R3.07 MHA»? —dijo desconcertado el hombre.

—Yo tampoco sabía qué quería decir —arguyó la patóloga forense— hasta que al revolver la caja en busca del folleto del Darwinion, me crucé con esto —dijo enseñándole la tarjeta magnética del Ritz.

Riglos tomó la llave y la hizo girar entre sus dedos.

—Sigo sin entender —dijo tratando de deshilar aquel entretejido de intrigas.

—«R3.07» es nada más que «Ritz 307», la habitación que compartimos con Max

en nuestras últimas vacaciones juntos, en Madrid. Y adonde mandó alojarme cuando fue la lectura de su testamento. Por eso debemos volver a Madrid, hay algo en el Ritz que tenemos que encontrar.

—¿Qué?

—No lo sé todavía, pero estimo que tiene que ver con la segunda parte del mensaje: «MHA».

Capítulo XIX

ABLO se ubicó tras el escritorio que hasta hacía horas había pertenecido a Diaco y dejó que sus ojos se acostumbraran a la penumbra del lugar. Le gustaba pensar a oscuras. Le daba cierta claridad mental que, a aquella hora de la tarde, cuando la noche comenzaba a avanzar y la mente empezaba a dar indicios de cansancio, le resultaba de suma utilidad.

Allí, envuelto por las sombras del pasado del anterior líder de La Legión, permitió que su mente divagara de un tema a otro sin lógica aparente. Calculó la cantidad de libros que podía haber en la biblioteca, la cantidad de papel necesario para imprimir cada uno de ellos e incluso la cantidad de minutos que Diaco habría pasado en aquel despacho. Los números, las estadísticas, la matemática le daban tranquilidad a la hora de resolver cuestiones críticas. Y en aquel momento se encontraba frente a una de ellas.

Los últimos reportes de la Operación Esmeralda eran alarmantes. ¿Iban a trasladarla? ¿Habían logrado desentrañar su secreto? ¿Era demasiado tarde para cumplir con su cometido, que cualquiera fuera el poder oculto en aquel antiguo manuscrito, nunca saliera a la luz y fuera destruido? Volvió a concentrarse en los libros sobre la biblioteca. Calculó el número de ejemplares por estante, la cantidad de estantes, el número probable de palabras impresas en cada uno de ellos, el conocimiento infinito que se guardaba en aquella habitación.

La imagen de la tabla guardada en el laboratorio del profesor Williams interrumpió sus ponderaciones matemáticas. Debía resolver cómo robar la tabla en el momento del traslado, cuando el documento abandonara la seguridad infranqueable de Interpol y se encontrara en una posición vulnerable.

Recuperar la tabla. Luego, destruirla. ¿Sería capaz de hacerlo? Había aguardado la vida entera para tener en su poder aquel enigmático manuscrito, ansiaba conocer sus secretos. ¿Podría destruirla sin antes conocer sus verdades?



El detective Francisco Pereyra abandonó el hotel en el que se alojaba desde hacía una semana para ir rumbo a las oficinas inglesas de Interpol. Allí lo aguardaban los agentes Román Benegas y Verónica Ávalos. Agustín Riglos, por su parte, había sido asignado a la custodia de Ana Beltrán, ahora conocida como Isabel Romero.

El plan para atrapar al doble agente se había puesto en marcha y, además del reducido grupo que participaba en la misión, el verdadero objeto se mantenía bajo el celoso resguardo de unos pocos. Por otro lado, la seguridad de Ana Beltrán era clave. Riglos había sido muy claro: «Exponer a Beltrán es brindarle a La Legión la

posibilidad de retenerla como factor de extorsión». Pereyra recordó haber asentido pero alegar que el topo conocía la verdadera identidad de Romero. «Por eso debemos sacarla de Londres», había respondido el Agente Cero.

Y así la operación se había puesto en marcha. La Tabla Esmeralda sería trasladada y el topo actuaría en consecuencia. Sabían que su objetivo era recuperarla.

Pereyra arribó a las oficinas de la Agencia y, tras anunciarse en los puestos de seguridad y atravesar los controles de inteligencia, finalmente llegó a la sala de reuniones, donde Verónica Ávalos y Román Benegas lo esperaban.

—Buenas —dijo a modo de saludo el español.

—Ya está todo listo —respondió Benegas yendo directamente al tema que los ocupaba—. El procedimiento se realizará en una semana a partir del día de hoy.

—¿Y la tabla? —quiso saber Pereyra.

—Ya está en las mejores manos.



Con tal de sacar a Ana de Londres, Agustín Riglos había aceptado viajar a Madrid sin discusión alguna. Imaginó que, además de resolver el enigma que les había legado Max, compartir un viaje los ayudaría a acercarse. No contaba con que no irían solos. Evelyn Hall se sumaría a la investigación, ya que la criminóloga la consideraba fundamental debido a su extenso conocimiento de la tabla. Así los tres, ya ubicados en sus asientos de primera clase de British Airways, aguardaban el despegue rumbo a Madrid.

Agustín observó cómo Beltrán conversaba tranquilamente con la doctora Hall, concentradas en el diario de anotaciones de Holmberg que habían apoyado sobre una de las mesas plegables de las butacas. Desde su ubicación, separado de ellas solo por un pasillo, pudo distinguir los movimientos armónicos de las manos de Ana al dar vuelta las hojas, su mirada ajustada al texto, sus silencios atentos cuando Hall hablaba. Había magia en esa mujer, había un sinfín de secretos que él desconocía y moría por develar, y sin embargo sus misterios y ausencias en nada le molestaban. La alegría de saberla viva y a salvo era suficiente. Quería conocer sus vértices y reversos, quería entenderla sin necesidad de palabras, quería todo con Ana.

Se acomodó sobre el asiento y recostó la cabeza sobre el respaldo. Luego cerró los ojos y trató de ordenar los pasos a seguir en su cabeza. Volaban a Madrid. Desde allí, directo al Ritz. Qué pensaba encontrar Ana allí, solo ella lo sabía. O no, a veces los instintos de la criminóloga eran solamente eso: corazonadas que debía seguir. Y allí estaban, a miles de metros de altura, perdidos en la inmensidad del cielo, siguiendo una ruta definida que los llevaría a destino. Evelyn y Ana continuaban conversando. El ronroneo de las turbinas y el parloteo incesante de las mujeres en las

butacas a su derecha debieron de haberlo adormecido porque las ideas y las imágenes se fundieron en su inconsciente hasta perderse en la oscuridad de su pasado.

—Isabel —dijo Evelyn, que aún se refería a Ana por su nombre de encubierto—, hay varias cosas en el libro de Holmberg que no he logrado descifrar del todo.

—Pensé que el mensaje cifrado...

—Eso parece ser lo más importante, pero fíjate en esto —Hall buscó en el cuaderno—: he notado que cada cierto número de páginas, Holmberg hizo una anotación que se repite, sucesivamente, a lo largo de todo el libro.

Hall comenzó a dar vuelta las hojas lentamente. En la primera página que le enseñó a la mujer junto a ella, en el margen superior derecho, se podía observar un cuadrado dibujado en tinta negra. Continuó avanzando y, varias páginas después, en la misma ubicación, el científico había dibujado un águila. Más adelante, en la caligrafía inconfundible del autor de aquel peculiar cuaderno de anotaciones, podía leerse la palabra *arbaâ*. Y luego, exactamente la misma cantidad de páginas después, en el margen superior derecho Ana pudo distinguir la siguiente ilustración:

4

—¿Un cuatro? —preguntó incrédula, tratando de asociar cada dibujo, cada palabra que Evelyn le enseñaba. Había algo que se le escapaba o que no lograba ver. Algo que la científica había descubierto e, intuía, estaba a punto de develarle.

Hall sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Es el signo astronómico de Júpiter.

—Sigo sin entender... —musitó Beltrán desconcertada.

—Déjame terminar —respondió Hall con firmeza—. Faltan dos anotaciones más. Esta... —dijo señalando el vértice derecho de otra página.

—¿«2:10-14»?

—Un momento —interrumpió Hall, que adelantó rápidamente varias hojas para enseñarle una última anotación—. Este es el último símbolo.

Ana tomó el libro y lo acomodó frente a sus ojos. En la esquina superior derecha, parecía haber unos números romanos:

III

—Parece un número romano.

—De hecho, es un jeroglífico egipcio.

—Pensé que habías dicho que se trataba de una anotación que se repetía sistemáticamente a lo largo del libro. Pero lo que me has enseñado son palabras y dibujos sin conexión...

—Sin conexión aparente —interrumpió Hall sonriendo, y tomó nuevamente el libro para retroceder unas páginas—. El cuadrado —dijo enseñándole la primera

ilustración que había observado—, en la cultura china, representa el número cuatro y se lo considera de mala suerte. En cuanto al águila —Hall avanzó varias hojas hasta ubicar dicha ilustración— es, en el Apocalipsis de Juan el Evangelista, el cuarto ser con ojos por delante y por detrás.

—*Arbaâ* es «cuatro» en árabe —murmuró Beltrán empezando a comprender— y Júpiter puede ser representado astronómicamente por el cuatro. Pero ¿y «2:10-14»?

—Capítulo 2, versículo 10 al 14 del Libro del Génesis. En el Jardín del Edén nacen el río Pisón, el Guihón, el Hidekel y el P'rat.

—Cuatro ríos.

—Exacto. Y el jeroglífico egipcio representa el cuatro.

—«*Magnum opus, quatuor tabula*» —murmuró Beltrán repitiendo la frase encriptada que Holmberg había escrito en su libro—. «La gran obra, cuatro tablas».

—Holmberg ha dejado pistas a lo largo de todo su anotador. De hecho, cada cuatro páginas ha ubicado cada una de estas ilustraciones. Es un patrón que confirma nuestras sospechas, que esta —dijo echando una rápida mirada al maletín de acero que llevaba a su lado— no es la Tabla Esmeralda. O por lo menos no es la tabla completa. Y que las tres piezas que faltan están escondidas en algún sitio, y creo que la respuesta está en la página del libro que aún no tenemos.

—¿Qué te hace estar tan segura de que el misterio se devela en la página que falta? —inquirió intrigada la criminóloga.

—Porque luego del jeroglífico egipcio, la página arrancada es la número cuatro. Allí está la clave de este asunto.

Capítulo XX

EL palacio barroco parecía emerger en medio del verde que lo rodeaba. Sobre el número cinco de la Plaza de la Lealtad se erigía, majestuoso, el Hotel Ritz. Ana se quitó los lentes oscuros y observó, no sin cierta nostalgia, la cúpula. Un torrente de recuerdos se agolpó en su memoria sin pedir permiso y tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que las lágrimas afloraran. Avanzó a paso firme, con Hall y Riglos siguiéndola, sin saber con certeza qué iba a decir en el hotel. Solo tenía una llave de una de las habitaciones y una corazonada.

—Buenas tardes —se anunció en la recepción—. Tengo una reserva a nombre de Monalia.

—¿Habitación 307? —preguntó discreto el hombre tras el mostrador revisando su computadora. Ana asintió—. Bien, le pido que complete estos datos, por favor. Su estadía ya está paga. Si es tan amable de aguardarme un momento —dijo adentrándose en las oficinas tras el mostrador para luego regresar con un sobre lacrado en sus manos—... Esto es para usted.

Ana tomó el documento con parsimonia, sin despegar los ojos de Agustín Riglos, que la observaba pasmado. ¿Todo ese tiempo el sobre había estado esperándola?

—¿Quién dejó esto? —inquirió Beltrán.

—No sabría decirle, señora —respondió el conserje—. El registro de reservas me informa que debo entregárselo a quien la haya hecho. Que tenga una buena estadía.

Sin abrir el sobre, y en silencio, Hall, Riglos y Beltrán emprendieron el camino hacia el ascensor. La reserva hecha a nombre de Monalia comprendía dos habitaciones contiguas, una de las cuales era la 307. Ana ingresó lentamente, el aroma a jazmines frescos le pegó en las fosas nasales con violencia y la obligó a revivir el pasado: las noches con Max, los planes futuros, la relación trunca, su muerte. Cerró los ojos un momento, como si así pudiera evitar pensar o, aunque más no fuera, evadir sus memorias.

Riglos notó su turbación. Le tomó la mano y la condujo a la habitación contigua.

—Ocuparemos la *suite* 308 —informó, categórico.

—Yo me quedaré en esta —contestó, lúcida, Hall, que también había notado la amargura en el rostro de Beltrán.

El agente acompañó a la mujer hasta la habitación contigua y observó cómo se sentaba sobre uno de los sofás claros de la *suite*. Allí, concentrada en hacer girar el sobre color manila entre sus dedos, aún resistiéndose a enfrentarse al pasado, perdió la mirada en el infinito.

—No puedo hacerlo —musitó, casi como si estuviera hablando sola—. No puedo volver a remover el pasado. Cada carta de Max, cada mensaje, cada clave... Los recuerdos vuelven. Los labios cosidos, la muerte —se estremeció.

Agustín Riglos se acercó a ella, apoyó una mano sobre su hombro derecho y lo

apretó con delicadeza. No habló, no hizo falta. Ana sabía que debía enfrentar, una vez más, los caprichos de Max y sus interminables misterios.

Volvió a Riglos, lo miró un momento. Luego observó a Hall, que se mantenía de pie bajo el dintel de la puerta, expectante. Sin dejar de mirarlos, concentrada en respirar y nada más, abrió el sobre con lentitud y extrajo un papel blanco, inmaculado, con el monograma de Máximo Zaldívar en el margen superior derecho. Leyó el contenido. Levantó los ojos de la nota y, desconcertada, observó los rostros ansiosos de sus compañeros.

—Tenemos que ir a ver a Miranda.

—¿Miranda? —preguntó Riglos cuando escuchó nombrar a su examante y viuda de Zaldívar.

—«MHA» —dijo Ana a modo de explicación—. La nota de Max decía «R3.07»...

—Ritz, habitación 307 —interrumpió Evelyn Hall aproximándose a ellos.

—Exacto. «R3.07 MHA»...

—Miranda del Hierro y Argüello —concluyó Riglos, asombrado por el giro que había tomado aquella investigación.



El operativo estaba dispuesto. Los dos hombres encargados del traslado aguardaban firmes junto al laboratorio de análisis de la doctora Evelyn Hall. Uno de los agentes, vestido con traje oscuro y camisa blanca, se acomodó la corbata y separó levemente las piernas mientras esperaba que, finalmente, el acceso a la bóveda de seguridad se abriera. El otro observó su reloj y estimó que en pocos minutos tendrían el objeto en su poder y una hora exacta para sacarlo de la agencia y entregarlo en el destino especificado. Los pensamientos del agente se interrumpieron en el momento en que Román Benegas, a cargo de la misión, salía del laboratorio con un maletín en sus manos.

—Señores —dijo con firmeza—, el contenido de esta maleta es altamente confidencial. Solo nosotros tres estamos al tanto de su traslado y así deberá permanecer.

Los sujetos asintieron.

—Síganme.

En silencio, los tres agentes caminaron con determinación por los pasillos iluminados del edificio. Benegas, que iba adelante, sujetaba con fuerza el maletín de acero que parecía una prolongación de su mano derecha. A medida que avanzaban, el chirrido metálico de las puertas al abrirse resultaba ensordecedor, Román había olvidado cuán molestos podían ser aquellos chillidos que emitían las cerraduras

electrónicas al autorizar el paso de los agentes. Intentó concentrarse en el operativo, pero su mente se desviaba, indómita, hacia temas más triviales. La relación con Ávalos, luego de que ella descubriera la verdad respecto a la muerte de Ana Beltrán, se había estancado. La mujer casi no le dirigía la palabra y, si podía, evitaba mirarlo. Estaba furiosa. Lo disimulaba de manera magistral; nadie en la Agencia sospechaba que había algo entre ellos, mucho menos de las medidas drásticas que Verónica había tomado con él: no atendía ni devolvía sus llamados, no respondía sus *mails*, no le hablaba. Lo ignoraba. Una y otra vez, remitiéndose, tan solo, a frases cortas y hoscas relacionadas con lo laboral. La mujer había decidido apartarlo de su vida. Nunca antes le había importado que lo hicieran. Esta vez, contra su voluntad, ese silencio le dolía. Apretó la mano, se obligó a sentir el asa de la maleta contra su piel, hasta que le doliera. Quizá así pudiera recordar que estaba en una misión y que debía concentrarse. Empujó a Verónica Ávalos hacia algún remoto lugar de su conciencia y enfocó sus energías en el manuscrito que trasladaba. Debía estar alerta. Sin embargo, el fantasma de la agente lo asaltaba, incontrolable, a cada momento.

Resopló. Los dos hombres detrás de él eran de su entera confianza, sabía que aquel operativo saldría a la perfección siempre y cuando lograra alejar las sombras que lo acechaban. Debía concentrarse, se obligó a contar las baldosas blancas del pasillo que recorría, una, dos, tres, Verónica en su cabeza, cuatro, cinco, Verónica otra vez. Volvió a resoplar pero esta vez determinado a seguir adelante con la misión con el único objetivo de entregar el documento en destino. Tomó con firmeza el maletín y se acercó a la última puerta, la que dejaría el manuscrito expuesto al mundo fuera de la Agencia. Presionó la clave que conocía de memoria sobre el teclado virtual de la pared, acercó su ojo al lector de iris y dejó que el escáner lo reconociera. Un pequeño laser verde recorrió su pupila en busca de los puntos biométricos de identificación almacenados en la memoria del archivo general de seguridad de Interpol y, tras autenticarlos, emitió un zumbido agudo que antecedió a la apertura total de las puertas que separaban a los agentes de los ciudadanos comunes. Afuera, se recortaba el perfil de las casas del Parlamento y la muchedumbre que, aun con aquellas temperaturas invernales, cruzaba el Támesis en su recorrido turístico.

Junto a la salida, una camioneta blindada y su chofer los esperaban. Los tres hombres subieron al vehículo con rapidez y enseguida se perdieron por las calles del centro londinense. El automóvil oscuro atravesó la ciudad siguiendo una ruta previamente planificada. Menos de un cuarto de hora después, en el barrio de Bloomsbury, se detuvieron sobre la calle Montague. Al girar la cabeza, Román Benegas se encontró con el Museo Británico. Unas grandes rejas de hierro forjado comenzaron a abrirse lentamente para darles paso a un gran estacionamiento. El patio lateral del museo tenía un cupo limitado para aparcar. Pero, a aquellas horas de la tarde, con el edificio de estilo griego cerrado al público, el estacionamiento estaba vacío. Atravesaron la verja en absoluto silencio y descendieron del auto con movimientos casi coordinados; en ningún momento Benegas había soltado el maletín

y se mostraba tranquilo y determinado a concluir exitosamente la misión que se le había encomendado.

A lo lejos pudo divisar a la oficial Verónica Ávalos junto con el detective español Francisco Pereyra descendiendo la escalinata de mármol que separaba el patio del edificio. Las instrucciones eran sencillas: acceder a la bóveda de seguridad del museo, entregar el manuscrito y salir de ahí. Ávalos saludó al agente con una leve inclinación de cabeza y Pereyra se aproximó lo suficiente para que aquello que iba a informarle no pudiera ser oído por el séquito de agentes que los seguían.

—Está todo listo. Es solo cuestión de tiempo.

Benegas asintió en silencio y siguió los pasos de la mujer y del detective, quienes, ya acreditados, avanzaban por los pasillos con cierto conocimiento del terreno. El repiqueteo de los pasos parecía potenciarse hacia el infinito en aquel eco inmenso en el que estaban inmersos. Tras atravesar el hall principal y el Centro de Antropología, llegaron a la sala de lectura. A su derecha había una pieza única, la Piedra de Rosetta, la pieza que había permitido desentrañar los misterios de la escritura egipcia. Sin embargo, ninguno de los presentes se detuvo a observarla. Debían llegar a destino. Continuaron a paso firme atravesando el resto de la sala hasta encontrarse con el final de la primera planta. Allí, en la habitación más alejada del edificio, oculta tras una escultura que resultaba poco atractiva al ojo del turista común, se encontraba el acceso a la bóveda de seguridad que custodiaría el manuscrito que trasladaban.

Pereyra, quien parecía conocer más los vericuetos del museo, detuvo su paso frente a lo que parecía una puerta.

—La falsa puerta de Kaihap —murmuró Verónica Ávalos sin quitar los ojos de cada detalle grabado sobre lo que quedaba de una antigua tumba de Saqqara.

—No es una pieza que atraiga demasiados turistas —aclaró el español—, por lo tanto esta no es una sala muy concurrida —agregó, al tiempo que se acercaba a la pequeña separación que existía entre el monumento y la pared del museo y marcaba un código en un teclado virtual que se proyectaba al presionar un botón de encendido casi imperceptible.

No fueron más que segundos antes de que Ávalos, Benegas y los dos oficiales que custodiaban el manuscrito aún en poder de Román, contuvieran el aliento al ver cómo la pared retrocedía lo suficiente para dar paso a una escalera que los llevaría a una de las bóvedas ocultas.

—Por aquí —indicó el detective, que se adentró en la oscuridad del pasadizo para luego encender las luces que les permitirían recorrer el camino.

El reducido grupo comenzó a descender las escaleras e inmediatamente la puerta se cerró. Pereyra, que iba adelante, los guio en silencio, y tras descender varios pisos arribaron a la bóveda que el museo les había cedido para guardar el documento.

—Bien —interrumpió Benegas con el maletín de metal prácticamente adherido a su mano derecha—, terminemos con esto.

Francisco Pereyra pulsó la clave de acceso en el teclado empotrado en la pared,

luego colocó su dedo pulgar sobre un lector digital y, tras acreditar su identidad, el sistema de seguridad abrió la puerta de la cámara. Adentro, además de valiosos objetos dispuestos como si fuera una sala más del museo, había una serie de cajas de seguridad semejantes a las de un banco. Pereyra se acercó al cofre asignado y digitó el código que se le había entregado. Segundos después, el agente Román Benegas colocaba el maletín en su interior y, tras cerrar la pequeña fortaleza, los hombres dieron media vuelta y salieron de la bóveda acorazada en el mismísimo corazón del Museo Británico. Allí, bajo la celosa custodia de siglos de historia, quedaría a resguardo uno de los más enigmáticos manuscritos de la humanidad.

Capítulo XXI

MIRANDA del Hierro y Argüello no había logrado recomponer su vida. Tras la muerte de Max, su marido, se había recluido en su departamento y había transformado su agitada vida social en una lúgubre y solitaria existencia. Había pasado poco más de un año y aún sentía ese vacío visceral en el cuerpo que la atormentaba por las noches y la corroía durante el día. La vida sin Max no era fácil. En un segundo, la vida misma le había dado un vuelco y se había quedado sola. El apartamento parecía más grande de lo que era: Los silencios, más profundos; la ausencia, absoluta. Muchas veces se había encontrado sentada en un sillón, inmersa en la oscuridad, sin poder pensar. Literalmente no pensaba. En algún momento el circuito de conexiones lógicas que se establecen entre neurona y neurona se había cortado y en su cabeza, tan solo, silencio. Se sentaba allí, a oscuras, mirando lo que la rodeaba pero sin verlo en realidad. Tan sola que cualquier sonido ambiente le resultaba abrumador.

Max se había ido.

Un día estaba muerto. Asesinado. Colgado de la viga de un placard con sus labios cosidos y sus secretos guardados.

Ella se había quedado sola, con el piso, con el pasado, con los recuerdos, con los zapatos de hombre ordenados en el vestidor y sus corbatas colgando una junto a otra, componiendo un juego de colores que, a sus ojos dolidos, resultaba macabro. Lo extrañaba. Ansiaba volver a dormir a su lado, observar la arruga que se le formaba en la frente cada mañana al despertarse, la manera en que giraba la espalda al momento de irse a dormir y ella, que solía trasnochar, se acercaba para besarlo cariñosamente antes de sucumbir al sueño. Nunca había dejado de hacerlo, ni aún aquellas noches en las que habían discutido. Le gustaba su espalda, las pecas sueltas que había aquí y allá, la curvatura del hombro, su respiración metódica y hasta el chasquido de sus dientes. Su pierna pesada cuando la envolvía en medio de la noche —y le daba calor—, sus rituales matutinos y sus momentos para pensar, como decía él, bajo la ducha.

La casa sin Max había dejado de ser la casa de siempre. Ahora, los espectros del pasado la acechaban cada vez que encontraba alguna prenda, libro, película o cualquier objeto que hubieran comprado juntos. Todo le recordaba a él; por momentos, hasta creía sentir su olor y más de una vez creyó escucharlo llegar al palier, poner la llave en la cerradura y oírla girar. Pero aquello no iba a pasar, porque Max estaba muerto y ella, allí, inmersa en un vacío líquido que no la dejaba avanzar, transcurría sus días perdida en la melancolía y la nostalgia.

Los primeros fueron meses que casi no podía describir. Como si los recuerdos se hubieran esfumado de una manera inexplicable. Se había obligado a no pensar y a respetar una rutina que la mantuviera lo más ocupada posible. Casi no dormía, no comía y, al alba, al abrir los ojos, no podía evitar pensar que aquello no le estaba

sucedendo; que se trataba de un absurdo, de una pesadilla de la que en algún momento iba a despertar. Y cuando aún la claridad del día no asomaba por su ventana y ella se encontraba sola en la que había sido su cama matrimonial, postergaba levantarse añorando la ausencia al otro lado del lecho. Luego, con esfuerzo, y sin la fuerza necesaria para arrancar el día que apenas empezaba a dibujarse en el horizonte, se levantaba y, como una autómatas, volvía a repetir la misma rutina del día anterior. Se cambiaba y se maquillaba, se colocaba un par de anteojos negros y caminaba, enérgica, casi con rabia, hasta MZ Wealth Management, la empresa de su difunto esposo, de la que se había hecho cargo.

Aquella caminata era una catarsis. Recorría las casi cuarenta cuadras de distancia que había entre su hogar y la compañía, y a lo largo del trayecto dejaba que las lágrimas se le escaparan al amparo de las lentes oscuras. A veces llevaba su iPod y escuchaba música, pero cada canción, cada letra, cada estrofa parecía escrita para ella y sus recuerdos. Por eso había optado por aturdirse con programas de radio que no le dieran posibilidad de pensar; emisiones sobre finanzas, programas rurales, cualquier cosa que evitara que su mente la asaltara con el pasado. Luego, la caminata se aceleraba, los pasos se volvían vertiginosos y la llegada a la oficina, presurosa y transpirada, terminaba en el baño privado de su despacho, lavándose la cara, volviendo a maquillarse y cambiando las zapatillas deportivas por sus Christian Louboutin.

Y, como si la vida le sonriera, enfrentaba el día de reuniones, llamados y *mails* con la diligencia y la entereza de una mujer de negocios fría y calculadora. Se había vuelto un témpano. En la compañía habían comenzado a llamarla «Hielo Herrera» y, con el paso del tiempo, su sobrenombre se había abreviado a «HH».

Una roca, así la veían sus empleados. Una viuda que, días después de la muerte de su marido, había tomado, implacable, las riendas del negocio y no había exteriorizado muestra de dolor alguno. Ella, en cambio, sabía que ese hielo era la barrera que necesitaba para mantener alejados a quienes la acosaban a preguntas. *¿Cómo has estado? ¿En qué puedo ayudarte? ¿Paso a verte?* Necesitaba silencio. Necesitaba alejarse de todo y, principalmente, que dejaran de preguntarle por Ana Beltrán y la relación con Max, *¿Cómo que le ha dejado parte de la herencia? ¿Tu marido y ella eran amantes? ¿Tú no lo sospechabas?* Había soportado, estoica, preguntas indiscretas, secretos dichos a media voz, llamados telefónicos con información que no quería escuchar y comentarios perversos que se obligaba a erradicar de su memoria. A lo largo de los meses, había enfrentado situaciones incómodas y, por momentos, había descubierto en su interior a un ser que desconocía. Respuestas secas, palabras frías, lo peor de ella había salido tras la muerte de Max debido a la falta de pudor de la gente que, frente al ansia de saber, cruzaba los límites de la intimidad sin contemplación alguna.

Así, los días transcurrían, uno tras otro, de su casa a la oficina, seria y ejecutiva, guardando silencio, concentrándose en superar aquella situación: la muerte, los

secretos que Zaldívar se había llevado consigo, su relación con Ana, sentir que él la había tirado a la basura. Máximo sabía que lo iban a matar. Ante semejante hecho, dejó todo listo para la disposición de sus bienes, cartas y cajas de seguridad para Ana Beltrán y el gran impostor de Marcos Gutiérrez. A ella, en cambio, no le había dedicado ni una sola palabra. La carta que encontró en su escritorio no era más que un mensaje para Beltrán. El dolor que sintió en el cuerpo en el preciso instante que había leído esa carta fue tan palpable que, aún meses después, podía sentirlo. Miranda había muerto un poco tras la lectura de aquella carta. Algo en su interior se había quebrado, algo había cambiado. Ella, que siempre había estado a su lado, inquebrantable durante los momentos duros e incondicional, había sido traicionada. Y lo peor era saber que quien le había clavado el puñal por la espalda no había sido otro que la persona en la que más confiaba en el mundo.

Lo irreversible de la situación, lo impredecible del futuro, su necesidad de vivir «un día a la vez», como el alcohólico en recuperación, se habían convertido en su bastión de batalla. En alerta de manera constante, y convencida de que eventualmente daría cierre a aquella historia, Miranda no se permitía parar. Trabajaba de sol a sol, rehuía a las reuniones sociales y pasaba los días repitiendo la misma rutina, así al final de la jornada caía rendida en la cama y, por unas horas, se olvidaba de todo. Aunque, sabía, aquella falsa tranquilidad se acababa cuando, antes del amanecer, volvía a abrir los ojos y la realidad la golpeaba con la violencia del escenario en el que se encontraba: sola.



Agustín Riglos fue el primero en entrar. Mantuvieron sus miradas fijas un momento.

—Mi querido Marcos Gutiérrez —dijo Miranda con un dejo de sorna—. ¿O debo llamarte Uróboro?

Tras la muerte de Max, Miranda había encontrado entre sus pertenencias un archivo secreto de Interpol que revelaba la verdadera identidad de aquel que consideraban su amigo —y amante—. El agente Uróboro de La Legión.

Miranda notó que el hombre sonreía al tiempo que sacaba de uno de los bolsillos interiores de su saco unas credenciales que le acercó.

—Agustín Riglos —murmuró la mujer.

—Hola, Miranda —dijo él y se acercó para darle un beso en ambas mejillas, como acostumbran hacer los españoles—. Tengo mucho que explicarte.

—¿Eres agente de Interpol? —inquirió la mujer sorprendida.

Riglos asintió.

—Será mejor que te sientes. Tenemos que hablar.



Pablo, recluido en la soledad de sus pensamientos, escuchó el suave pero firme golpe en la puerta. Abrió los ojos, se acomodó en su silla y notó que aún el sol no asomaba en el horizonte. Era temprano.

—Pase —dijo en un tono de voz baja que le resultó desconocida. Estaba cansado.

—Buen día —dijo el hombre ataviado con un traje oscuro y la barba recién afeitada. Olía a colonia y a jabón que a Pablo le trajeron recuerdos del pasado—. Sé que esto te preocupa, así que preferí comunicártelo en persona —el hombre se ubicó frente al nuevo líder de La Legión—. La mujer ha desaparecido. Le hemos perdido el rastro.

Un sutil movimiento en el arco de la ceja y una fracción de segundo en la que se permitió apretar la mandíbula fueron las únicas reacciones que el mensajero pudo distinguir en Pablo.

—Ana Beltrán no pudo haber desaparecido así como así —dijo, categórico, el sucesor de Diaco.

—Lo sé —respondió el emisario disimulando la incomodidad de la mirada del hombre frente a él—. Le hemos seguido el rastro sin descanso. Pero una vez que salió del Hotel Baglioni junto con el agente Riglos, estuvo en la Agencia, luego en su domicilio, y a partir de allí es como si se hubieran esfumado.

Pablo guardó silencio. Con la mano derecha refregó su barbilla y apretó apenas su boca, evaluaba la situación sin demostrar emoción.

—¿Han chequeado los aeropuertos? —inquirió sintiéndose estúpido de hacer una pregunta que, para agentes de La Legión, resultaba evidente.

—Cada uno de ellos. Ni Ana Beltrán ni Isabel Romero, ni siquiera el agente Riglos, han cruzado alguna frontera.

Se quedó callado, con la vista fija en la pila de libros que había estado revisando.

—Gracias —susurró Pablo muy cansado—. Deja el tema en mis manos.

El sujeto asintió en silencio, dio media vuelta y desapareció.

Pablo continuó sentado, sin mover un músculo hasta decidir qué hacer. Sabía que accediendo a la red de la Agencia obtendría los datos que necesitaba. Debía ir a las oficinas en Londres.



Cuando terminó de hablar, se recostó sobre el respaldo del asiento y esperó la respuesta de la mujer tras el escritorio. Miranda parecía estar evaluando la situación que el agente Riglos le había expuesto.

—¿Una carta para mí? —quiso saber, intrigada.

—Todo desde la muerte de Max ha sido muy extraño: mensajes, cajas con secretos... pistas. En este caso es una carta a tu nombre. Estaba en un sobre lacrado que dejó hace tiempo en el Hotel Ritz. No la hemos abierto.

—¿«Hemos»? —inquirió sospechando a quién se refería el agente, aunque eso era imposible.

—Ana. Ana está aquí conmigo...

La expresión en el rostro de Miranda del Hierro se transformó. La muerte de Ana Beltrán había sido tapa de varios diarios. Lo que planteaba el hombre que tenía enfrente era imposible.

—Ahora lleva el nombre de Isabel Romero y está en un programa de protección de testigos —aclaró el agente al notar el desconcierto—. Si te hemos venido a ver, ha sido por un asunto que nos urge.

—No creo que sea entregarme la carta de mi difunto esposo —contestó ella con sorna.

Riglos dejó que una pequeña sonrisa se dibujara en la comisura de sus labios.

—Necesitamos saber si hay algo en ella que pueda aclararnos el último enigma que nos ha dejado Max.

—Max y sus malditos enigmas —murmuró Del Hierro poniéndose de pie—. Dame la carta —ordenó luego y extendió la mano.

Agustín Riglos hurgó en el bolsillo interior de su saco oscuro de raya diplomática y, con cierta parsimonia, extrajo el sobre blanco inmaculado con el monograma de Máximo Zaldívar y su letra característica, impresa en el centro, donde solo podía leerse «Miranda».

Ella tembló al sujetarlo. Riglos lo notó. Un escalofrío inesperado se reflejó en el brillo fugaz de sus ojos, tras el rímel de las pestañas. Agustín sintió pena por ella, no pudo evitarlo. Observó cómo giraba sobre sus pasos y, de pie, frente al inmenso ventanal tras su escritorio, concentraba su mirada en la calle María de Molina y la melodía sin igual de Madrid a aquellas horas de la tarde. En sus manos, el sobre giraba como resistiéndose a conocer los nuevos secretos de aquel que la había abandonado para no volver. Se mantuvo inmóvil, en silencio, quizá considerando la posibilidad de abrir o no la carta. Se la notaba tensa, dura, como si algo en ella se hubiera roto, como si la alegría de vivir se hubiera muerto junto con Max y el alma se le hubiera perdido en ese mismo instante también. No había una gota de la Miranda de antaño, no lograba dilucidar en ella un solo vestigio de su algarabía. Max se la había llevado consigo.

Lentamente, bajó la cabeza y clavó sus ojos en el blanco violento del sobre. Con su dedo índice recorrió la caligrafía conocida e inevitablemente los ojos se le llenaron de lágrimas. Apretó los labios, como si aquel gesto la hiciera más fuerte, y de un tirón separó la cera del lacre del papel.

Las palabras de Max le perforaron las retinas. Leyó el escrito sin poder contener

el llanto, se desplomó sobre el suelo y así, arrodillada, sobre la alfombra mullida, sonrió emocionada por el contenido de la epístola. Luego notó que se había olvidado de respirar, y respiró.

Capítulo XXII

EL comisario Etchegaray ingresó en las oficinas londinenses cerca de las tres de la tarde. Le quedaban pocos días en la ciudad, luego de haber asistido a la fiesta de los cincuenta años de la Agencia, y quería ultimar varios detalles antes de partir hacia Buenos Aires.

Se ubicó en el despacho que le habían asignado transitoriamente y accedió a la red de seguridad de la Agencia. No pensaba dejar Londres sin antes tener una reunión con el número uno de Interpol Latinoamérica, Paul Preston.

Levantó el teléfono y marcó el directo del hombre que buscaba. Para su sorpresa, se encontraba en las oficinas y estaba dispuesto a recibirlo sin previa cita. Le debía varios favores, esa era la razón por la cual lo recibía. «Favor con favor se paga», no pudo evitar murmurar Etchegaray, al tiempo que caminaba hacia las oficinas y sonreía. Estaba decidido a conseguir aquello que deseaba, manejar Interpol Argentina y luego seguir en carrera hasta ser director de la Agencia a escala mundial.

Paul Preston se encontraba absorto en la pantalla de su computadora cuando lo encontró.

—Adelante, Etchegaray —dijo Preston amable—. ¿Quieres tomarte algo?

—No, gracias, Paul. Vine a hablar de negocios.

—Siempre al grano, eso es lo que me gusta de ti —respondió relajado el brasileño—. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?



Miranda se acomodó en el sofá, todavía con la carta entre las manos, el corazón comprimido, la garganta convertida en un nudo y las lágrimas asomando en el rabllo de los ojos. Erguida contra el almohadón crudo, con las piernas apoyadas con aplomo sobre la alfombra y el papel sobre su regazo, con sus dedos apretándolo como si hubiera posibilidad de que se le escapara, esperaba el ingreso de Ana Beltrán, la que había creído el gran amor de su marido. Porque lo que había leído decía lo contrario. El alma le dio un brinco tan solo al recordar las palabras amorosas que acababa de leer.

La puerta de su oficina se abrió con cierta parsimonia, casi como si el tiempo se hubiera detenido y los segundos que solía tardar la abertura en girar sobre su eje y dar paso al visitante se hubieran estirado de manera intencional. Allí, bajo el umbral, aquel hombre que ella conocía como Marcos Gutiérrez, la mujer que odiaba y una tal Evelyn Hall, que era una científica en busca de resolver las claves de Máximo Zaldívar. No se levantó, se mantuvo impávida en su sitio y, con un gesto cordial, aunque forzado, los invitó a sentarse. Observó con detenimiento a las tres personas

que se iban ubicando en los sillones a su alrededor. Ana llevaba jeans oscuros, botas y un suéter verde de cuello alto que asomaba bajo su tapado. En su cara se reflejaban el paso del tiempo y el cansancio. Miranda tuvo que hacer un gran esfuerzo para asociar ese rostro, bajo el amparo de un pelo teñido de rubio, con la reconocida patóloga forense jovial y frívola que solía aparecer en las revistas de actualidad. Se detuvo en sus movimientos lentos pero firmes al momento de colocarse junto a la que suponía que era la doctora Evelyn Hall, ataviada con un pantalón oscuro y un abrigo al tono. Gutiérrez, o Riglos, como dijo llamarse, se ubicó en el sofá de un cuerpo a su derecha. Luego inclinó el torso hacia adelante y apoyó los codos sobre sus rodillas, expectante ante lo que tenía que decirles.

—La vida te da sorpresas —anunció Miranda con una mezcla de tristeza y resignación que hicieron eco en los oídos de Beltrán—. Jamás imaginé que me sentaría en una misma habitación contigo, Ana —dijo mirándola a los ojos por primera vez.

—Lo sé —respondió Ana tranquila.

Del Hierro guardó silencio un momento, dedicó unos segundos a releer la carta de Máximo y, luego de levantar la vista y observar a cada uno de los presentes, se concentró en elegir las palabras adecuadas.

—Esta es una carta de carácter personal —de inmediato notó el desánimo en el rostro de los presentes—. Sin embargo, contiene un pedido especial. Max quiere que te entregue —dijo refiriéndose a Ana— un sobre que se encuentra en la caja de seguridad de esta oficina.

Los ojos expectantes siguieron a la mujer, que se había puesto de pie y se dirigía hacia su escritorio. Allí, tras ubicarse en su silla, deslizó la palma por la parte inferior del mueble e hizo presión en un punto determinado. Así, un panel de la mesa de trabajo se elevó de manera sutil. Lo levantó con cuidado y apoyó su mano sobre un lector digital. Un reflejo color verde escaneó los datos biométricos y segundos después, tras teclear un extenso código alfanumérico, la caja se abrió.

Del Hierro contempló la ansiedad de los allí presentes. «¿Qué secretos ocultaba Max?», no pudo evitar preguntarse. Luego revolvió el contenido de la caja en busca del sobre bajo el nombre de Monalia, según lo indicado en la carta, y tras tomarlo cerró la pequeña bóveda personal en el corazón de aquel escritorio, se incorporó y, ubicándose frente a Ana Beltrán —quien se había puesto de pie también—, le clavó la mirada, le entregó el sobre y supo, por fin, que podía cerrar ese capítulo de su vida y seguir adelante.

Capítulo XXIII

LA Tabla Esmeralda había abandonado las oficinas de Interpol hacía más de una semana. Su ubicación solo era conocida por tres agentes y, por supuesto, por él. El plan no era sencillo: acceder al Museo Británico y violar una de sus tantas cámaras de seguridad. Sin embargo, la cadena de contactos de La Legión era infinita y en aquel sitio también contaban con un aliado. Sus hombres estaban ultimando los detalles del operativo: entrar y salir del museo en menos de diez minutos era el plan. Difícil pero no imposible. Las alarmas estarían desconectadas y la clave de la bóveda les sería provista ese mismo día. Solo debían entrar y llevarse la tabla. Pablo sonrió. En tiempo récord como líder de la organización, podía decir que estaba por recuperar el documento que habían buscado por siglos.

Ahora su mayor preocupación era qué iba a hacer una vez que tuviera la tabla en su poder. ¿Sería capaz de destruirla? Algo en su interior se resistía a aceptar la orden de hacer desaparecer, para siempre, aquel trozo de historia. Un anhelo que no podía controlar y le quemaba por dentro, obligándolo a descubrir los secretos más oscuros y poderosos de aquel pergamino.

Había crecido escuchando las historias de la tabla de Hermes. Su padre, su abuelo y el abuelo de su abuelo habían pertenecido a La Legión. Su familia descendía de aquellos que durante años habían buscado el documento sin descanso. Y ahora él, en vísperas de tenerlo en sus manos, debía decidir si acceder a su poder u honrar el juramento que había hecho al convertirse en líder de La Legión. En su fuero más íntimo sabía que no iba a poder destruirla.



Madrid se le antojaba diferente aquella tarde de invierno. Se adelantó unos pasos y, en silencio, recorrió las veredas anchas de La Castellana, rumbo al Paseo del Prado. Detrás de ella, sin emitir palabra, Agustín y Evelyn caminaban con prisa. No era seguro circular a pie, podían estar siguiéndolos. Por su parte, Ana acarreaba el sobre que le acababa de entregar Miranda del Hierro y Argüello y todavía no había tenido el valor de abrirlo. Por eso decidió volver al hotel a pie. Necesitaba aire, respirar, depurar su cabeza y prepararse para abrir el que probablemente fuera un nuevo enigma de Max.

Con las manos inmersas en el abrigo de sus bolsillos, Beltrán continuó su caminata perdida en sus propios pensamientos. Atribulada por los recuerdos de aquella ciudad, por el aire de una Madrid que consideraba propia y por la inminencia de la revelación que, presentía, estaba por hacer, no quería dejar de caminar. Si hubiera podido elegir, habría continuado su marcha hasta el fin mismo de la Tierra.

Pero Agustín se negó. No irían caminando, usarían el auto con la custodia oficial asignada. Reticente, Beltrán accedió finalmente subirse al vehículo.

Detrás del vidrio polarizado, observó cómo la tarde empezaba a caer sobre la ciudad. El parpadeo incesante de las luces de los automóviles que dejaban atrás La Castellana y los sonidos que anunciaban la llegada de la noche. Ajenos a su suerte, Agustín Riglos, Ana Beltrán y Evelyn Hall comenzaban a transitar los últimos pasos hacia un descubrimiento que no podían imaginar, y por el cual Emerio Beltrán y Máximo Zaldívar habían dado la vida sin terminar de resolver el enigma de Holmberg y el Grupo de los Sabios que, antes que él, habían custodiado el Legado de Hipatia de Alejandría.



El hombre, cubierto por un pasamontañas negro y vestimenta del mismo color, se confundió en la noche al tiempo que ingresaba en el Museo Británico por donde se le había indicado. Sigiloso y con exactitud, siguió el trayecto que había planificado sin desviarse un milímetro del camino. En la oscuridad, el museo adquiría un aspecto siniestro, casi espectral, que le otorgaba cierta magia. Le habría gustado recorrerlo lentamente, disfrutando de las magníficas piezas de arte que allí se exhibían, pero contaba tan solo con diez minutos antes de que el sistema de seguridad detectara que las alarmas y las cámaras de vigilancia habían sido desconectadas.

Avanzó con cuidado y sus ojos se distrajeron un momento en la Piedra de Rosetta, protegida por un cristal tan fino que imaginó que, si lo quebraba, podría tocarla sin problema. Desechó la idea de inmediato y avanzó hacia la entrada, la sala que albergaba la falsa puerta de Kaihap. Una vez allí, introdujo su mano en el espacio que había entre el monumento y la pared y activó el tablero virtual, imperceptible si no se estaba al tanto de su existencia. Marcó el código alfanumérico que le habían facilitado y, tal como le habían indicado, la pared retrocedió unos metros y dio paso a una escalera subterránea. Descendió sin detenerse a observar el lugar ni reparar en detalles. Restaban cinco minutos para abrir la caja de seguridad, sustraer el manuscrito y salir de allí. Con la capacidad y la experiencia de años como agente de La Legión, abrió la puerta acorazada y ubicó rápidamente el cofre de seguridad que se le había asignado al documento. Volvió a digitar un código y escuchó el sonido característico de un juego de cerradura al destrabarse. Inmediatamente la tapa de metal se abrió. Adentro, el maletín de acero. Lo tomó, volvió sobre sus pasos y, antes de que las alarmas y detectores de movimiento hubieran sido reactivados, él ya se había perdido en el silencio de la noche con la Tabla Esmeralda entre las manos.

Envueltos por la media luz de un velador, Ana, Agustín y Evelyn se encontraban sentados, uno frente a otro, en la seguridad de la *suite* 307. En silencio observaban el sobre color manila, a nombre de Monalia, que reposaba sobre una mesa de vidrio en un pequeño *living* de la habitación. Aguardaban el momento para abrirlo.

Ana tenía el torso inclinado hacia adelante, los brazos apoyados sobre sus piernas y el mentón perdido en la palma de su mano. Evelyn estaba ansiosa; su mente científica, ávida de información. ¿Y si el contenido de aquel sobre revelaba el misterio que Holmberg había descubierto respecto a la Tabla Esmeralda? El corazón le palpitaba desahogado. Riglos, por su parte, estaba más preocupado por el peso sobre los hombros de Ana, la mirada enjuta, la mandíbula dura, apretada, deliberando una batalla interna entre abrir o no el sobre.

—¿Por qué Holmberg se refiere a la tabla como Tabla Esmeraldina y no como la Tabla Esmeralda? —preguntó de pronto Beltrán sorprendiendo a Hall con su inquietud.

—Creo que Holmberg descubrió que el papiro que se conoce como la Tabla Esmeralda es solo una de las piezas que componen la totalidad del manuscrito. A este, en su conjunto, lo llamó la Tabla Esmeraldina.

Beltrán asintió al tiempo que procesaba la información. No se había atrevido a recoger el sobre, aún sobre la mesa. Seguía elucubrando ideas en su cabeza, callada, buscando respuestas a preguntas que no había terminado de formular del todo todavía.

—Si la tabla está compuesta por cuatro piezas —dijo reflexionando en voz alta, casi como si se encontrara a solas en su laboratorio de análisis forense evaluando un cuerpo— y nosotros tenemos una, las otras tres están escondidas en algún sitio.

Hall y Riglos asintieron ante la obviedad. No lograban definir hacia adónde apuntaba.

—Si el diario de anotaciones de Holmberg contenía el mapa que nos permitió llegar a los manuscritos, y por lo que Evelyn ha descubierto, las tres piezas que faltan están escondidas en algún sitio que el científico está tratando de comunicarnos a través de sus acertijos —se puso de pie y, como si súbitamente hubiera notado la presencia de Agustín y Evelyn, los miró fijo—. El libro, además de ser un mapa y una guía para ubicar las piezas faltantes, es la clave de todo este asunto.

—Claro... —interrumpió Hall afirmando lo evidente—. Lo hemos dicho desde el principio...

—Sí, Eve, eso lo sé —respondió Ana seria—. El mapa del zoológico, las claves cada cuatro páginas; todas remiten al número cuatro. Una clara referencia a las cuatro partes de la tabla —continuó enumerando mientras caminaba en círculos por la habitación—... Pero hay algo que se nos está escapando.

—Hemos revisado el libro de punta a punta —dijo Hall frustrada—. Creo que lo

que hemos encontrado es lo que hay. Un mapa con la ubicación de los manuscritos, y el mensaje de que la tabla está compuesta por cuatro partes, y estimo que la página que falta es la que devela el misterio.

—No creo que sea tan sencillo —respondió Beltrán, aún ensimismada en sus pensamientos—. ¿Una página? ¿Una sola puede resolver este gran enigma? —insistió la criminóloga incrédula.

—Es lo que tenemos por el momento —interrumpió Riglos, que hablaba por primera vez— y creo que deberías abrir el sobre, Ana.

Los tres giraron la vista hacia la mesa de vidrio.

—No puedo —respondió ella categórica.

Evelyn Hall se incorporó y, sin pedir permiso, caminó hacia el sobre y lo tomó. Sin siquiera dudar, rompió el lacre y extrajo lo que suponía encontraría, la página perdida del libro de Holmberg. Recorrió su contenido y enfocó la atención en el vértice superior derecho. Luego levantó los ojos y se enfrentó a sus dos compañeros que aguardaban, ansiosos, conocer su contenido.

—*Ex novo* —leyó Evelyn, y Ana comprendió.

Capítulo XXIV

FNMERSO en la oscuridad de la habitación, meditando y con los ojos concentrados en el maletín de acero frente a él, Pablo evaluaba el paso que estaba a punto de dar. Era consciente de que al abrirlo no habría vuelta atrás. Que cualquier secreto que ocultase ese viejo pergamino debía ser destruido; que aquella era su misión y, sin embargo, no estaba dispuesto a hacerlo.

El tamborileo de los dedos contra la madera del escritorio era el único sonido que interrumpía sus pensamientos. Una vez que abriera la maleta, La Legión tendría en su poder, gracias a él, aquello que había buscado desde que Hipatia de Alejandría logró escapar de la biblioteca ancestral, escabulléndose con el papiro que los sabios de la época consideraban la clave para desentrañar el secreto de los tiempos.

Su facilidad de acceso a Interpol le había permitido hacerse con los análisis realizados a la tabla por parte del profesor Williams y la doctora Hall. Dichos documentos, breves, describían la tabla a la perfección. Más allá de eso, no daban detalle alguno acerca del descubrimiento que hubiera resultado de las pruebas a las cuales el material había sido sometido.

Con un movimiento lento, casi elegante, encendió un pequeño velador sobre su mesa de trabajo. La luz mortecina, bajo la pantalla verde inglés, apenas iluminó el metal que albergaba el documento. Sin dudar, Pablo estiró la mano hasta apoyar sus dedos sobre la cerradura digital y presionó el código para destrabarla. Tras cargarlo, escuchó un minúsculo crujido que indicó que el maletín estaba abierto.



El agente Román Benegas estaba listo para entrar en acción. Sus hombres, apostados en los alrededores de aquella alejada construcción oculta entre el valle montañoso, aguardaban la señal. Luego, y tal como lo habían planeado, ingresarían en la morada desde la cual se emitía la señal.

Benegas observaba un pequeño monitor que transmitía aquello que capturaba la cámara implantada en el maletín. El topo no imaginaba que estaba a punto de sellar su destino.



Ana dejó caer el peso de su cuerpo sobre el sofá. Aturdida. Evelyn, que había comprendido lo literal del mensaje pero no su significado, aguardaba que la

criminóloga se explayara. Su rostro reflejaba la epifanía que acababa de tener, como si la verdad se hubiera manifestado frente a sus ojos por arte de magia.

Perdida en la cacofonía del ambiente que se filtraba en la *suite* por el pasillo del hotel, y planificando los pasos a seguir, Ana Beltrán apretó los puños con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, tan blancos que casi no podía sentirlos.

—*Ex novo* —murmuró aún sin hacer contacto visual con Hall o Riglos—, «comenzar de cero».

—¿«Comenzar de cero»? —inquirió intrigado el agente.

Ana asintió. Sonrió levemente, casi como si se estuviera burlando de sí misma y de cómo no había pensado en aquella posibilidad. Comenzar de cero, volver a cero, al punto de partida.

—Debemos volver al zoológico —dijo firme, al tiempo que se incorporaba—. Debemos regresar a Buenos Aires.



Pablo distinguió el documento meticulosamente guardado en el interior del maletín. Se calzó los guantes, que evitaban el contacto de la piel húmeda de la yema de sus dedos con el documento, y verificó que la temperatura del cuarto no superara los veinte grados y la luz fuera mínima, la justa y necesaria para tratar el manuscrito con extremo cuidado.

Tomó el envoltorio de fieltro y lo retiró del maletín con cuidado. Lo apoyó sobre la mesa con delicadeza y fue extrayéndolo lentamente, al tiempo que sentía que sus pulsaciones se aceleraban y que las manos bajo los guantes le sudaban. Un frío inusual se le instaló en las sienes, transpiraba. Aturdido por lo que veía, no notó que las ventanas a su alrededor estallaban tras el ingreso de un grupo comando que invadió el recinto en un santiamén. Junto a cada ventanal, un agente enfundado en su típica vestimenta negra le apuntaba, con firmeza, con un fusil de asalto. Tampoco había notado que alguien había pateado la puerta de su despacho y que lo tenían rodeado.

Una trampa.

Le habían tendido una trampa.

Pudo sentir cómo la sangre en las venas recorría su cuerpo con violencia y que, antes de que se le nublara la vista, sus ojos pudieron distinguir una burda imitación de algún viejo escrito sobre alquimia.

Lo habían engañado y lo habían atrapado.

Capítulo XXV

LA noche en que arribaron a Buenos Aires, un auto de la Agencia los esperaba sobre el final de la pista. Sin necesidad de hacer trámites ni gestión alguna, el anonimato que les facilitaba Interpol les permitía moverse con total libertad, aun siendo personas que no existían.

Ana Beltrán estaba muerta, y, sin embargo, se ubicaba en la parte trasera de la camioneta oficial y observaba cómo desfilaba el paisaje urbano, iluminado por los faroles de la autopista. Su documentación aún decía Isabel Romero. Sin embargo, no había registro alguno de su salida de Heathrow y, menos aún, de su entrada al Aeropuerto Ministro Pistarini en Buenos Aires. Evelyn Hall, por su parte, jamás había dejado Londres. La agencia se había ocupado de planificar que su celular y su computadora —intervenidos con un sofisticado GPS— emitieran señales periódicas desde distintas partes de las islas británicas y que el movimiento de tarjetas de crédito despistara a cualquiera que estuviera buscándola. En cuanto al agente Riglos, había sido asignado a una de sus tantas misiones en la Unidad Blanca, por lo tanto su destino era conocido por pocos. Y su desaparición, muy sencilla de justificar.

Así, los tres se paseaban por Buenos Aires anónimamente. Su destino, una casa segura próxima a la base de Interpol en San Isidro. Luego ultimarían detalles para acceder sin problemas al Zoológico de Buenos Aires.

Agustín Riglos se recostó sobre el asiento del copiloto y cerró un momento los ojos. A su alrededor el sonido ambiente de la autopista lo adormiló. Estaba cansado y no podía dejar de preguntarse si aquella búsqueda frenética, iniciada por Emerio Beltrán y Máximo Zaldívar, iba a terminar en algún momento. Casi un año atrás había decidido alejarse de la Agencia, luego de casi quince años de encubierto bajo el alias de Marcos Gutiérrez. Había llegado el momento de cerrar aquella etapa y retomar su verdadera vida. La de Agustín Riglos; sin mentiras, sin reversos. Y cuando estaba a punto de tomar unas merecidas vacaciones y alejarse de todo, La Legión había secuestrado a Ana, luego la Agencia lo había engañado escenificando la muerte de la patóloga y la vida se le había derrumbado. Ahora, ahí, sentado en un coche oficial rumbo a la casa segura que les había sido asignada, no podía dejar de pensar en concluir aquel asunto de la Tabla Esmeralda, abandonar los servicios y pasar el resto de su vida con Ana Beltrán. Y allí, el otro tema que lo ocupaba: devolverle la identidad a la mujer que iba sentada detrás de él, con la mirada perdida tras el vidrio, aspirando los olores de una Buenos Aires que no veía desde hacía más de un año. ¿Cómo lograr que Isabel Romero volviera a ser Ana Beltrán? ¿Y cómo justificar que su muerte había sido montada? No iba a ser fácil, la prensa los hostigaría, la Agencia no lo permitiría. Tenía que pensar en algo que permitiera restituirle su identidad a la criminóloga y que, al mismo tiempo, satisficiera a Interpol.

Aún con los ojos cerrados y la cabeza corriendo a mil por hora, pudo escuchar el

ingreso de un mensaje a su celular. Tomó el dispositivo y notó que era la línea segura de Román. Habían atrapado al topo.



El agente Román Benegas ingresó en las oficinas de Interpol por un acceso lateral y, sin siquiera bajarse de la camioneta blindada, sonrió. Consideraba que haber atrapado al topo era prácticamente un logro personal, aunque debía reconocer que había contado con la ayuda del detective español Francisco Pereyra y la agente Ávalos.

El vehículo oficial se detuvo. Benegas bajó sin detenerse a mirar al alto ejecutivo de la Agencia que trasladaba esposado y caminó directo hacia el director mundial de Interpol, René Gerard, que lo esperaba al pie de las escalinatas de acceso. Le extendió la mano para saludarlo e intercambiaron unas breves palabras antes de hacer descender al inesperado pasajero.

Bajo el dintel de la puerta trasera de la Agencia, ubicados uno junto al otro, Verónica Ávalos y Francisco Pereyra aguardaban la llegada del hombre que habían logrado capturar y que esperaban que echara algo de luz sobre su vínculo con La Legión.

Atentos, observaron no sin cierto grado de incredulidad a quien bajaba del vehículo. Aún conociendo la identidad del topo, verlo frente a ellos, carente de su investidura como alto jerarca de la Agencia, resultaba un *shock*. Los presentes cruzaron miradas, ninguno habló. Se hicieron a un lado para que el detenido pasara junto a ellos, escoltado por dos oficiales rasos y, luego de que estos atravesaran el umbral, el resto de la comitiva los siguió sin emitir sonido.

Verónica Ávalos pudo sentir el cuerpo de Benegas rozando su brazo. No se detuvo, pero algo en su interior se estremeció. Román le había mentado. Le había ocultado que Ana Beltrán estaba viva, que él sabía acerca de la verdadera identidad de Marcos Gutiérrez, que estaba a cargo de la Operación Esmeralda. Pero también ella era consciente de que Benegas era un agente, y que hay ciertas cosas que no se pueden revelar, aun bajo circunstancias extremas. Suspiró sin darse cuenta de que dejaba escapar el aire en un silbido. Román, que iba a su lado, lo notó y la atravesó con la mirada. La extrañaba. Ávalos esquivó los ojos verdes y se concentró en su andar y en la espalda del detenido, que caminaba varios pasos más adelante. No volvió a mirar a Benegas, intentó evitarlo, incluso cuando ingresaron en el pequeño cuarto de interrogación donde ubicaron al topo.

El cuarto era minúsculo. Sofocante. Verónica sintió que el vidrio de panel fijo que dividía la sala del área de observación se le venía encima encerrándola. Lo cierto era que la presencia de Benegas la quemaba. Observó que el detenido era liberado de sus

esposas y se sentaba en la silla de aspecto monacal en el centro de la habitación. Luego, y con la elegancia que lo caracterizaba, Román Benegas se quitó el saco, lo apoyó sobre un viejo perchero de metal oxidado y se arremangó la camisa blanca que llevaba.

Verónica notó que, antes de realizar aquel ritual, Román se había quitado los gemelos de plata que solía usar y los guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón, al tiempo que se disponía a interrogar al doble agente. Se detuvo en su postura, erguida, atenta, como si no existiera nada ni nadie a su alrededor. Impávido, alerta y preparado para atacar a la presa sin contemplaciones. Ella, en cambio, se sentía a merced de sus emociones, que, a flor de piel, dejaban entrever sus verdaderos sentimientos por el hombre que se paseaba por aquel diminuto salón, ignorándola y concentrado en un ciento por ciento en el detenido que tenían enfrente.

—No esperabas que te descubriéramos, ¿cierto? —inquirió el agente disfrutando de la victoria.

El hombre, que había mantenido la mirada enfocada en el suelo, levantó los ojos y sonrió. No iba a hablar. Ya le quedaba poco tiempo, y lo sabía.



No había una gota de azar en el hecho de que estuvieran allí. En el principio. «*Ex novo*», murmuró Ana.

—«Comenzar de cero» —tradujo la doctora Hall acomodando sus lentes de sol—. Todavía no sé por qué crees que aquí está la respuesta, Isabel —agregó luego, llamándola por el nombre que se le había asignado en el programa de protección de testigos al que aún estaba sujeta.

—Porque Max siempre fue muy cuidadoso, porque era más astuto de lo que cualquiera de nosotros podía imaginar y porque descubrió que si el secreto de la tabla se guardaba en un solo sitio y alguien lo descubría antes que nosotros...

—¿Realmente crees que Max descifró el enigma? —interrumpió Riglos.

—No, no lo descubrió —afirmó la mujer convencida—, pero Holmberg sí. El científico descifró la tabla, descubrió que está compuesta por cuatro partes y las separó. Max no llegó a descubrir dónde estaban los manuscritos, pero se aseguró de que cada pista que había quedado en manos de su abuelo, Federico Zaldívar, y de mi padre estuvieran ocultas por separado hasta que yo desentrañara el misterio. Sabía que el colgante —Ana sujetó el collar que llevaba en el cuello—, el libro —dijo en referencia al diario de Holmberg— y la placa con la inscripción que dejó en la caja de seguridad, eran todos indicios que están conectados y que, empezando por la hoja del libro de Holmberg que arrancó, nos trajeron hasta acá, al comienzo, al Zoológico de Buenos Aires.

—Donde estaban los trescientos códices alejandrinos —dijo Hall entusiasmada.

—Pero Max no lo sabía. No sabía que estaban resguardados en una bóveda secreta. ¿Cómo mandarnos aquí si no conocía el escondite? —inquirió incrédulo Riglos.

—Porque el libro de Holmberg, en el que encontramos el mapa que nos guio —aclaró la criminóloga dirigiéndose al agente—, no solo fue analizado por nosotros. Justo Beltrán, mi abuelo, documentó toda su investigación en un viejo anotador. Estaba en la caja fuerte de papá en Centauro.

—En la oficina oculta —recordó Agustín rememorando el día en que habían descubierto el refugio de Emerio Beltrán, con su escritorio inglés con un falso panel, bajo el cual habían encontrado el catálogo de libros que Hipatia de Alejandría había logrado sacar de la biblioteca y el diario de anotaciones de Eduardo Ladislao Holmberg.

—Exacto —interrumpió la criminóloga—. Mi abuelo Justo, en una de las entradas de su registro habla de un lingüista que ha contratado para analizar los escritos en el recinto para elefantes, aquí en el zoológico —Ana se detuvo un momento para recuperar el aliento y ordenar sus ideas—. Si bien el experto, un tal Ramos Mejía, no pudo descifrar el significado del texto, sí pudo determinar que aquellas escrituras eran de origen veda. Lo singular de este tema es que la última anotación de Justo Beltrán fue el significado de la palabra «veda».

—«Verdad» —dijo Evelyn Hall comenzando a entender.

—Exacto. Y papá, sabiéndose amenazado por La Legión, dejó un archivo a mi nombre, en su *netbook*, en el cual registró su descubrimiento: que la biblioteca del zoológico era la entrada y el escondite bajo los cantos vedas.

—Bajo la jaula de los elefantes —murmuró el Agente Cero.

—Y en el principio —continuó Beltrán levantando la vista para encontrarse con el frente de la biblioteca y la vieja inscripción en latín—, «*Divae Matri Matutae*». Divina protectora inmutable que, por más de un siglo, había custodiado la entrada secreta al tesoro mejor guardado.

—Los rollos rescatados de Alejandría.

Ana asintió.

—Por eso estamos acá, porque este es nuestro *ex novo*, nuestro comienzo. Acá empezó todo.

—Pero la bóveda ya fue revisada. Todo lo que había allí está en manos de la comisión de investigación científica dispuesta por Naciones Unidas —informó Evelyn recordando a Jack Williams, a cargo de dicha comisión—. O sea que, más allá de que aquí haya empezado todo...

—Holmberg construyó los recintos de este lugar —interrumpió con convicción la mujer bajo el nombre de Isabel Romero— con un doble objetivo: albergar a los animales y ocultar el tesoro de Hipatia. No dejó nada librado al azar. El mapa de ubicación oculto en su diario, los grabados vedas sobre la bóveda, la inscripción en el

frente de la biblioteca —dijo con pasión al tiempo que levantaba el brazo y señalaba la frase en latín—, «Divina protectora inmutable». Las pistas estuvieron siempre allí, a la vista, tenemos que bajar a la bóveda: las partes de la tabla que faltan están allí.



—El contenido del escritorio —le informó uno de sus agentes mientras depositaba sobre su mesa de trabajo una caja color madera—. No había mucho más, señor. Libros y algunas prendas básicas, pero la casona estaba prácticamente vacía.

—Casi sin muebles, solo lo elemental para uso diario —agregó un segundo agente.

Benegas asintió y agradeció el material. Se incorporó y levantó la tapa de cartón. Mientras lo hacía, se acercó a la puerta de su despacho y llamó a Ávalos, quien trabajaba en un improvisado escritorio frente a su oficina.

—Ven —dijo seco.

La mujer se levantó de su asiento y caminó con cierta cadencia. No despegó los ojos de Benegas, como si de alguna manera pudiera mantenerlo alejado desafiándolo. Sabía que no era posible.

Ingresó y cerró la puerta. Estaban solos, al amparo de cuatro paredes que los protegían de ojos curiosos.

—Este es el material que se encontró en el búnker de La Legión —informó parco Benegas.

«¿Ahora él está ofendido conmigo?», no pudo evitar preguntarse la agente, y contuvo una sonrisa que pudo disimular. Pero, sin detenerse un momento, se acercó a la caja y lo vació. Fotos, fotos de Ana, fotos de Riglos, los habían seguido durante mucho tiempo. Además, varios documentos relacionados con la búsqueda y el análisis de la tabla que debería revisar. Pero de La Legión como organización no había nada. Y el topo no había emitido palabra hasta el momento.

—No es más de lo que ya suponíamos —murmuró Verónica mientras revolvía papeles.

—Lo sé... —respondió Román frustrado, al tiempo que se sentaba sobre el borde de su escritorio y se cruzaba de brazos frente a la mujer—. ¿No me vas a perdonar? —preguntó sorprendentemente.

Ávalos no pudo evitar el sobresalto pero, aún así, continuó revolviendo la caja.

—No es el momento, Román —contestó firme.

El agente sonrió. Se incorporó con la intención de abandonar su despacho pero, antes de hacerlo, se acercó a ella y en un murmullo que la estremeció, le susurró al oído:

—Pues hazte el momento, cariño, porque tú y yo tenemos un asunto pendiente.

Luego, salió de la oficina y ella quedó allí, sola, a merced del acento español que le alteraba hasta la última de sus terminaciones nerviosas.



Volver a recorrer aquellos túneles la transportó casi a dos años atrás, cuando iba de la mano de quien ella conocía como Marcos Gutiérrez. Llegaron a la bóveda bajo la jaula de los elefantes que albergaba miles de años de historia. En la actualidad, dicho material estaba en poder de una comisión internacional de investigadores, dispuesta por Naciones Unidas, y el recinto subterráneo se había convertido en museo y atracción principal del zoológico de la ciudad.

Tras la intervención de Interpol, habían logrado acceder al parque un día en el que habitualmente se mantenía cerrado al público. El equipo de Antropología Forense de la ciudad, a cargo del doctor Shatz, estaba dispuesto para asistirlos. Shatz, sin embargo, no salía de su asombro al saber que Ana Beltrán estaba viva.

Se desplazaban por los túneles, ahora bien iluminados y acondicionados para visitantes, con la tranquilidad de aquello que se conoce. Si le pedían, Ana podía recorrer ese sitio con los ojos cerrados, porque se sentía de vuelta en casa. Más allá de seguir usando un nombre que no le era propio, de estar de incógnito en su propio país y de no estar trabajando en su laboratorio de análisis forense —único sitio que verdaderamente sentía como su hogar—, aquel pasaje subterráneo bajo las entrañas de Buenos Aires despertaba en ella una admiración por su constructor y una paz que hacía mucho tiempo no encontraba. Quizá tuviera que ver con que en ese parque había pasado los mejores momentos de su infancia. Los recuerdos que la asaltaban estaban impregnados de olores y sabores que asociaba a Emerio Beltrán. Especialmente, los algodones de azúcar. Ya no deberían de fabricarlos, pensó. Y esa misma reflexión la llevó a la noche en que recorría el parque en absoluta oscuridad y encontró el cuerpo de su padre colgado de la viga central de la biblioteca. El corazón le dio un vuelco, pero su cabeza obligó a la emoción a mantenerse a un lado y a concentrarse en lo que verdaderamente hacía allí: encontrar las tres piezas faltantes de la Tabla Esmeralda y, así, conformar lo que Holmberg había denominado la Tabla Esmeraldina.

Llegaron frente a la puerta blindada de la bóveda. Una restaurada puerta de hierro, cubierta de remaches y con una manija giratoria en el centro que, lejos de la suciedad que la cubría cuando la descubrieron, permitía ahora distinguir la marca de la antigua fábrica de cajas fuertes Diebold y la inscripción que Ana jamás iba a olvidar: «Aquí se encuentra la sabiduría del cosmos. Cuando llegue el momento, que la humanidad la conozca, pues ella es su verdadera dueña».

La criminóloga se detuvo ante ella. En cuestión de segundos, revivió la última vez

que había estado allí, el gas lacrimógeno, el sonido de las balas, Marcos herido, ella agazapada en el suelo, a su lado. Y los días posteriores: el descubrimiento de que Gutiérrez era un impostor, creer que se trataba de un agente de La Legión, el corazón roto. Y allí, ahora, a pasos de volver a ingresar en el recinto que cambió la historia del mundo, Ana Beltrán respiró y, a diferencia de la primera vez, esta vez lo disfrutó.

Recorrió el pequeño espacio que la distanciaba del acceso, sintiendo la planta del pie protegida por la suela de su zapato contra el suelo, presumiblemente frío. Atesoró el sonido de los pasos a medida que avanzaba, el olor a encierro, aún con la ventilación artificial funcionando, la temperatura templada, la soledad de la bóveda. Ingresó despacio y volvió a recorrer el recinto como la primera vez. Estaba extasiada. El lugar era tal como lo recordaba: una réplica exacta de cómo se creía había sido la Biblioteca de Alejandría. Un octógono perfecto, cubierto por estanterías donde, hasta dos años atrás, habían reposado, protegidos del tiempo, los más de trescientos códices alejandrinos rescatados por Hipatia. Ahora, en lugar de los originales, había réplicas; sin embargo, el impacto era el mismo. Inconmensurable.

Riglos y Hall accedieron al recinto detrás de la criminóloga, en compañía del doctor Shatz, el antropólogo a cargo de las investigaciones relacionadas con los manuscritos.

Las luces del sitio permitían observar con claridad la exposición de fotografías correspondientes a cada uno de los documentos recuperados. Riglos se acercó a una de ellas y quedó deslumbrado. Hall, que había visto el material en vivo y en directo, se concentró en recorrer el recinto en busca de algún indicio que le señalara por dónde empezar a buscar las partes de la tabla que faltaban. En su silencio se encontró con la mirada de Ana, quien enseguida comprendió lo que la científica estaba haciendo. Lentamente la mujer ahora conocida como Isabel Romero se aproximó al sitio donde había estado guardada la supuesta Tabla Esmeralda. Evelyn y Riglos la siguieron.

Ana observó con detenimiento el contenedor de vidrio que ahora protegía una fotografía de la tabla. Con extremo cuidado recorrió la caja transparente y la abrió. Nada llamó su atención. Instintivamente, cerró los ojos y repasó las pistas que quedaban sin resolver, luego de haber descubierto el significado del mensaje cifrado en el libro de Holmberg: «*Magnum opus, quatuor tabula*» —«La gran obra, cuatro tablas»—, el mensaje críptico de Max correspondiente a la *suite* 307 del Ritz y el sobre para Miranda, quien les facilitó la página faltante del diario del científico y los había llevado, *ex novo*, al comienzo. Al zoológico, donde se encontraban en aquel momento, con pistas sin resolver: el colgante con la llave, cuya inscripción rezaba «Entonces, toda oscuridad huirá de ti» y la placa de bronce con el texto «Lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está abajo es como lo que está arriba». ¿Cuál de aquellas pistas era la correcta? Y, lo más importante, ¿dónde debían utilizarlas para encontrar las piezas faltantes?

Ana se quitó el colgante y lo apoyó sobre el cristal. Luego extrajo la placa

grabada y la ubicó junto al collar. Se mantuvo en silencio por un rato observando detenidamente los dos objetos. «Toda oscuridad huirá de ti», murmuró y después se concentró en la placa. «Lo que está arriba es como lo que está abajo. Lo que está arriba... es como lo que está abajo», repitió. Instintivamente se arrodilló y con la palma de su mano recorrió la piedra rugosa bajo el estante que sostenía la caja de cristal que había protegido a la tabla.

—Si lo que está arriba... —dijo al tiempo que presionaba la pared en distintos puntos para ver si lograba descubrir algún compartimento oculto— es como...

—... lo que está abajo... —interrumpió Agustín comprendiendo de inmediato su deducción—. Debería de haber un contenedor de vidrio debajo de este —dijo señalando el que estaba frente a ellos.

Evelyn Hall se agachó junto con Beltrán y Riglos. Entre los tres, bajo la mirada desconcertada del doctor Shatz, fueron recorriendo con delicadeza cada una de las piedras que componían la base del receptáculo en el que la tabla había estado guardada.

—Doctor Shatz —dijo Evelyn Hall incorporándose—, ¿trajo usted el escáner?

Shatz asintió y abrió una de las maletas que llevaba su equipo y, luego de presionar varias teclas para activar el dispositivo, se lo entregó a la científica que, familiarizada con el aparato, comenzó a recorrer el área seleccionada con conocimiento y firmeza. El antropólogo, por su parte, se concentró en las imágenes que una *tablet* recogía del escáner. Hall desplazó el lector digital por cada zona que consideraba potencialmente un sitio de escondite, y Shatz no despegaba los ojos de su tableta, atento a cualquier irregularidad en el interior de la construcción.

—Deténgase ahí —ordenó súbitamente el científico—. Retroceda y vuelva a pasar el lector justo allí. Sí, justo allí.

Ana y Agustín se acercaron a Shatz y observaron el dispositivo, que enseñaba las imágenes tomadas por el lector digital. En el barrido de la pared aparecía un área densa, más oscura.

—Hay algo allí —afirmó Shatz, al tiempo que se acercaba a la doctora Hall para enseñarle la imagen resultante.

Hall asintió.

—¿Cuenta con las herramientas necesarias para resolver esto ahora? —inquirió la científica estudiando detenidamente la imagen en la tableta.

Shatz giró sobre sus pasos e hizo pasar a dos de sus asistentes. Luego de varias indicaciones, les solicitó que rompieran la pared y extrajeran, con extremo cuidado, el objeto que acababan de detectar.

Capítulo XXVI

SOBRE el escritorio de Benegas, los documentos encontrados en la base de La Legión se apilaban, unos sobre otros, luego de que Verónica Ávalos los revisara. Hasta el momento, todos eran copias de los análisis realizados a la Tabla Esmeralda por los doctores Williams y Hall. Sin embargo, aún tenía mucho para leer y examinar.

Se acomodó en la silla sobre la que se había sentado e hizo girar su cuello para relajarse. Estaba tensa. Román la había dejado allí, para que estudiara aquella documentación, varias horas atrás. Ya casi no quedaba nadie en la Agencia; y las voces, junto con la luz del día, iban disipándose. Tras el ventanal, el río Támesis. Se obligó a enfocarse en el trabajo. Era claro que no estaba preparada para hablar con Benegas. Más allá de la furia contenida acerca de la mentira sobre la muerte de Beltrán, todavía no había podido ver a su amiga. Sabía del operativo para sacarla del Reino Unido y algunos detalles, pero no mucho más; se sentía perdida. Ya habían capturado al topo, aunque se resistía a hablar y... súbitamente un pensamiento atravesó su cabeza. Se incorporó tan rápido que la documentación que descansaba sobre su regazo cayó al suelo y se esparció por todo el lugar. Sin siquiera contemplarla, y pisando sobre ella, atravesó lo que quedaba de oficina hasta llegar a la puerta y corrió, como si su vida dependiera de ello, por el pasillo central de la Agencia.

Román, que caminaba en sentido contrario con dos vasos de café en la mano, la miró desconcertado. Pero al ver que la mujer corría, sin siquiera detenerse o explicar nada, apoyó los recipientes térmicos sobre un archivador, que utilizó a modo de mesa improvisada, y la siguió. Iba rumbo a las celdas de detención.

—¡Verónica! —gritó preocupado.

La mujer, sin detenerse, dio vuelta la cabeza y solo en ese instante notó su presencia.

—¡Nanopartículas bioadhesivas! —respondió agitada a modo de explicación, al tiempo que le pedía que la siguiese haciéndole señas con las manos.

Benegas corrió tras sus pasos y la alcanzó. Ávalos se detuvo frente a la celda del detenido en custodia, e intentando controlar un ataque de ira por no haberlo descubierto antes, por no haberlo prevenido, apretó su mano con violencia y descargó un puñetazo contra el cemento alisado de la pared mientras insultaba en español.

Román no tardó en comprender la situación. Sobre el camastro angosto de la celda, el doble agente que habían capturado reposaba inmóvil, al igual que los cuatro detenidos en Buenos Aires. Benegas recordó el asunto en cuestión de segundos. Más de un año atrás, cuando Ana Beltrán había sido secuestrada, cuatro hombres pertenecientes a La Legión fueron capturados en el barco en el que se suponía que tenían retenida a la criminóloga. Estos cuatro detenidos, luego de haber sido

sometidos a extenuantes interrogatorios, no habían pronunciado palabra. Luego, los cuatro aparecieron muertos en sus respectivos calabozos. Ninguno llevaba consigo más que la vestimenta que se les proveía en la prisión. Sin embargo, habían logrado ingerir una dosis de cianuro que les había provocado la muerte.

—Nanopartículas bioadhesivas —murmuró sorprendido el agente al caer en la cuenta de que ni siquiera había considerado la posibilidad de que el detenido hubiera llevado consigo un veneno de diseño que le permitiera quitarse la vida como habían descubierto en el caso de las muertes anteriores.

—En nuestras narices —insultó Ávalos furiosa—. No entiendo cómo no me di cuenta antes. Qué hijo de puta... —continuó, al tiempo que Benegas se pasaba la mano por el pelo y colocaba los brazos en jarra, abatido.

—Y no dijo nada —agregó él—. Ni una sola palabra.

—Lo tuvimos metido en la Agencia por años y nunca imaginamos que era un doble agente —Verónica no dialogaba, se encontraba inmersa en un tenso monólogo—. Y esto, esto —gritó señalando el cuerpo sin vida del recluso— no nos podía pasar. Deberíamos habernos dado cuenta.

Benegas resopló: Ávalos tenía razón, aquello no podía haberles pasado. Conocían el *modus operandi* de La Legión y, sin embargo, aquel pequeño gran detalle se les había escapado, y con él, la posibilidad de descubrir los secretos de la organización.



El hueco en el muro era importante. Evelyn, Ana y Agustín observaban con ansiedad a los dos estudiantes de antropología que asistían al doctor Shatz y retiraban lo que parecía ser una gran caja de metal que emergía de la oscuridad tras la pared. Gris, oxidado en algunos sitios y aparentemente bastante pesado, debido al esfuerzo que los tres hombres estaban haciendo para sacarlo de su refugio, tardaron más de lo que esperaban en lograr apoyarlo sobre el piso de la bóveda.

—Con cuidado —instruyó Shatz—. No sabemos qué puede haber adentro —agregó.

Instintivamente, las miradas de Hall y Beltrán se cruzaron. Ellas sabían qué contenía la caja de metal.

—Tiene un candado —informó uno de los estudiantes, como si ninguno de los presentes lo hubiera notado.

Ana se quitó el collar con la llave y leyó nuevamente su inscripción: «Entonces, toda oscuridad huirá de ti». Se aproximó a la caja y tomó el candado. La llave que había colgado de su cuello por casi un año entró en la cerradura, y si bien fue difícil hacerla girar, finalmente cedió y el candado se abrió. La criminóloga entregó el viejo cerrojo a uno de los antropólogos y, con delicadeza, levantó la tapa de metal. Notó

que Hall, Riglos y los científicos a su alrededor se aproximaban y que la sombra de sus cabezas se reflejaba en el gran contenedor que, para su sorpresa, no tenía las piezas faltantes de la Tabla Esmeralda.



Ubicados, uno frente al otro, Román Benegas y Verónica Ávalos observaban cómo el equipo forense de la Agencia retiraba el cuerpo del topo y se lo llevaba para corroborar aquello que ya sabían: que en algún momento, entre la captura en aquel paraje remoto entre las montañas y la llegada a las oficinas de Londres, el hombre había ingerido una dosis suficiente de cianuro para matarse.

Frustrados, los agentes dejaron que sus miradas se fueran con la camilla que llevaba el cuerpo inerte del doble agente, sin saber por dónde ni cómo retomar aquella investigación. Volvían a no tener nada sobre La Legión, el topo estaba muerto, lo habían atrapado solo, no había documentación de la organización ni pistas que seguir. En definitiva, volvían al punto cero.

Verónica se obligó a incorporarse. Todavía le faltaba revisar la pila de archivos recuperados en la base de la cofradía y, a su entender, era lo único útil que podía llegar a hacer en ese momento. Con firmeza clavó sus ojos en Benegas e invitándolo a unírsele, le dijo:

—¿Calentamos el café que traías y terminamos de revisar la documentación que se recuperó en el arresto?

Román asintió, se puso de pie y, aunque sentía un cansancio que no podía describir y necesitaba dormir, aceptó la sugerencia de la agente y, sin mediar palabra, fue por el café y se dispuso a pasar la noche en vela, buscando algo que les resultara útil en aquel rejunte de documentos aparentemente sin valor.



Sobre 25 de Mayo, casi llegando a la esquina con la calle Belgrano, el Club 300, el inocente club social de la alta sociedad sanisidrense, resultaba la fachada perfecta para el secreto que ocultaba: la Base de Operaciones Especiales de Interpol para Latinoamérica. El acceso, oculto en uno de los laterales de la vieja casona, era conocido por los agentes, que ingresaron rápidamente para encontrarse con el piso de damero blanco y negro hasta la puerta blindada donde cada uno de ellos tuvo que acercar su placa de identificación a un lector digital empotrado en la pared. Luego de validadas sus autorizaciones de acceso, la puerta se abrió y el equipo no pareció maravillarse con la tecnología de punta que cubría las paredes del lugar y las tropas

de elite entrenando en las áreas destinadas a tal fin.

—El equipo forense dejó el material en el laboratorio —informó el comisario Etchegaray, que luego de la captura del topo había sido designado director de Interpol Latinoamérica.

Los agentes asintieron sin formular palabra y caminaron directo al laboratorio. Allí, sobre una inmaculada mesa de trabajo, se ubicaban los objetos encontrados en la caja de metal: una caja de hierro sellada y un libro antiguo de importante tamaño.

Evelyn Hall saludó al doctor Shatz, que los esperaba en el recinto, y se colocó una chaqueta de trabajo blanca y guantes para no dañar el material.

—Parece el Gigas —conjeturó Hall refiriéndose al Códex Gigas, un extraño ejemplar de la Biblia de considerables proporciones que se conservaba en el Vaticano.

—En cuanto a su tamaño —declaró Shatz—, este es un tanto más pequeño y, por cierto, mucho más antiguo. Sin embargo, presenta algo que jamás había visto antes.

Hall, interesada, se acercó al libro. Riglos y Beltrán se mantuvieron expectantes, observando cada paso de los científicos.

—Fíjese en esto —indicó el antropólogo, que con una pinza sostenía la que parecía la más antigua de las páginas que componían el manuscrito.

—Es griego antiguo —dijo Hall colocándose un par de anteojos para ver en detalle. Luego ajustó la lente de aumento sobre el ejemplar y leyó algunas líneas.

—Ahora —interrumpió Shatz, pasando las hojas del libro y utilizando para ello la pinza de trabajo— observé aquí.

Hall se aproximó a la lente. Leyó el encabezado de aquella página y levantó la mirada, sorprendida.

—Y aquí —dijo nuevamente el antropólogo adelantando muchas páginas del libro—. Fíjese aquí.

—Por Dios... —murmuró Hall sin salir de su asombro—. ¿Puede ser posible? Shatz asintió.

—Los estudios preliminares que he logrado hacer en estas horas son pocos pero conclusivos. La primera hoja que le mostré es un juncal de papiro que data del 400 después de Cristo y que coincide con la fecha registrada en la anotación. La segunda que le enseñé es del año 1000 del año del Señor —informó convencido—. La tercera es del siglo pasado, del siglo xx.

—Es imposible —objetó la doctora Hall.

—Véalo usted misma —respondió Shatz tomando del codo a la mujer y acercándola al libro—. La última entrada está hecha en español en 1903.

—No puede ser... —repetía Hall aún viendo, ante sus ojos, que aquellas hojas de distintos grosores, texturas y tonalidades, cosidas a mano, componían un extraño ejemplar que no era otra cosa que un registro de distintas épocas, plasmadas en antiguos pergaminos, ajados documentos y viejos papeles manchados con tinta azul en algunos sitios.

—Observe las costuras —le indicó Shatz—. Este no es un libro común. Estos

primeros papiros —explicó refiriéndose a los que encabezaban el ejemplar— eran *umbillicus*, rollos del que colgaba el *syllabus* —Shatz volvió a tomar la pinza y señaló una membrana adherida al papel, donde se solía colocar el nombre del autor del documento—. En un principio esto no fue un libro. Fueron varios manuscritos como los hallados en el zoológico que alguien se tomó el trabajo de ordenar y encuadernar. Por lo tanto, puedo afirmar que, en algún punto del viaje del Legado de Hipatia, uno de sus custodios cosió a mano cada uno de los rollos que registraba su movimiento y, a partir de allí, cada una de las personas que protegió este tesoro fue agregando su propio registro.

—Increíble... —murmuró Hall tratando de magnificar la importancia de aquel descubrimiento.

—¿Podrían explicarnos qué es esto? —interrumpió Ana Beltrán desconcertada.

—Es una bitácora de viaje —respondió Shatz—. Y por lo poco que he llegado a leer, registra el viaje de los manuscritos rescatados de Alejandría desde el año 415 en Egipto hasta su llegada a Buenos Aires en 1903.

Aún pasmada por las deducciones de Shatz, Evelyn se ubicó frente al extraño ejemplar y trató de leer la primera de las entradas. En silencio, el resto de los allí presentes observó cómo la mujer llevaba una mano a su boca y contenía lágrimas de emoción. Luego, girando sobre la silla en la que se había sentado y enfrentado a sus compañeros, informó con solemnidad:

—Este es un diario de viaje. Lleva el nombre de *Anotaciones de Pérgamo*, la biblioteca a la cual originalmente estaban destinados a ir los libros que Hipatia logró salvar de la quema.



Sentados sobre el suelo de la oficina, la oficial Verónica Ávalos y el agente Román Benegas se encontraban absortos por el análisis de la documentación que tenían entre manos. La noche había cubierto Londres como un manto oscuro y frío que no invitaba a salir del edificio.

—Accedió a todos los análisis que hicieron Hall y Williams —dijo Ávalos con cierto grado de indignación—, a todo el operativo... ¡¿Cómo no nos dimos cuenta antes?!

—No lo sé... —musitó el agente— pero debemos avanzar, ya no hay nada que hacer al respecto.

—Para acceder al cargo que llegó —conjeturó la oficial— tiene que haber contado con contactos internos, ayuda...

—¿Estás sugiriendo que no es el único topo que hay? —inquirió Benegas, que le había dado vueltas al asunto. Ávalos asintió—. Hay alguien más, no hay duda. No

hay manera de que haya llegado hasta uno de los puestos de Interpol más altos sin ayuda.

—¿Y no vamos a hacer nada al respecto? —preguntó la mujer ofuscada.

—No hay nada que podamos hacer hasta no tener algo de La Legión, alguna prueba que la vincule con la Agencia... —Benegas guardó silencio un momento—. Debemos actuar con prudencia, un paso a la vez. Enfoquémonos en estos documentos, luego veremos.

La agente asintió y volvió a concentrarse en el archivo que estaba examinando. Aquella parecía la búsqueda de una aguja en un pajar.



—¿Y el cofre? —inquirió Ana, aún pasmada por la revelación del doctor Shatz.

—Está sellado. Lo he pasado por el escáner, hay otro objeto adentro. Sin embargo, mi equipo de trabajo tardará un par de horas más en abrirlo sin causarle daño.

—¿Cómo seguimos? —preguntó Riglos.

—Analizamos las *Anotaciones de Pérgamo* —respondió firme Hall, que, sin perder un segundo, se acomodó las lentes y se sentó en la mesa de trabajo dispuesta a pasar las horas que hicieran falta hasta leerlo de principio a fin.

—Mis asistentes están trabajando con el material que les facilitó Evelyn —interrumpió Shatz— el diario de anotaciones de Eduardo Holmberg y el cuaderno de Justo Beltrán. ¿Hay algo más que consideren relevante que sea analizado?

—¿Creen que los tres libros están conectados? —preguntó el Agente Cero.

—No vamos a descartar nada —respondió Hall de espaldas, observando una de las páginas de las *Anotaciones de Pérgamo*—. Si la Tabla Esmeraldina está compuesta por cuatro piezas, y Holmberg lo descubrió, seguramente lo hizo luego de analizar este libro —señaló el antiguo compendio de documentos—, y siguiendo la lógica de sus pistas, su cuaderno de anotaciones es clave.

—Puedo ayudar —dijo Ana, acercándose a la mesa de trabajo.

—Isabel —dijo Hall—, tu especialidad es la patología forense, has descubierto varias pistas, cierto, pero este libro es...

—Evelyn —interrumpió la criminóloga—, yo me encargaré del libro de Holmberg, el asistente de Shatz puede participar en su análisis, pero no me quedaré acá sin hacer nada cuando tengo una vida que recuperar.

Los presentes asintieron en silencio. Así, Beltrán se ubicó en otra mesa de trabajo y pidió al doctor Shatz que quien estuviera trabajando con el libro de Holmberg le permitiera participar del análisis.



—Nada tiene sentido —resopló frustrada Verónica Ávalos y se recostó contra el suelo cerrando los ojos. Luego se llevó una mano a la cabeza y se revolvió el pelo.

Benegas la observó pero no se movió de su sitio, quería terminar con aquel asunto cuanto antes.

—Ve por café —dijo parco—, estás cansada.

Ávalos se incorporó, apoyó el peso de su cuerpo sobre los antebrazos y, con el pelo revuelto e incrédula por la frialdad del agente, le dijo:

—¿Qué carajo te pasa?

Benegas levantó los ojos del documento. Midiendo si iba a responder o no. Contuvo una sonrisa.

—Deben de ser tus cambios de humor —respondió sarcástico y casi creyó ver un destello de rabia en sus ojos. Le mantuvo la mirada.

—¿Mis cambios de humor? —Ávalos se incorporó del todo y quedó sentada al estilo indio—. Lo tuyo no tiene nombre —le reprochó.

—Estaba en una misión, Verónica —contestó él firme—, no podía revelarte absolutamente nada al respecto.

Se mantuvieron en silencio, cada uno a un lado de la oficina. Afuera, la noche ya se había instalado y la Agencia estaba vacía. La tensión entre ambos podía cortarse con tijera, resultaba tan palpable que si alguien hubiera querido ingresar en la sala, habría tenido que abrirse paso entre la masa tirante que se había formado entre ellos. Ávalos no bajó la mirada, ni siquiera pestañeó cuando notó que el agente se incorporaba y se acercaba hacia ella como un león acechando a su presa. Dejó que le descruzara las piernas, estirándolas sobre la alfombra arratonada, y que le sujetara los brazos obligándola a recostarse sobre el suelo. Ella no emitió sonido ni puso objeción alguna, dejó que él tomara el control de la situación. Sintió cómo el hombre se acomodaba, con todo el peso de su cuerpo, contra ella y, sin decir nada, le acariciaba los mechones de pelo oscuro, despejando su cara, observándola con detenimiento al tiempo que elaboraba lo que estaba por decir.

—Si vamos a hacer esto —comenzó—, debe quedar claro que las misiones en las que trabajamos quedan fuera de nuestra vida —con el dorso de la mano le acarició el pómulo y notó el estremecimiento de su cuerpo—. No hay manera de que estemos juntos si no aceptas esa condición.

La mujer asintió en silencio. Sin despegar la mirada del agente sobre ella. Sabía que no tenía escapatoria, no la quería tampoco, estaba a merced de Benegas y, de alguna manera, no tener el control le resultaba un bálsamo. Dejó que el agente le acomodara nuevamente el cabello, le recorriera las facciones con la punta de los dedos, sin prisas ni urgencias, intentando disfrutar de la intimidad que estaban compartiendo.

—¿Estamos de acuerdo, Verónica? —inquirió él pronunciando su nombre en un tono más grave de lo habitual al tiempo que se apretaba contra ella. Sintió que volvía a estremecerse.

Verónica Ávalos enfrentó el abismo. Las palabras del agente, pronunciadas con cierta armonía, hicieron eco en cada rincón de su cuerpo. No sabía nada de Benegas. Apenas habían hablado de sus vidas, y allí, a punto de sucumbir a los caprichos del destino —condicionada por el cuerpo sobre ella, que le nublaba el pensamiento—, decidió dejar a un lado su naturaleza racional y se rindió. Benegas, consciente de la entrega de la mujer, se acercó sin contemplaciones y no la dejó escapar.



El doctor Shatz ingresó en el laboratorio de análisis donde sus asistentes, la doctora Hall y Ana Beltrán estudiaban el antiguo conjunto de documentos que componían las *Anotaciones de Pérgamo*. En sus manos llevaba el cofre de hierro que habían encontrado junto con el manuscrito.

—¿Pudo abrirlo? —preguntó Riglos, y se acercó a la mesa donde el científico apoyaba la caja.

Evelyn Hall y el resto de los presentes se aproximaron también. Ana se colocó junto a Agustín y pudo sentir el calor de su cuerpo y el aroma a sándalo y madera que emanaba. Las imágenes de la noche que habían compartido en el Hotel Baglioni la asaltaron, y se distrajo un segundo, pero se obligó a prestar atención a lo que Shatz estaba diciendo al tiempo que levantaba la tapa oscura y roída por el paso del tiempo.

—¿Una llave? —inquirió desconcertada Ana acercándose al pesado objeto de hierro que el antropólogo sostenía con delicadeza.

—No es una llave común —aclaró Shatz mientras depositaba el objeto sobre la mesa de trabajo y acomodaba las lentes y la iluminación adecuada para poder estudiarla con detenimiento—. Jamás había visto algo similar. El mango es de bronce, sin embargo no logro dilucidar este grabado —dijo señalando el sitio donde se podía observar el rastro de un antiguo dibujo casi perdido por el paso del tiempo—. El resto de la llave es de hierro y la combinación... es absolutamente... —Shatz parecía tener dificultades en encontrar el término exacto— críptica.

—Ciertamente es extraña —reflexionó Hall tomando la llave enfundada en sus guantes de látex y acercándola hacia la luz bajo la lupa para estudiarla con atención—. Deberíamos escanearla.

Shatz asintió sin mediar palabra y fue por el dispositivo que necesitaba.

—Otra llave más... —murmuró Ana al sentarse sobre una de las sillas de trabajo del laboratorio. Se la notaba desmoralizada, casi podía decirse que estaba agotada—. ¿Es que acaso esto no termina más? —se quejó.

—No sé qué tan importante pueda ser la Tabla Esmeralda —contestó Agustín mientras se sentaba a su lado y sujetaba su mano—, pero si una organización como La Legión ha estado tras ella por siglos y ni qué decir de Interpol, la CIA y demás... resulta evidente que se trata de algo grande, tan grande que quien descifró sus misterios se ocupó de ocultar muy bien todas sus partes y, sobre todo, dejar un sinfín de pistas.

Ana asintió en silencio. Rememoró una vez más el largo camino que había recorrido desde que tuvo que reconocer el cuerpo de su padre colgado de la viga principal de la biblioteca del Zoológico de Buenos Aires hasta el momento en el que se encontraba. Allí, sentada sobre un butacón de cuero negro, ensimismada en sus propios pensamientos, perdida ante la absurda posibilidad de no resolver jamás aquel secreto que tan atribulada tenía su mente desde el asesinato de Emerio.

—Evelyn —dijo Ana incorporándose—, ¿qué dice la última anotación en el libro? —Se refería a la *Anotaciones de Pérgamo* sobre las que Hall había estado trabajando las últimas doce horas—. ¿Has llegado a leerla?

Hall negó con la cabeza, pero se acercó al viejo manuscrito y, con extrema delicadeza, pasó las páginas hasta llegar a la última entrada de aquella singular bitácora de viaje. Se colocó los anteojos con cierta elegancia y encendió una luz especialmente diseñada para tratar ese tipo de documentos que le permitió ver con claridad el último registro. En voz alta, y en un español casi perfecto, Evelyn Hall leyó:

—«Buenos Aires, 1903. Luego de horas de reflexión, he entregado el libro con el mapa que ubica los códices y la tabla a J. B. En cuanto a la llave y las instrucciones, las he dejado en manos de F. Z. Por último, C. M. H. recibirá las flores. Eduardo Ladislao Holmberg».

Hall levantó la mirada y se detuvo en Ana Beltrán. Su mente iba más rápido de lo que ella imaginaba. Había visto algo que escapaba a su conocimiento; lo notó en el destello de sus ojos y en el súbito color que tomaron sus mejillas, como si su corazón se hubiera acelerado intempestivamente.

Capítulo XXVII

VERÓNICA Ávalos separó la carpeta amarilla, ajada por el tiempo con las iniciales «S» y «A» inscriptas sobre ella y, concentrada en su contenido, se ubicó sobre una banqueta algo gastada y empezó a leer.

«S y A», susurró suavemente. Benegas, frente a ella, concentrado en otro documento, levantó la vista.

—¿Encontraste algo? —preguntó.

Ávalos se acercó al agente sin quitar los ojos de la carpeta que llevaba en las manos.

—No lo sé... —respondió dubitativa—. Pero este es un archivo diferente.

—¿Diferente? —quiso saber Benegas quitándoselo de las manos.

—Es un informe confidencial del Vaticano —aseguró Verónica.

—Sobre la Santa Alianza... —murmuró Román asombrado—. ¿Quiénes son estos sujetos? ¿Qué es La Legión?

—Si lo que dice ahí es cierto —comentó la mujer mientras señalaba el viejo papelerío mecanografiado con alguna antigua máquina de escribir—, la historia de la Santa Alianza es una gran farsa...

—Una farsa para cubrir lo que se supone que no existe —agregó Benegas—, La Legión.

—La bendita Legión... —dijo Verónica Ávalos. Luego se concentró en Benegas. Se había vuelto a colocar la camisa, y, aunque arrugada, nadie hubiera podido adivinar lo que había sucedido entre ellos un par de horas atrás, sobre aquella alfombra raída. Sintió que se ruborizaba y se obligó a guardar aquellos pensamientos en algún lugar recóndito de su memoria—. No sé qué se supone que debemos hacer con esta información.

Benegas intentó encontrar una respuesta. Lo cierto es que él tampoco sabía qué hacer con aquello que tenían entre las manos.

—Esto no es algo que podamos manejar nosotros, es un documento confidencial que...

—Que escapa a nuestro conocimiento —afirmó la agente.

—Exacto —Benegas se acercó a ella—. Si lo que dice este documento es cierto, la historia, como nos la han contado, ha sido una gran mentira.

—¿Lo decís por si verdaderamente se creó la Santa Alianza con el supuesto objetivo de asesinar a Isabel de Inglaterra, que era protestante, y así volver a establecer el catolicismo a través de María Estuardo, reina de Escocia?

—Lo cierto es que ya no importa si esa fue la razón por la cual Pío V quería o no que Inglaterra volviera al catolicismo, lo que importa es que este documento —Benegas sacudió la carpeta con energía— cuenta una versión de la historia que jamás seremos autorizados a investigar siquiera.

—Pensé que Interpol tenía *carte blanche* en cualquier asunto.

—No en asuntos vinculados con el Vaticano.

—¿Por eso lo tenían a Uróboro? —preguntó Ávalos con relación al alias de Agustín Riglos durante sus años infiltrado en La Legión como espía papal.

Benegas sonrió. No iba a responder.

—No vas a decirme.

—No puedo —Benegas sonrió—. No insistas.

Verónica Ávalos devolvió la sonrisa. Empezaba a comprender el rol crucial que había jugado Agustín Riglos en aquella gran pantomima. Además de haberse convertido en parte de La Legión, había accedido a los secretos más oscuros del Vaticano y así Interpol había conseguido información que, de otra manera, hubiera sido imposible conocer.



Ana continuaba en silencio, elucubrando teorías, atando cabos. Sin emitir palabra se acercó a su mesa de trabajo, tomó el diario de Holmberg y retrocedió varias páginas hasta dar con la que buscaba. Asintió. Luego se aproximó al escritorio de Hall, sobre el cual reposaba el compilado con las anotaciones de Pérgamo y, sin pedir permiso, se colocó un par de guantes de látex, giró y, dirigiéndose a Hall, dijo:

—¿Hay alguna entrada que hable de flores?

Evelyn se acomodó los anteojos y se aproximó a la mesa de trabajo. No había terminado de leer todos los documentos. Sin embargo, una entrada en particular hacía referencia a ciertas flores. Con delicadeza, retrocedió varias páginas, algunas más gruesas que otras según su antigüedad y calidad del papel. Cuando llegó a la entrada en cuestión, se detuvo y trató de traducir el escrito en francés al español de la manera más fiel: «París, 1824. Tres flores. Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero. Suavemente, con mucho ingenio. Pierre-Joseph Redouté».

—Por Dios... —murmuró Hall—. Está citando la tabla...

—¿Cómo? —inquirió Ana, que seguía pensando en el tema de las tres flores y las iniciales del destinatario.

—«Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero. Suavemente, con mucho ingenio». Es un fragmento del texto de Hermes.

—¿Y qué tiene que ver eso con flores? —interrumpió el doctor Shatz intrigado.

Evelyn Hall, Agustín Riglos y el antropólogo giraron la cabeza al mismo tiempo y observaron, impacientes, la respuesta que, intuían, había figurado Ana Beltrán un par de minutos atrás.

Ella los observó detenidamente uno por uno, como si fuera reconociendo sus facciones por primera vez. Allí, frente a sus narices, dos científicos de renombre y un

agente de Interpol que le quitaba el sueño, y ella, una simple patóloga forense, especialista en crímenes de los más macabros acababa de descubrir la última clave de aquel misterio. Las iniciales en la entrada final de Holmberg en las *Anotaciones de Pérgamo* habían sido reveladoras. Sin embargo, las flores seguían siendo un enigma. ¿Qué flores había entregado Holmberg? Ya sabía a quién, pero ¿a qué se refería con las «tres flores»? ¿Eran tres flores reales? Imposible. ¿Era un símbolo? Notó que los presentes aguardaban una respuesta.

—El último escrito de Holmberg me dio la clave. «Buenos Aires, 1903. Luego de horas de reflexión, he entregado el libro con el mapa que ubica los códigos y la tabla a J. B. En cuanto a la llave y las instrucciones, las he dejado en manos de F. Z., y por último, C. M. H. recibirá las flores. Eduardo Ladislao Holmberg» —repitió, casi de memoria, lo que Evelyn Hall les había leído del manuscrito momentos antes—. El libro con el mapa que ubica los códigos y la tabla se la entregó a J. B., Justo Beltrán, mi abuelo. Es el diario de anotaciones de Holmberg que mi padre heredó del suyo y que yo encontré en su caja fuerte.

—El libro con el mapa del zoológico y la ubicación de los manuscritos —interrumpió Riglos. Ana asintió.

—El mismo diario que nos permitió descifrar que Holmberg había descubierto que la tabla está compuesta por cuatro piezas y que debíamos volver al principio.

—*Ex novo* —susurró Evelyn Hall—, el zoológico.

Ana volvió a afirmar con un rápido movimiento de cabeza y continuó con su explicación:

—Después habla de una llave y ciertas instrucciones que ha dejado en manos de F. Z.

—Federico Zaldívar —murmuró Agustín empezando a comprender—, el abuelo de Max.

—Exacto —Ana tomó la cadena que colgaba de su cuello y les enseñó el colgante que hacía más de un año que llevaba encima—. Esta llave estaba en la caja de seguridad de Máximo Zaldívar y, junto a ella, una carta que indicaba que la llevara siempre conmigo, ya que me conduciría a la verdad.

—La llave que te permitió abrir el cajón oculto en la bóveda del zoológico —afirmó Hall cada vez más interesada en el asunto.

—Y por último —agregó Ana— Holmberg dice que C. M. H. recibirá las flores. —Beltrán volvió a hacer una pausa—. No sé de qué se trata el asunto de las flores —aclaró— pero las iniciales C. M. H. corresponden a esta persona —concluyó la criminóloga enseñándoles el libro de anotaciones de Holmberg donde se podía distinguir una sutil marca de agua que rezaba: Cristóbal María Hicken.

Capítulo XXVIII

EL avión se deslizó sobre la pista casi como si de espuma se tratase. Ni un movimiento en falso. Pura seda cayendo sobre la piel, resbalando sobre el asfalto mojado de la pista de aterrizaje del aeropuerto Ministro Pistarini. Habían llegado.

La nave de la Agencia se ubicó en el hangar designado y Verónica Ávalos y Román Benegas descendieron sin hablar. Se los notaba cansados, aturcidos, y había un cierto dejo de reproche y culpa en sus ojos. No habían logrado descifrar el enigma, no habían podido quebrar al topo y, frente a sus ojos, el descubrimiento que podría haber sido crucial para Interpol se les había escurrido como agua.

«Foja cero», pensó Benegas, al tiempo que pasaba por la habitual entrada al aeropuerto por la cual se manejaban los agentes de seguridad y el personal diplomático. El hombre a cargo de aquella singular aduana invisible lo saludó con una leve inclinación de cabeza y, ante el gesto de Benegas, dejó pasar a la mujer que acompañaba al miembro de Interpol que ya conocía.

—Nos esperan en la base —informó Román apoyando su mano sobre la espalda de la mujer.

—¿Ana estará ahí? —preguntó Ávalos ansiosa. Sabía que la criminóloga ya había llegado a Buenos Aires.

El agente asintió y una sonrisa indisimulable afloró en los labios de la mujer. Desde el preciso instante en el que se había enterado de que Ana Beltrán estaba con vida, había deseado verla, constatar que su entrañable compañera de aventuras de la infancia se encontraba sana y salva, pero sujeta al programa de protección de testigos, verse era imposible. Sin embargo, a minutos de volver a encontrarse, lamentaba no poder llevar una respuesta a parte del enigma que las había tomado por sorpresa la noche en que se enteraron de la muerte de Emerio Beltrán.

Continuó tras los pasos de Benegas, concentrada en las pasadas horas, en el análisis exhaustivo de la documentación que habían revisado de punta a punta. No habían dejado nada librado al azar. La Legión era organizada, metódica, invisible. A tal punto que uno de los más altos cargos de la Agencia había resultado ser un infiltrado, un espía por casi veinte años. Veinte años durante los cuales información de carácter confidencial había sido controlada, a discreción, por quien creían que era uno de los agentes más respetados y admirados de la Agencia.

Ávalos se ubicó en el asiento trasero del vehículo oficial y ajustó su reloj a la hora local: las ocho de la mañana. El aire acondicionado del automóvil se le pegó a la piel húmeda, refrescándola apenas. Iba a hacer calor. Vestida para el invierno londinense, se quitó el abrigo y el suéter, y se quedó con una musculosa blanca. Benegas ya estaba sin su saco y la camisa arremangada. Probablemente sus gemelos de plata estuvieran en su bolsillo. Ella sonrió, era un hombre de costumbres singulares.

En silencio, el conductor oficial los llevó por las largas autopistas, cargadas aún a aquellas horas de la mañana de los primeros días de febrero, y tardaron lo que pareció una eternidad hasta llegar al destino. Cuando la camioneta se detuvo en el número 315 de la calle 25 de Mayo, en San Isidro, Verónica sintió que estaba de vuelta en casa.



El Instituto Darwinion, en el corazón de Barrio Parque Aguirre, se encontraba desierto. Sin embargo, y a diferencia de la primera vez que había estado allí, no tendría que irrumpir en la propiedad. Esta vez, el edificio estaba a su entera disposición. Ante la puerta de entrada, de madera labrada pintada de color blanco, Ana Beltrán, Agustín Riglos, Evelyn Hall y el antropólogo Rafael Shatz esperaban que el guardia de seguridad les permitiera el acceso.

Ana ingresó primera. Lo recordaba más grande; la recepción, más amplia. Todo parecía más pequeño en aquella oportunidad, como si de repente los ambientes se hubieran reducido a su alrededor. Levantó la mirada. La biblioteca balconeaba al hall central; y en el medio de la pared principal, el viejo cuadro de Holmberg donde había encontrado la pista que finalmente la había llevado al Zoológico de Buenos Aires. Ahora, allí, buscaba tres flores. Tres flores que el científico argentino había entregado a su discípulo y que, seguramente, escondían la última de las pistas para llegar a las piezas desconocidas de la Tabla Esmeraldina. ¿Terminaría esta búsqueda alguna vez? Necesitaba algo de paz, retomar su vida, volver a ser Ana Beltrán, recuperar sus rutinas en el laboratorio de análisis forense y en la editorial. Luego estaba el tema de Agustín Riglos. ¿Qué se suponía que pasaba entre ellos? Habían vuelto a estar juntos pero luego la sucesión de hechos en los que se vieron inmersos los obligó a enfocar sus energías en otros temas. Ella, por su parte, no había dejado de pensar en él.

Casi como si hubiera leído sus pensamientos, el agente Agustín Riglos la miró seriamente. Sus ojos se clavaron en ella como estacas en tierra húmeda. No hacían falta las palabras, los dos sabían lo que pensaban, los dos habían definido qué hacer con sus vidas apenas dieran cierre a aquella interminable cadena de secretos. Riglos, próximo a ella, susurró algo en su oído y Beltrán asintió intentando contener la tormenta que se había despertado en su interior. Haciendo a un lado aquel remolino, giró sobre sí y dijo:

—Tres flores. Buscamos algo que nos remita a flores. No sé si se trata de flores en sí o de un símbolo, incluso un libro —se atrevió a conjeturar—. Pero debemos revisar este sitio de punta a punta. Si Cristóbal Hicken recibió la última parte de este rompecabezas, sin dudas se encuentra acá.

—Este es un instituto de botánica —interrumpió Shatz—. La mitad del material

debe de referir a flores.

—Lo sé... —suspiró desalentada Beltrán—. Pero este es el lugar. Tenemos que dividirnos. Evelyn y yo empezaremos por el antiguo despacho de Hicken y el último piso de la biblioteca. Ustedes —dijo refiriéndose al antropólogo y al agente de Interpol— dedíquense a la biblioteca.

Los hombres asintieron sin emitir sonido y se dispusieron a revisar una biblioteca tan grande que no sabían por dónde empezar. Hall y Beltrán, por su parte, subieron a la segunda planta y allí se aventuraron a recorrer la biblioteca y el que había sido el escritorio y archivo personal de Hicken.

Capítulo XXIX

EL cuerpo del topo reposaba inerte sobre la camilla de análisis forense. El patólogo, que se aprestaba a realizar la autopsia, terminaba de colocarse los guantes de látex mientras acomodaba el instrumental quirúrgico necesario sobre la mesa de trabajo.

Ubicado sobre el piso de linóleo, impregnado con olor a desinfectante, el forense estaba listo para proceder, cuando la tranquilidad de su recinto fue interrumpida por el ingreso de dos agentes que, tras acreditarse y presentar la documentación necesaria, procedieron a retirar el cuerpo.

—Esto es un tanto fuera de lo común —se quejó el patólogo, corroborando que la documentación que le entregaban estaba en regla y quitándose los guantes y arrojándolos al cesto de basura evidentemente ofuscado—. Allí lo tienen, pueden llevárselo.

Los dos agentes de Interpol, un hombre y una mujer, dieron las instrucciones a su equipo de trabajo y en menos de cinco minutos dispusieron todo para sacar al difunto de allí.



Verónica Ávalos y Román Benegas continuaban concentrados en la documentación que habían encontrado en la casona de La Legión, convencidos de que allí encontrarían algún rastro que les permitiera cerrar aquella investigación. Se habían ubicado en una de las oficinas de la base de Interpol en San Isidro y, en silencio, releían metódicamente cada informe.

—Es un camino sin salida —Ávalos echó el peso de su cuerpo contra el respaldo del asiento y refunfuñó.

—Hay que seguir —insistió Benegas sin despegar la mirada de los papeles—. Hay algo que se nos está escapando.

Verónica arqueó su cuello hacia atrás, abatida, y suspiró. Luego, como si tuviera que obligarse a volver al sitio en el que estaba, se incorporó y retomó la lectura de los archivos. Aquella era una pérdida de tiempo, no habían encontrado nada en Londres. ¿Qué le hacía creer a Román que ahora sería diferente? Los documentos eran los mismos, ellos no habían descansado, nada parecía indicar que fueran a llegar a buen puerto en aquella inagotable búsqueda.



Ana trató de abstraerse, de olvidarse del mundo a su alrededor y mirar con otros ojos, los de científica, los de criminóloga, aquellos que le permitían encontrar indicios, pequeños detalles, minúsculas evidencias que desataban el todo y podían darle respuestas.

Estaba a solas en el despacho que había pertenecido a Cristóbal Hicken, discípulo de Eduardo Ladislao Holmberg y quien, según los registros en las *Anotaciones de Pérgamo*, había sido el destinatario de la tercera pieza del rompecabezas. Las flores. «¿Qué flores?», no dejaba de preguntarse.

Se ubicó en el asiento tras el antiguo escritorio y recorrió en detalle los alrededores de la habitación. Una biblioteca ocupaba una de las paredes desde el piso hasta el techo y de lado a lado. Miles de ejemplares sobre botánica reposaban sobre sus estantes. A su derecha, la pared cubierta de *boiserie* se mantenía impoluta. Ni un cuadro, ni un estante, nada más que una pequeña guarda decorativa. «Demasiado austero para el resto del lugar», reflexionó Ana en voz baja y giró hacia su izquierda. La pared estaba atiborrada de cuadros, fotografías y viejos artículos de *El Naturalista Argentino*. Continuó sentada tras el escritorio. Había vuelto a la pared de *boiserie*, ascética, tan deliberadamente vacía que parecía gritar que era una pista. Se incorporó y, acercándose con aplomo, apoyó las palmas de sus manos sobre la madera color caoba. La golpeó. Hueco. Había algo del otro lado.

—Eve —dijo en un tono elevado, llamando la atención de la científica que se había internado en el archivo de Hicken ubicado junto a la oficina—, ¿podrías venir?

Los tacos de Evelyn Hall resonaron contra los tablones de madera de Eslavonia que conformaban el piso. Ingresó en el despacho y notó que Ana palpaba una de las paredes con cierta disciplina.

—Encontraste algo —afirmó la científica.

—No lo sé, pero mirá este lugar: una biblioteca atiborrada de ejemplares, una pared saturada de cuadros y condecoraciones y una completamente vacía. Y es hueca.

—Hay algo detrás —dijo convencida y entusiasmada a la vez. Luego se aproximó a Ana e imitó a la criminóloga en la búsqueda de alguna pista en aquella pared.



En la camioneta en que lo trasladaban, los dos agentes esperaban que el hombre despertara. Era solo cuestión de minutos. Se observaron sonrientes y corroboraron el último mensaje de su tercer contacto. La misión estaba a punto de concretarse.



Román Benegas volvió a mirar aquel pequeño detalle, minúsculo, tan insignificante que ni siquiera él, que había leído y releído el documento una y otra vez, y que incluso había utilizado aquella técnica, lo había notado. Ni siquiera lo había considerado, ¿podía ser posible?

Se recostó sobre el asiento y tomó el celular. Si lo que estaba pensando no era una locura y de hecho era posible, probablemente perdería su puesto en Interpol. No era posible que a un agente de su categoría lo hubieran engañado tanto. La línea segura del otro lado del Atlántico tardó más de lo normal en responder.

—Sí —dijo la voz conocida.

—¿Qué conclusiones sacaste del cuerpo del topo? —preguntó sin preámbulos.

—Ninguna —respondió la voz molesta—. Estaba por practicar la autopsia cuando los agentes se lo llevaron.

—¿Agentes? —Román se incorporó. Verónica pudo notar como las venas de sus manos se marcaban con furia al apretar el celular—. ¿Qué agentes?

Al escuchar la respuesta, Román Benegas estrelló con violencia el celular y se dejó caer sobre el piso, abatido. Trataba de encontrarle lógica al asunto. No podía creer que lo hubieran engañado así, de esa forma, a él, el agente implacable de Interpol, el arriesgado espía, el perfecto artífice de su propio destino. Pudo escuchar que Ávalos le hablaba, pero simplemente no lograba entender sus palabras. Todavía resonaban en su cabeza los nombres que el patólogo de turno en Londres le había dado, los dos agentes que, junto con el cuerpo del topo, se habían dado a la fuga.



—Un panel falso —susurró Riglos, que se había sumado junto con Shatz a las científicas en la búsqueda de un posible acceso tras esa puerta.

—Podríamos usar el escáner —indicó el antropólogo— y ver si, efectivamente, hay algo detrás.

—No va a hacer falta —informó contundente Ana Beltrán, al tiempo que un casi inaudible chasquido anunciaba la apertura del panel.

Ante los ojos incrédulos de los presentes, la madera avanzó lentamente —a medida que Ana la empujaba— desplazándose sobre un riel hacia el interior de la pequeña habitación, oculta tras el falso vano de la pared. En silencio, Evelyn Hall, Agustín Riglos, Rafael Shatz y Ana Beltrán observaron que, en el centro del pequeño cuarto, reposaba un cuadro. Ana, la primera en entrar, observó la pintura y sonrió.

—La *Rosa clinophylla* —leyó—, la *Rosa centifolia* —tragó saliva— y la *Rosa moschata*. Tres flores, pintadas por el artista Pierre-Joseph Redouté —no pudo evitar reír y, al mismo tiempo, sentir una lágrima que se le escapaba sin pedir permiso. Ya tenían las piezas, ahora debían descubrir qué hacer con ellas.

—«Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero. Suavemente, con mucho ingenio» —repitió Hall recordando la entrada en las *Anotaciones de Pérgamo* hecha por Redouté al tiempo en que se acercaba al cuadro que contenía las tres láminas, una junto a la otra—. Deberíamos volver al laboratorio, allí podremos observar estos documentos y descubrir finalmente su gran secreto.



Verónica Ávalos no podía creer lo que acababa de escuchar de labios de Benegas. Retrocedió sobre sus pasos. No era posible.

—¿Estás seguro, Román?

—Se lo llevaron, no hubo autopsia. Dos agentes acreditados, dos agentes que yo conozco —gritó—, con quienes he trabajado, por Dios, ingresaron en el laboratorio de análisis forense de la Agencia en Londres y, con la documentación en regla, se llevaron el cuerpo.

—Pero ¿cómo...?

Antes de que Ávalos concluyera su pregunta, Román Benegas se acercó al archivo que había estado revisando y repitió en voz alta:

—«Uso de venenos de diseño».

—Con eso no me decís nada.

—Los agentes que se llevaron el cuerpo de Paul Preston fueron Amelia Tate, una oficial de encubierto que colocamos para seguir los pasos del profesor Williams durante las investigaciones de los escritos alejandrinos, y Borja Sanz, el científico que diseñó el veneno para simular la muerte de Ana.

Verónica comprendió.

—¿Paul Preston no está muerto?

—No, el topo escapó —afirmó Benegas—. Y con él, sus secretos.

Capítulo XXX

LA doctora Evelyn Hall, asistida por el antropólogo Rafael Shatz, había colocado el gran cuadro que contenía las tres láminas de las flores sobre la mesa de trabajo. Con cuidado y delicadeza habían separado el marco, habían quitado el vidrio y, con una meticulosidad particular, habían ubicado cada una de las pinturas sobre un espacio individual para su estudio.

—«Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero. Suavemente, con mucho ingenio» —repitió Hall observando con detenimiento cada pintura ubicada bajo una lente de aumento y las luces indicadas para su estudio—. ¿Tiene el escáner listo, doctor Shatz?

Shatz asintió. En primer lugar ubicó el aparato sobre la *Rosa clinophylla* y el resplandor, captado por el adminículo, verificó sus sospechas: había algo debajo. Los presentes se sobresaltaron al ver el fulgor de la lámina. Casi no podían creer lo que estaban observando. La *Rosa centifolia* y la *Rosa moschata* evidenciaron exactamente lo mismo. Bajo aquellas tres láminas se ocultaban otras tres.

—Son las piezas que faltan —auguró Hall emocionada—. Ahora debemos separar lo sutil de lo grosero.

—Quitar las láminas para ver las piezas de la Tabla Esmeraldina —afirmó Ana Beltrán.



Paul Preston sintió la boca pastosa y el cuerpo adolorido, como si le hubieran pegado. Luego, sin emitir palabra, abrió los ojos. A su lado, Borja y Amelia, sus aliados durante años en aquella titánica misión que los había sumido en Interpol durante tanto tiempo. Intentó sonreír, casi no podía. Las secuelas de la tetrodotoxina continuaban teniendo efecto sobre sus músculos.

—No hable, Pablo —dijo Borja, llamándolo por el nombre que había elegido como director de La Legión—. Esté tranquilo, los efectos del veneno pasarán en un par de horas.

—¿Y la tabla? —Se esforzó por preguntar.

—Está en camino —respondió Amelia. Y así Pablo cerró los ojos y pudo descansar.



Al ver cómo la tercera membrana se separaba de la lámina, Ana sintió que el corazón empezaba a latirle aún más fuerte. Frente a ellos, tres finas placas de esmeralda grabadas con punta de diamante que a lo largo del tiempo habían sido veladas por tres pinturas: las tres flores de Redouté.

Hall acercó el manuscrito original, el que siempre habían creído que era la verdadera Tabla Esmeralda, y lo colocó junto al resto. Una al lado de la otra, en hilera prolija. A simple vista, no había más que un texto tan arcano como el de Hermes.

Desmoralizada, Hall retrocedió sobre sus pasos para observar las cuatro piezas en su conjunto. Entonces notó que la criminóloga se aproximaba a la mesa de trabajo. Con determinación y cuidado, Ana fue ubicando cada lámina en un lugar diferente hasta formar un cuadrado perfecto. Al hacerlo, la tabla refulgió. Ana retrocedió un paso, más por instinto que por miedo, y luego, al ver que todo estaba en orden, vio lo que buscaba.

—Cuatro piezas... «Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero. Suavemente, con mucho ingenio». La Tabla Esmeralda, la que encontramos en el zoológico, escondía los cuatro elementos, la tierra y el fuego son dos de ellos. Lo sutil de lo grosero... Lograr separar las pinturas groseras de Redouté de las láminas de esmeralda, con mucho ingenio... —Guardó silencio un momento. El orden que había elegido para darles a las piezas no era azaroso: separaba la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero y, con mucho ingenio, las cuatro piezas conformaban un conjunto—. ¿Eve, lo ves?

Hall se acomodó los anteojos. Y observó la nueva disposición de las piezas.

—El cuatro... —murmuró Hall—. El patrón se repite. Cuatro piezas, cuatro elementos...

—El tetragrama —interrumpió Beltrán.

—¿Podrían explicarme? —preguntó aturdido Riglos, que no lograba ver más que ciertos símbolos refulgir en los vértices del conjunto que se había formado con las tablas.

Evelyn Hall se acercó a las piezas y, con un pequeño puntero digital, señaló los símbolos que se podían observar luego de haberlas unido.

—Es el tetragrama, Agustín —informó Hall—. YHVE.

Los presentes guardaron silencio un momento.

—Es el nombre de Dios —aclaró Beltrán—. La tabla esconde el nombre de Dios.

Capítulo XXXI

VERÓNICA Ávalos distinguió a una cambiada Ana Beltrán en el pasillo de la Agencia. Al verla, no pudo evitar correr a su encuentro, como en sus épocas de infancia.

Ana sostenía una taza de café y charlaba animadamente con el doctor Shatz y Agustín Riglos cuando escuchó una voz conocida que se aproximaba. Sin preocuparse por la conversación, se dio vuelta y descubrió a su querida amiga acercándose, sonrió como hacía tiempo no lo hacía y se fundió en un abrazo que se tradujo en lágrimas. Luego de creerla muerta, ver que Ana Beltrán se encontraba sana y salva había sido una de las mejores noticias del día, por no decir de los últimos tiempos.

Benegas, por su parte, apartó a Riglos de la pequeña reunión y lo llevó a un lado.

—Tenemos un problema. Paul Preston no está muerto, utilizó un veneno de diseño para simular su muerte y huyó. Borja Sanz y Amelia Tate eran sus colaboradores. Los tres, infiltrados de La Legión.

Riglos apretó la mandíbula y apoyó el vaso de agua que había estado sosteniendo todo ese tiempo sobre una mesa lateral. No era posible que los engañaran así.

—¿Cómo...?

—En los archivos que encontramos en el arresto del topo vi una mención a los venenos, luego fue simple asociación: llamé a Londres y Tate y Sanz habían retirado el cuerpo de Preston. He puesto la alerta, pero han desaparecido...

Agustín se llevó una mano a la cabeza y revolvió su pelo con fuerza. Ana detectó ese movimiento y de inmediato supo que algo andaba mal. Se acercó al hombre que había conocido como Marcos Gutiérrez y Verónica la secundó.

—Paul Preston escapó —informó Riglos poniéndola al tanto de la situación: que el director de Interpol Latinoamérica era un doble agente, espía de La Legión, y que sus cómplices habían sido nada más y nada menos que el bioquímico Borja Sanz y la agente Amelia Tate, amante «asignada» al seguimiento del profesor Jack Williams durante sus tareas como director de investigaciones del comité de análisis de los manuscritos alejandrinos.

Ana intentó procesar toda aquella información. Asimilarla. Estaba agotada, necesitaba descansar. Habían encontrado la tabla. Ahora podrían estudiarla, conocer sus secretos. Aunque La Legión no había sido disuelta y su director seguía vivo, ella debía retomar su vida. Debía volver a ser Ana Beltrán.

—Román —dijo firme dirigiéndose al agente español—, necesito dejar atrás a Isabel Romero, quiero volver a ser Ana Beltrán.

Román asintió. Sabía que aquel era un asunto que debía resolver. Luego, y tratando de enfocar su cabeza agotada en aquello que le intrigaba, preguntó:

—¿Qué sucedió con la Tabla Esmeralda? ¿La encontraron?

El rostro de Ana se iluminó.

—Evelyn está haciendo los primeros estudios en este momento, ¿quieren verla? —preguntó entusiasmada.

Ávalos y Benegas asintieron, Ana se adelantó unos pasos e ingresó primero en el laboratorio. Los demás la secundaron.

—Eve —dijo al no verla concentrada sobre su mesa de trabajo, como solía hacerlo— Eve...

La científica no respondió. Ana avanzó unos pasos y notó que las lentes de la mujer reposaban sobre la mesa pero las piezas de la Tabla Esmeraldina y Evelyn Hall no estaban.

Giró desconcertada.

—¡Eve! ¡Eve!

Al notar el desconcierto en su mirada, Riglos y Benegas comprendieron. Buscaron por todo el laboratorio y dieron orden de cerrar los accesos a la base, sin embargo, no quedaba rastro de la doctora Hall ni de las cuatro piezas que comprendían la tabla.

El doctor Shatz, aturdido ante lo evidente del asunto, les comunicó aquello que tampoco imaginaban:

—Se ha llevado la llave —se refería a la llave de hierro que habían encontrado en el cofre bajo el zoológico—. La llave también —repitió abrumado.

Así, burlados por el destino, frente a sus propios ojos, Ana Beltrán, Agustín Riglos, Román Benegas y Verónica Ávalos habían sido engañados no una sino varias veces.

—Nada es lo que parece... La Legión está en todos lados —murmuró Ana desolada, repitiendo las mismas palabras escritas por Max en su carta mientras se dejaba caer con todo el peso de su cuerpo sobre uno de los sofás de la sala.

Epílogo

Buenos Aires, meses después.

EN la soledad de su departamento frente al Jardín Botánico, Ana Beltrán cerró su *notebook*, se quitó los anteojos de lectura que había comenzado a usar para descansar la vista y suspiró. Haber retomado su rutina, las horas dedicadas a la investigación forense en la tranquilidad de su laboratorio de análisis y haber dejado que Agustín tomara las riendas de Centauro, la editorial familiar, habían dado a su vida la armonía que ansiaba.

Miró el reloj, eran cerca de las nueve y la noche ya se había instalado. En momentos escucharía el girar de la llave de Riglos, quien entraría en el apartamento que habían decidido constituir como su hogar. No pudo evitar sonreír. Había recuperado su identidad, Agustín había dejado Interpol y planificaban un futuro juntos luego de años de turbulencias, mentiras y engaños.

Aún con la sonrisa dibujada en sus labios, la patóloga hizo un par de anotaciones respecto al caso en el que estaba trabajando en un cuaderno junto a su computadora y luego se incorporó y caminó hacia la puerta de entrada. El exagente de la Policía Internacional entró y, al verla, dejó su maletín sobre el suelo y se aproximó hacia ella sin hablar. Ana retrocedió, expectante, y dejó que el hombre la acorralara contra la pared. No hablaron, no emitieron sonido, y en aquel silencio vertiginoso y personal el alguna vez Agente Cero capturó con avidez la boca de la mujer que amaba y dejó que ella se aferrara a él en un gemido. No había una gota de azar en aquel encuentro, estaban destinados a encontrarse. La vida los había llevado por caminos diversos, pero de alguna manera se había ocupado de reunirlos, y no importaba ya si sus nombres eran Marcos Gutiérrez o Agustín Riglos, ni siquiera si ella era Ana Beltrán o Isabel Romero. Aquellas dos almas alguna vez perdidas en la oscuridad de una Buenos Aires caótica y audaz se habían encontrado para no separarse jamás.

Con los labios pegados a los de Riglos, Ana se permitió una sonrisa más y se olvidó del mundo, de la decepción por la traición de Evelyn Hall y por no haber logrado descifrar los secretos de la Tabla Esmeraldina antes de que se la arrebataran. Se permitió sucumbir ante aquel mundo que le ofrecía este hombre, libre de amenazas y colmado de promesas. Lo que ninguno de los dos imaginaba es que no estaban solos, aunque por el momento solo los observaban.

Ana Beltrán y Agustín Riglos estaban a punto de sufrir un nuevo giro en sus vidas y la aparente tranquilidad que habían alcanzado estaba a punto de desvanecerse en cuestión de segundos...

Anotaciones de Pérgamo

En algún lugar, año 2013.

Evelyn Hall sonrió, depositó las tablillas en la posición indicada y aguardó que Pablo y el resto de la comitiva se ubicaran en su sitio. Luego posicionó las piezas como había descubierto que verdaderamente debían colocarse y tomó la llave.

Primero, la tabla original, y luego, una sobre la otra, las láminas que habían encontrado ocultas bajo las tres flores de Redouté. Todavía sonreía al imaginar las expresiones de Riglos y Beltrán al figurar que ella no era en realidad quien decía ser, sino otra agente encubierta de La Legión en Interpol que, al primer descuido, tomó la tabla y desapareció para siempre.

La Legión había cumplido su misión. La Esmeraldina estaba en poder de quienes nunca debían de haber dejado de poseerla. Ahora, al introducir la llave de hierro en el cerrojo que se formaba —casi como por arte de magia— en el centro de la tabla, el secreto de los tiempos, aquello que ella ya había visto, al igual que Holmberg y Paracelso y unos pocos más, se develaría ante los ojos de los presentes.

Sin embargo, lo que jamás lograrían entender aquellos hombres, ignorantes de la sabiduría divina, era que aquella esmeralda caída de la frente de Lucifer les podría enseñar la verdad sobre la historia de los tiempos. Y, ciertamente, ninguno de ellos estaba preparado para comprenderla.

Agradecimientos

A mi familia, Carlos, María, Rafael, Lucila y Manuel Correa Luna, grandes referentes a lo largo del camino. En especial a mis padres, por su nobleza, y a mis hermanos, fieles compañeros de vida.

A mis adorados de Elizalde, saben cuánto los quiero. A Cristina, Diego y Fernán por estar cerca, siempre. Y a mis queridísimos primos, siempre presentes aun en la distancia. En especial a Victoria de Elizalde, compañera de aventuras, y amiga del alma.

A mi querido Juan, porque para ser grande primero hay que tropezar y aprender a levantarse. Sabés cuanto te quiero.

A mis queridos Meyrelles Torres, la familia de Rufino, siempre tendrán un lugar especial en mi corazón. En particular a mi sobrina nieta Bahía Meyrelles, por su sonrisa que ilumina. Y a mis adorados sobrinos del alma, Ramiro, Nicolás, Jerónimo, Fermín, Rosarito y el niño por venir, que tan bien me hacen. A Leila, Mariana, Carlos y Lolo, siempre.

A mis amigas del alma, Victoria de Elizalde, Gabriela Castro, Eugenia Archimbal, Verónica Loitegui, Florencia Giargia, María Loitegui, Alejandra Villafranca y Julieta Rossi Viz, Mariana Meyrelles y Paola Giardullo. Y a las nuevas compañeras de ruta, Ale Francini, Caro Matera, Teru García Sáenz, Raquel Fevre, Mary Koennecke, Soledad Semorile e Ieu Passano.

A Cecilia Solé, por su lectura dedicada y su ayuda desinteresada. Gracias infinitas.

A mi queridísimo Lucas Gil, por su grandeza.

A mi querido amigo Jota, gran confidente, por sus consejos *against the wind*, gracias. Y por hacerme reír tanto con su *bucket list* (escucho aplausos en el Carnegie Hall...).

A Lourdes Catarineu para que sepa que nunca me olvidaré del «parque» y de su cariño desinteresado. Gracias.

A mi agente, Analía Rossi, sin ella esto no hubiera sido posible. Y al equipo de Penguin Random House, en especial a Glenda Vieites, Ana Laura Caruso, Daniela Morel, Valeria Naya, Ana Dusman y Lucrecia Rampoldi. Gracias por su dedicación y excelencia. Es un placer trabajar con ustedes.

A Diana Cavallaro porque me hace bien.

A Perlita, a Coqui, a Julián y a Vito, por ser los ángeles de la guarda de Rufino.

A Florencia Bonelli, por su lectura dedicada y su calidez de siempre. Y a Pierre Benoît, quien, donde quiera que esté, generó nuestro encuentro.

A Bayayo Correa Luna, por haber visto en mí aquello que yo todavía no había descubierto: la pasión por la escritura.

A María Esther Zapiola, por su gran amor por mi madre. Y a Rómulo Romero, por haber construido Las Mostazas, hoy un oasis de tranquilidad en medio de tiempos turbulentos.

A Carola, Martín y Juan Romero Zapiola, gracias. A Diego y a Ricky, por estar siempre. Gracias.

Y a la vida, porque te da sorpresas pero también la oportunidad de reinventarte.

Notas

[1] Grupo Especial de Operaciones de la Policía Federal Argentina. *(N. del E.)* <<

[2] Fulcanelli: *El misterio de las catedrales*, 1926. <<

[3] Reggini, Horacio C.: *Eduardo Ladislao Holmberg y la Academia*, Ediciones Galápagos, 2007. <<

[4] «El Pequeño Cabo». (N. del E.) <<